

Jean Jacques Rousseau

Emilio o De la educación

LA INFANCIA



LOS FUNDAMENTOS

ej
ediciones
delajunji

Emilio

o De la
educación

Rousseau, Jean-Jacques, 1712-1778.

Emilio o De la Educación [texto impreso] / Jean-Jacques Rousseau -- 1ª ed. -- Santiago: Ediciones de la JUNJI, 2016. 288 p.; 21,5x14 cm.

ISBN : 978-956-8347-87-1

I. Filosofía de la Educación I. Título. II. Serie

Dewey : 370.1 -- cdd 21

Cutter : R864c

Fuente: Agencia Catalográfica Chilena

EMILIO O DE LA EDUCACIÓN **Jean Jacques Rousseau**

© **Versión, prólogo y notas de Marcelo Mendoza**

(Con la colaboración de Colin Orgé y Guido Lagos)

© **Junta Nacional de Jardines Infantiles**

Diseño y diagramación Fernando Hermosilla

Dibujo de portada Matilda Cereceda, niña del jardín *Lucero*, Rancagua

ISBN: 978-956-8347-87-1

Primera edición: noviembre de 2016



Impreso en Chile por Maval, que sólo actuó como impresor.

Junta Nacional de Jardines Infantiles

Marchant Pereira 726

(56-2) 26545000

Santiago de Chile

www.junji.cl

Ninguna parte de este libro, incluido el diseño de la portada, puede ser reproducida, transmitida o almacenada, sea por procedimientos químicos, electrónicos o mecánicos, incluida la fotocopia, sin permiso previo y por escrito de la Junta Nacional de Jardines Infantiles (JUNJI).

Jean Jacques Rousseau

Emilio o De la educación

LA INFANCIA (Libros 1 y 2)

Versión, prólogo y notas de Marcelo Mendoza
(con la colaboración de Colin Orgé y Guido Lagos)

LOS FUNDAMENTOS

ej
ediciones
delajunji



PRESENTACIÓN

Ediciones de la JUNJI se creó con el propósito de cumplir con el imperativo social de una institución educativa: aportar a la generación de conocimiento y a su amplia divulgación; más aún, si en nuestro país estamos siendo protagonistas de una importante Reforma de la Educación, desde el nivel parvulario.

Entre 2014 y 2016 se han editado una variedad de libros que dan cuenta de ello: textos de tipo testimonial, de investigación periodística y de apoyo pedagógico en aula; algunos con énfasis más antropológico que recogen la cotidianidad de los párvulos y sus familias; libros de relatos y otros que permiten robustecer los fundamentos teóricos de la tarea educativa, abriendo espacios democráticos de participación más allá de la JUNJI.

Emilio o De la educación, de J. J. Rousseau, es un libro que nos lleva por una nueva y seductora vertiente que ilumina para redescubrir a los grandes pensadores de la educación y de la niñez. Este es un imprescindible, cuyas ideas pueden no coincidir en todo con nuestra mirada moderna actual, pero es lectura obligatoria por su vigencia.

Los lectores (educadores o no) de esta versión especialmente trabajada por la editorial de JUNJI se sorprenderán, página a página, por la claridad de su autor, un observador agudo en comprender lo humano. Estoy segura de la contribución al hacer accesible este texto a un público amplio, además del específico de a nuestro quehacer.

Desireé López de Maturana Luna

Vicepresidenta Ejecutiva

Junta Nacional de Jardines Infantiles (JUNJI)

PRÓLOGO DEL EDITOR

I

Cuando el ciudadano común escucha el nombre de Jean Jacques Rousseau de manera inmediata lo asocia a su más conocido aporte, y lo sitúa en el ámbito de la ciencia política: *El contrato social*, un texto imprescindible en la definición de las bases de un Estado republicano. Sin embargo, introduciéndose en la lectura de este otro libro uno comprende por qué este pensador multidimensional del Siglo de las Luces francés no tenía dudas en afirmar que el *Emilio* era su obra mayor, y no *El contrato social*.

No voy a resumir en este prólogo todos los aportes que este tratado entrega. Ni por asomo podría. Sólo basta con mencionar que aquí se entregan aspectos fundamentales de la conducta humana y de aquello que muchísimos años después un sicólogo como Carl Rogers llamaría “el proceso de convertirse en persona”, con la mirada cuestionadora de la segunda mitad del siglo XX, que en muchos aspectos coincide con las observaciones y propósitos de un hombre visionario del siglo XVIII: Rousseau.

Por tanto, lo primero que un lector debe hacer (es obvio, pero hay que decirlo) es situarse en el contexto en que este libro fue escrito. Publicado por primera vez en 1762, se vivían los prolegómanos de la Revolución Francesa (que estalló 27 años después), en un ambiente cultural contradictorio: por un lado, los aires renovadores, racionales y revolucionarios hacían ver que una ruptura del orden pronto acaecería y, por

otro, la resistencia del viejo régimen se hacía represiva e irracional.

Rousseau vivió en un momento clave de la historia universal, y fue parte de sus cambios. Piénsese en la Francia del siglo XVIII, cuando se reivindican la racionalidad y laicidad como atributos de una república vitoreada en la decadencia y resistencia de la corona francesa, con un clero cómplice del antiguo orden.

Los hechos ocurrieron así: en 1762 editores de La Haya, Amsterdam y París publicaron cuatro volúmenes de una obra llamada *Émile ou De l'éducation*, cuyo autor provocaba escozor en la Iglesia de la época. Es por ello que la aparición de este libro, lejos de pasar indiferente, provocó la inmediata condena del arzobispo parisino e incluso del Parlamento francés y, días más tarde, del Consejo de Ginebra, quienes prohibieron y ordenaron su quema pública. Relatos de la época narran que el filósofo prusiano Emmanuel Kant (1724-1804) dejó de lado todo para leer el *Emilio* de principio a fin, libro que su compatriota Goethe (1749-1832) llamó “el evangelio de la educación”. Por el contrario, el arzobispo de París (De Beaumont) lamentaba que a un “espíritu dotado de conocimientos (como el de Rousseau) no lo han iluminado a él y ha oscurecido a los demás (...). Se ha hecho preceptor del género humano para engañarlo, monitor público para extraviar a todos, oráculo del siglo para acabar de perderlo”. Y remató calificando este libro como “corruptor”.¹

¹ F. Copleston, *Historia de la Filosofía*, vol. VI, Ariel, Barcelona, 1981, p. 67.

Jean Jacques Rousseau nació en Ginebra en 1712, hijo de un relojero protestante y de una madre que fallece a consecuencia del parto. En su niñez, es dejado por su padre en la pensión de un pastor calvinista (Lambercier de Bossey, citado en el libro) para que éste lo “eduque”, o haga de “ayo” o preceptor, pedagogo o tutor... precisamente la tarea que está detrás de este libro. Años después, aún adolescente, se marcha de Ginebra a Francia y luego a Italia, donde abandona el calvinismo y se hace católico. Comparte tareas de músico, científico, literato, filósofo, pero sobre todo pedagogo en casas de *madames* adineradas. Se vincula con los enciclopedistas D’Alambert y Diderot (quien se encuentra preso en la prisión de Vincennes, donde lo visita), redacta artículos para la Enciclopedia y obtiene un premio por su ensayo *Discurso sobre las ciencias y las artes*, escrito para responder a la pregunta de “si el progreso de las ciencias y de las artes ha contribuido a corromper o a depurar las costumbres”.

Cuando comienza a redactar el *Emilio*, en 1758, Rousseau ya ha tenido cinco hijos, ha sido preceptor de otros hijos de millonarios, pero junto a su esposa han tomado una decisión insólita: entregar, a medida que nacen, a cada hijo a un orfanato público. Es decir, su tratado de la educación vendría a ser una pieza teórica que él no sólo no puso en práctica, sino que –lejos de hacerse cargo de la educación de quienes más le importaban– hizo lo contrario: abandonó a su suerte a los *emilios* suyos... En sus postreras *Confesiones*, reconoce el peso de esa culpa y dice que estuvo a punto de confesarlo al inicio del *Emilio*.

Hacer este libro, como lo expresa, se debió a un

pedido de una de sus financieristas (*madame De Chenonceaux*), quien quería que quedara por escrito un tratado del buen hacer educativo para sus hijos. Rousseau le fue hablando a padres, madres, preceptores, nodrizas, ayos, tutores, pedagogos y a Emilio mismo, un niño-tipo, centro de la narración que se inicia desde que es bebé hasta que se transforma en hombre. Aunque es un tratado, su narración va mucho más allá y a veces bien podría parecer novela, con exquisitos recursos narrativos.

El Libro 1 aborda a Emilio desde la lactancia y el Libro 2 llega hasta los 12 años. Es decir: en ambos está tratada cómo debería ser la infancia de *Emilio*. Las y los lectores se sorprenderán de la lucidez y vigencia con que muchas veces aborda temas que hasta hoy son conflictivos.

II

Llevar a cabo esta versión de *Emilio o De la educación*, el más clásico de los tratados sobre infancia y educación, ha sido tarea mucho más difícil de lo que originariamente pensé. Al mismo tiempo, una navegación apasionante por cuidados párrafos y frases, caracterizados por una fina escritura original (no exenta de recursos narrativos como la ironía) y por una consistencia reflexiva espesa. Junto con ir deslumbrándome por los hallazgos que aparecían en este viaje, fui dimensionando la envergadura de la obra concebida por Rousseau.

Entre las tantas labores que he realizado en mi vida en torno a textos, autores y libros, confieso que nunca antes emprendí algo similar: intentar una ver-

sión (palabra que modifica el concepto de traducción) en castellano (y del que se habla en Chile) de una obra clásica conocida. Y no imaginé la dificultad que implica actualizar el lenguaje para significarlo según nos convencemos quiso hacerlo su autor. “El traductor es un traidor”: hemos escuchado esta frase, y tiene sentido; por eso en rigor no es una traducción lo que ahora se ha hecho, sino una versión de este luminoso texto clásico. Y no lo ocultamos.

Hemos traducido, *versionado* y contextualizado con notas sólo los dos primeros libros del *Emilio* original, que está compuesto de cinco. Este proceder se justifica porque son estos dos primeros libros los que Rousseau le dedica a la infancia de Emilio, que es lo que nos interesa. Esta parte y el libro completo constituyen un lúcido tratado de la conducta humana.

Se trata de un libro con varias traducciones al castellano, por cierto. La más antigua (conocida por nosotros) es una traducción de Ricardo Viñas, publicada por Garnier Hermanos en París en 1910. Para el trabajo de esta versión hemos revisado esa traducción, además de la edición de Ángeles Cardona de Gibert y Agustín González Gallegos (publicada por Bruguera en 1983), la de Daniel Jorro Editor (Madrid, 1916 y 1933), la de El Ateneo de Buenos Aires (de 1966), la de Editorial Porrúa (México, 2004) o la de Edaf (Madrid, 1981). Con todo, la mejor edición y versión al castellano de este libro es la que realizó Mauro Armíño para la publicación de Alianza Editorial (Madrid, 2011) y ha sido nuestra principal referencia en esta lengua, como se indica en algunas notas.

De cualquier forma, obviamente la fuente más

relevante fue la edición original del *Émile*, la de 1762, y una segunda edición, con correcciones del mismo Rousseau, publicada en 1782 (de acceso libre en https://fr.wikisource.org/wiki/Émile,_ou_De_l'education/Edition_1782). Así como la versión de Jean Marie Tremblay, de la Biblioteque Paul-Émile-Boulet, de l'Université du Quebec á Chicoutini (de 2002).

Tuvimos en el escritorio, como referencia clave, la edición contemporánea francesa a cargo de André Charrak (GF Flammarion, París, 2009). Algunas notas y apuntes de Charrak, al igual como nos sucedió con Armiño, fueron utilizados para esta versión, lo que se señala según el caso. Como ya ha notado, la “versión” (y no traducción) de esta obra clásica de la literatura educacional implica revisar sus previas distintas versiones y ayudarse de esos aportes.

En consecuencia, tras estas lecturas, francesas e hispanas, se ha intentado adaptar lo más fielmente el texto original a un habla más habitual a un chileno o latinoamericano que a un español. Esta tarea no hubiera sido posible sin el impulso inicial de Guido Lagos, compañero entrañable cuya motivación prioritaria siempre fue la educación (aunque llegó allí desde la economía y las comunicaciones) y que lamentablemente nos abandonó al principio del camino, dejándonos solos, porque se marchó de esta vida física en medio del proceso de desarrollo de este *Emilio*.

Tampoco hubiera sido posible terminarla sin la contribución excepcional del profesor, geógrafo y traductor francés Colin Orgé, quien revisó y corrigió traducciones, apoyándome con agudas observaciones

(y más que eso) en las notas definitivas. Colin fue fundamental, además, porque ayudó a contextualizar el texto con la mirada francesa propia suya y propia de Rousseau.

III

La importancia de que **Ediciones de la JUNJI** publique esta obra estriba en que el *Emilio* es el tratado clásico más importante referido a la educación. Por eso, con este título iniciamos una serie de libros de *Los Fundamentos*, pues es imprescindible ir a las más esenciales reflexiones sobre el sentido y fin de educar. Rousseau aquí inventa el concepto de infancia, tal como hasta ahora se entiende. Insiste, una y otra vez, que los niños no son adultos chicos (creencia extendida hasta comienzos del siglo XX), sino un estado en el desarrollo de las personas donde la sociabilidad y dominación social no han pulido y moldeado a los seres humanos y por tanto nuestro estado se parece más al de un “buen salvaje” que al de un adulto ciudadano.

Por último, debo agregar asuntos técnicos para la lectura de esta versión del *Emilio*. Como se verá, se han introducido no pocas notas de nuestra cosecha, la mayoría explicativas y contextualizadoras, para una cabal comprensión de lo que Rousseau narra. Pienso que no deben prescindirse las notas en la lectura de esta versión, porque precisamente son parte constitutiva de esta “versión”.

Las notas propias se informan como [**Nota del Editor**]. En cambio, las notas originales de Rousseau no tienen explicitación ni paréntesis, salvo que lo amerite el contexto de la cita. Hay también notas de-

rivadas de aportes de otros editores y traductores de la obra, lo que se señala según el caso y que corresponde casi siempre a los muy certeros aportes del español Mauro Armiño y del francés André Charrak.

Eso sería todo.

Ahora, a disfrutar de esta obra, esperando que sea el inicio de otras para leer o releer lo que escribieron quienes han puesto los fundamentos educativos del que somos depositarios... Muchas veces, por no leídos sino sólo tomados de referencia, estas ideas han sido repetidas de modo erróneo, sin reponer su justo valor: ahora, con este *Emilio*, no debería pasar.

Marcelo Mendoza Prado

É M I L E,
O U
DE L'ÉDUCATION.

Par J. J. R O U S S E A U,
Citoyen de Genève.

Sensibilis agrotamus malis ; ipsaque nos in rectam
naturam genitos , si emendari velimus , juvat.
Sen : de iud. L. II. c. 17.

TOME PREMIER.



A LA HAYE,
Chez JEAN NÉAULME , Libraire.

M. DCC. LXII.

Avec Privilège de Nosseign. les Etats de Hollande
& de Westfrise.

PREFACIO DE JEAN JACQUES ROUSSEAU

Esta colección de reflexiones y observaciones sin orden, y casi sin enlace, fue comenzada por complacer a una buena madre que sabe pensar.¹ Al principio sólo proyecté un folleto de pocas páginas, pero el asunto me desbordó, a pesar mío, y el folleto se fue haciendo poco a poco una especie de volumen, grande por lo que contiene y pequeño por la materia de la que trata. Dudé mucho tiempo entre publicarla o no. Trabajando he visto que no basta haber escrito algunos textos para saber componer un libro. Después de algunos esfuerzos inútiles para hacerlo mejor, tengo que dejar mi obra como está, porque entiendo que es preciso atraer la atención pública hacia estos asuntos y, aunque mis ideas sean malas, no habré perdido el tiempo si logran inspirar otras mejores. Un hombre que desde su retiro, sin zalameros ni partidarios que defiendan sus ideas, ofrece sus impresos al público, sin saber siquiera lo que de ellos se piensa o lo que de ellos se dice, no puede temer de que en caso de equivocarse vayan a pasar sus errores sin rendir examen.

Poco diré de la importancia que tiene una educación buena. Tampoco me detendré a demostrar que la utilizada hoy es mala: mil veces ya lo han demostrado y no me detendré a escribir un libro con cosas que todo el mundo sabe. Únicamente observaré que desde hace tiempo infinito no hay más que una voz contra la práctica establecida, sin que a nadie se le ocurra proponer otra que sea mejor. La literatura y el saber

¹ Madame de Chenonceaux.

de nuestro siglo² tienden más a destruir que a edificar. Se censura con tono de maestro, pero para proponer se debe tomar otro tono (esto ya complace menos a la elevación filosófica) y, a pesar de tantos escritos que –dicen– solamente tienen por objeto la utilidad pública, todavía sigue olvidado el arte de formar a los hombres, que es la primera de todas las utilidades. Mi tema era por completo nuevo, incluso después del libro de Locke,³ y mucho temo que siga siéndolo también después del libro mío.

La infancia no es conocida: con las ideas falsas que se tienen, cuanto más se dice de ella más considerable es el extravío. Los de mayor prudencia se atienen a lo que necesitan saber los hombres, sin tomar en cuenta lo que pueden aprender los niños. Buscan siempre en el niño al hombre, sin considerar lo que éste es antes de ser hombre. He aquí el estudio al que me he aplicado preferencialmente para que, incluso suponiendo que mi método es falso, se obtenga siempre algún beneficio de mis observaciones. Puedo haber visto mal aquello que es necesario hacer, pero me parece que he visto bien el objeto sobre el que debe ocuparse. Comienza, pues, por estudiar mejor a tus alumnos ya que es probable que no los conozcas. Si lees este libro con ese propósito creo que te será útil.

Lo que sin duda sorprenderá más al lector es la parte que podríamos llamar sistemática, que en este

² Siendo publicado el *Emilio* en 1762, Rousseau se refiere aquí a un periodo incluido en lo que la historiografía considera como el Siglo de las Luces en Europa y en Francia en particular. [Nota del Editor]

³ Rousseau tuvo a mano la versión francesa del libro *Some Thoughts Concerning Education (Algunos pensamientos sobre educación)*, de John Locke, publicado en Inglaterra en 1693, y de algún modo inspirador del *Emilio*. [Nota del Editor]

caso no es otra cosa que el desarrollo mismo de la naturaleza. Probablemente me atacarán por esto, y puede que no dejen de tener razón. Pensarán que en un libro acerca de la educación deberían leerse las fantasías de un visionario sobre tal asunto. ¿Cómo evitarlo? Yo no escribo sobre las ideas de otro, sino sobre las mías. No veo como los demás hombres: hace tiempo que me lo han censurado. ¿Pero depende de mí adquirir otra mirada o impresionarme con otras ideas? No. De mí depende no abandonarme a mi manera de sentir, no crearme más sabio que todo el mundo. De mí depende no el cambio de sentimiento sino la desconfianza del mío: he aquí lo que puedo hacer y lo que hago. Si alguna vez utilizo el tono afirmativo no es para imponerme al lector: es para hablarle como pienso. ¿Por qué habría de proponer en tono de duda lo que para mí no es dudoso? Yo digo exactamente cuánto pasa en mi espíritu.

Al exponer con libertad mi pensamiento tan lejos estoy de suponerlo autorizado que siempre lo acompaño de mis razones, para que las sopesen y me juzguen. Aunque no quiera obstinarme en la defensa de mis ideas, me veo obligado a proponerlas. Los principios acerca de los que tengo una opinión contraria a la de los demás no son materia indiferente: de su verdad o de su falsedad depende la dicha o la desgracia del género humano.

“Haz propuestas que sean factibles”, me dicen a menudo. Es lo mismo que si me dijeran: haz propuestas de que se haga lo que ahora se hace o, por lo menos, algo bueno compatible con lo malo existente. En ciertas materias eso es menos práctico que lo que pro-

pongo: con esa alianza se echa a perder el bien y no se cura el mal. Sin embargo, quisiera seguir la práctica establecida en vez de tomar a medias otra mejor: habría en ello menos contradicción con la naturaleza humana, que no puede encaminarse al mismo tiempo hacia dos fines opuestos. Padres y madres: es factible aquello que ustedes quieren hacer. ¿Tengo que responder yo por la voluntad de ustedes?

En toda clase de proyectos deben considerarse dos cosas: primero, la bondad absoluta del proyecto y, después, la facilidad de ejecución.

Con respecto a lo primero, para que el proyecto sea admisible y practicable en sí mismo basta con que su bondad se encuentre en la naturaleza de la cosa. Aquí, por ejemplo, basta que la educación propuesta sea conveniente para el hombre y esté bien adaptada al corazón humano.

La segunda consideración depende de relaciones determinadas en ciertas situaciones; relaciones accidentales a la cosa que, por consiguiente, no son necesarias y pueden variar al infinito. Así, tal educación puede ser practicable en Suiza y no en Francia; tal otra puede serlo en la clase media; tal otra en la clase alta. La mayor o menor facilidad de la educación depende de mil circunstancias que sólo pueden determinarse por una aplicación particular del método a uno u otro país, en una u otra condición. Pero estas aplicaciones particulares no son esenciales en mi tema y no entran en mi plan. Otros podrán ocuparse de ello, si lo desean, y cada uno lo hará para la situación que más le interese. Me basta con que pueda hacerse lo que yo propongo, donde quiera que nazcan hombres,

y con que luego de hacer de ellos lo que yo propongo se haya logrado lo mejor para ellos mismos y para los demás.

Si no satisfago esas condiciones, hago mal, sin duda, pero si en verdad las satisfago mal se haría con pedirme otra cosa porque yo no prometo más que esto.

Jean Jacques Rousseau

LIBRO PRIMERO

Todo es perfecto cuando sale de las manos del creador de la naturaleza, pero degenera en las manos humanas. Obliga a la tierra a producir lo que le corresponde a otra, al árbol a que dé un fruto distinto. Mezcla y confunde los climas y los elementos. Degrada a su perro, a su caballo, a su esclavo. Transforma y desfigura todo, pues adora la monstruosidad. No desea nada tal como lo hizo la naturaleza, ni siquiera al hombre, pues requiere domarlo como a un caballo en el picadero y deformarlo según le plazca, como a un árbol del jardín.

Si no ocurriera así todo sería peor, ya que la especie humana no quiere contentarse con ser formada a medias. En el estado de las cosas, el hombre más abandonado desde su nacimiento sería el más desfigurado de los mortales. Las preocupaciones, los prejuicios, la autoridad, el ejemplo, y todas las instituciones sociales en las que vivimos sumidos, apagarían en él su natural modo de ser y no habría nada que los sustituyese. Sería como un arbolito que por azar nace en medio del camino y que los transeúntes matan sacudiéndolo y doblándolo para todos lados.

A ti me dirijo, madre amorosa y prudente, que supiste apartarte de la senda conocida y preservar el naciente arbolito del enfrentamiento de las opiniones

humanas.¹ Cultiva y riega el tierno brote antes de que muera: sus frutos serán un día tus delicias. Levanta un cerco en torno del alma de tu hijo. Otro en buena hora puede mostrarle el circuito, pero sólo tú debes poner la valla.

A las plantas las forma el cultivo; a los hombres la educación. Si naciera el hombre grande y robusto, de nada le servirían su fuerza y su porte hasta aprender a valerse de ellas, y le serían perjudiciales porque inhibirían a los demás a ayudarle:² abandonado entonces a sí mismo, se moriría de manera miserable antes de conocer sus necesidades. Nos quejamos del estado de la infancia y no se comprende que la especie humana habría perecido si no hubiera comenzado el hombre por ser niño.

Nacemos débiles y necesitamos fuerzas: venimos

¹ La educación inicial es la que más importa, y ésta compete a las mujeres, pues si el autor de la naturaleza hubiera querido entregársela a los hombres les hubiera dado leche para criar a los niños. Así, en los tratados de educación se debe hablar especialmente con las mujeres, porque además de que pueden vigilar más de cerca que los hombres, y de que tienen más influencia en educar, el logro las importa mucho más, pues la mayor parte de las viudas se quedan a merced de sus hijos, que entonces les hacen ver los buenos o malos frutos de la educación que les dieron. Las leyes, que suelen ocuparse de las cosas y casi nunca de las personas (porque su objeto es la paz y no la virtud), no dan suficiente autoridad a las madres. Aunque su estado sea más autorizado que el de los padres, son más penosas sus obligaciones y más importantes sus labores para el buen orden de las familias y mayor el cariño que a sus hijos dan. Hay casos en que un hijo que falta el respeto a su padre puede merecer alguna disculpa; pero, si en alguna ocasión, sea cual sea, se halle un hijo de tan mala naturaleza que falte el respeto a su madre –quien lo trajo en su vientre, lo crió y por muchos años se olvidó de sí para no pensar más que en él–, sería bueno apurarse en reducir a este desventurado que no merece ver la luz del día. Dicen que las madres miman a sus hijos y en eso hacen mal; pero no tanto como ustedes, los padres, que los depravan. Una madre quiere que su hijo sea feliz y que lo sea siempre. En eso tienen razón, y cuando se equivoca en los medios conviene desengañarla. Mil veces más perjudiciales para los hijos son la ambición, la avaricia, la tiranía y la falsa previsión de los padres que el cariño ciego de las madres. Sin embargo, es preciso explicar el sentido que doy yo al nombre de madre, lo que haré más adelante.

² Parecido a ellos en lo externo, y careciendo del habla y de las ideas que con ésta expresa, no se encontraría en situación de darles a entender la necesidad que tendría de su auxilio, y nada en él expresaría esta necesidad.

al mundo desprovistos de todo y necesitamos ayuda. Nacemos sin luces y necesitamos de inteligencia. Todo lo que nos falta al nacer, que ya necesitamos siendo adultos, nos lo da la educación.

La educación es efecto de la naturaleza, de los hombres o de las cosas.³ El desarrollo interno de nuestras facultades y nuestros órganos es educación de la naturaleza; la utilidad que nos enseñan a hacer de ese desarrollo es la educación de los hombres; y lo que nuestra propia experiencia nos da a conocer sobre los objetos que nos afectan es la educación de las cosas.

De tal modo, cada uno de nosotros recibe lecciones de estos tres tipos de maestros. El discípulo que adquiera de ellos lecciones contradictorias nunca quedará bien educado, ni estará en armonía consigo mismo. Sólo se encamina y vive en consecuencia aquel que vea coincidir estas lecciones a un mismo fin: nada más que él estará bien educado.

De estas tres educaciones distintas, la de la naturaleza no depende de nosotros, y la de las cosas sólo en algunos aspectos. La única de la que somos verdaderamente dueños es la de los hombres, aunque todavía sería una suposición porque ¿quién espera dirigir por completo los razonamientos y las acciones de todas las personas que rodeen a un niño?

Por este motivo la educación es un arte, y resulta casi imposible su logro, pues lo que se necesita para que triunfe no depende de nadie. Todo cuanto puede conseguirse es acercarse más o menos a ese propósito,

³ Plutarco ya hacía referencia a estas tres influencias (la naturaleza, los hombres y las cosas) aplicándolas al origen de las facultades humanas (véase Jimack, *La Genèse et la rédaction de l'Emile*, p. 267). [Nota del Editor]

pero se necesita suerte para lograrlo.

¿Qué propósito es éste? El mismo que se propone la naturaleza: lo hemos probado ya. Para su recíproca perfección es necesario que concurran las tres educaciones, y entonces hay que dirigir las otras dos en las que no tenemos poder alguno. Pero como el término naturaleza puede tener una significación muy vaga, conviene que procuremos acotarla.

Se nos dice que la naturaleza no es otra cosa que el hábito.⁴ ¿Qué significa esto? ¿Que no hay hábitos contraídos por fuerza y que no siempre sofocan a la naturaleza? Tal es, por ejemplo, el caso de las plantas, en que se ha impedido la dirección vertical. Así que la planta libre conserva la inclinación que la han precisado a que tome, no por eso varía la primitiva dirección de la savia. Lo mismo sucede con las inclinaciones de los hombres. Mientras permanecen en un mismo estado, pueden conservar las que resultan de la costumbre y el hábito y menos naturales son, pero luego que varía la situación se consume la costumbre y se vuelve a lo natural. La educación, ciertamente, no es otra cosa que un hábito. ¿Acaso no hay personas que se olvidan de su educación y la pierden, mientras que otras la conservan? ¿De dónde proviene esta diferencia? Si limitamos el nombre de naturaleza a los hábitos conformes a ella, podemos ahorrarnos esta confusión.

⁴ Formey señala que no es esto precisamente lo que se dice. Sin embargo, creo que no es otra cosa lo que expresa en el siguiente verso, al que me propongo contestar: “La nature, crois-moi, n’est rien que l’habitude”. Formey, que no quiere ensalzar a sus semejantes, modestamente nos da la medida de su cerebro por la del entendimiento. **[Nota de J. J. Rousseau]**
Johann Heinrich Samuel Formey (1711-1797) fue un ilustrado alemán afinchado en París que colaboró en la Enciclopedia; autor de varios libros, tuvo ásperas disputas con Rousseau. En 1764 Formey escribió *L’Emile chrétien*, como una respuesta al *Emilio*. **[Nota del Editor]**

Nacemos sensibles, y desde nuestro nacimiento nos afectan de diversa forma los objetos que nos rodean. Luego de que tenemos, por así decirlo, la conciencia de nuestras sensaciones aspiramos a poseer o evitar los objetos que las producen, primero, según sean aquellas gustosas o desagradables; luego, según la conformidad o discrepancia que entre nosotros y esos objetos hallamos; y finalmente, según el juicio que acerca de la idea de felicidad o perfección que nos ofrece la razón nos formamos. Estas disposiciones de simpatía o antipatía crecen y se fortifican a medida que aumentan nuestra sensibilidad y nuestra inteligencia, pero, limitadas por nuestros hábitos, las alteran –a veces más, a veces menos– nuestras opiniones. Antes de que se alteren, constituyen lo que yo llamo naturaleza.

Deberíamos, entonces, referirlo todo a estas disposiciones primitivas, y así podría ser, en efecto, si nuestras tres educaciones sólo fueran distintas. ¿Pero qué hemos de hacer cuando son opuestas y cuando, en vez de educar a uno para sí mismo, le quieren educar para los demás? De ese modo, la armonía es imposible. Obligados a oponernos a la naturaleza o a las instituciones sociales, tenemos que elegir entre formar a un hombre o a un ciudadano, no pudiendo ser las dos cosas a la vez.

Toda sociedad parcial, cuando es coherente y compacta, se aparta de la grande. Todo patriota es duro con los extranjeros: no son más que hombres; nada valen ante sus ojos.⁵ Este inconveniente es inevitable, pero de poca importancia. Lo esencial es ser bueno

⁵ Por tal motivo las guerras de las repúblicas son más crueles que las de las monarquías. Pero si es moderada la guerra de los reyes, su paz es terrible y más vale ser sus enemigos que sus sirvientes.

con las personas con quienes se vive. En país ajeno, los espartanos eran ambiciosos, avaros, inicuos; pero reinaba dentro de sus muros el desinterés, la equidad y la concordia. Desconfiemos, pues, de aquellos cosmopolitas⁶ que en sus libros van a buscar en apartados climas obligaciones que no se dignan cumplir en su entorno. Hay algún filósofo que se aficiona a los tártaros para librarse de querer bien a sus vecinos.

El hombre de la naturaleza lo es todo para sí; es la unidad numérica, el entero absoluto que sólo se relaciona consigo mismo o con su par, mientras que el hombre civilizado es la unidad fraccionaria que depende del denominador y cuyo valor expresa su relación con el entero, que es el cuerpo social. Las buenas instituciones sociales son las que mejor saben borrar la naturaleza del hombre, privarle de su existencia absoluta, dándole una existencia relativa, y trasladar el yo, la personalidad, a la unidad común de manera que cada particular ya no se crea un entero, sino parte de esa unidad, y sea sensible únicamente en el todo. Un ciudadano de Roma no era Cayo ni Lucio: era un romano... y amaba a su patria exclusivamente por ser la suya. Régulo pretendía ser cartaginés, y en calidad de extranjero se resistía a tomar asiento en el Senado romano; para hacerlo fue preciso que se lo mandara un cartaginés. Se indignó de que se le quisiera salvar la vida. Venció y volvió triunfante a morir en horribles tormentos. Me parece que esto no tiene gran relación con los hombres que conocemos.

⁶ Del griego κοσμοπολίτης kosmopolítēs (ciudadano del mundo), término creado por el filósofo Diógenes. Se dice de alguien que rechaza la existencia de fronteras, que no se considera como ciudadano de un determinado Estado. [Nota del Editor]

El lacedemonio⁷ Pedaretes se presentó para ser admitido al Consejo de los 300 y, una vez desechado, se volvió a su casa muy contento de que se hallaran en Esparta 300 hombres con más mérito que él. Supongo que esta demostración fue sincera, y no hay motivo para no creerla tal: éste es el ciudadano.

Una espartana tiene cinco hijos en el ejército, y aguarda noticias de la batalla. Llega un ilota y le dice asustado: “Tus cinco hijos han muerto”. “Vil esclavo –le contesta ella–, ¿te pregunté yo eso? Hemos alcanzado la victoria”. Y la madre espartana corre al templo a dar gracias a los dioses. Ésta es la ciudadana.

Quien en el orden civil desea conservar la primacía a los afectos naturales no sabe lo que quiere. Siempre en contradicción consigo mismo, fluctuando entre sus inclinaciones y sus obligaciones, nunca será hombre ni ciudadano, nunca útil, ni para sí ni para los demás: será uno de los hombres del día, un francés, un inglés, un burgués, en una palabra: nada.

Para ser algo, para ser uno y siempre el mismo, es necesario estar siempre definido acerca del partido que se va a tomar; luego, tomarlo resueltamente y seguirlo con tesón. Espero que se me presente tal portento para saber si es hombre o ciudadano, o cómo hace para ser una cosa y otra.

De estos objetos, necesariamente opuestos, proceden dos formas contrarias de institución: una pública y común; otra particular y doméstica.

Quien se quiera formar idea de la educación pública, que lea *La República* de Platón, que no es una obra

⁷ Lacedemonia o Lacedemón era el nombre histórico del Estado espartano.
[Nota del Editor]

de política, como piensan los que juzgan los libros por los títulos, sino el más excelente tratado de educación que se haya escrito.

Cuando quieren hablar de un país fantástico citan por lo general la institución de Platón. Mucho más fantástica me parecería la de Licurgo, si éste nos la hubiera dejado por escrito. Platón se atuvo a purificar el corazón humano; Licurgo lo desnaturalizó.⁸

Hoy no existe la institución pública, ni puede existir, porque donde ya no hay patria no puede haber ciudadanos. Ambas palabras –patria y ciudadano– se deben borrar de los idiomas modernos. Yo sé bien cuál es la razón, pero no quiero decirla: nada importa a mi asunto.

No tengo por instituciones públicas a esos risibles establecimientos que llaman colegios.⁹ Tampoco tengo en cuenta la educación del mundo, porque como ésta se propone dos fines contrarios, ninguno consigue, y sólo es buena para hacer dobles a los hombres, que con apariencia de referirlo siempre todo a los demás nada refieren que no sea a sí mismos. Pero como estas muestras son comunes a todo el mundo, a nadie engañan y son trabajo perdido.

⁸ Licurgo fue un legislador espartano. Según Jenofonte, “*él no imitó a las otras ciudades, sino que concibió cosas incluso opuestas respecto a la mayoría de ellas: así hizo a su ciudad particularmente afortunada*”. Se le considera responsable de las reformas que transformaron Esparta en el siglo VII a.C. Sus principios: subordinación de todos los intereses privados al bien público; imposición de una estructura social modelada sobre la vida militar en la que la educación de los jóvenes era responsabilidad exclusiva del Estado; y la sobriedad en la vida privada. En síntesis: buena educación, menosprecio de la riqueza y amor a la patria. **[Nota del Editor]**

⁹ En muchas escuelas, y en especial en la Universidad de París, hay profesores que yo quiero y aprecio mucho y que tengo por muy aptos para dar buena enseñanza a la juventud si no los obligaran a seguir el método establecido. Exhorto a uno de ellos a que publique la reforma que ha proyectado. Puede que entonces, viendo que la enfermedad aún tiene cura, se piense en su remedio.

Estas contradicciones son las que nosotros mismos experimentamos sin cesar. Arrastrados por la naturaleza y los hombres en rutas contrarias, forzados a distribuir nuestra actividad entre estos impulsos distintos, tomamos una dirección compuesta que ni a una ni a otra resolución nos conduce. De tal modo combatidos, fluctuantes durante la carrera de la vida, la concluimos sin haber podido ponernos de acuerdo con nosotros mismos y sin haber sido buenos para nosotros ni para los demás.

Nos queda, en fin, la educación doméstica o la de la naturaleza. ¿Pero qué aprovechará de los demás un hombre educado únicamente para él? Si los dos objetos que nos proponemos pudieran reunirse en uno solo, quitando las contradicciones del hombre, removeríamos un gran estorbo para su felicidad. Para juzgarlo sería necesario ver al hombre ya formado, haber observado sus inclinaciones, visto sus progresos y seguido su marcha. En una palabra, precisaríamos conocer al hombre natural. Creo que se habrán dado algunos pasos en este sentido luego de leído este texto.

¿Qué tenemos que hacer para formar a este hombre extraño? Mucho, sin duda: impedir que no se haga nada. Cuando únicamente se trata de navegar en contra del viento, se bordea; pero si está alborotado el mar y se quiere permanecer en el sitio es preciso echar el ancla. Cuida, joven piloto, de que no se te escape el cable, arrastre el ancla y derive el navío antes de que lo adviertas.

En el orden social en que están todos los puestos señalados debe ser cada uno educado para el suyo. Si un particular formado para su puesto sale de él, ya no

vale para nada. Sólo es útil la educación en cuanto se aglutina la fortuna con la vocación de los padres. En cualquier otro caso es perjudicial para el alumno, aunque no sea más que por los prejuicios que le sugiere. En Egipto, donde estaban los hijos obligados a seguir la profesión de sus padres, la educación tenía a lo menos un fin determinado, pero entre nosotros, donde nada más que las jerarquías subsisten, y pasan los hombres sin cesar de una a otra, nadie sabe si cuando educa a su hijo trabaja en contra de él mismo.

Como en el estado natural todos los hombres son iguales, su común vocación es la situación del hombre y quien haya sido bien criado para ésta no puede desempeñar mal ese rol que con quienes se relacione. Poco me importa que destinen a mi discípulo para el ejército, para la Iglesia o para el foro; antes de la vocación de sus padres, le llama la naturaleza a la vida humana. El oficio que quiero enseñarle es el oficio de vivir. Reconozco que cuando salga de mis manos no será ni magistrado ni militar ni sacerdote: será primero hombre; todo cuanto debe ser un hombre y sabrá serlo, si fuere necesario, tan bien como cualquiera. En vano el destino le cambiará de lugar, pues siempre él se encontrará en el suyo. *Occupavi te, fortuna, atque cepi; omnesque aditus tuos interclusi, ut ad me aspirare non posses.*¹⁰

El verdadero estudio nuestro es el de la condición humana.¹¹

¹⁰ “Te reduje a la impotencia al adelantar tu embestida, ¡oh fortuna!, y he cerrado todos tus portillos, para que no puedas llegar hasta mí” (Cicerón).

¹¹ “No se trata, según Rousseau, de sólo estudiar la *naturaleza* del hombre sino más bien su *condición*, es decir, la inserción de esta naturaleza en relaciones

Aquel de nosotros que mejor sabe sobrellevar los bienes y males de esta vida es, a mi parecer, el más educado. Por consiguiente, no tanto en preceptos como en ejercicios consiste la verdadera educación. Desde que empezamos a vivir empieza nuestra instrucción; nuestra educación empieza cuando empezamos nosotros y la nodriza es nuestro primer preceptor. Por eso la palabra educación tenía antiguamente un significado que ya se ha perdido: quería decir alimento. Dice Varrón: *Educil obstetrix, educat nutrix, instituit pedagogus, docet magister*.¹² Educación, institución e instrucción son, por lo tanto, tres cosas tan distintas en su objeto como nodriza, ayo¹³ y maestro. Pero se confunden estas distinciones y, para que el niño vaya bien encaminado, no se debe tener más que un guía.

Conviene, pues, generalizar nuestra mirada, considerando en nuestro alumno al hombre abstracto, el hombre expuesto a todos los azares de la vida humana. Si naciesen los hombres incorporados al suelo de un país, si durase todo el año una misma estación, si estuviera cada uno tan ligado con su fortuna que

sociales sumamente inestables”, comenta André Charrak en su edición de *Émile ou De l'éducation* (GF Flammarion, París, 2009) **[Nota del Editor]**

¹² “Saca a luz la partera, educa la nodriza, instruye el ayo, enseña el maestro”. El autor de la frase fue Marco Terencio Varrón (116 a.C-27 a.C), polígrafo, militar y funcionario romano. **[Nota del Editor]**

¹³ Ayo es la palabra con que se daba nombre (en castellano) al instructor (y pedagogo) que en las casas reales, nobles y de familias adineradas que se responsabilizaba de la educación inicial y de la custodia de niños y jóvenes. Sinónimos de ayo son tutor, guía o preceptor. Para esta versión hemos conservado esta palabra y concepto ya en desuso sólo cuando nos ha parecido necesario, puesto que ninguno de sus sinónimos (que también hemos utilizado) es tan preciso para definir el rol. Rousseau y la mayoría de los intelectuales de la época se ganaron la vida en algún momento ejerciendo de ayos. Este libro está planteado por Rousseau como un tratado en directa relación a este rol. **[Nota del Editor]**

ésta no pudiese variar, sería buena bajo ciertos aspectos la práctica establecida. Educado un niño para su estado, y no pudiendo nunca salir de él, no podría verse expuesto a los inconvenientes de otro distinto. Pero considerando la inestabilidad de las cosas humanas, atendido el espíritu inquieto y mal *contentadizo* de este siglo,¹⁴ que a cada generación todo lo trastorna, ¿puede imaginarse método más desatinado que el de educar a un niño como si nunca hubiese de salir de su habitación y hubiera de vivir siempre rodeado de su gente? Si da este desgraciado un sólo paso en la tierra, si baja un escalón solo, está perdido. No es eso enseñarle a sufrir el dolor, sino ejercitarle a que lo sienta.

Los padres sólo piensan en conservar a su niño. Y eso no basta: debieran enseñarle a conservarse cuando sea hombre, a soportar los embates de la mala suerte, a arrastrar la opulencia y la miseria; a vivir, si es necesario, en los hielos de Islandia o en la cálida roca de Malta. Es inútil tomar precauciones esperando a que no muera. Tal vez tiene que morir; e incluso cuando no sea su muerte resultado de tus cuidados, todavía estos serán inadecuados. Por ello: no se trata tanto de evitar que el niño muera como de hacer que viva. Vivir no es respirar: es actuar, hacer uso de nuestros órganos, de nuestros sentidos, de nuestras facultades, de todas las partes de nosotros mismos que nos dan el íntimo convencimiento de nuestra existencia. No es

¹⁴ Se refiere al siglo XVIII, tan convulso en Francia, como que desencadenó en la Revolución Francesa, ocurrida apenas 27 años después de publicado este libro (en 1789). Huelga decir que el mismo Rousseau es uno de los pensadores más decisivos en concebir las ideas que llevaron a esa revolución, con su obra más conocida (*El contrato social*) y con esta misma, considerada por él como “(la) mejor y más importante de todas mis obras”. [Nota del Editor]

aquel que más ha vivido el que más años cuenta, sino el que más ha disfrutado de la vida. Aquel que fue enterrado a los 100 años, pero ya era cadáver desde su nacimiento, no ha vivido. Más le hubiera valido morir en su juventud, si a lo menos hubiera vivido hasta entonces...

Toda nuestra sabiduría consiste en preocupaciones serviles; todos nuestros usos no son otra cosa que sometimiento, incomodidades y violencia. El hombre civilizado nace, vive y muere en esclavitud. Al nacer le cosen en un envoltorio, cuando muere le clavan dentro de un ataúd; y mientras tiene figura humana le encadenan a nuestras instituciones.

Se dice que algunas parteras pretenden dar mejor configuración a la cabeza de los niños recién nacidos, apretándosela... ¡y se les permite! Tan mal están nuestras cabezas, y eso que las formó el autor de la naturaleza, que nos las modelan por fuera las parteras y los filósofos por dentro. Los caribes¹⁵ son el doble de felices que nosotros.

“Apenas ha salido el niño del vientre de su madre, y apenas disfruta de la facultad de mover y entender sus miembros, cuando se le ponen nuevas ligaduras. Le ponen una faja, le acuestan con la cabeza fija, estiradas las piernas y colgando los brazos; le envuelven con vendas y fajas de género que no le dejan mudar de situación. Feliz es si no le han apretado de manera que le estorben la respiración y si han tenido la pre-

¹⁵ Se les llamó *los caribes* a un conjunto de pueblos que vivían al norte de Sudamérica a la llegada de Colón. Fueron las primeras etnias americanas que conocieron los europeos. Se les veía como belicosos y caníbales. [Nota del Editor]

caución de acostarle de lado para que puedan salirle por la boca las aguas que debe arrojar, puesto que no le queda medio de volver la cabeza de lado, para facilitar la salida”.¹⁶

El niño recién nacido necesita extender y mover sus miembros para sacarlos del entorpecimiento en que han estado tanto tiempo recogidos en un envoltorio. Los estiran, es cierto, pero les impiden el movimiento: sujetan hasta la cabeza con capillos.¹⁷ Parece que tienen miedo de que den señales de vida.

De tal forma, el impulso de las partes internas de un cuerpo que busca crecimiento encuentra un obstáculo insuperable a los movimientos que requiere. El niño hace continuos e inútiles esfuerzos, que apuran sus fuerzas o retardan sus progresos. Menos estrecho, menos ligado, menos comprimido se hallaba en el vientre de su madre que en sus pañales: no veo lo que ha ganado con nacer.

La inacción y el apriete en que retienen los miembros de un niño no pueden menos que perjudicar la circulación de la sangre y los humores, de dificultar que se fortalezca o crezca la creatura y de alterar su constitución. En los países donde no toman tan extravagantes precauciones los hombres son todos altos, robustos y bien proporcionados. En los países en que los niños se fajan abundan jorobados, cojos, patizambos, gafos, raquíuticos y contrahechos de todo tipo. Por temor a que se desfiguren los cuerpos con la libertad

¹⁶ Buffon, *Historia natural*, tomo IV, p. 190.

¹⁷ Capillos son los gorritos de tela que se le ponían (y a veces aún se lo ponen) a los niños de pecho. **[Nota del Editor]**

de los movimientos, se apresuran a desfigurarlos, poniéndoles en prensa, y de buena gana los harían tullidos para impedir que se estropeasen.

¿Cómo no ha de incidir esa violencia tan cruel en su carácter y en su temperamento? Su primer sentimiento es de dolor y martirio pues sólo encuentran impedimentos para todos los movimientos que necesitan. Más desventurados que un criminal con grillas y esposas, los niños hacen esfuerzos inútiles, se enfurecen y gritan. Me dicen que sus primeras voces son los llantos. Y yo lo creo, ya que desde que nacen se les atormenta. Los primeros regalos que de ustedes reciben son cadenas y el primer trato que experimentan es el de tormentos. No quedándoles libre otra cosa que la voz, ¿cómo no van a utilizarla sino es para quejarse? Gritan por el daño que les hacen, pero más que ellos gritarías tú si estuvieras así de sometido.

¿De dónde proviene tan irracional costumbre? De otro uso inhumano. Desde que las madres han desdeñado su primera obligación, al no querer criar a sus hijos, ha sido indispensable dejarlos en manos de mujeres mercenarias que viéndose de ese modo madres de hijos ajenos –ajenos a la naturaleza– sólo han pensado en ahorrarse trabajo. Les hubiera sido obligatorio estar en continua vigilancia del niño libre, pero bien atado se le puede echar en un rincón sin preocuparse de sus gritos. Con tal de que no haya pruebas de la negligencia de la nodriza, con tal de que no se rompa al niño un brazo ni una pierna, ¿qué importa que se muera o que se quede enfermo mientras viva? A costa de su cuerpo se conservan sus miembros, y la nodriza no tendrá culpa de cualquier cosa que suceda.

Estas dulces madres, que desprendiéndose de sus hijos se entregan alegremente a las diversiones y pasatiempos de las ciudades, ¿saben qué trato recibe en la aldea su hijo de pañales? Al menor apuro le cuelgan de un clavo, como un atado de ropa, y así crucificado permanece el infeliz mientras la nodriza cumple sus quehaceres. Todos cuantos se han hallado en esta situación tenían amoratado el rostro. Oprimido con violencia el pecho, no dejaba circular la sangre que se arrebatada a la cabeza y creían que el niño estaba muy tranquilo porque no tenía fuerza para gritar. Ignoro cuántas horas puede permanecer en tal estado un niño sin perder la vida, pero dudo que pueda resistir muchas. Esta es, según creo, una de las mayores utilidades de ese trato.

Se explica que si se deja a los niños libres pueden tomar posturas malas y hacer movimientos que perjudiquen la buena conformación de sus miembros. Éste es uno de tantos vacuos raciocinios de nuestra equivocada sabiduría, la que nunca se ha confirmado por la experiencia. De los muchísimos niños que en pueblos más sensatos que nosotros se crían con toda la libertad de sus miembros no se ve que uno sólo se hiera ni se lastime. No pueden dar a sus movimientos la fuerza suficiente para que sean peligrosos, y cuando toman una postura violenta el dolor les advierte en breve que la cambien.

Todavía no se nos ha ocurrido fajar a los perros y los gatos: ¿vemos que les signifique algún inconveniente esta negligencia? Los niños son más pesados, cierto, pero también son en proporción más débiles. Apenas se pueden mover, ¿cómo se han de lastimar?

Si se les tiende de espaldas, se morirían en esta postura, como una tortuga galápago, sin poderse volver nunca a su posición original.

No contentas con haber dejado de amamantar a sus hijos, las mujeres dejan de querer concebirlos: es una consecuencia muy natural. Tan pronto sea delicado el estado de la madre, se busca el modo para librarse de él por completo: quieren hacer una obra inútil, para volver sin cesar a ella, y se torna en perjuicio de la especie el atractivo dado para la procreación. Sumada esta costumbre a las otras causas de despoblación, nos señala el destino de Europa. Las ciencias, las artes, la filosofía y las costumbres que ésta engendra no tardarán en convertir a Europa en un desierto. La poblarán fieras, y con esto no habrá cambiado mucho la clase de sus habitantes.

Algunas veces yo he presenciado a mujeres jóvenes arteras que suelen fingir deseo de criar ellas a sus hijos de modo que se las inste a dejar ese capricho, intercediendo los maridos, los médicos y especialmente las madres. Un marido que se atreviese a consentir que su mujer amamante a su hijo es hombre perdido, y le tildarán como a un asesino que quiere deshacerse de ella. Hay maridos prudentes que sacrifican el amor paterno en beneficio de la paz. Gracias a que se hallan en los lugares mujeres más acogedoras que las de ustedes: mayores tienen que darlas si el tiempo que éstas así ganan no lo emplean con hombres ajenos.

No está en duda el deber de las mujeres, pero se discute si, por el desprecio que de él hacen, es igual para los niños que los amamante una u otra. Esta cuestión, que dirimen los médicos, la tengo por resuelta a satis-

facción de las mujeres,¹⁸ y yo pienso también que vale más que mame el niño la leche de una nodriza sana que la de una madre achacosa, si hubiese que temer nuevos males, de la misma sangre que le ha formado.

Sin embargo, ¿debe mirarse esta cuestión sólo bajo el aspecto físico? ¿Necesita menos el niño del cuidado de una madre que de su pecho? Otras mujeres, y hasta animales, le podrán dar la leche que le niega ésta, pero nada suple la solicitud maternal. La que cría al hijo ajeno en vez del suyo es mala madre: ¿cómo puede ser buena nodriza? Podrá llegar a serlo, pero será de a poco; será preciso que el hábito corrija la naturaleza y el niño, mal cuidado, tendrá tiempo para morirse cien veces antes de que su nodriza le tome cariño de madre.

De esta misma última ventaja deriva un inconveniente que bastaría por sí solo para quitar a toda mujer sensible el ánimo de entregar a su hijo para que lo críe otra, que es el de ceder parte del derecho de madre, o más bien de enajenarle; el de ver que su hijo quiere a otra mujer tanto como a ella y más; el de contemplar que es justo el cariño que le da a su madre adoptiva porque ¿no debo yo el afecto de hijo a aquella que tuvo conmigo los afanes de madre?

El modo de solucionar este inconveniente es incitando a los niños al desprecio de sus nodrizas y tratando a éstas como meras criadas. Cuando han concluido su servicio, les quitan la criatura o las despiden

¹⁸ La simpatía entre mujeres y médicos me ha parecido siempre una de las más curiosas singularidades de París. Los médicos adquieren su reputación gracias a las mujeres y éstas hacen su voluntad gracias a los médicos. Fácilmente se deja entender por esto qué clase de habilidad necesita un médico para hacerse célebre en París.

y, a fuerza de desaires, las privan de ver a su hijo de leche, que al cabo de algunos años ni la ve ni la reconoce. Se engaña la madre que piensa sustituirse a la nodriza, y que con su crueldad esconde su negligencia y, en vez de criar un hijo tierno, forma a un hijo de leche despiadado: le enseña a ser ingrato y le induce a que abandone un día a la que le dio la vida y a la que le alimentó con la leche de sus pechos.

¡Cuánto insistiría yo en este punto si me desalentara menos tener que repetir en balde útiles consejos! Esto tiene conexión con muchas más cosas de lo que se cree. ¿Quieres llevar a cada uno hacia sus primeros deberes? Comienza por las madres y quedarás asombrado de los cambios producidos. De esta primera depravación procede sucesivamente lo demás: se altera el orden moral y en todos los pechos se extingue lo natural; pierde el aspecto de vida lo que ocurre al interior de las casas; el tierno espectáculo de una naciente familia ya no inspira apego a los maridos, ni atenciones a los extraños; es menos respetada la madre cuyos hijos no se ven; no hay residencia en las familias; la costumbre ya no estrecha los vínculos de la sangre; no hay padres ni madres ni hijos ni hermanos ni hermanas; si apenas se conocen todos, ¿entonces cómo se han de querer? Cada uno sólo piensa en sí. Cuando la casa propia es un despoblado triste, es una necesidad ir a divertirse a otra parte.

Es imprescindible que las madres se dignen criar a sus hijos: y así las costumbres se reformarán en todos los pechos... y se repoblará el Estado; este primer punto, este punto único, lo reunirá todo. El más eficaz antídoto contra las malas costumbres es hacer atrac-

tiva la vida doméstica: así se torna grata la impertinencia de los niños, que se cree inoportuna, haciendo que el padre y la madre se necesiten más, se quieran más uno a otro y estrechen entre ambos el vínculo conyugal. Cuando es viva y animada la familia, son las tareas domésticas la ocupación más valiosa para la mujer y el desahogo más suave del marido. Así, enmendado este abuso, sólo resultaría en breve una reforma general y pronto recuperaría la naturaleza todos sus derechos. Vuelvan de una vez las mujeres a ser madres, y volverán también los hombres a ser padres y esposos.

¡Superfluos razonamientos! Ni el hastío de los deleites mundanos los atrae. Las mujeres dejaron de ser madres y nunca más lo serán ni querrán serlo. Incluso cuando quisieran, apenas podrían. Hoy, cuando ya se ha establecido el uso contrario, tendría cada una que pelear contra la oposición de todas sus conocidas, unidas contra un ejemplo que las unas no han dado y que no quieren seguir las otras.

No obstante, todavía se encuentran algunas pocas mujeres jóvenes de buen carácter que, atreviéndose a enfrentar el imperio de la moda y los clamores de su sexo, desempeñan con virtuosa valentía esta obligación tan suave que les impuso la naturaleza. ¡Ojalá se aumente el número con el atractivo de los bienes destinados a las que lo cumplen! Fundándome en consecuencias que el más obvio raciocinio presenta, y en observaciones que nunca han sido desmentidas, me atrevo a prometer a estas dignas madres un sólido y constante cariño de sus esposos, una verdadera ternura filial de sus hijos, la estimación y el respeto del público, partos felices sin azares ni malas resultas,

una salud robusta y duradera, la satisfacción –en fin– de verse un día imitadas por sus hijas y citadas como ejemplo por las ajenas.

Sin madre no hay hijo: son recíprocas las obligaciones entre ambos y si se desempeñan mal por una parte serán desatendidas por la otra. El niño debe amar a su madre antes de saber que debe hacerlo. Si no prodigan la costumbre y los cuidados de la voz de la sangre, fallece ésta en los primeros años y muere el corazón, por decirlo así, antes de que haya nacido. Desde los primeros pasos, pues, ya nos apartamos de la naturaleza.

Por una senda opuesta salen también de ella las madres que, en vez de desatender los cuidados maternos, los toman en exceso, haciendo de sus hijos sus ídolos, acrecentando y propagando su debilidad por impedir que la sientan y –con la esperanza de alejarlos de las leyes de la naturaleza– apartan de ellos todo enfrentamiento penoso sin hacerse cargo de los accidentes y peligros que acumulan para el futuro sobre su cabeza por algunas pocas incomodidades de que por un instante los preservan, y cuán inhumana precaución es dilatar la debilidad de la infancia bajo las fatigas de los hombres formados. Dice la fábula que Tetis, para hacer a su hijo invulnerable, le sumió en las aguas de la laguna Estigia; alegoría tan hermosa como clara.¹⁹ Lo contrario hacen las crueles madres de que hablo: preparan a sus hijos a padecer, a fuerza de sumirlos en la flojera, y abren sus poros a todo tipo

¹⁹ Según la mitología griega, las aguas de la laguna Estigia separaban el mundo de los vivos del de los muertos. [Nota del Editor]

de achaques, de los que sin duda padecerán cuando sean adultos.

Observemos la naturaleza, y sigamos la senda que nos señala. La naturaleza ejercita sin cesar a los niños, endurece su temperamento con todo tipo de pruebas y les enseña muy pronto qué es pena y dolor. Los dientes que les nacen les causan calenturas; violentos cólicos les dan convulsiones; los ahogan porfiadas toses; los atormentan las lombrices; la plétora les pudre la sangre; fermentan en ella varias levaduras y ocasionan peligrosas erupciones.²⁰ Casi toda la primera edad es enfermedad y peligro: la mitad de los niños que nacen perecen antes de que lleguen al octavo año. Hechas las pruebas, ha ganado fuerzas el niño y tan pronto como puede usar de la vida tiene más fortaleza.

Esa es la regla de la naturaleza. ¿Por qué oponerse a ella?

¿Quién no ve que, pensando corregirla, se destruye su obra y pone obstáculo a la eficacia de sus labores? Hacer en lo externo lo que ejecuta ella en lo interno es redoblar el peligro, además de hacer burla de él y extenuarlo. La experiencia dice que mueren más niños criados con delicadeza que de los otros. Con tal de que no se exceda en el alcance de sus fuerzas, menos se arriesga con ejercitarlas que con no ponerlas a prueba. Hay que ejercitarlos, por tanto, a sufrir golpes que tendrán que aguantar después; endurecer sus cuerpos a la inclemencia de las estaciones, de los climas y los elementos, al hambre, a la sed, a la fatiga;

²⁰ Según la RAE, en la medicina antigua, la plétora es “un exceso de sangre o de otros líquidos orgánicos en el cuerpo o en una parte de él”. [Nota del Editor]

bañarlos en las aguas *estigias*. Antes de que el cuerpo haya contraído hábitos se les dan sin riesgo los que se desee, pero una vez que ha tomado consistencia toda alteración será peligrosa. Sufrirá un niño variaciones que no aguantaría un hombre: blandas y flexibles las fibras del primero, cambian sin dificultad la forma que se les da; más endurecidas las del hombre, no sin violencia pierden el dobléz que han recibido. Así que es posible hacer fuerte a un niño sin exponer su salud y su vida y, aunque corriese cierto riesgo, no se debería dudar en ello. Una vez que estos riesgos son inseparables de la vida humana, ¿qué mejor cosa podemos hacer que enfrentarlos en la época en que menos inconvenientes presentan?

Es más estimable un niño cuanto más adelantado en edad. Al precio de su vida junta el valor de las tareas que ha costado, y con la pérdida de su existencia une en él la idea de la muerte. Por tanto, cuidando de su conservación, debe pensarse particularmente en el tiempo venidero y protegerle contra los males de la edad juvenil antes de que llegue a ella, porque si crece el valor de la vida hasta la edad en que es útil ¿no es irracional preservar de algunos males la infancia para aumentarlos en la edad de la razón? ¿Son esas las lecciones del maestro?

El destino del hombre es padecer en todo tiempo, y hasta el cuidado de su conservación está unido con el sufrimiento. ¡Feliz él, que sólo conoce en su infancia los males físicos, males mucho menos crueles, menos dolorosos que los otros, y que con mucha menos frecuencia nos obligan a renunciar a la vida! Nadie se mata por dolores de gota: sólo los de mal

ánimo engendran la desesperación. Compadecemos la suerte de la infancia, siendo que debiéramos llorar sobre la nuestra. Nuestros más graves males vienen de nosotros.

Grita el niño al nacer, y su primera infancia se va toda en llantos. Tan pronto le bailan y le acarician para acallarle como se le amenaza o castiga para imponerle silencio, o hacemos lo que él quiere o exigimos de él lo que queremos: o nos forzamos a sus antojos o lo forzamos a los nuestros. No hay término medio: o se dictan leyes o se obliga a obedecerlas. De ese tenor son sus primeras ideas: las del imperio y de la servidumbre. Antes de saber hablar, ya manda; antes de poder obrar, ya obedece... y a veces le castigan antes de que pueda conocer sus equivocaciones o, mejor dicho, antes de que las pueda cometer. Así es como se infunden pronto en su joven corazón las pasiones que luego se imputan a la naturaleza y, después de haberse afanado en hacerle malo, se quejan de que lo sea.

De esta manera, un niño de 6 ó 7 años en manos de mujeres es víctima de los caprichos de ellas y del suyo propio. Y después de que le han hecho que aprenda esto y lo otro –es decir, después de haber abrumado su memoria con palabras que no puede comprender o con cosas que para nada le sirven–, después de haber sofocado su carácter natural con las pasiones que en él se han sembrado, entregan este ser ficticio en manos de un preceptor que acaba de desarrollar los gérmenes artificiales que ya encuentra formados, y le instruye en todo, menos en conocerse, menos en dar frutos de sí mismo, menos en saber vivir y construir

su felicidad. Finalmente, cuando este niño esclavo y tirano, lleno de ciencia y falto de razón, tan flaco de cuerpo como de espíritu, es lanzado al mundo, descubriendo su ineptitud, su soberbia y todos sus vicios, hace que se compadezca la humana miseria y perversidad. Es una gran equivocación, porque ese es el hombre de nuestros desvaríos, y muy distinta forma tiene el hombre de la naturaleza.

Si deseas que conserve su forma original, consérvasela desde el instante en que viene al mundo. Apodérate de él desde que nazca y no le sueltes hasta que sea hombre. Si no haces eso nunca lograrás nada. Así como es la madre la verdadera nodriza, el verdadero preceptor es el padre. Ambos deben ponerse de acuerdo tanto en el orden de las funciones como en su sistema, y que el niño pase de las manos de una a las del otro. Mejor lo educará un padre juicioso y de escuetos alcances que el maestro más hábil del mundo, porque es mejor la dedicación que el talento.

Pero los quehaceres, los asuntos, las obligaciones... ¡Ah, las obligaciones! Sin duda que la de padre es la posterior.²¹ No hay por qué admirarse de que un hombre cuya mujer no se ha dignado criar con sus pechos el fruto de su unión se esmere de educarle. No hay pintura más encantadora que la de la familia, pero

²¹ Cuando leemos en Plutarco (*Vida de Marco Catón*, 41) que Catón el Censor, que con tanta gloria gobernó Roma, educó por sí mismo a su hijo desde la cuna, y con tanto esmero que todo lo abandonaba para estar presente cuando la nodriza, esto es, la madre, le arrullaba y le lavaba; cuando vemos en Suetonio (*Vida de Augusto*, cap. LXIV) que Augusto, señor del mundo que había conquistado y que regía, enseñaba él mismo a sus nietos a escribir, a nadar y los elementos de las ciencias, y que los tenía siempre a su lado, no puede uno menos de reírse de las buenas gentes de aquellos tiempos, que se divertían en semejantes boberías, sin duda porque eran de escaso ingenio para ocuparse de los graves asuntos de los grandes hombres de nuestro tiempo.

un sólo rasgo mal trazado desfigura todos los demás. Si a la madre le falta salud para ser nodriza, al padre le sobrarán argumentos para ser preceptor. Lejos, dispersados los hijos en pensiones, en conventos, en colegios, pondrán en otra parte el cariño de la casa paterna o, mejor dicho, volverán a ella con el hábito de no tener apego a nada. Apenas se conocerán los hermanos y las hermanas. Cuando estén todos reunidos en una ceremonia podrán ser muy corteses entre sí, y se tratarán como extraños. Cuando ya no hay intimidad entre los parientes; cuando convivir en familia ya no es el consuelo de la vida, es menester recurrir a las malas costumbres para suplirle. ¿Hay hombre tan necio que no vea el encadenamiento de todo esto?

Cuando un padre engendra y mantiene a sus hijos no hace más que la tercera parte de su misión. Debe a su especie hombres; debe a la sociedad hombres sociables y debe ciudadanos al Estado. Todo hombre que puede satisfacer esta triple deuda y no lo hace es culpable, y más culpable acaso cuando la paga a medias. Quien no puede desempeñar las funciones de padre no tiene derecho a serlo. No hay pobreza, trabajos ni respetos humanos que le liberen de mantener a sus hijos y educarlos por sí mismo. Puedes creerme, lector: a cualquiera que tenga entrañas y desatienda tan sacrosantos deberes le pronostico que derramará largo tiempo amargas lágrimas sobre su error y que nunca encontrará consuelo.

¿Pero qué hace ese rico, ese padre de familia tan atareado y obligado, según dice, a dejar abandonados a sus hijos? Paga a otro para que desempeñe tareas que le corresponden. ¡Alma mezquina! ¿Crees que

con dinero das a tu hijo otro padre? Pues le engañas y ni siquiera le das un maestro: ese es un sirviente y formará a otro como él.²²

Hay bastante escrito acerca de las dotes de un buen ayo. La primera que yo requeriría, y esto supone muchas otras, es que no fuese un hombre vendible. Hay profesiones tan nobles que no es posible ejercerlas por dinero sin mostrarse indigno de su ejercicio: así es la del guerrero, así es la del instructor. “¿Pues quién habrá de educar a mi hijo?”. “Ya te lo he dicho: tú mismo”. “Yo no puedo”. “¡No puedes!... Pues consíguete un amigo, ya que no veo ningún otro medio”.

¡Un guía! ¡Qué sublime alma! Verdad es que para formar a un hombre es necesario o ser padre o más que hombre. Ésta es la función que confías tranquilamente a un asalariado.

Cuanto más reflexiona uno más dificultades nuevas se le presentan. Sería necesario que hubiese sido educado el ayo para el alumno, los criados para el amo: que todos cuantos se acerquen a él hubieran recibido las impresiones que le deben comunicar. Y de educación en educación sería necesario subir hasta no sé dónde. ¿Cómo es posible que un niño sea bien educado por uno que lo fue mal?

¿No es posible dar con este raro mortal? Lo ignoro.

²² Este párrafo parece haber sido escrito para reprocharse con dureza por lo que él mismo hizo. En Rousseau se da la cruel paradoja de que tuvo cinco hijos y a todos, tal aquí denuncia, no los educó ni hizo de preceptor (tutor) o ayo ni nada: apenas nacidos, él y su mujer –la madre– los entregaron en orfanatos. En sus últimos años de vida, escribió: “Al meditar mi Tratado de la Educación, me di cuenta de que había descuidado deberes de los que nada podía dispensarme. Finalmente, el remordimiento fue tan vivo que casi me arrancó la confesión pública de mi falta al comienzo del *Emilio*” (Rousseau, *Confesiones*, 1998). [Nota del Editor]

¿Quién sabe, en estos tiempos de envilecimiento, hasta qué grado de virtud se puede todavía elevar el alma humana? Pero supongamos que hemos hallado a este portentoso. Contemplando lo que debe hacer veremos lo que debe ser. De antemano se me figura que un padre que conociese todo cuanto vale un buen instructor se resolvería a no buscarle, porque más trabajo le costaría encontrarle que llegar a serlo él mismo. ¿Quiere hacerse de un amigo? Eduque a su hijo para que lo sea, y así se puede evitar de buscarlo en otra parte. Ya la naturaleza ha hecho la mitad de la obra.

Uno, de quien no sé más que su jerarquía, me propuso que educara a su hijo. Sin duda fue mucha honra para mí, pero lejos de quejarse de mi negativa debe alabar mi prudencia. Si hubiera admitido su oferta y errado en mi método la educación habría resultado mala. Al acertar con él sería peor: su hijo hubiera renegado del título de príncipe.

Estoy tan convencido de lo enormes que son las obligaciones de un preceptor, y conozco tanto mi incapacidad, que nunca admitiré semejante cargo, sea quien fuere el que me lo brinde y hasta el interés de la amistad fuera para mí nuevo motivo de negarme a él. Creo que después de leído este libro habrá pocos que piensen en hacerme tal oferta, y ruego a los que pudieran pensarlo que no se molesten en ese inútil trabajo. En otro tiempo hice prueba suficiente de esta profesión, y por eso estoy cierto de que no soy apto para ella, y aun cuando por mi talento fuera idóneo me dispensaría de ella mi estado. He creído que debía hacer esta declaración pública a los que al parecer no me estiman lo bastante para creermelo convencido y

sincero en mis determinaciones.

Sin capacidad para desempeñar la más útil tarea, me atreveré a lo menos a probar la más fácil: a ejemplo de muchos, no pondré manos a la obra, sino a la pluma y, en vez de *hacer* lo que conviene, me esforzaré en *decirlo*.

Ya sé que en las empresas de esta especie el autor, a sus anchas siempre en acciones que no se ve obligado a practicar, entrega sin trabajo muchos excelentes preceptos de imposible ejecución y que, por no bajar a insignificancias y a ejemplos, incluso lo practicable que enseña no se puede poner en hechos por no haberse demostrado la aplicación. Por eso me he decidido a tomar a un alumno imaginario y a suponerme con la edad, la salud, los conocimientos y todo el talento que conviene para desempeñar su educación, conduciéndola desde el instante de su nacimiento hasta aquel en que, ya hombre formado, no necesite más guía que a sí mismo. Me parece útil este método para que un autor que desconfía se extravíe en visiones, porque en cuanto se desvía de la práctica ordinaria no tiene más que probar la suya en su alumno y en breve conocerá, o lo conocerá el lector, si sigue los progresos de la infancia y el camino natural del corazón humano.

Esto es lo que he procurado hacer con todas las dificultades que se han presentado. Por no abultar inútilmente el libro, me he ceñido a sentar los principios cuya verdad a todos debe parecer obvia. Pero, en cuanto a las reglas que podían necesitar pruebas, las he aplicado todas a mi Emilio, o a otros ejemplos, haciendo ver en detalles muy acotados cómo se podía poner en práctica lo que yo había asentado. Éste es al

menos el plan que me he propuesto seguir y al lector compete decidir si acerté.

De aquí resulta que en un principio he hablado poco de Emilio, porque mis primeras máximas de educación, aunque contrarias a las comúnmente usadas, son de tan palpable evidencia que no es fácil que un hombre de razón les niegue validez. Mientras avanzo, mi alumno, conducido de otra manera que los de ustedes, ya no es un niño ordinario y necesita un régimen peculiar para él. Sale entonces con más frecuencia a la escena, y en los últimos tiempos casi ni un instante lo pierdo de vista hasta que, por más que él lo niegue, no tenga la menor necesidad de mí.

No hablo en este lugar de las cualidades de un buen pedagogo: las doy por supuestas y supongo también que las poseo yo todas. La lectura de esta obra hará ver con cuánta libertad procedo para conmigo.

Observaré solamente, en contra de la creencia general, que el ayo de un niño debe ser joven e incluso tan joven como puede serlo un hombre de juicio. Hasta quisiera que sea niño, si fuera posible, que pudiera ser compañero de su alumno, y granjearse su confianza, tomando parte en sus diversiones. Hay tan pocas cosas análogas entre la infancia y la edad madura que nunca se formará apego sólido a tanta distancia. Los niños halagan algunas veces a los viejos, pero nunca los quieren.

Es deseable que este tutor hubiese ya educado a otro niño. Pero es demasiado: un mismo hombre no puede educar más que a uno, y si fuese necesario educar a dos para acertar en la educación del segundo, ¿qué derecho tuvo para encargarse del primer alumno?

Con más experiencia sabría actuar mejor, pero ya

no podría. Aquel que ha desempeñado una vez este cargo con el suficiente acierto para conocer todas sus incomodidades no queda con ánimo para volver a realizar la misma empresa; y si ha salido mal la primera vez, no es buen augurio para la segunda.

Convengo en que es muy distinto acompañar a un joven por espacio de cuatro años que conducirlo por espacio de 25. Ustedes le entregan un instructor a su hijo ya formado por completo, y yo quiero que lo tenga antes de nacer. Según su parecer, un ayo puede cambiar de alumno cada lustro, pero el guía que yo imagino nunca tendrá más que uno. Ustedes distinguen al preceptor del ayo: otro error. ¿Distinguen acaso al alumno del discípulo? Una sola ciencia hay que enseñar a los niños: la de las obligaciones del hombre. Esta ciencia es única y –diga lo que diga Jenofonte de la educación de los persas—²³ no es divisible. Por lo demás, yo llamaré ayo y no preceptor al maestro de esta ciencia, porque su oficio no es tanto instruir como conducir. No debe dar preceptos: debe hacer que los encuentre su alumno.

Si con tanto esmero se escoge el preceptor, facultad tiene éste para escoger a su alumno, particularmente tratándose de un modelo que proponer. No puede basarse esta elección en el ingenio y carácter del niño, que no se conoce hasta el fin de la obra, y que yo adopto antes de que nazca. Si pudiera escoger, buscaría un entendimiento ordinario, como el que supongo

²³ En su libro *La Ciropedia* (en alusión al rey persa Ciro), el historiador ateniense Jenofonte (431 a.C-354 a.C) se refiere en detalle a la educación de los persas. [Nota del Editor]

a mi alumno. Únicamente los hombres vulgares²⁴ necesitan ser educados y sola su educación debe servir de ejemplo para sus semejantes: los demás se educan a pesar de las contrariedades.

No es indiferente la condición del país para la cultura de los hombres. Estos sólo en los climas templados son todo cuanto pueden ser: en los climas extremados es visible la desventaja. Un hombre no es un árbol plantado en un país para no moverse de él, y el que sale de un extremo para ir al otro tiene que andar doble camino que quien sale del término medio para llegar al mismo punto que el primero.

Si el habitante de un país templado recorre sucesivamente ambos extremos todavía saca evidentes ventajas porque, aunque reciba las mismas impresiones que el que va de un extremo a otro, se aparta menos de su natural constitución. En Laponia y en Guinea vive un francés, pero no vivirá igualmente ni un negro en Tornea,²⁵ ni un samoyeda en Benin.²⁶ También parece que no es tan perfecta la organización del cerebro en ambos extremos. La inteligencia de los europeos no la tienen los negros ni los lapones. Por eso, si quiero que mi alumno pueda ser habitante de la tierra entera le escogeré en una zona templada, en Francia por ejemplo, mejor que en otro lugar.

El pobre no necesita educación: la de su estado es

²⁴ Entender “vulgar” en el sentido más usado de la época; es decir, “común” o “corriente”. **[Nota del Editor]**

²⁵ Tornea: río y lago del norte de Suecia. **[Nota del Editor]**

²⁶ Los pueblos samoyedas habitan el norte de Rusia. Benin está en África central: hoy es una república con este mismo nombre, pese a que se independizó de Francia (fue colonia francesa) llamándose Dahomey. **[Nota del Editor]**

forzosa y no puede tener otra. Por el contrario, la que por su situación recibe el rico es la que menos le conviene para sí mismo y para la sociedad. La educación natural debe, por otra parte, hacer al hombre apto para todas las condiciones humanas. De ese modo, menos racional es educar a un rico para que sea pobre que a un pobre para que sea rico, porque en proporción del número de ambos estados hay más ricos que se empobrezcan que pobres que se enriquezcan. Escojamos, pues, a un rico: estaremos ciertos de haber hecho un hombre más, mientras un pobre puede hacerse hombre por sí solo.

Por la misma razón, no me molestará que Emilio sea de ilustre cuna, que siempre será una víctima sacada de las garras de la preocupación.

Emilio es huérfano. Nada importa que vivan su padre y su madre. Encargado yo de todas sus obligaciones, adquiero todos sus derechos. Debe honrar a sus padres, pero sólo a mí debe obedecer: ésta es mi primera o, más bien, mi única condición.

Tengo que añadir otra, que no es más que una consecuencia forzosa de la anterior: y es que no nos privarán a uno de otro sin nuestro consentimiento. Es una cláusula esencial, y todavía más: quisiera yo que se tuvieran por inseparables el alumno y el guía, que siempre el destino de su vida fuera objeto común entre ellos. De tal forma contemplan, aunque remota, su separación, previendo el instante en que serán los dos extraños uno para otro, aunque ya lo son en efecto: cada uno forma su sistema aparte y pensando ambos en la época en que ya no se hallarán juntos permanecen unidos a disgusto.

Mira el discípulo al maestro como el látigo de la niñez: el maestro no considera en el discípulo más que una carga pesada, y sólo ansía verse libre de ella. Así aspiran a librarse uno de otro y, como nunca hay entre ellos verdadero cariño, uno tendrá poca vigilancia y menos docilidad el otro.

Pero, si se miran como obligados a pasar juntos la vida, les importa hacerse amar uno de otro y por lo mismo en efecto se aman. No se avergüenza el alumno de seguir en su niñez al amigo que ha de tener cuando sea hombre, y el ayo se interesa en los esfuerzos cuyos frutos ha de cosechar, siendo todo el mérito que da a su alumno una previsión que otorga interés para su ancianidad.

Este tratado, hecho de antemano, supone un parto feliz y un niño bien conformado, robusto y sano. Un padre no puede elegir ni debe tener preferencias en la familia que le da Dios: todos sus hijos son igualmente suyos; a todos debe la misma solicitud y el mismo cariño. Sean o no defectuosos, sean enfermos o robustos, cada uno de ellos es un depósito, del que debe dar cuenta a la mano que lo recibió. Y el matrimonio es un contrato que se celebra más bien con la naturaleza que entre los cónyuges.

Pero aquel que se impone una obligación que no le ha pedido la naturaleza primero debe asegurarse de los medios para ejercerla. De otro modo, se hace culpable hasta de lo que no pueda lograr. El que se encarga de un alumno endeble y enfermizo cambia su rol de tutor por el de enfermero; malgasta el tiempo en cuidar de una vida inútil lo que había destinado para aumentar su valor y se expone a ver a una madre

desconsolada y echarle en cara un día la muerte de su hijo, cuya existencia quizás dilató el maestro.

No me encargaría yo de un niño enfermizo y achacoso aunque supiese que va a vivir 80 años, pues no quiero un alumno siempre inútil para sí y para los demás, ocupado únicamente en conservarse y cuyo cuerpo perjudique a la educación del alma. ¿Qué haría yo consagrándole en vano todos mis afanes si no es aumentar la pérdida de la sociedad y privarla de dos hombres en vez de uno? Que se encargue otro, en lugar mío, de este enfermo. Consiento en ello y apruebo su caridad, pero ese no es mi talento: yo no sé, de modo alguno, enseñar a vivir a quien sólo piensa en librarse de la muerte.

Es necesario que para obedecer al alma el cuerpo tenga vigor; un buen sirviente debe ser robusto. Bien sé que los vicios excitan las pasiones y al fin extenua al cuerpo. Muchas veces las mortificaciones y los ayunos producen el mismo efecto por una razón contraria. Cuanto más débil es el cuerpo más ordena, cuanto más fuerte más obedece. En cuerpos afeminados residen todas las pasiones sensuales y más se irritan aquellos cuanto menos pueden satisfacerlas.

Un cuerpo frágil debilita el alma. De aquí proviene el dominio de la medicina, arte más perjudicial a los hombres que todas las dolencias que pretende sanar. Yo no sé cuál es la enfermedad que curan los médicos, pero sé que nos promueven otras funestísimas: la cobardía, la pusilanimidad, la credulidad, el miedo a la muerte. Si sanan el cuerpo, matan el ánimo. ¿Qué nos importa que hagan andar cadáveres? Necesitamos hombres y no vemos que salga ninguno de sus manos.

La medicina está de moda en nuestro país, y tiene que ser así: es la diversión de personas ociosas y desocupadas que, al no saber en qué gastar el tiempo, lo emplean en conservarse. Si por desdicha suya hubieran nacido inmortales, serían los más desventurados de los seres, y una vida que nunca temieran perder no tendría para ellos valor alguno. Esta gente necesita médicos que los amenacen para adularlos, y que cada día les den el único gusto que son capaces de apreciar: el de no estar muertos.

No es mi ánimo extenderme aquí sobre la vanidad de la medicina: mi objeto es considerarla sólo por su aspecto moral. Sin embargo, no puedo menos que observar que sobre su uso hacen los hombres los mismos sofismas que acerca de la investigación de la verdad. Siempre suponen que el que visita a un enfermo le cura, y que el que busca una verdad la encuentra, y no ven que se debe contrapesar la utilidad de una cura que hace el médico con la muerte de cien enfermos que mata, y las ventajas del descubrimiento de una verdad con el daño que hacen los errores que cometen al mismo tiempo. La ciencia que instruye y la medicina que sana son buenas, sin duda, pero la ciencia que engaña y la medicina que mata son malas. Lo difícil es que nos enseñen a distinguir las: esa es la dificultad. Si supiéramos ignorar la verdad nunca nos seduciría la mentira; si supiéramos no querernos curar a despecho de la naturaleza nunca moriríamos a manos del médico. Ambas abstinencias serían puestas en razón y evidentemente ganaríamos sujetándonos a ellas. Yo no niego que la medicina sea útil a algunos hombres, pero sí afirmo que es perjudicial al linaje humano.

Me dirán, como se dice siempre, que las equivocaciones pertenecen al médico, pero que en sí la medicina es infalible. Bienvenida sea: venga, pues, la medicina sin el médico, porque mientras vengan juntos habrá cien veces más riesgo en los errores del artista que esperanza de socorro en el arte.

Este arte falaz, más adaptable a los males del ánimo que a los del cuerpo, no es más útil para unos que para otros. No nos sana tanto de nuestras dolencias como nos infunde terror de ellas; no aleja tanto la muerte como hace que anticipadamente la sintamos. Gasta la vida en vez de prolongarla, y aun cuando la prolongase todavía sería en detrimento de la especie puesto que nos desprende de la sociedad por los cuidados que nos impone, y de nuestras obligaciones por los sustos que nos causa. El conocimiento de los riesgos es lo que los hace temibles. Quien se creyera invulnerable no tendría miedo de nada a fuerza de armar contra el peligro a Aquiles. Así le quita el poeta el mérito del valor; cualquiera, en su lugar, habría sido Aquiles.²⁷

¿Quieres hallar hombres de verdadero valor? Búscalos en los países donde no hay médicos, donde se ignoran las consecuencias de las enfermedades y donde se piensa poco en la muerte. De manera natural, el hombre sabe padecer con constancia y muere en paz. Los médicos con sus recetas, los filósofos con sus preceptos, los sacerdotes con sus exhortaciones: son los

²⁷ Aquiles fue un héroe legendario de la Guerra de Troya. Su madre, Tetis, lo sumergió en la laguna Estigia (véase nota 22) para que su cuerpo se haga invulnerable. Así sigue siendo un mortal, ya que Tetis no le sumerge el talón, pero no requiere de muchas armas para enfrentar a los mejores troyanos.
[Nota del Editor]

que acobardan su ánimo y hacen que no sepa morir.

Denme, pues, un alumno que no necesite de todas estas gentes o no lo acepto. No quiero que otros echen a perder mi tarea; deseo educarlo yo solo o no comprometerme a ello. El sabio Locke, que pasó parte de su vida estudiando medicina, recomienda con eficacia que no se den remedios a los niños, ni por precaución ni por incomodidades ligeras.²⁸ Yo iré más allá y declaro que, no llamando nunca al médico para mí, tampoco lo llamaré para mi Emilio, a menos que se halle su vida en peligro inminente, porque entonces no le puede hacer otro daño que matarle.

Yo sé bien que el médico sacará partido de esta tardanza: si muere el niño, dirá que fue porque le llamaron muy tarde; si se restablece, él será quien le habrá salvado. Alabemos al médico, pero no le llamemos hasta una situación extrema.

El niño no sabe curarse; entonces que sepa que estando mal hay un arte que suple al médico y que surte muchas veces mejor efecto: el arte de la naturaleza. Cuando está malo el animal, padece sin quejarse y se está quieto; no se ven otros animales achacosos más que los hombres. ¡A cuánta gente que hubiera resistido la enfermedad y sanado, el tiempo ha quitado la vida por la impaciencia, el miedo y la zozobra, sin importar todos los remedios! Se me dirá que como viven los animales de un modo más conforme a la naturaleza deben estar menos sujetos que nosotros a dolencias. Genial: ese modo de vivir es el que yo

²⁸ Nuevamente se refiere al inglés John Locke (1632-1704) y a su obra *Algunos pensamientos sobre la educación* (1693), la referencia más directa a este tratado de Rousseau. [Nota del Editor]

quiero prescribir a mi alumno, y debe sacar de él las mismas ventajas.

La higiene es la única parte útil de la medicina, y la higiene es menos ciencia que virtud. Los dos médicos eficaces del hombre son la templanza y el trabajo: éste incita el apetito y aquella le impide los abusos.

Para saber cuál es el régimen que más conviene a la vida y a la salud basta con saber cuál es el que siguen los pueblos que están más sanos, son más robustos y viven más tiempo. Las observaciones generales nos hacen ver que el ejercicio de la medicina no procura a los hombres salud más fuerte y vida más dilatada: por lo mismo podemos deducir que no es útil este arte, sino perjudicial, puesto que emplea el tiempo, los hombres y las cosas sin provecho alguno. No solamente es perdido el tiempo que se gasta en conservar la vida para el uso de ella, y es necesario restarle la utilidad, sino además cuando este tiempo se gasta en atormentarnos es menos que nulo, es negativo y, para calcular con equidad, se debe restar éste del tiempo total de vida. Más vive para sí mismo y para los demás el que vive 10 años sin médico que el que ha vivido 30 años como víctima suya. Habiendo hecho ambas pruebas, me creo con más derecho que nadie para sacar esta conclusión.

He aquí las razones por las que deseo que mi alumno sea robusto y sano, y con los principios naturales para que se mantenga así. No me detendré en probar extensamente la utilidad de los trabajos manuales y los ejercicios corporales para fortalecer la salud y el temperamento: este asunto nadie lo cuestiona; los ejemplos de longevidad los ofrecen los hombres que

más ejercicio han hecho y que más fatigas y afanes han sufrido.²⁹ Tampoco me alargaré en detallar la atención que me merecerá esta materia sola. El lector verá que es tan indispensable en mi práctica que basta penetrar el espíritu de ella para que no sean necesarias otras explicaciones.

Empiezan las necesidades al mismo tiempo que se origina la vida. El recién nacido necesita una nodriza. Si asume la madre en cumplir con esta obligación se le darán por escrito sus instrucciones, utilidad que tiene el inconveniente de dejar al tutor más distante de su alumno. Es creíble, sin embargo, que el interés de la creatura y la estimación de aquel a quien quieren confiar tan precioso depósito harán que la madre sea dócil a los consejos del maestro, y de seguro que cuanto quiera hacer lo hará mejor que cualquier otra. Si necesitamos de una nodriza ajena empecemos escogiéndola bien.

Una de las muchas desgracias de las personas ricas es que las engañan en todo. ¿Por qué nos sorprendemos si forman tan errados juicios de los hombres? La riqueza es la que las corrompe, y en justo castigo esas gentes son las primeras que reconocen el defecto del

²⁹ Presentaremos un ejemplo de los periódicos ingleses, que reproduzco porque presenta muchas reflexiones relativas a mi asunto. “Un individuo llamado Patricio Oncil, que nació en 1647, se acaba de casar en séptimas nupcias en 1760. Sirvió en Dragones el decimoséptimo año del reinado de Carlos II, y en otros varios cuerpos hasta el año de 1740, donde alcanzó su licencia. Se encontró en todas las campañas del rey Guillermo y del duque de Malborough. Nunca ha bebido este hombre más que cerveza común; siempre se ha alimentado con vegetales y no ha comido nunca carne, como no fuese en algunos banquetes que daba a su familia. Siempre acostumbraba a levantarse y a acostarse con el sol, a menos que se lo hayan impedido sus obligaciones. Actualmente tiene 113 años, oye bien, goza de salud y anda sin bastón. No obstante su avanzada edad, no está un instante desocupado y va todos los domingos a su parroquia en compañía de sus hijos, nietos y biznietos”.

único instrumento que saben manejar. En sus casas todo está mal hecho, menos lo que estas personas ricas hacen, aunque casi nunca hacen nada. Si se trata de buscar una nodriza, hacen que se las busque el médico. ¿Y qué resulta? Que la mejor es la que más le ha pagado. No consultaré yo a un médico para la nodriza de Emilio: tendré cuidado de escogerla yo mismo. Sobre este tema no disertaré con la erudición de un cirujano, pero sí caminaré con buena fe y menos me engañará mi buen criterio que su avaricia.

No se tiene mucho que averiguar en esta elección. Sabidas son las reglas, pero debería ponerse más atención en el tiempo de la leche, tal como se hace respecto de la calidad de ella. La leche nueva es toda serosa, y debe ser casi aperitiva para sanar los cólicos debido a lo que queda adherido en los intestinos del recién nacido.³⁰ Poco a poco la leche toma consistencia y ofrece un alimento más sólido al niño, ya más potente para digerirla. Ciertamente que, no sin un buen motivo, hace variar la naturaleza en las hembras de toda especie la consistencia de la leche según la edad del bebé.

Por lo tanto, un niño recién nacido necesitaría de una nodriza recién parida.³¹ Bien sé que esto ofrece

³⁰ Rousseau utiliza aquí una terminología “científica” común de la época. “Serosa” remite a la consistencia líquida del suero y “aperitiva” significa aquí “que sirve para combatir las obstrucciones (...) y que abre las vías que recorren los líquidos en el estado normal” (RAE). [Nota del Editor]

³¹ El término *nodriza*, ya en desuso porque el rol se extinguió, alude a lo que en Chile se llamó usualmente “mamá de leche”, atribuido a las mujeres que no siendo madres biológicas amamantaban a sus hijos. Fue común en el mundo y en el país, sobre todo en familias más adineradas. Desde mediados de la década de 1960, con las políticas de planificación familiar y de salud pública implantadas en el gobierno de Eduardo Frei (precursores en América cuyo símbolo fue propiciar la píldora anticonceptiva), cambiaron estas prácticas y, junto con ello, se redujo la tasa de natalidad y la mortandad infantil. Estos cambios, y otros propios de la revolución que ocurrió en la forma de vida,

inconvenientes, pero como somos parte del orden natural todo tiene sus inconvenientes al actuar en buena forma. La única salida cómoda es actuar mal y por eso ésta es la que se escoge.

Sería necesario encontrar una nodriza tan sana de corazón como de cuerpo. La destemplanza de las pasiones puede alterar su leche tanto como la de los humores, y atenerse meramente a lo físico es no ver más que la mitad del objeto. Puede ser buena la leche y mala la nodriza, teniendo en cuenta que un buen carácter es tan esencial como un buen temperamento.³² Si se escoge una mujer viciosa, no digo que el hijo de leche contraerá sus vicios, pero sí digo que se resentirá por ellos. ¿No le debe, además de la leche, solicitudes que exigen dedicación, paciencia, blandura y limpieza? Si es glotona y destemplada, pronto quedará alterada su leche; si es descuidada y colérica, ¿cómo dejaremos dependiendo de ella a un pobre desventurado que no puede defenderse ni quejarse? Nunca, en ningún caso, pueden ser buenos los malos para alguna cosa buena.

Importa la acertada elección de la nodriza, puesto que no debe tener su hijo de leche otra que no sea ella, como no debe tener otro preceptor que su ayo. Así era como hacían los antiguos, menos argumentadores y más sabios que nosotros. Cuando habían dado el pecho a creaturas de su sexo, nunca las desamparaban y

propiciaron un cambio radical en el rol de la mujer en la sociedad y también en la familia. Así, la función de la nodriza, se extinguía. **[Nota del Editor]**

³² “Temperamento” en el sentido biológico: constitución particular de cada individuo, fruto del predominio fisiológico de un sistema orgánico (RAE). **[Nota del Editor]**

por eso en sus piezas teatrales son nodrizas la mayor parte de las confidentes. Es imposible que un niño, que sucesivamente pasa por tantas manos distintas, salga bien educado. A cada variación hace secretas comparaciones que siempre se detienen en disminuir su estimación a los que lo dirigen y, por consiguiente, la autoridad que sobre él tienen. Si llega a estimarse que hay personas adultas que no tienen más razón que las creaturas, todo se habrá perdido y no queda esperanza de una buena educación. No debe un niño conocer más autoridades que su padre y su madre, y a falta de estos su nodriza y su tutor, e incluso así uno sobra, pero es inevitable esta partición. Lo único que para remediarla puede hacerse es que las personas de ambos sexos que lo dirijan estén en tan buena sintonía que por respeto a él no sean más que uno.

Es preciso que la nodriza viva con alguna comodidad, tome alimentos sustanciosos, pero que no varíe enteramente de modo de vida, porque un rápido y total cambio siempre es peligroso para la salud. Y puesto que su acostumbrado régimen la ha constituido o mantenido sana y robusta, ¿por qué variárselo?

Las campesinas comen más legumbres y menos carne que las mujeres de las ciudades. Este régimen vegetal parece más propicio para ellas y las creaturas. Cuando tienen hijos de leche, las de la ciudad hacen que coman el cocido, persuadidas de que la sopa y el caldo de carne forman mejor el cuerpo y dan más leche. No soy yo, en ningún caso, de este parecer y tengo la experiencia para decirlo, ya que los niños criados de este modo están más propensos a cólicos y a lombrices que los demás.

Esto no es extraño, puesto que la sustancia animal, cuando se pudre, se llena de gusanos, lo que no sucede con la vegetal.³³ Así lo demuestra el análisis de ella: se digiere con facilidad y no da señas de alcalinas volátiles, como las dan las sustancias animales, pues deja –como las plantas– una sal neutra esencial.

La leche de las hembras herbívoras es más dulce y sana que la de las carnívoras. Formándose con una sustancia homogénea a la suya, conserva mejor su naturaleza y está menos vulnerable a la putrefacción. Atendiendo a la cantidad, todos saben que los farináceos hacen más sangre que la carne y también deben dar más leche. No puedo creer que un niño que no fuese destetado antes de tiempo, o que lo fuese con alimentos vegetales y cuya nodriza sólo comiese vegetales, padeciese de lombrices.

Puede ser que los alimentos vegetales den una leche que se digiere antes, pero estoy lejos de creer que la leche se digiera como alimento pernicioso. Pueblos enteros que no se alimentan de otra cosa viven muy sanos, y todo ese aparato de absorbentes³⁴ me parece pura charlatanería. Hay temperamentos a los que no conviene la leche, y en tal caso ningún absorbente se la puede hacer digerir; otros la digieren sin absorbentes. Temen algunos a la leche cuajada o a los requesones, y es un error, porque sabemos que siempre la leche se

³³ Las mujeres comen pan, legumbres y lácteos; las perras y las gatas comen lo mismo y hasta las lobas pastan. Buscan jugos vegetales para su leche. Falta examinar la leche de las especies que no pueden alimentarse más que con carne (por si hubiera alguna de ellas, cosa que dudo mucho).

³⁴ Los “absorbentes” eran en la medicina de la época el conjunto de vasos y glándulas que, supuestamente en aquel entonces, producían la absorción.
[Nota del Editor]

cuaja en el estómago y de ese modo se convierte en alimento de suficiente solidez para sustentar las creaturas de los animales. Si no se cuajara, no haría más que pasar y no los alimentaría.³⁵ Es en vano cortar la leche de mil modos, usar mil absorbentes: quien come leche digiere queso y esto no tiene excepción. Tan apto es el estómago para cuajar la leche que la cuajada se hace con estómago de capón.

Creo, pues, que en vez de cambiar el alimento común de las nodrizas basta con que se les dé comida más abundante y seleccionada según su tipo. Las comidas no son indigestas por la naturaleza de los alimentos, pero el modo de sazonarlos es lo que los hace perniciosos. Se deben reformar las reglas de la cocina: no tengas frituras ni manjares compuestos con manteca enrojecida al fuego; no lleves al fuego la sal, los lácteos ni la manteca; no condimentes las legumbres cocidas en agua hasta que se pongan hirviendo encima de la mesa, y la comida de vigilia, lejos de encender la sangre de la nodriza, la dará leche abundante y de excelente calidad.³⁶ ¿Sería posible que, reconociendo el régimen vegetal como el mejor para la creatura, la nodriza estimara mejor el régimen animal? Esto es una contradicción.

En los primeros años de vida es cuando ejerce el aire una acción particular en la constitución de los niños. Penetrando por los poros de su blando y delicado

³⁵ Aunque los jugos que nos nutren sean líquidos, se deben exprimir de manjares sólidos. Un trabajador que se alimentase sólo con caldo pronto fallecería; mejor se sustentaría con leche, porque ésta se cuaja.

³⁶ Los que quieran informarse más de las ventajas y de los inconvenientes del régimen pitagórico podrán consultar los tratados que acerca de tan importante materia han escrito los doctores Cocchi y su antagonista Bianchi.

cutis, incide poderosamente en sus nacientes cuerpos y les deja marcas que nunca se borran. Por eso no deseo que se saque a una nodriza de su lugar para encerrarla en una habitación de la ciudad y hacerla criar al niño en casa de sus padres. Prefiero que vaya a respirar el aire sano del campo en lugar del corrompido de la ciudad; que asuma el estado de su nueva madre, que viva en su pobre casa y que le acompañe su ayo. Recuerde el lector que no es éste un hombre pagado, sino el amigo de su padre. Pero se me dirá: y si no existe ese amigo, si no es fácil llevarse al niño, si ninguno de estos consejos es practicable, ¿qué debe hacerse? Ya he dicho lo que se hace; para eso no se necesitan consejos.

La naturaleza de los hombres no es la de vivir hacinados en hormigueros, sino desparramados sobre las tierras que habrán de cultivar. Mientras más se juntan más se dañan. Efecto infalible de la excesiva concurrencia son las dolencias del cuerpo y los vicios del alma. Entre todos los animales, el hombre es el que menos puede vivir en manada, y hombres hacinados como carneros se morirían todos en brevísimo tiempo. El aliento del hombre es mortal para su semejante, expresión no menos exacta en sentido literal que metafórico.

Las ciudades son los abismos del género humano. Al transcurrir algunas generaciones perecen o degeneran las castas. Entonces es preciso renovarlas y el campo es el que posibilita esta renovación. Envía, pues, a tus hijos a que se renueven, por así decir, y a que recuperen en los campos el vigor que se pierde en el aire contagioso de las ciudades grandes. Se apresu-

ran las mujeres embarazadas que están en el campo por volver a la ciudad cuando se les acerca el parto, y deberían hacer todo lo contrario, particularmente las que quieren criar por sí mismas a sus hijos. Menos les costaría de lo que imaginan: en una mansión más natural para nuestra especie, los deleites imprescindibles de las obligaciones naturales les quitarían pronto la afición a los deleites que se apartan de ellas.

Luego de concluido el parto, se lava al niño con agua tibia, comúnmente mezclada con vino. La adición del vino no me parece necesaria: no produciendo la naturaleza ninguna cosa fermentada no es creíble que para la vida de sus creaturas tenga importancia utilizar un líquido artificial.

Por la misma causa, tampoco me parece indispensable tomar la precaución de calentar el agua. Hay muchos pueblos que, sin más preparativos, lavan en los ríos o en el mar a los niños recién nacidos, pero, afeminados los nuestros antes de nacer, por la comodidad de los padres, vienen al mundo con un temperamento ya dañado que no conviene exponer a todas las pruebas que deben someterle desde un comienzo. Sólo de manera gradual puede ser restituido su primigenio vigor. Empecemos habituándonos al uso y apartémonos de él, pero poco a poco. Debe lavarse a los niños con frecuencia, pues su suciedad demuestra esta precisión. Cuando no hacen más que secarlos, les rompen el cutis, pero cuando tomen fuerza debe disminuirse (por grados) el calor del agua hasta que finalmente se les lave todo tiempo con agua fría, aunque sea muy helada. Para que no corran riesgo, conviene que esta disminución sea lenta, insensible y

sucesiva, y de ese modo podremos servirnos del termómetro para medirla con exactitud.

Establecido ya este uso del baño, no debe interrumpirse, para conservarle así toda la vida. No sólo lo considero como necesario para la limpieza y salud actual, sino también como precaución saludable para hacer más flexible el tejido de las fibras y que de esa forma cedan sin riesgo ni esfuerzo a los diversos grados de calor y frío. Para esto quisiera yo que, siendo mayor el niño, de a poco se acostumbrara a bañarse en aguas calientes o frías y a todos los grados tolerables. Habituándose de esta forma a sufrir las distintas temperaturas del agua, que como fluido más denso nos toca por más lugares y nos perjudica más, se haría el hombre casi insensible a las variaciones del aire.³⁷

Luego de que se libera al niño de sus envoltorios, no se permita que le pongan otros donde se halle más comprimido. Fuera capillos, fuera fajas, fuera pañales; mantillas fluctuantes y anchas que dejen todos sus miembros libres, y que ni sean tan pesadas (que le impidan sus movimientos) ni tan calientes (que no le dejen sentir las impresiones del aire). Póngasele en una cuna espaciosa,³⁸ bien rellena con lana, donde se pueda mover sin peligro y a su gusto. Cuando ya empiece a tomar fuerza, déjesele que se arrastre por el cuarto. Desarrollando y extendiendo así sus pequeños miembros, veremos cómo se consolidan día a día

³⁷ En las ciudades ahogan a los niños al forzarlos a tenerlos encerrados y abrigados. Todavía no saben los que los cuidan que, lejos de hacerles mal, los fortifica el aire frío y que el caliente los debilita, les da calentura y los mata.

³⁸ Digo una cuna por emplear una palabra común a falta de otra, pero estoy convencido de que nunca es necesario mecer a los niños y de que esta costumbre les es perjudicial la mayoría de las veces.

y, al compararle con un niño de la misma edad bien fajado, asombrará la diferencia que habrá entre los adelantos de ambos.³⁹

Hay que contar con una fuerte oposición de parte de las nodrizas porque da menos quehacer el niño bien atado que cuando tiene que cuidar de él constantemente. Además, como la suciedad es más visible en un traje abierto, es necesario limpiarle con más frecuencia. Es claro que la costumbre es el argumento que en muchos países nunca se refuta a satisfacción del pueblo llano.

No ralonee con las nodrizas, porque es trabajo perdido: mándeseles, véase lo que hacen y no se omita nada para facilitar en la práctica las tareas que se les hayan encargado. ¿Y por qué no tomar parte en ellas? Comúnmente, cuando se cría a un niño, sólo a lo físico se atiende; con tal de que sobreviva y no enferme poco importa lo demás. Pero aquí es donde empieza con la vida la educación: desde que nace el niño ya es discípulo no del ayo sino de la naturaleza. El ayo

³⁹ “Por esta razón los antiguos habitantes de Perú dejaban libres los brazos a sus hijos en una empañadura muy ancha, y cuando se la quitaban, los dejaban libres en un hoyo hecho en tierra, y guarnecido o entapizado de lienzo, en el que los metían hasta medio cuerpo. De este modo tenían libertad de mover los brazos y la cabeza y de doblar el cuerpo a su antojo sin caer ni lastimarse. Y cuando podían dar algún paso, les presentaban los pechos a cierta distancia, como estímulo para obligarlos a caminar. Los negritos suelen mamar en una situación mucho más incómoda, pues aprietan con sus pies y rodillas una de las caderas de la madre, se toman con sus manos al pecho y maman constantemente sin descomponerse ni caer, pese a los diferentes movimientos de la madre, que no deja su trabajo ordinario. Estas creaturas al segundo mes empiezan a caminar o, mejor dicho, a andar a gatas, y este ejercicio les facilita después correr en la misma postura casi con la misma velocidad que si corriesen en dos pies” (Buffon, *Historia natural*, tomo IV, p. 192). A estos ejemplos hubiera podido añadir el conde de Buffon el de Inglaterra, donde van suprimiendo la extravagante y bárbara costumbre de los pañales y la faja. (Véase también a La Loubère, *Viaje de Siam*; a Le Beau, *Viaje del Canadá*; etc.). Si tuviera que confirmar esto con hechos, llenaría veinte páginas de citas.

no hace otra cosa que estudiar con este primer maestro, y evitar que sean en vano sus afanes. Vigila a la creatura, la observa, la sigue, acecha con diligencia el primer albor de su débil entendimiento, como al acercarse el primer cuarto de luna acechan los musulmanes el momento en que el día nace.

Nacemos con la capacidad para aprender, pero sin saber nada ni conocer nada. El alma encadenada en imperfectos y no bien formados órganos ni siquiera tiene conciencia de su propia existencia. Son los movimientos y gritos del niño recién nacido efectos puramente mecánicos, privados de conocimiento y voluntad.

Supongamos que cuando nace el niño tuviera ya la fuerza y la estatura de un adulto; que saliera –por decirlo de algún modo– armado de punta a cabo del seno de su madre, como salió Palas del cerebro de Júpiter.⁴⁰ Sería este hombre-niño un imbécil completo, una máquina, una estatua inmóvil y casi insensible; nada vería, nada oiría, a nadie conocería, no sabría volver los ojos a lo que necesitase ver. No sólo no distinguiría objeto alguno fuera de él, sino que tampoco referiría ningún objeto al órgano del sentido que se le hiciera distinguir: ni estarían los colores en sus ojos ni estarían los sonidos en sus oídos; no estarían sobre su cuerpo los cuerpos que tocara, ni sabría siquiera que tiene uno. Estaría en su cerebro el contacto de sus manos; se reunirían en un único punto todas sus sensaciones; solamente en las sensaciones comunes existirían. No tendría más que una idea, la del yo: a

⁴⁰ Atenea Palas, la diosa de la guerra, según la mitología griega nace del cerebro de Zeus (Júpiter para los romanos). [Nota del Editor]

ésta referiría todas sus sensaciones. Y esta idea o, mejor dicho, este modo de sentir sería lo único en que se diferenciase de cualquier otro niño.

Este hombre formado de repente no sabría mantenerse en pie. Necesitaría de mucho tiempo para aprender a guardar el equilibrio, quizá no lo intentaría, y veríamos este cuerpo grande, fuerte y robusto fijo en un lugar como una peña, o arrastrarse por el suelo como los perritos cachorros.

Sentiría el malestar de las necesidades sin conocerlas ni imaginar medio ninguno de satisfacerlas. Aunque estuviese rodeado de alimentos, no hay comunicación ninguna inmediata entre los músculos del estómago y los de los brazos y piernas que le hiciera dar un paso para arrimarse a ellos, o alargar la mano para cogerlos; y como ya habría tomado su cuerpo todo su incremento, como estarían enteramente desarrollados sus miembros, no tendría la inquietud ni los continuos movimientos de los niños, y podría muy bien morir de hambre, antes de moverse para buscar que comer.⁴¹ Por poco que uno haya reflexionado acerca del orden y progresos de nuestros conocimientos, no podrá negar que, con poca diferencia, sea éste el primitivo estado de ignorancia y estupidez natural al hombre, antes de aprender algo de la experiencia o de sus semejantes.

Se conoce, por tanto, o puede conocerse, el punto primero de donde sale cada uno de nosotros para

⁴¹ En el contexto empirista que caracteriza esta parte del Libro I, la mención de la “inquietud” cobra mucha importancia para explicar los primeros movimientos del hombre. Se trata de un motivo interno, que no se traduce en palabras (ya que Emilio no habla todavía), sino en movimientos. Es la debilidad de Emilio la que lo conduce a cambiar de estado. **[Nota del Editor]**

llegar al común grado de inteligencia humana; pero ¿quién es el que conoce el otro extremo? Según su ingenio, su gusto, sus necesidades, su talento, su celo, y las ocasiones que de abandonarse a él se presentan, se adelanta más o menos cada uno; pero no sé que haya habido hasta ahora filósofo tan atrevido que dijese: “Este es el término a donde puede llegar el hombre y del que no puede pasar”. Ignoramos lo que nos permite la naturaleza que seamos; ninguno de nosotros ha medido la distancia que entre un hombre y otro puede mediar. ¿Cuál es el ánimo mezquino que nunca inflamó esta idea, y que en su orgullo no dice alguna vez: ¡A cuántos voy dejando atrás!, ¡a cuántos puedo pasar aún! ¿Por qué ha de adelantarse a mí un semejante?

Repito que la educación del hombre empieza desde que nace; antes de hablar y antes de oír ya se instruye. La experiencia precede a las lecciones. Y cuando conoce a su nodriza, ya tiene mucho adquirido.

Nos admirarían los conocimientos del hombre más rústico si siguiéramos sus progresos desde el momento en que nació hasta aquel en que se halla. Si partiéramos el saber humano en dos partes, una común de todos los hombres y otra peculiar de los sabios, sería la última muy pequeña comparada con la primera. Pero no atendemos a las adquisiciones generales, porque se hacen sin pensarlo, antes de la edad de razón; y porque, por otra parte, sólo por las diferencias se nota el saber y, como en las ecuaciones algebraicas, no se cuentan las cantidades comunes.

Hasta los animales adquieren mucho. Tienen sentidos y es necesario que aprendan a hacer uso de ellos;

tienen necesidades y es necesario que aprendan a satisfacerlas; es necesario que aprendan a comer, a andar, a volar. No por eso saben andar los cuadrúpedos, que desde que nacen se tienen en pie; en sus primeros pasos se ve que hacen pruebas mal seguras. Los jilgueros que se escapan de las jaulas no saben volar, porque nunca han volado. Todo es motivo de instrucción para los seres animados y sensibles; y si tuvieran las plantas movimiento progresivo, sería necesario que tuviesen sentidos y adquiriesen conocimientos, sin lo cual en breve perecerían las especies.

Las primeras sensaciones de los niños son puramente afectivas, y sólo se distinguen en ellas placer o dolor. No pudiendo andar ni agarrar, necesitan de mucho tiempo para formarse poco a poco las sensaciones representativas que le muestran los objetos fuera de ellos mismos; pero antes de que se extiendan estos objetos –que se desvíen (por decirlo así) de sus ojos y adquieran para ellos figuras y dimensiones–, el regreso de sensaciones afectivas empieza a sujetarlos al imperio de la costumbre. Se les ve volver sin cesar los ojos hacia la luz y, si les viene de lado, tomar insensiblemente esta dirección, de manera que se requiere tener cuidado de colocarles de cara a la luz, para que no se pongan bizcos ni se acostumbren a mirar de reojo. También es preciso habituarlos cuanto antes a la oscuridad; si no, lloran y gritan cuando no ven la luz. El alimento y el sueño medidos con demasiada exactitud les vienen a ser necesarios al cabo de los mismos intervalos, y en breve no proviene el deseo de la necesidad sino del hábito, o más bien éste añade otra necesidad a la natural; cosa que es preciso evitar.

La única costumbre que se debe dejar que tome el niño es la de no contraer ninguna: no llevarle más en un brazo que en otro; no acostumbrarle a presentar una mano más que otra, a servirse más de ella a comer, dormir y hacer tal o cual cosa a la misma hora, a no poder estar solo de día ni de noche. Prepara de antemano el reinado de su libertad y el uso de sus fuerzas, dejando el hábito natural a su cuerpo, y poniéndole en el estado de ser siempre dueño de sí mismo y hacer en todo su voluntad, cuando la tenga.

Tan pronto como el niño empieza a distinguir los objetos, es importante escoger bien los que se le enseñen. Todo lo nuevo interesa naturalmente al hombre. Se siente tan débil que tiene miedo de todo cuanto no conoce; este miedo desaparece por el hábito de ver objetos nuevos sin recibir daño. Los niños criados en casas limpias donde no se consienten telarañas tienen miedo de las arañas, y muchas veces conservan ese temor cuando mayores. Nunca he visto aldeano, sea hombre, mujer o niño, que tenga miedo de las arañas.

¿Qué razón hay para que no empiece la educación antes de que hable y oiga el niño, puesto que la elección sola de los objetos que se le presentan es capaz de hacerle cobarde o valiente? Quiero que se habitúe a mirar nuevos seres, animales feos, repugnantes, extraños; pero poco a poco y a alguna distancia hasta que se acostumbre a ellos, y a fuerza de ver que otros los manejan, los maneje al fin el también. Si ha visto sin susto en su infancia sapos, culebras y cangrejos, verá sin horror, cuando sea mayor, cualquier otro animal, porque no hay objetos horrorosos para el que los ve todos los días.

Todos los niños se asustan de las máscaras. Empiezo mostrándole a Emilio una máscara bonita. Después uno se la pone delante de la cara. Me echo a reír, todo el mundo se ríe, y el niño se ríe como los demás. Poco a poco le acostumbro con máscaras más feas, y al fin con figuras horribles. Si he seguido bien la graduación, lejos de que le asuste la última, se reirá como de la primera; luego no temo que le metan miedo con máscaras.

En la despedida de Andrómaca y Héctor, cuando, asustado el niño Astianacte con el penacho que tremola en el yelmo⁴² de su padre, lo desconoce y se arroja dando gritos al cuello de su nodriza, causando a su madre una sonrisa mezclada en llanto. ¿Qué debe hacerse para quitarle el miedo? Justamente lo que Héctor hace: poner el yelmo en el suelo y acariciar luego al niño. En un momento más tranquilo no se hubiera contentado con esto: le habría acercado el yelmo al niño, jugado con las plumas, y hacérselas tocar, en fin; la nodriza hubiera tomado el yelmo, y se lo hubiera colocado riendo en la cabeza, siempre que una mujer se hubiese atrevido a tocar las armas de Héctor.⁴³

¿Se trata de acostumbrar a Emilio al ruido de un arma de fuego? Primeramente quemo pólvora en la cazoleta de una pistola, y le divierte esta llamada instantánea y brillante, esta especie de relámpago; la reitero con más pólvora; poco a poco cargo la pistola con poca pólvora y sin taco, luego con otra mayor car-

⁴² Yelmo: "pieza de la armadura antigua que resguardaba la cabeza y el rostro" (RAE). [Nota del Editor]

⁴³ En la mitología griega Astianacte es el hijo de Andrómaca y de Héctor (príncipe troyano a cargo de la defensa de la ciudad durante la Guerra de Troya). [Nota del Editor]

ga; al fin le acostumbro a oír los disparos, los cohetes, los cañonazos y las más terribles detonaciones.

He notado que los niños rara vez tienen miedo de los truenos, a menos que sean espantosos y realmente incomoden al órgano del oído. De otra manera no temen hasta que saben que el rayo algunas veces hiere o mata. Cuando empiece a asustarlos la razón, hagan que el hábito les dé ánimo. Con una lenta y bien dirigida graduación, el hombre y el niño se hacen atrevidos en todo.

En el principio de la vida, cuando están inactivas la imaginación y la memoria, el niño sólo atiende a lo que impresiona en sus sentidos. Y como estas sensaciones son los primeros materiales de sus conocimientos, presentárselas en orden conveniente es disponer su memoria a que un día se las exhiba en el mismo orden a su entendimiento. Pero como solamente atiende a sus sensaciones, basta primero mostrarle con distinción la conexión de estas mismas sensaciones con los objetos que las causan. El niño quiere tocarlo todo, manejarlo todo: no nos opongamos a esta inquietud pues le sugiere el más indispensable aprendizaje. Por esta inquietud aprende a sentir el calor, el frío, la dureza, la blandura, el peso, la ligereza de los cuerpos; a juzgar de su tamaño, su figura, y todas sus cualidades sensibles, mirando, palpando,⁴⁴ escuchando, especialmente comparando la vista con el tacto, y estimando con los ojos la sensación que provocarían en sus dedos.

⁴⁴ El olfato es el sentido que más tarda en desarrollarse en los niños. Hasta que tienen 2 ó 3 años, parece que no los mueven los olores buenos ni malos, y en esta parte tienen la diferencia o más bien la insensibilidad que se nota en muchos animales.

Sólo por el movimiento sabemos que hay cosas que no son de nosotros, y nada más que por nuestro propio movimiento adquirimos la idea de la extensión. Porque no posee el niño esta idea, sino que tiende indistintamente la mano para coger el objeto que tiene cerca como el que está a cien pasos. El esfuerzo que hace nos parece señal de poder, orden que da al objeto de que se acerque a él o a que nosotros se lo traigamos; y nada de esto es, sino que los mismos objetos que al principio veía en su cerebro, y luego pegados a sus ojos, los ve ahora cerca de su brazo, y no se figura otra extensión que hasta donde puede alcanzar. Téngase cuidado de pasearle con frecuencia, de llevarle de un sitio a otro, de hacerle conocer el cambio de lugar, a fin de enseñarle a juzgar de las distancias. Cuando empiece a conocerlas, entonces es necesario cambiar de método, y llevarle como se quiera y no como quiera él, porque cuando ya no le engaña el sentido, su esfuerzo procede de otra causa. Este cambio es notable y requiere explicación.

El malestar que producen las necesidades se manifiesta con signos, cuando es necesario socorro ajeno para satisfacerlas. De aquí los gritos de los niños: lloran mucho y debe ser así. Ya que son pasivas todas sus sensaciones, cuando son agradables las disfrutan callados; cuando son penosas, lo dicen en su lengua y piden alivio. Mientras están despiertos, no pueden permanecer en un estado de indiferencia: duermen o sienten dolor o gusto.

Todos nuestros idiomas son obra del arte. Por espacio de mucho tiempo se ha indagado si había algún idioma natural y común de todos los hombres:

sin duda que lo hay, y es el que hablan los niños antes de que sepan hablar. No es una lengua articulada, pero sí acentuada, sonora, inteligible. La práctica de nuestras lenguas nos ha hecho abandonar el idioma de los niños y nos hemos olvidado enteramente de él. Estudiemos a los niños y con ellos pronto volveremos a aprender su idioma. En esta lengua las nodrizas son maestras: todo cuanto dicen sus hijos de leche lo entienden, les responden, tienen con ellos conversaciones muy seguidas y, aunque pronuncian palabras, son voces absolutamente inútiles porque no es la significación de la palabra la que ellos entienden, sino el acento que la acompaña.

Al lenguaje de la voz se une el de los ademanes, que no es menos enérgico: estos no están en las débiles manos de los niños, sino en sus caras. Asombra la expresión que ya tienen estas mal formadas fisonomías. De un instante a otro varían sus semblantes con increíble rapidez; vemos en ellos la sonrisa, el deseo, el susto, que nacen y desaparecen como relámpagos. Cada vez parece distinta cara. Tienen los músculos del rostro más movibles que los nuestros. En cambio sus ojos opacos casi nada expresan. Este debe ser el género de los signos corporales: en muecas ocurre la expresión de las sensaciones; en la mirada, la expresión de los afectos.

Así como la debilidad y la miseria constituyen el primer estado del hombre, sus primeras voces son quejidos y llantos. El niño siente necesidades y no las puede satisfacer. Implora con gritos el socorro ajeno. Si tiene mucho frío o mucho calor, llora; si tiene hambre o sed, llora; si necesita moverse y le dejan quieto

to, llora; si quiere dormir y le quitan el sueño, llora. Cuanto menos está a disposición suya su modo de ser, con más frecuencia pide que lo muden. No tiene más que un idioma, porque sólo conoce una especie única de incomodidad. La imperfección de sus órganos no le permite distinguir la diversidad de impresiones, y todos sus males forman con respecto a él una sola impresión dolorosa.

En estos llantos, que podrían creerse tan poco dignos de nuestra atención, nace la relación primera del hombre con todo cuanto le rodea: aquí se forja el primer eslabón de la dilatada cadena que constituye el orden social.

Cuando llora el niño es que tiene alguna incomodidad o experimenta alguna necesidad que no puede satisfacer. Entonces examinamos, averiguamos qué necesidad es ésta, damos con ella y la remediamos. Cuando no atinamos a descubrirla, o no podemos satisfacerla, sigue el llanto, nos importuna. Halagamos al niño para que calle, le mecemos, le arrullamos para que se duerma. Si no calla, nos enojamos, le amenazamos, y algunas nodrizas de mal genio suelen a veces pegarle. Extrañas lecciones son éstas para el comienzo de la vida.

Nunca se me olvidará uno de estos incómodos llorones a quien pegó su nodriza: se calló al momento y yo creí que se había sobrecogido. ¿Será acaso un alma servil, decía yo para mí, que nada sin el rigor se alcanzará de ella? Me equivocaba: al desventurado le ahogaba la rabia, había perdido la respiración; le vi ponerse amoratado. De allí a un instante empezaron los gritos agudos; todas las señales del resentimiento,

la desesperación y el furor de esta edad, las daban sus acentos, y temí que expirara en esta agitación. Aunque hubiera dudado si la conciencia de lo justo y de lo injusto era innata en el corazón humano, sólo este ejemplo me lo hubiera demostrado. Estoy seguro de que hubiera sentido menos alguna brasa que por casualidad hubiera caído sobre una mano del niño que este golpe muy ligero, pero dado con ánimo manifiesto de hacerle daño.

Esta disposición de los niños a enfadarse, despecharse y encolerizarse exige grandísima atención. Estima Boerhaave⁴⁵ que la mayor parte de sus enfermedades son de la clase de las convulsivas, porque siendo su cabeza en proporción más abultada, y más extenso que en los adultos el sistema nervioso, éste es más propenso a irritación. Alejen de ellos con el mayor cuidado a los criados que les provocan, les enfadan, los impacientan y que son cien veces más peligrosos, y más funestos para ellos que la inclemencia del aire y de las estaciones. Mientras que sólo en las cosas (y nunca en las voluntades) hallen resistencia los niños, no serán iracundos ni coléricos y se conservarán más sanos. Esta es una de las causas del porqué los niños de la gente pobre (que son más libres y más independientes) son en general menos achacosos, menos delicados, más robustos que los que se pretende educar mejor protegiéndolos sin cesar: siempre hemos de tener presente que hay mucha diferencia entre

⁴⁵ Herman Boerhaave (1668-1738) fue un médico y humanista holandés, con enorme influencia en la medicina de la época; también en la botánica y en la química. Se destacó por sus teorías patológicas y su idea de la cura de las enfermedades. Al respecto, sus *Aforismos* (*Aphorismi de cognoscendis et curandis morbis*, 1709) fueron un hito en la medicina. **[Nota del Editor]**

obedecerles a quitarles sus gustos.

Los primeros llantos de los niños son ruegos; si no se les hace caso, pronto se convierten en órdenes: empiezan haciéndose asistir y acaban haciendo que los sirvan. Es de esta suerte, de su flaqueza propia, de donde nace primero la conciencia de su dependencia y se origina luego la idea de poder y dominación. De nuestros servicios ya empiezan aquí a hacerse distinguir los efectos morales, cuya inmediata causa no se halla en la naturaleza y, por tanto, se ve que desde esta edad primera importa reconocer la secreta intención que ha dictado el ademán o el grito.

Cuando el niño sin decir nada alarga con esfuerzo la mano, creyendo alcanzar al objeto porque no aprecia la distancia a que se halla, es un error suyo; pero cuando se lamenta y grita al alargar la mano, ya no se engaña acerca de la distancia, pues manda al objeto que se acerque a él, o a nosotros que lo llevemos. En el primer caso, llévesele despacio y a pasos lentos al objeto; en el segundo, no se le den siquiera muestras de haberle entendido: cuanto más grite, menos debe escuchársele. Conviene acostumbrarlo desde muy temprano a no mandar ni a los hombres (porque no es su amo) ni a las cosas (porque no le oyen). Por eso, cuando desea algo que ve y quieren dárselo, es mejor llevar el niño al objeto que traer el objeto al niño; de esta práctica saca una consecuencia propia de su edad, y no hay otro modo de sugerírsela.

El abate de Saint-Pierre⁴⁶ llamaba a los hombres

⁴⁶ Conocido como “el abate de Saint-Pierre”, Charles-Irénée Castel de Saint-Pierre (1658-1743) fue un influyente escritor, académico y diplomático francés, precursor de la Ilustración. [Nota del Editor]

“niños grandes”, y según ese concepto recíprocamente pudiéramos llamar a los niños “hombres chicos”. Estas proposiciones tienen algo de verdad como sentencias, pero como principios necesitan aclararse. Cuando Hobbes⁴⁷ calificaba al hombre perverso de “niño robusto” decía una cosa totalmente contradictoria. Toda perversidad procede de la debilidad. El niño, si es malo, es porque es débil: denle fuerza y será bueno; el que lo pudiese todo nunca haría mal. Entre el total de los atributos de la divinidad omnipotente, aquel sin el que no podemos concebirla es el de la bondad. Todos los pueblos que han admitido dos principios siempre han tenido al malo por inferior al bueno; de lo contrario habrían hecho una suposición absurda. Véase más adelante la profesión de fe del presbítero saboyano.

La razón nos enseña por sí sola a conocer lo bueno y lo malo: la conciencia, que hace que amemos lo primero y aborrezcamos lo segundo, es independiente de la razón y no se puede desenvolver sin ella.⁴⁸ Antes de entrar en edad de razón, hacemos bien y mal sin saber si lo que hacemos es bueno o malo: no hay moralidad en nuestras acciones, aunque algunas veces lo parezca por la impresión que nos producen las

⁴⁷ El principal aporte del filósofo y médico inglés Thomas Hobbes (1588-1679), mayor pero contemporáneo de Locke, fue su obra *Leviatán*, base teórica del absolutismo político. Su idea negativa de la naturaleza humana lo llevó a acuñar una célebre y controvertida frase (opuesta a la idea de Rousseau que se resumió al mito del “buen salvaje”): “el hombre es el lobo del hombre”. [Nota del Editor]

⁴⁸ La “Profesión de fe del vicario saboyano” es una parte del libro cuarto del mismo *Emilio* (no incluida en esta edición). La tesis central de Rousseau que retoma en detalle la profesión de fe es que la conciencia sólo se pronuncia respecto de objetos que la razón le presenta. Y que el niño no dispone todavía de esta facultad (según indica André Charrak, op. cit.) [Nota del Editor]

acciones de otro relativas a nosotros. Un niño quiere desordenar todo lo que ve: rompe, hace pedazos lo que puede coger, agarra un pájaro como agarraría una piedra y le ahoga sin saber lo que hace.

¿En qué consiste esto? Para responder, surge de inmediato la filosofía que señala como causa nuestros vicios naturales: la soberbia, el afán de dominación, el amor propio, la perversidad humana. Acaso añada que la conciencia incita, por su debilidad, al niño a que ejecute actos de fuerza y a que se dé a sí mismo pruebas de poder. Pero contemplemos a un viejo quebrantado y achacoso, de vuelta por las vicisitudes de la vida humana a la debilidad de la infancia: no sólo permanece inmóvil y tranquilo, sino que también quiere que nada se mueva en torno suyo pues le turba y desasosiega el menor cambio y desearía que reinara una calma universal. ¿Cómo una similar impotencia unida por las mismas pasiones puede producir tan distintos efectos en las dos edades si no hubiera variado la causa original? ¿Y dónde hallaremos esta diversidad de causas sino en el estado físico de ambos individuos? El principio activo común de los dos se desarrolla en uno y se apaga en otro: uno se forma, otro se destruye; uno camina a la vida, otro a la muerte. La actividad falleciente se reconcentra en el corazón del anciano, pero en el del niño es abundante y rebasa fuera, sintiéndose, por decirlo de algún modo, con bastante vida para animar a todo lo que lo rodea. No importa que haga o deshaga, le basta cambiar el estado de las cosas porque todo cambio es acción. Y si pudiera parecer que tiene más inclinación a destruir, no es por malicia sino porque la acción que ejecuta

siempre es lenta y, como la acción que destruye es más rápida, corresponde mejor con su viveza.

Al mismo tiempo de que el autor de la naturaleza da este principio activo a los niños, cuida de que sea poco perjudicial, dejándoles poca fuerza para que se abandonen a él. Si los niños observan a las personas que tienen cerca como instrumentos a quienes poner en acción, pueden servirse de ellos para seguir sus inclinaciones y suplir su propia vulnerabilidad. De este modo se ponen incómodos, tiranos, dominantes, malos, indómitos, estados que no proceden de un natural espíritu de dominación sino que se les imponen pues hace falta poca experiencia para saber cuán agradable es actuar en manos de otro.

Con la edad se cobran fuerzas, y uno se hace menos inquieto y más sereno, se contiene más: se ponen, por decir, en equilibrio el cuerpo y el alma, y la naturaleza sólo nos pide el movimiento necesario para nuestra conservación. Pero no se acaba el deseo de mandar con la necesidad que lo originó; el amor propio lo incentiva y le halaga el dominio que el hábito fortifica. Así el capricho sucede a la necesidad y empiezan a echar raíces las preocupaciones y la opinión.

Una vez conocido el principio, vemos claramente el momento preciso en que se abandona la senda de la naturaleza. Entonces aprendamos lo que hay que hacer para no salir de ella.

Lejos de tener los niños fuerzas de sobra, no tienen la suficiente para lo que les pide la naturaleza. Por tanto hay que dejarles utilizar de todas las que se les da y de las que no pueden abusar. Ésta es la *primera máxima*.

Es preciso ayudarles y suplir lo que les falta –sea inteligencia o fuerza– en cuanto a necesidad física: *segunda máxima*.

En la ayuda que se les diese, es necesario limitarse únicamente a la utilidad real, sin conceder algo al capricho o al deseo infundado, porque los antojos no los atormentarán si no se les han dejado adquirir, puesto que no son naturales: *tercera máxima*.

Hay que estudiar con atención su lengua y signos, ya que en esta edad no saben disimular: distinguiremos en sus deseos lo que se debe a la naturaleza y lo que procede de la opinión.

El espíritu de estas reglas es entregarles a los niños más verdadera libertad y menos dominación, permitirles que hagan más por sí mismos y exijan menos de los demás. Acostumbrándose desde muy pequeños a regular sus deseos con sus fuerzas sentirán poco la privación de lo que no esté en su mano conseguir.

Otra nueva e importantísima razón es dejar los cuerpos y los miembros de los niños totalmente libres, con la única precaución de preservarlos del riesgo de que se caigan, y apartar de sus manos todo lo que pueda herirlos.

Es indudable que una criatura que tiene los brazos y el cuerpo libres llorará menos que otra fajada en sus pañales. Como no conoce otras necesidades que las físicas, sólo llora cuando padece. Es esto muy útil, porque así se sabe cuándo necesita socorro y no debe demorarse un segundo en dárselo, si es posible. Pero si no le puedes aliviar, quédate quieto, sin halagarlo para que calle. Tus cariños no lo van a sanar de su dolor, pero él se acordará muy bien de lo que debe

hacer para que lo acaricien y, si sabe usarte así a su voluntad, entonces será tu dominador y todo se habrá perdido.

Menos contrariados en sus movimientos, también llorarán menos los niños; menos importunados con sus llantos, nos afanaremos menos en hacer que callen. Con menos frecuencia amenazados o mimados, no serán tan medrosos ni tan tercos y permanecerán más a gusto en su estado natural. Los niños no se quiebran tanto porque los dejen llorar sino por el ansia de hacerlos callar: la prueba es que los niños más abandonados están menos expuestos a quebrarse que los otros. Muy lejos estoy de pretender que se descuiden; al contrario, conviene prever sus necesidades y no dejar que sus gritos nos adviertan de ellas. Pero tampoco quiero que los cuidados que se tomen con ellos sean mal combinados. ¿Por qué han de dejar de llorar si ven que con su llanto logran tantas cosas? Instruidos del aprecio que se hace de su silencio, buen cuidado tienen de no prodigarle. Al final, tanto valor le dan, que no es posible pagárselo y entonces, al llorar sin fruto, se esfuerzan, se apuran y se matan.

Los porfiados llantos de un niño que no está preso ni enfermo, y a quien nada le falta, son llantos de hábito y obstinación; no son efecto de la naturaleza, sino de la nodriza, que por no saber tolerar su importunidad la multiplica, sin pensar que haciendo que el niño se quede callado hoy eso le estimula a que mañana llore más. El único medio de sanar o precaver esta costumbre es no hacer caso del llanto. Nadie quiere tomarse un trabajo inútil, ni las creaturas, que únicamente son tenaces en sus tentativas, pero si te-

nemos más constancia nosotros que terquedad ellas se cansan y no vuelven a empezar. Así se les ahorran lágrimas y se acostumbran a no derramarlas cuando el dolor no es la causa de ellas.

Por lo demás, cuando lloran por manía o por obstinación el mejor medio de acallarlas es distraerlas con algún objeto vistoso y agradable que haga se olviden de qué querían llorar. En esto son aventajadas la mayor parte de las nodrizas, y usado a tiempo es utilísimo, pero importa sobremanera que ni penetre el niño la intención de distraerle y que se divierta sin creer que piensan en él. Sobre este segundo punto están muy torpes las nodrizas.

Suele destetarse a los niños antes de tiempo. La época en que deben ser destetados la indica la salida de los dientes, y ésta por lo común es lenta y dolorosa. Por un instinto maquinal mete entonces el niño en la boca cuanto agarra para mascarlos. Dícese que esta operación se facilita dándole por juguete al niño un cuerpo duro, como marfil o un diente de lobo. Creo que es una equivocación. Los cuerpos duros aplicados a las encías, lejos de ablandarlas, las tornan callosas, las endurecen y preparan una ruptura más dolorosa y difícil. Tomemos siempre ejemplo del instinto. Vemos que los perritos no ejercitan sus dientes nacientes en pedernales, en hierro o en huesos, sino en madera, en cuero, en trapos, en materias blandas que ceden y donde hace presión el diente.

Ya no se sabe tener sencillez en nada, ni siquiera con los niños. Cascabeles de oro y plata, corales, cristales de facetas, juguetes de todo valor y todas clases: ¡cuánto atavío inútil y pernicioso! Nada de eso. Fue-

ra los cascabeles, fuera los juguetes: ramas de árbol con sus hojas y su fruta, una cabeza de adormidera en donde se oigan sonar los granos, un palo de regaliz que pueda el niño chupar y mascar... le divertirán tanto como todas las cosas magníficas, y no tendrán el inconveniente de acostumbrarle al lujo desde que nace.

Sabido es que la papilla no constituye un alimento muy sano. La leche cocida y la harina cruda engendran mucha saburra y conviene mal a nuestro estómago.⁴⁹ La harina está menos cocida en la papilla que en el pan, y además no ha fermentado. Si se quiere dar absolutamente al niño de este alimento, conviene tostar antes un poco la harina. En mi tierra hacen así una sopa muy sana y agradable, pero la nata de arroz y la panetela me parecen mejores.⁵⁰ También el caldo de carne y la sopa son alimentos que valen poco, y han de usarse lo menos posible. Conviene que los niños se acostumbren cuanto antes a mascar, que es el verdadero modo de facilitar la dentición y, cuando empiezan a tragar, los jugos salivales mezclados con los alimentos favorecen la digestión.

Yo les haría que mascasen primero frutas secas, con cáscaras, y les daría, en vez de juguetes, pedazos delgados y largos de pan duro o de bizcochos semejantes al pan de Mallorca. A fuerza de ablandarse en la boca se tragarían un poco, e insensiblemente les nacerían los dientes, y se encontrarían destetados sin pensar en ello. Comúnmente los hijos de los labrado-

⁴⁹ La *saburra* eran materias que se suponían acumuladas en el estómago después de malas digestiones. [Nota del Editor]

⁵⁰ La *panetela* es un plato que se hace con caldo y pan rallado, agregándole carne de gallina, yemas de huevos y otros ingredientes. [Nota del Editor]

res tienen muy robusto el estómago y no los destetan de otra manera.

Los niños oyen hablar desde que nacen, y no sólo les hablan antes de que entiendan lo que les dicen, sino antes de que puedan repetir las palabras que oyen. Inculto todavía su órgano, se adapta con lentitud a la imitación de los sonidos que les dictan y tampoco está probado que estos sonidos hagan en su oído tan distinta impresión como en el nuestro. No me parece mal que entretenga la nodriza al niño con coplas y cuentos alegres y muy variados, pero repruebo que sin cesar le atolondre con una multitud de palabras inútiles, de las cuales solamente entiende el tono que las acompaña. Querría que las articulaciones primeras que llegaran a su oído fueran pocas, fáciles y distintas, que se le repitiesen con frecuencia, y que las palabras que expresan significasen objetos sensibles que fuera posible mostrar en el acto al niño. La desgraciada facilidad que adquirimos de contentarnos con palabras que no entendemos empieza antes de lo que se cree y el estudiante en el aula escucha la charla de su nodriza. Me parece que sería utilísima instrucción educarle de manera que no comprendiese palabra de ella.

Las reflexiones vienen en tropel si uno quiere tratar de la formación de los idiomas, y de los primeros razonamientos de los niños. Sea como sea, siempre aprenderán a hablar del mismo modo, y en esto todas las especulaciones filosóficas son absolutamente inútiles.

De partida, tienen una especie de gramática peculiar a su edad, cuya sintaxis se ajusta a reglas más generales que la nuestra. Y si la examináramos atentamente nos asombraría la exactitud con que si-

guen ciertas analogías, defectuosísimas si se quiere, pero muy regulares, y que si no están admitidas es por su cacofonía o porque las rechaza el uso. Cierta día oí a un padre reñir ásperamente a un hijo suyo porque decía: no *cabremos* en la sala. Es claro que el chico seguía mejor la analogía que nuestras gramáticas porque, si se dice *cabemos*, ¿por qué no se puede decir *cabaremos*? Es pedantería inaguantable, y trabajo superfluo, ocuparse de quitarles a los niños todas estas faltas contra el uso que siempre corrigen ellos mismos con el tiempo. Hablemos siempre con pureza en su presencia, hagamos que con nadie se halle más a gusto que con nosotros y estemos seguros de que insensiblemente nuestro lenguaje será el ejemplo del suyo, sin que nunca se lo corriamos.

Pero es un abuso mucho más importante, y no menos fácil de precaver, el darse sobrada prisa a hacerlos que hablen, como si fuera de temer que no supiesen hablar por sí solos. Precipitación tan imprudente causa un efecto completamente opuesto al que se quiere. Los niños hablan más tarde y con más confusión. El mucho cuidado que se pone en todo cuanto dicen los dispensa de articular bien; y cuando apenas se dignen en abrir la boca muchos conservarán toda su vida un vicio de pronunciación y un confuso hablar que los hará casi ininteligibles.

He vivido mucho tiempo con aldeanos y nunca he oído tartamudear a alguien: ni a hombres ni a mujeres ni a niños. ¿De qué proviene esto? ¿Están acaso sus órganos contruidos de otro modo que los nuestros? No, pero están más bien ejercitados. Enfrente de mi ventana hay un terreno donde se reúnen a jugar los

muchachos del pueblo. Aunque bastante distantes de mí, entiendo muy bien todo cuanto dicen y apunto a veces excelentes memorias que me sirven para esta obra. Con frecuencia se engaña mi oído acerca de su edad. Oigo voces de muchachos de 10 años, pero miro y veo la estatura y el semblante de niños de 3 ó 4. No he sido sólo yo quien he hecho esta experiencia: los de la ciudad que vienen a verme, y que consulto, incurren todos en el mismo error.

Lo que explica esto es que, hasta que tienen 5 ó 6 años, los niños de las grandes poblaciones, criados en casa y en el regazo del ama, no necesitan más que gruñir entredientes para que los entiendan. En cuanto mueven los labios, los escuchan con suma dedicación, les dictan palabras que repiten muy mal y, a fuerza de atención, estando siempre a su lado las mismas personas, adivinan más bien lo que han querido decir, que lo que han dicho.

En el campo es muy distinto. Una aldeana no siempre está al lado de su hijo, y éste se ve forzado a decir con mucha claridad y en voz muy alta lo que necesita que le entiendan. En los campos, esparcidos los niños, alejados del padre, de la madre y de las demás creaturas, se ejercitan en hacer de modo que los oigan a mucha distancia, y a medir la fuerza de la voz por el intervalo que los separa de aquellos de quienes quieren ser oídos. De este modo aprende verdaderamente a pronunciar, y no tartamudeando algunas vocales al oído de una nodriza atenta. Así, cuando preguntan algo al hijo de un aldeano, puede que la vergüenza le impida responder, pero lo que diga lo dirá claridad, mientras que es necesario que la nodriza sirva de in-

térprete al niño de la ciudad, sin lo cual no se entiende una palabra de lo que gruñe entredientes.⁵¹

A medida que crecen deberían corregirse de este defecto los niños en los colegios y las niñas en los conventos, y efectivamente, unos y otros, hablarán en general con más claridad que los que se han criado en casa de sus padres. Pero lo que les impide que adquieran una pronunciación tan clara como la de los aldeanos es la necesidad de aprender de memoria muchas cosas y recitar en voz alta lo que han aprendido; porque cuando estudian, se habitúan a pronunciar mal y con negligencia. Peor es todavía cuando recitan: buscan con esfuerzo las palabras, prolongan y arrastran las sílabas; tampoco es posible que cuando vacila la memoria deje de tropezar también la lengua. Así se contraen, y se conservan los vicios de pronunciación. Después veremos que Emilio no los contraerá o, a lo menos, no se los deberá a las mismas causas.

Convengo en que la gente del pueblo y los lugareños incurren en la exageración de que casi siempre hablan más alto de lo que es conveniente, que pronuncian con grosera aspereza, tienen articulaciones toscas y violentas y hacen una mala elección de términos, etcétera.

Sin embargo, en primer lugar, este extremo me parece mucho menos vicioso que el otro porque, como la primera ley del que habla es hacerlo de modo que le

⁵¹ Es claro que hay excepciones. Con mucha frecuencia los niños que menos se habían hecho entender alzan la voz y aturden. Pero si fuera yo a detallar todas estas menudencias sería de nunca acabar. Todo lector sensato verá que derivándose el exceso y el defecto del mismo abuso a ambos los corrige igualmente mi método. Estas dos máximas las tengo por inseparables: siempre lo bastante, nunca demasiado. Establecida la primera, la segunda es su necesaria consecuencia.

entiendan, no ser entendido es el mayor error que se pueda cometer. Jactarse de no tener acento es jactarse de quitar a las frases la gracia y la energía. El acento es el alma del razonamiento: el que le da respiración y vida. Miente menos el acento que las palabras, y de seguro por eso le temen tanto las personas bien educadas. Del estilo de decirlo todo en un mismo tono ha nacido el de burlarse de otro, sin que lo conozca el burlado. Al acento proscrito se le han sustituido maneras de pronunciar ridículas, afectadas, sujetas a la moda, como especialmente se nota en los jóvenes de la corte. Esta afectación en el habla y en las maneras es causa de que por lo general sea tan repugnante y desagradable para las otras naciones la primera impresión de un francés. En vez de acento en el hablar, usa “tonillo”, y no hay forma de que a alguien le agrade.

Todos estos ligeros defectos de lengua que tanto se teme que contraigan los niños, nada significan: se precaven o corrigen con la mayor facilidad. Pero los que se les dejan contraer haciendo su hablar confuso, quieto o tímido, criticándole sin cesar el tono y limando todos sus vocablos, nunca se enmiendan. El hombre que aprendiere a hablar sin salir de los tocadores de las señoras mal se hará entender al frente de un batallón, y poco respeto impondrá al pueblo en un motín. Hay que enseñar, primero, a los niños a que hablen con los hombres; así, cuando sea necesario, bien sabrán hablar con las mujeres.

Criados los hijos en el campo, con toda la rusticidad campesina, adquirirán una voz más sonora y no contraerán el tartamudeo confuso de los niños de la ciudad. Ni tampoco se les pegarán las expresiones y

el tono del lugar, porque viviendo en su compañía el maestro desde su nacimiento, y más exclusivamente en el día en día, con la corrección de su idioma precaverá o borrará las imprecisiones de los labradores. Hablará Emilio su lengua con tanta corrección como yo, pero la pronunciará con más claridad y la articulará mucho mejor.

El niño que quiere hablar sólo debe escuchar las palabras que pueda entender y no decir más que las que pueda articular. Los esfuerzos que hace para ello le incitan a que redoble la misma sílaba, como para ejercitarse en pronunciarla con más claridad. Cuando empieza a balbucear no nos afanemos mucho en adivinar lo que quiere decir: pretender que siempre le escuchan es una especie de mandato, y el niño no debe ejercer ninguno. Que nos baste darle con prontitud lo necesario. A él le toca darse a entender para pedir lo que no sea. Menos aún debemos exigir de él que hable: ya sabrá hacerlo sin que se lo digan, cuando conozca lo útil que para él es.

Es cierto que se observa en los que empiezan a hablar muy tarde que nunca lo hacen con tanta claridad como los demás, pero no se les ha quedado atrofiado el órgano por haber empezado a hablar tarde sino que, al contrario, empiezan tarde porque nacieron con el órgano torpe. Y sin eso, ¿por qué habrían de hablar más tarde que los demás? ¿Tienen acaso menos ocasiones, o les incitan menos a ello? Muy al contrario: la inquietud que ocasiona esta tardanza, luego que la ven, es causa de que se afanen mucho más por hacerlos pronunciar a medias que a los que han articulado antes, y este mal entendido afán puede

contribuir mucho a que contraigan un hablar confuso, cuando con menos ansiedad hubieran podido perfeccionarle en mayor grado.

Los niños a los que se les apura para que hablen no tienen tiempo de aprender a pronunciar bien ni de concebir con exactitud lo que se les hace decir. Pero, si se les deja ir a su aire, se ejercitarán primero en las sílabas de pronunciación más fácil y juntarán poco a poco algunas significaciones que por sus gestos entenderemos. Antes de recibir nuestras palabras nos dan las suyas, y eso hace que no reciban aquellas sin que las entiendan. Como nadie los presiona para que se sirvan de ellas, empiezan observando bien la significación que les damos y, cuando están completamente seguros de ella, entonces las admiten.

El mayor daño de apurarse en hacer hablar a los niños no es que las primeras conversaciones que con ellos tengamos (y las palabras primeras que digan) no sean de alguna significación, sino que tengan otra distinta que la de nosotros, sin que lo conozcamos, de manera que cuando al parecer nos responden con mucha exactitud hablan sin entendernos y sin que les entendamos nosotros. Por ello algunas veces nos inquietan sus razones, pues les atribuimos ideas que no tienen. Esta falta de atención nuestra al verdadero significado que para los niños tienen las palabras es, a mi parecer, la causa de sus primeros errores. Errores que, incluso después de corregidos, influyen en su inteligencia para toda la vida. Más de una ocasión tendré de aclarar esto con ejemplos.

Reduzca, pues, cuanto fuere posible el vocabulario del niño. Es un inconveniente grande que tenga

más voces que ideas y sepa decir más cosas de las que puede pensar. Creo que una de las razones porque los aldeanos entienden más que los vecinos de las ciudades consiste en la limitación de su diccionario. Tienen pocas ideas, pero las utilizan muy bien.

Todo el desarrollo de la primera infancia se hace a la vez: casi a un mismo tiempo aprende el niño a hablar, a comer, a andar. Es la primera época de su vida. Antes, no es más de lo que era en el vientre de su madre; no tiene idea ni afecto alguno –apenas tiene sensaciones– y ni siquiera siente su propia existencia.

*Vivit, et est vitae ce nescius ipse suce*⁵²

⁵² “Vive, y no sabe él mismo si está en vida” (Ovidio).

LIBRO SEGUNDO

Este es el segundo momento de la vida, y en el que propiamente termina la infancia, pues las voces *infans* y *puer* no son sinónimas. La primera está comprendida en la otra y significa “que no puede hablar”, de donde viene que en Valerio Máximo¹ se encuentre *puerum infantem*. Pero yo continúo sirviéndome de esta palabra, según el uso de nuestra lengua, hasta la edad en que adopta otros nombres.

Cuando los niños comienzan a hablar, lloran menos. Este progreso es natural: un lenguaje es sustituido por el otro. Cuando pueden expresar que sufren por medio de palabras, ¿por qué lo harán sirviéndose de los gritos? Si entonces siguen llorando, se debe a la gente que los rodea. En cuanto Emilio diga “tengo daño” será porque siente agudos dolores que le hacen llorar.

Si el niño es delicado y sensible al punto de llorar por nada, al darse cuenta de que sus gritos son inútiles y no producen efecto rápido agotará sus lágrimas. Mientras llore, yo no me acerco a él, y cuando calla acudo a su lado. Pronto su manera de llamarme será

¹ Valerius Maximus (siglo I a.C.-siglo I d.C.) fue un escritor romano que vivió en tiempos de Jesucristo. Escribió *Factorum et dictorum memorabilium* (*Hechos y dichos memorables*), en honor al emperador Tiberio, para ensalzar las virtudes romanas. Esta obra sirvió como base para la formación de oradores. [Nota del Editor]

la de callarse, o a lo más dará un único grito. Esto es debido a que los niños juzgan su significación por el resultado sensible, única forma para hacerse entender, y cuando está solo, aunque el niño se haga algún daño, es muy raro que llore, a no ser que tenga esperanzas de que le oigan.

Si cae, si se hace un chichón, si le sale sangre por la nariz, si se da un golpe en los dedos, en lugar de acudir alarmado me quedaré tranquilo, al menos durante un rato. El mal ya está hecho y se precisa que lo soporte y se habitúe: mi precipitación sólo serviría para asustarle más y para aumentar su sensibilidad. En el fondo, cuando se ha lastimado le atormenta más el temor que el golpe. Esta inquietud yo se la evitaré, puesto que dará importancia al mal según vea la que yo le doy. Si me ve inquieto, que le consuelo y le compadezco, pensará que la cosa es grave, pero si me ve tranquilo recobrará el sosiego y se creará sano tan pronto como le desaparezca el dolor. Las primeras lecciones de valor se inician en esta edad y padeciendo, sin asustarse por dolores leves, se aprende gradualmente a soportar los mayores.

En vez de estar atento a que Emilio no se haga daño, me disgustaría mucho que nunca se lo hiciera y creciese sin experimentar el dolor. Sufrir es lo primero que debe aprender y lo que tendrá más necesidad de saber. Parece que los niños, por ser pequeños y débiles, no puedan aprender estas importantes lecciones sin sufrir daño. Si el niño cae al suelo, no se romperá una pierna; si se golpea con un bastón, no se romperá un brazo; si coge un hierro afilado, no apretará mucho y no será honda la herida. No sé de algún niño

al que se ha dejado en libertad que se haya muerto ni se haya hecho un daño de consideración, a no ser que indiscretamente se le haya puesto en un sitio alto o dejado solo cerca del fuego, o que tenga en su poder aparatos peligrosos. ¿Qué decir de esos juguetes peligrosos con que se quiere que se distraigan los niños, para que cuando sean mayores e inexpertos se crean muertos al pincharse con un alfiler o se desvanezcan al ver una gota de sangre?

Esa manía pedantesca de enseñar siempre a los niños lo que por sí mismos aprenderían mucho mejor, y olvidarnos de lo que nada más que nosotros les podemos enseñar. ¿Hay nada más ridículo que tomarse la molestia de enseñarles a andar, como si se hubiera visto alguno que, por la negligencia de su nodriza, no supiera andar siendo mayor? Por el contrario, ¡cuántas personas se ve que andan mal durante su vida precisamente porque no se les enseñó a caminar bien!

Emilio no tendrá ni burletes ni coche con ruedas ni carretilla ni orillos: cuando comience a poner un pie delante del otro no se le tendrá más que en los sitios enlosados, y se hará que los cruce de prisa.² En lugar de dejarle en el aire viciado de una habitación, se le lleva diariamente a un prado, y que corra, que se tienda en el suelo, que caiga cien veces al día: así aprenderá antes a levantarse solo. El bienestar de la libertad com-

² El *burlete* de niño era un tipo de gorro densamente relleno para protegerles la cabeza cuando se caían. Los *orillos* eran cordones atados a la prenda de un niño para ayudarlo cuando caminaba. Se les decía orillos por estar muy a menudo hechos de la orilla del paño. [Nota del Editor]
No hay forma de andar más ridícula ni menos firme que la de las personas que de niños han usado mucho los orillos. Esta es una observación tan patente que ya es archiconocida y se comprueba con frecuencia. [Nota de J. J. Rousseau]

pensa el daño de los golpes recibidos. Mi alumno sufrirá con frecuencia contusiones; en compensación, siempre estará alegre. En cambio, si los tuyos sufren menos golpes estarán siempre contrariados, siempre encadenados y siempre tristes. Yo dudo que puedan ser felices.

Otra evolución hace que a los niños les sea menos necesario el quejarse: es la del aumento de sus fuerzas. Poseyendo más poder para realizar las cosas por sí mismos, tienen con menor frecuencia necesidad de recurrir a los demás. Con su fuerza se desarrolla el conocimiento que los hace capaces de dirigirla. Es en esta segunda evolución cuando empieza propiamente la vida del individuo; es entonces cuando él toma conciencia de sí mismo. La memoria extiende el sentimiento de la identidad sobre todos los momentos de su existencia: se vuelve verdaderamente uno, él mismo, y por consiguiente capaz de felicidad o de desgracia. Importa, pues, comenzar a considerarle aquí como un ser moral.

Aunque se asigne de un modo aproximado el más largo fin de la vida humana y las probabilidades que se tienen de aproximarse a este término, nada es más incierto que la duración de la vida en particular, y son muy pocos los que llegan al término supuesto. Los mayores peligros de la vida están en sus principios, y quien menos ha vivido menos esperanza de vivir puede tener. De los niños que nacen, poco más de la mitad llegan a la adolescencia, y quizá tu alumno no llegue a la edad del hombre.³

³ Por entonces (siglos XVIII y XIX) la mortalidad infantil era tan alta que, como lo indica aquí Rousseau, aun en una sociedad tan desarrollada como la francesa, apenas la mitad de los nacidos llegaban a la adolescencia, y

¿Qué habrá que pensar, pues, de esa inhumana educación que sacrifica el tiempo presente a un porvenir incierto, que carga con cadenas de toda especie a un niño, y lo tortura preparándole para una lejana época una supuesta felicidad, la que quizá no disfrutará jamás?

Aunque yo supusiera esta educación razonable en su objeto, ¿cómo ver sin indignación a unos pobres desventurados sometidos a un yugo insoportable, y condenados a trabajos continuos como galeotes,⁴ sin estar seguros de obtener ningún fruto de tantos sufrimientos? La edad de la alegría se pasa entre llantos, castigos, amenazas y esclavitud. Por su bien, se atormenta al desventurado y no se dan cuenta de que es a la muerte a quien llaman y que le llegará en mitad de este triste aparato. ¿Quién sabe cuántos niños mueren víctimas de la extravagante sabiduría de un padre o de un maestro? Felices son en escapar así de su crueldad, ya que el único fruto que obtienen de tanta crueldad de la que han sido víctimas es morir sin lamentar una vida de la que únicamente han conocido los tormentos.

Hombres: ser humanos es su primer deber. Y deben serlo en todos los estados, en todas las edades y por todo lo que no le es extraño al hombre. ¿Qué sabiduría tendrán fuera de la humanidad? ¡Amen la infancia, favorezcan sus juegos, sus deleites y su ingenio instinto! ¿Quién de ustedes no ha sentido deseos

menos todavía a la adultez. Este dato no es baladí, porque incide en la poca significancia dada a la edad infantil en la época, posición que Rousseau repudia con la publicación de este tratado. **[Nota del Editor]**

⁴ Se llamaba *galeote* al esclavo a quien se le obligaba a remar en las galeras (barcos). Era una condena esclavizante, la peor de todas, y se aplicó en las monarquías de España, Italia, Rusia y Francia. **[Nota del Editor]**

alguna vez de retornar a la edad en que la risa no falta en los labios y el alma siempre está serena? ¿Por qué quieren evitar que disfruten los inocentes niños de esos gratos y fugaces momentos que tan pronto se marchan y de un bien tan precioso del que no pueden excederse? ¿Por qué quieren colmar de amarguras y dolores esos primeros años tan cortos, que pasarán para ellos y ya no pueden volver para ustedes? Padres, ¿saben tal vez en qué instante espera la muerte a sus hijos? No ocasionen nuevos llantos privándoles de los escasos momentos que la naturaleza les ofrece. Tan pronto como puedan gozar del placer de la existencia, hagan que disfruten de él, y que cuando llegue la hora en que Dios los llame, no mueran sin haber disfrutado de la vida.

¡Cuántas voces se van a levantar contra mí! ¡Oigo de lejos los clamores de esa falsa sabiduría que nos echa incesantemente fuera de nosotros, que desprecia siempre el tiempo presente y, persiguiendo sin descanso un porvenir que huye a medida que lo buscamos, a fuerza de querer trasladarnos adonde no estamos nos transporta hacia donde no estaremos jamás!

Este es el tiempo, me contestarás, de corregir las malas inclinaciones del hombre. En la edad de la infancia, en que las penas son menos sensibles, es necesario multiplicarlas con el fin de eludirlas en la edad de la razón. ¿Pero quién te ha dicho que todo este arreglo está a tu disposición, y que todas esas bellas instrucciones con que agobias el débil entendimiento de un niño no le hayan de ser un día más nocivas que útiles? ¿Quién te asegura que le evitas algo con las penas que ahora le prodigas? ¿Por qué le proporcionas

un mayor número de males que el que puede soportar su estado, sin tener la certeza de que los males presentes le servirán de alivio para los futuros? ¿Y cómo me probarás que estas malas inclinaciones de las que quieres curarlo no le vienen más de tus deseos mal entendidos que de la naturaleza? Infeliz previsión, que hace un ser actualmente miserable, sobre la bien o mal fundada esperanza de hacerle un día feliz. Y si estos razonadores vulgares confunden la licencia con la libertad, y al niño que hacen feliz con el que miran, pues que aprendan a distinguirlos.

Con el fin de no correr detrás de quimeras, no nos olvidemos tampoco de lo que conviene a nuestra condición. La humanidad tiene su puesto en el orden de las cosas. La infancia posee también el suyo en el orden de la vida humana. Entonces, es indispensable considerar al hombre en el hombre y al niño en el niño. Debemos asignar a cada uno su lugar y fijarlo en el mismo, y ordenar las pasiones humanas según la constitución del hombre: es todo esto lo que nosotros podemos hacer para su bienestar. Lo restante depende de causas externas que no dependen de nosotros.

No sabemos lo que es la dicha o desdicha absoluta. Todo está mezclado en esta vida. Uno no se complace con ningún sentimiento puro, ni permanecemos dos momentos en el mismo estado. Las inclinaciones de nuestras almas, como las modificaciones de nuestro cuerpo, están en un flujo continuo. El bien y el mal son comunes a todos, aunque en medidas diferentes. El más feliz es el que menos penas padece, y el más miserable es el que menos placeres disfruta. Siempre se poseen más sufrimientos que goces: he ahí la diferen-

cia que es común a todos. La felicidad del hombre en este mundo no es otra cosa que un estado negativo y se la debe medir por la menor cantidad de males que se sufren.

Todo sentimiento de dolor es inseparable del deseo de librarse del mismo. Toda idea de placer va unida al deseo de disfrutarlo. Todo deseo supone privación, y todas las privaciones que sentimos son penosas. Nuestra miseria consiste, pues, en la desproporción entre nuestros deseos y la de nuestras facultades. Un ser sensible en el que las facultades fuesen iguales a los deseos sería un ser absolutamente feliz.

¿En qué consiste, entonces, la sabiduría o la ruta de la verdadera felicidad? Precisamente no está en disminuir nuestros deseos, ya que si estuvieran por debajo de nuestra potencialidad una parte de nuestras facultades quedaría ociosa y nosotros no gozaríamos de todo nuestro ser. Ello no consiste en otra cosa que extender nuestras facultades, pues si nuestros deseos se extendieran al mismo tiempo en mayor cantidad seríamos más infelices. Pero esto es disminuir el exceso de los deseos sobre las facultades y poner en perfecta igualdad el poder y la voluntad. Solamente así es cuando todas las fuerzas están en actividad; el ánimo, sin embargo, permanecerá tranquilo y el hombre disfrutará de un justo equilibrio.

Es de esa forma como la naturaleza a primera vista lo ha constituido, ya que ella lo ha hecho todo de la mejor manera. No le da inmediatamente más que los deseos necesarios a su conservación y las facultades suficientes para satisfacerlas. Ha puesto todas las otras en el fondo de su alma como de reserva para desenvolverse a medida que las necesite. Es en este

estado primitivo cuando el equilibrio del poder y del deseo se encuentran y cuando el hombre deja de ser desgraciado. Tan pronto como sus facultades virtuales se ponen en acción, la imaginación, la más activa de todas, se despierta y las adelanta. Es la imaginación lo que extiende por nosotros la medida de las cosas posibles, tanto si es para bien como para mal, y por tanto excita y nutre los deseos con la esperanza de satisfacerlos. Pero el objeto que parecía a primera vista estar al alcance de la mano huye tan velozmente que no se le puede perseguir: cuando uno cree alcanzarlo, se transforma y se presenta a mucha distancia de nosotros. No viendo más el terreno ya recorrido, no lo contamos por nada: el que nos falta recorrer se nos ha aumentado y se extiende sin cesar. Así uno se rinde sin llegar a su término, y cuanto más nos acercamos hacia el goce más la desgracia se aleja de nosotros. Por el contrario, cuanto más el hombre está cerca de su condición natural más pequeña es la diferencia entre sus facultades y la de sus deseos, y por ello está menos lejos de ser un hombre feliz. No es menos miserable que cuando parece desprovisto de todo, pues la miseria no consiste en la privación de las cosas sino en el deseo o necesidad que uno siente de ellas.

El mundo real tiene sus límites y el imaginario es infinito. No pudiendo ensanchar el uno, estrechamos el otro, ya que sólo de su diferencia nacen todas las penas que nos hacen verdaderamente desgraciados. Quítese la fuerza, la salud y el buen testimonio de sí mismo: todos los demás bienes de esta vida consisten en la opinión. Quítese los dolores del cuerpo y los remordimientos de conciencia: todos nuestros males

son imaginarios. Este principio es común, se dirá. De acuerdo, pero su aplicación práctica no es ninguna cosa común, y aquí únicamente se trata de la práctica.

Cuando se dice que el hombre es débil, ¿qué es lo que se pretende decir? La palabra debilidad indica una condición, una cualidad del ser al cual se aplica. Está donde la fuerza rebasa las necesidades. Sea un insecto o un gusano, es un ser fuerte, pero aquel en el que las necesidades exceden a la fuerza, sea un elefante o un león, un conquistador o un héroe, y aunque sea un dios, éste es un ser débil. El ángel rebelde que desconoció su naturaleza era más débil que el afortunado mortal que vive en paz según la suya. El hombre es muy fuerte cuando está contento de ser lo que es, y es muy débil cuando quiere encumbrarse por encima de la humanidad. No pienses, pues, que dando más extensión a tus facultades queden dilatadas tus fuerzas. Por el contrario: disminuyen si tu orgullo toma mayor extensión que ellas. Midamos el radio de nuestra esfera y quedémonos en el centro, como hace el insecto en medio de su tela: nos bastaremos siempre para nosotros mismos y no tendremos que lamentar nuestra debilidad, ya que no la sentiremos jamás.

Todos los animales tienen exactamente las facultades necesarias para conservarse. Sólo el hombre las tiene superfluas. ¿No es bien extraño que esta superfluidad sea el instrumento de su miseria? En todos los países los brazos de un hombre tienen más valor que el de su subsistencia. Si tuviera el suficiente juicio para despreciar este sobrante, siempre tendría lo necesario porque nunca le sobraría nada. “Las grandes necesidades –dice Favorin– tienen su origen en

los grandes bienes y con frecuencia el mejor medio de adquirir las cosas que nos hacen falta consiste en privarnos de las que poseemos”.⁵ Es por el empeño de trabajar para aumentar nuestra felicidad que la convertimos en miseria. Todo hombre que no deseara más que vivir sería feliz, por tanto, sería bueno porque ¿qué utilidad sacaría al ser malo?

Si nosotros fuésemos inmortales seríamos los seres más miserables. Es duro morir, sin duda, pero es muy dulce saber que no viviremos siempre y que las penalidades de esta vida terminarán en otra mejor. Si nos ofrecieran la inmortalidad sobre la tierra, ¿quién es el que quisiera aceptar esta triste ofrenda?⁶ ¿Qué remedio, qué esperanza, qué consuelo nos quedaría contra los rigores de la suerte y contra las injusticias de los hombres? El ignorante, quien no prevé nada, aprecia poco el valor de la vida y le asusta poco el perderla; el hombre ilustrado ve otros bienes que tienen mayor valor y los prefiere a la vida. También hay gente mediana ciencia y de una falsa sabiduría, quienes, prolongando sus miras hasta la muerte y no más allá, la ven como el peor de los males. La necesidad de morir no es para el hombre sabio otra cosa que una razón para soportar las penas de la vida. Si no estuviéramos seguros de perderla un día, nos costaría mucho conservarla.

Todos nuestros males morales están en la opinión, excepto uno solo, que es el delito, y éste depende

⁵ Favorin vivió en el año 125 (siglo II); escribió un diccionario griego. [Nota del Editor]

⁶ Ya se comprende que hablo aquí de los hombres que reflexionan y no de todos.

de nosotros: nuestros males físicos o se destruyen o nos destruyen. Nuestros remedios son el tiempo o la muerte, pero padecemos tanto más cuanto menos sabemos padecer, y tenemos más apuro por curar nuestras dolencias que el que precisaríamos para tolerarlas. Vive según la naturaleza, sé paciente y despide a los médicos: no evitarás la muerte, pero no la sentirás más que una vez, mientras que ellos la llevan cada día a tu turbada imaginación y su arte engañoso, en vez de prolongar tus días, te priva de su goce. Me preguntaré siempre cuál es el verdadero beneficio que ha hecho este arte a los hombres. Algunos de los que han curado habrían muerto, es verdad, pero quedarían con vida los millones que matan. Hombre sensato, no juegues en esta lotería: la mayor parte de las probabilidades está contra ti. Sufre, muérete o cúrate, pero sobre todo vive hasta tu última hora.

No hay más que locura y contradicción en las instituciones humanas. Nos inquietamos más por nuestra vida a medida que el valor de la misma disminuye. Los viejos la temen más que los jóvenes. Ellos no quieren perderla después que han hecho todo lo posible para no gozarla: a los 60 años es cruel morir antes de haber empezado a vivir. Se cree que el hombre tiene un vivo amor a su conservación y esto es verdad, pero no se da cuenta de que este amor, tal como nosotros lo sentimos, es en gran parte la obra de los hombres.

Naturalmente, el hombre siente el deseo de conservarse mientras tiene los medios necesarios en su poder. Y si estos medios le faltan, se tranquiliza y muere sin atormentarse de manera inútil. La primera ley de la resignación nos viene de la naturaleza. Los

salvajes, lo mismo que los animales, se debaten poco contra la muerte y expiran casi sin quejarse. Destruída esta ley, se forma otra que viene de la razón, pero pocos saben atraerla, y esa resignación ficticia jamás es tan llena y entera como la primera.

¡La previsión! La previsión, que nos lleva sin cesar más allá de nosotros, con frecuencia nos coloca adonde nunca llegaremos: he ahí el verdadero manantial de todas nuestras miserias. ¡Qué manía tiene un ser tan transitorio como el hombre de mirar siempre a lo lejos, hacia un porvenir que raramente viene, y de descuidar lo presente, donde está lo seguro! Manía tanto más funesta puesto que ella aumenta incesantemente con la edad, y que los viejos –siempre desconfiados, previsores, avaros– prefieren rehusar lo hoy necesario que carecer de lo superfluo dentro de cien años. De este modo nos ligamos a todo, y nos aferramos a todo: los tiempos, los lugares, los hombres, las cosas, todo cuanto está, todo lo que será, importa a cada uno de nosotros: nuestro propio individuo no es otra cosa que la menor parte de nosotros mismos. Cada uno se extiende, por así decirlo, sobre la tierra entera... y deviene sensible sobre toda esa gran superficie. Es extraño que nuestros males se multipliquen en todos los aspectos por donde nos pueden herir. ¡Cuántos príncipes se desconsuelan por la pérdida de un país que no han visto jamás! ¡A cuántos comerciantes es suficiente tocarlos en las Indias para que alcen el grito en París!⁷

⁷ Un cuidado extremo pone el hombre en la prolongación de su ser y a ello provee por toda suerte de medios... Todo lo llevamos con nosotros; nadie piensa bastante en que solamente es uno... Cuanto más amplificamos nuestra posesión tanto más nos sometemos a los azares de la fortuna. El curso de nuestros deseos debe circunscribirse y limitarse al corto espacio de las

¿Es la naturaleza la que lleva así a los hombres tan lejos de sí mismos? ¿Es ella quien quiere que cada uno aprenda su destino de los demás, y que algunas veces sea el último en aprenderlo, de modo que murió feliz o desgraciado sin haberlo sabido jamás? Yo veo a un hombre alegre, vigoroso y sano. Su presencia inspira alegría, sus ojos anuncian la alegría, el bienestar, y trae consigo la imagen de la dicha. Llega una carta del correo, la mira el hombre feliz, es para él, la abre y la lee... Al momento cambia de actitud, pierde el color y cae desmayado. Vuelto en sí, llora, se agita, solloza, se arranca los cabellos... el eco repite sus clamores y parece sometido a horribles convulsiones.

¡Loco! ¿Qué daño te ha hecho este papel? ¿Qué miembro te ha roto? ¿Qué delito ha cometido en ti para que te pongas en ese estado?

Si la carta se hubiera perdido, si una mano caritativa la hubiera arrojado al fuego, me parece que habría sido un problema extraño la suerte de este mortal, dichoso y desdichado al mismo tiempo. Se dirá que su desdicha era real. Muy bien, pero él no la sentía. ¿Dónde estaba, pues? Su felicidad era imaginaria. Ya comprendo: la salud, la alegría, la serenidad, el ánimo alegre, no son otra cosa que visiones. Nosotros no existimos ya donde estamos y existimos donde no estamos. ¿Merece la pena temerse tanto a la muerte si no muere aquello en que vivimos?

¡Hombre! Encierra tu existencia dentro de ti y no serás desgraciado. Quédate en el sitio que te marcó la

comodidades más próximas. Los actos que no se ajustan a esta reflexión necesariamente son erróneos (Montaigne, Lib. 3, cap. X). [Nota de Rousseau agregada en la segunda edición de la obra]

naturaleza en la cadena de los seres, y nada te podrá forzar a que salgas de él; no des patadas contra el duro aguijón de la necesidad y no te agotes por resistir unas fuerzas que no te dispensó el cielo para ensanchar o prolongar tu existencia, sino para conservarla cómo y mientras él quisiese. Tu poderío y tu libertad alcanzan hasta donde llegan tus fuerzas naturales, pero no más allá: todo lo demás es mera esclavitud, ilusión, apariencia. Hasta la dominación es vil cuando se funda en la opinión, porque dependes de los prejuicios de los que gobiernan con los prejuicios. Para conducirlos a tu libre albedrío es necesario que te conduzcas por el suyo; si cambian ellos de modo de pensar, será forzoso que cambies tú de modo de actuar. A los que se acercan a ti les basta con saber gobernar las opiniones del pueblo que crees tú que gobiernas, o de los favoritos que te gobiernan a ti, o las opiniones de tu familia, o las tuyas propias. Esos visires,⁸ esos cortesanos, esos sacerdotes, esos soldados, esos criados, y hasta los niños, aunque tuvieras el superior ingenio de Temístocles,⁹ te van a llevar, como si fueras tú también una creatura, en medio de tus legiones. Haz lo

⁸ Los visires eran los principales oficiales del Consejo del emperador turco. Se utilizó esa palabra también para nombrar a los ministros de soberanos musulmanes. Rousseau utiliza aquí el término para referirse a personajes de gran poder. **[Nota del Editor]**

⁹ “Ese chicuelo que ahí ves es el árbitro de la Grecia”, decía Temístocles a sus amigos, “porque él gobierna a su madre, su madre me gobierna a mí, yo gobierno a los atenienses y los atenienses gobiernan a los griegos. ¡Oh, qué de pequeños conductores se encontrarían a veces en los mayores imperios si se descendiera por grados desde el príncipe hasta la primera mano que da el impulso secreto!”. **[Nota de Rousseau]**
Temístocles (524-460 a.C.) fue un político y estratega ateniense que sobresalió en la naciente democracia ateniense y desempeñó un papel decisivo en la victoria griega sobre los persas durante la segunda Guerra Médica. **[Nota del Editor]**

que quieras: jamás tu autoridad real excederá a tus facultades reales. De manera que es preciso ver mediante ojos ajenos y querer por medio de la voluntad ajena. “Mis pueblos son mis vasallos”, dices con orgullo. Está bien, ¿pero tú qué eres, vasallo de tus ministros? Y tus ministros, ¿qué son? Son vasallos de sus secretarios, de sus danzas, criados de sus criados.

Tómenlo todo, usúrpenlo todo, desparramen luego el dinero a manos llenas, levanten baterías de cañones, alcen patíbulos, enciendan hogueras, promulguen leyes, edictos, multipliquen los espías, los soldados, los verdugos, las cárceles, las cadenas. ¡Pobres hombrecitos! ¿Qué vale todo eso? Ni serán mejor servidos, ni menos robados, ni menos engañados, ni más absolutos. Siempre repetirán la palabra “queremos”, y harán siempre lo que quieran los demás.

El único que actúa según su propia voluntad es el que para realizarla no precisa del auxilio ajeno, de donde se deduce que el más apreciable de los bienes no es la autoridad sino la libertad. El hombre verdaderamente libre sólo quiere lo que puede y hace lo que le conviene. Esta es mi máxima fundamental; sólo se trata de aplicarla a la infancia y se derivarán de ella todas las reglas de educación.

La sociedad no solamente ha hecho al hombre más débil, privándole del derecho a sostenerse en sus propias fuerzas, sino procurando hacerlas insuficientes. De ahí que sus necesidades sean multiplicadas en razón directa a su debilidad, y eso es lo que constituye la de la infancia comparada con la edad adulta. Si el hombre es un ser fuerte, el niño es débil; no porque tenga el primero más fuerza que el segundo, sino por-

que el adulto puede naturalmente bastarse a sí mismo y el niño no. De tal modo que el hombre debe poseer más voluntades y el niño más *voluntariedades*, entendiéndose por voluntariedad los deseos que no son verdaderas necesidades y que única y exclusivamente pueden satisfacerse mediante el apoyo ajeno.

Ya dije la razón de este estado de debilidad: la naturaleza la ha remediado con el cariño de los padres y de las madres, pero este cariño puede ser por exceso, por defecto, por abuso. Los padres que viven en algún estado civil dado llevan a este estado a su hijo antes de la edad necesaria. Al darles más necesidades de las que necesita no disminuyen su debilidad sino que la acrecientan. Del mismo modo, la aumentan exigiendo al niño lo que no haría la naturaleza, y someten a la voluntad de los padres la poca fuerza de que dispone el niño para realizar o cumplir su propia voluntad, y así convierten por una y otra parte en esclavitud la dependencia recíproca en que les retiene a él su debilidad y a ellos su cariño.

El hombre sabio permanece en su puesto, pero el niño que desconoce el suyo no se puede mantener en él. Hay para nosotros mil maneras de salirse de un sitio, pero esta tarea no resulta nada fácil para los que se hacen cargo del niño y deben retenerle en su sitio. No debe ser ni bestia ni hombre, sino niño. Ello hace que sienta su vulnerabilidad, y no debe sufrir por ese motivo: que dependa y no que obedezca, que pida y no que mande. Está sometido a los demás a causa de sus necesidades, porque estos ven mejor que él lo que es de su conveniencia y lo que puede ayudar a su conservación. Nadie tiene derecho, ni siquiera su padre,

a mandar a un niño a hacer algo que no va a ocasionarle ningún bienestar.

Antes de que los prejuicios y las instituciones humanas alteren nuestras inclinaciones naturales, la felicidad de los niños, y también la de los hombres, consiste en el uso de su libertad, pero esta libertad está limitada en los primeros por su vulnerabilidad. Aquel que hace lo que quiere es feliz si se basta a sí mismo, como es el caso del hombre que vive en estado de libertad aparente, semejante a la que en el estado social disfrutaban todos los hombres. No siendo posible vivir cada uno de nosotros de un modo independiente de los demás, volvemos otra vez al estado de miseria y debilidad. Nosotros fuimos hechos para ser hombres, pero las leyes y la sociedad nos han sumergido en la infancia. Los ricos, los reyes y los grandes son todos unos niños que, viendo que tienen apuro para aligerar su miseria, arrancan de esta misma una vanidad pueril, y están todos confiados en los deseos que nunca alcanzarían si fueran hombres formados.

Estas consideraciones son relevantes y útiles para resolver las contradicciones del sistema social. Hay dos clases de dependencia: de las cosas, que nace de la naturaleza; y de los hombres, que nace de la sociedad. La dependencia de las cosas, no poseyendo ninguna moralidad, no perjudica a la libertad ni engendra vicios; la dependencia de los hombres, siendo desordenada,¹⁰ produce todos los vicios y por eso el patrón y el criado se corrompen mutuamente. Si

¹⁰ En mis *Principios de Derecho Político* se demuestra que en el sistema social ninguna voluntad particular puede ser ordenada.

existe algún mecanismo para remediar este mal social, uno es someter la ley al hombre y asegurar las voluntades generales con una fuerza real, mayor que la acción de toda voluntad particular. Si las leyes de las naciones pudieran poseer, como las de la naturaleza, una inflexibilidad que ninguna fuerza humana ha podido vencer la dependencia de los hombres volvería a ser la de las cosas. Se reunirían en la república todas las ventajas del estado natural a las del estado civil; a la libertad del hombre exento de vicios, se plegaría la moralidad que lo levanta hacia la virtud.¹¹

Mantén al niño dentro de la sola dependencia de las cosas, y habrás seguido el orden de la naturaleza en el progreso de su educación. No ofrezcas jamás a sus voluntades indiscretas más que obstáculos físicos o castigos que nazcan de las mismas acciones, y de los que se acuerde cuando se presente la ocasión: sin prohibirle que haga mal las cosas, es suficiente con impedirsele.

La experiencia o la impotencia por sí solas deben mantenerlo en el lugar de la ley. No complazcan sus deseos porque lo pida, sino porque lo necesita. Que él no sepa, cuando actúa, qué es obediencia ni qué cosa es una orden cuando se trabaja por él; que sienta por igual su libertad en sus acciones y en las tuyas.

¹¹ Rousseau resume aquí el beneficio que se puede sacar del pacto social y del establecimiento de las leyes civiles que hacen que “cada ciudadano se encuentre en una perfecta independencia de los demás y en una excesiva dependencia del Estado (...) ya que sólo la fuerza del Estado permite la libertad de sus miembros” (Rousseau, *El contrato social*, Libro II, cap. XII). Cuando Rousseau compara las leyes de la naturaleza y las de la nación, no dice que unas serían el modelo de las otras sino que compara el elemento que tienen en común: la “inflexibilidad” que deben representar para el individuo. [Nota del Editor]

Apórtale la fuerza que le falta, precisamente porque la necesita para ser libre y no para ser despótico. Y que, recibiendo tus servicios con cierta humillación, aspire al momento en que pueda prescindir de ellos y tenga el honor de servirse a sí mismo.

Para fortalecer el cuerpo y hacer que crezca, la naturaleza tiene medios que nunca deben ser contrariados. No se debe obligar al niño a permanecer quieto cuando sienta ganas de andar, ni a que ande cuando quiera estar quieto. Cuando la voluntad de los niños no ha sido pervertida por nuestra culpa, ellos no quieren nada inútilmente. Hace falta que salten, que corran y que griten cuando ellos tengan o sientan necesidad de ello. Todos sus movimientos provienen de las necesidades de su constitución, que busca el modo de consolidarse, pero se debe desconfiar de lo que ellos desean sin que por sí solos puedan ejecutarlo y que los demás están obligados a realizar por ellos. Entonces cabe distinguir el cuidado con la verdadera necesidad, la necesidad natural del capricho que ya empieza a nacer, o de lo que no viene más que de la superabundancia de vida, de la que hablé anteriormente.

Ya he dicho lo que se debe hacer cuando un niño llora por obtener cualquier cosa. Sólo añadiré que desde el momento en que el niño puede pedir hablando lo que desea, y que para obtenerlo más pronto o para vencer una negativa apoya con llantos su petición, se le debe rechazar terminantemente. Si la necesidad es la causa que ha hecho que el niño hable, debes conocerlo y hacer al instante lo que pida, pero ceder a sus lágrimas es incitarle a que las derrame: es enseñarle a que dude de tu voluntad y a creer que el insistir puede

hacer más efecto sobre ti que tu misma benevolencia. Si él no te considera bueno, pronto él será malo; si te considera débil, en breve él será terco: importa determinar siempre a su primera señal lo que no se le quiere negar. No seas, pues, pródigo en denegaciones, pero si lo haces nunca la revoques.

Sobre todas las cosas, evita enseñar al niño vanas fórmulas de cortesía, que sirvan de palabras mágicas para someter a su voluntad a cuantos le rodean y conseguir al instante lo que pretende. En la educación ceremoniosa de los ricos, nunca dejan de hacerlos cortésmente dominantes, preceptuándoles los términos que han de usar para que nadie se atreva a resistirles. No usan el tono ni los giros suplicantes: son tanto o más arrogantes cuando piden que cuando mandan, debido a que están seguros de que serán obedecidos. Uno ve enseguida que cuando ellos dicen “Si usted quiere”, significa “Quiero”, y “Suplico a usted” es igual a “Mando a usted”. Admirable cortesía que cambia el significado de las palabras, y con la que no se puede hablar si no es en sentido imperativo. Yo, que temo menos que Emilio sea descortés que arrogante, prefiero que pida rogando “Haz esto” que ordenando “Yo ruego”. No es el término al que recurre el que me importa, sino la significación que le da.

Hay un exceso de rigor y otro de indulgencia, y ambos deben evitarse de igual forma. Si dejas sufrir a los niños, te expondrás a que peligre su salud, incluso su vida, y los haces miserables. Si los cuidas con esmero de todo tipo de disgustos, les generas grandes miserias, los educas delicados, sensibles, les sacas del estado de hombres al que, a pesar tuyo, volverán un

día. Por no exponerles a algunos males de la naturaleza, eres el artesano de estos, que aquella no se los ha producido. Me dirás que me refiero al caso de aquellos malos padres a los que les reprochaba que sacrificasen la felicidad de sus hijos a la consideración de un tiempo que aún está lejos y al que tal vez no lleguen. Y no es así, porque la libertad que yo doy a mi alumno lo compensa de las ligeras incomodidades a las que yo dejo que se exponga. Yo veo a unos pequeños traviosos jugando en la nieve, amoratados, tiritando y que apenas pueden mover los dedos. Son libres de irse a calentar y no lo hacen; si se les obligase a ello sentirían cien veces más los rigores del mandato que los del frío. ¿De qué te quejas, pues? ¿Hago miserable a tu hijo al no exponerle a otras incomodidades que las que él quiere sufrir? Le hago feliz en el momento presente dejándole libre: le hago feliz preparándole para el futuro, armándole contra los males que él debe soportar. Si él pudiera escoger entre ser mi alumno o el tuyo, ¿piensas que vacilaría un instante?

¿Concebirás que un ser pueda gozar de alguna felicidad verdadera fuera de su constitución? ¿No es sacar de ella a un hombre el querer eximirle igualmente de todos los males de su especie? Sí, yo lo sostengo, pues para experimentar los bienes grandes es necesario que conozca los males pequeños. Si lo físico va demasiado bien se corrompe lo moral. El hombre que no conoce el dolor no conocería ni la ternura de la humanidad ni la dulzura de la conmiseración: nada moverá su corazón, no será sociable, será un monstruo entre sus semejantes.

¿Sabes cuál es el medio más seguro de hacer mi-

serable a tu hijo? Acostumbrarle a conseguirlo todo, porque como crecen sin cesar sus deseos por la facilidad de complacerle, tarde o temprano te obligará, al no poderle satisfacer, a contentarle con una negativa y, no estando acostumbrado, le causará más disgusto que la privación de lo que desea. Primero querrá el bastón que llevas, pronto querrá tu reloj, enseguida querrá el pájaro que vuela, la estrella que ve brillar... En fin, todo cuanto vea y, a menos que seas Dios, ¿cómo lo vas a contentar?

Esto es una disposición natural del hombre de ver como suyo todo cuanto está en su poder. En este sentido el principio de Hobbes tiene razón hasta cierto punto: multiplíquense con nuestros deseos los medios de satisfacerlos y cada uno se hará dueño de todo.¹² Así el niño a quien basta con querer para obtener se cree el amo del universo, mira a todos los hombres como esclavos suyos y cuando un día se le niega algo él, creyendo que todo es posible cuando da órdenes, toma la negativa como si fuera un acto de rebelión. Todas las razones que se le dan en una edad incapaz de razonar no son para él sino meros pretextos; por todas partes ve mala voluntad, el sentimiento de una injusticia de que es víctima agria su carácter, odia a todo el mundo y, sin saber agradecer la complacencia, le indigna toda oposición.

¿Cómo creeré yo que un niño así, dominado por

¹² Hobbes popularizó la locución latina “homo homini lupus” en su obra *De Cive* que todavía se utiliza con frecuencia en su traducción “el hombre es un lobo para el hombre”. Es interesante el reconocimiento que hace Rousseau de Hobbes al reparar (en esta parte) en el aspecto egoísta de la naturaleza humana, pese las fuertes diferencias de pensamiento que hay entre ellos: para el primero, el estado natural del hombre es de armonía entre los unos y los otros; para el segundo, es de guerra total. [Nota del Editor]

la cólera y devorado por las más irascibles pasiones, pueda ser nunca feliz? ¿Feliz él, que es un déspota, y a la vez el más vil de los esclavos y la más miserable de las creaturas? Yo he visto a niños educados de esta manera que querían destruir la casa de un empujón, que les diesen la veleta que veían en un campanario, que parasen la marcha de un regimiento para oír los tambores más tiempo, y movían el aire con sus gritos, sin querer escuchar a nadie que no estuviera para complacerles. En vano se esforzaban todos en hacerlo, pues irritaban sus deseos por la facilidad de obtenerlos. Se obstinaban en cosas imposibles y en todas partes sólo encontraban contradicciones, obstáculos, penas y dolores. Siempre riñendo, siempre rabiando, siempre furiosos, pasan los días gritando y lamentándose. ¿Eran unos seres afortunados? La debilidad y la dominación reunidas únicamente engendran locura y tristeza. De dos niños mimados, uno golpea la mesa y el otro ordena que azoten el mar: tendrán que azotar y golpear mucho antes de vivir contentos.

Si estas ideas de mando y de tiranía los envilecen desde su infancia, ¿qué será cuando crezcan y comiencen a extenderse y a multiplicarse sus relaciones con los demás hombres?

Acostumbrados a ver que todos ceden ante ellos, ¡qué sorpresa tendrán cuando, al invadir el mundo, vean que todo se les resiste y se sientan aplastados por el peso de un universo que pensaban mover a su antojo!

Sus insolentes ademanes y su pueril vanidad únicamente les acarrearán mortificaciones, desdenes y escarnios; beben afrentas como agua; pruebas crueles les

demuestran pronto que no conocen ni su estado ni sus fuerzas; no pudiéndolo todo, creen que nada pueden. Tantos obstáculos desacostumbrados los desalientan, tantos desprecios los envilecen y se vuelven cobardes, medrosos, soeces, y tanto que caen por debajo de sí mismos cuanto por encima se levantaron antes.

Volvamos a la regla primitiva. La naturaleza ha hecho a los niños para que fuesen amados y protegidos, ¿pero los hizo para que fueran obedientes y creyentes?, ¿les ha dado un aire imponente, una mirada severa, una voz áspera y amenazadora con el fin de que infundieran miedo? Yo comprendo que los rugidos de un león espanten a los animales y que tiemblen al ver su terrible melena, pero jamás se ha visto un espectáculo tan indecente, odioso y ridículo como el que presenta un cuerpo de magistrados con el jefe a la cabeza y en traje de ceremonia postrados ante un niño de pañales, los que le discursen en términos pomposos y él como respuesta grita y babea.

Al considerar la infancia en sí misma, ¿existe en el mundo un ser más débil, más indefenso, más a merced de todo lo que le rodea, que sienta gran necesidad de piedad, de solicitud y protección que un niño? ¿No parece que si él muestra un semblante tan dulce y un gesto tan agradable es con el fin de que todo eso que se le acerca se interese por su debilidad y se apresure a socorrerle? ¿Pues qué hay más extraño, más contrario al orden, que ver a un niño caprichoso y de mala condición ordenar a todos los que le rodean y tomar impunemente el tono de amo con aquellos que no tienen más que abandonarlo para que perezca?

Por otra parte, ¿quién no ve que la debilidad de la

primera edad encadena a los niños de tantas maneras, que es bárbaro añadir a esta sujeción la de nuestros caprichos, privándolo de una libertad tan limitada, de la que no puede abusar, tan inútil para él y para nosotros, que se la hemos quitado? Si no existe objeto que sea tan digno de burla como un niño engreído, tampoco lo hay que merezca tanta piedad como un niño medroso. Ya que con la edad de la razón empieza la servidumbre civil, ¿para qué hacer que le anteceda la servidumbre privada? Consintamos en que exista un instante en la vida exento de este yugo que no nos impuso la naturaleza, y dejemos a la infancia el uso de la libertad natural que, por lo menos durante algún tiempo, la desvía de los vicios que se adquieren con la esclavitud. Vengan esos instructores severos, esos padres esclavos de sus hijos; vengan unos y otros con sus frívolas objeciones y, antes de hablar de métodos, escuchen y aprendan el de la naturaleza.

Vuelvo a la práctica. Ya he dicho que nada debe conseguir tu hijo sólo porque lo pida, sino porque lo necesite¹³ y que no debe hacer nada por obediencia sino por necesidad, de forma que las palabras “obedecer” y “mandar” se proscriban de su léxico, y más aún: también las de “obligación” y “deber”, pero las de “fuerza”, “necesidad”, “impotencia” y “precisión” deben ocupar un destacado lugar. Antes de la edad de la razón no se tiene idea de los seres morales ni de

¹³ Debe comprenderse que, así como la tristeza es muchas veces inevitable, el placer a veces es necesidad. Un único deseo hay en los niños con el que nunca se debe transigir: el de hacer que los obedezcan. De donde se deduce que en todo cuanto piden es necesario buscar con atención el motivo que les mueve a pedirlo. Otórguenles en lo posible todo lo que les puede causar un placer real, pero niéguenles siempre lo que solamente solicitan por antojo o por ejercer un acto de autoridad.

las relaciones sociales. Por tanto se debe evitar, hasta donde sea posible, el uso de las palabras que las expresan, por temor a que el niño aplique inmediatamente a esas palabras ideas falsas, que luego no sabremos o ya no podremos desecharlas. La primera idea falsa que entra en su cabeza es el germen del error y del vicio, por lo que es necesario poner mucha atención ante este primer paso. Mientras sólo lo muevan las cosas sencillas, hagan que todas sus ideas se basen en las sensaciones; hagan que por todas partes sólo el mundo físico distinga alrededor suyo. De lo contrario, están seguros de que no los escuchará, o que idearán nociones fantásticas del mundo moral del que le hablan, nociones que no podrán borrar en adelante.

Discutir con los niños es la máxima fundamental de Locke,¹⁴ y hoy es la más popular, pero me parece que no es el fruto que de ella se saca la que debe hacerla muy digna de crédito, y yo no veo nada más insensatos que esos niños con quienes tanto se ha razonado. Entre todas las facultades del hombre la razón (que por decirlo así es un compuesto de todas las demás) es la que con más dificultad y lentitud se desarrolla, ¡y de ella se quieren apoyar para desarrollar las primeras! La obra maestra de una buena educación es formar a un hombre racional, ¡y se pretende educar a un niño por la razón! Eso es comenzar por el final, y querer hacer del instrumento la obra. Si los niños escuchasen la razón no habría necesidad de que fueran alumnos, pero al hablarles desde su más tierna

¹⁴ Nueva alusión al filósofo inglés John Locke, su más claro referente en esta obra, pues *Algunos pensamientos sobre la educación* (1693) fue el primer libro importante explícito sobre educación publicado en Europa. [Nota del Editor]

edad una lengua que no entienden los acostumbran a contentarse con palabras, a controlar todo cuanto les dicen, a creerse tan sabios como sus maestros, a hacerse disputadores y revoltosos, y todo cuanto piensan obtener de ellos por motivos razonables nunca lo obtienen sino por los de la codicia, el miedo o la vanidad, que siempre es necesario juntarlos.

He aquí la fórmula a la que, a veces y a veces menos, se pueden reducir todas las lecciones de moral que se dan y puedan darse a los niños:

EL MAESTRO: *No se debe hacer eso.*

EL NIÑO: *¿Y por qué no se debe hacer?*

EL MAESTRO: *Porque está mal hecho.*

EL NIÑO: *¡Mal hecho! ¿Qué está mal hecho?*

EL MAESTRO: *Lo que te prohíben.*

EL NIÑO: *¿Y por qué es malo hacer lo que me prohíben?*

EL MAESTRO: *Te castigarán por haber desobedecido.*

EL NIÑO: *Yo lo haré de manera que no sepan nada.*

EL MAESTRO: *Te espiarán.*

EL NIÑO: *Me esconderé.*

EL MAESTRO: *Te preguntarán.*

EL NIÑO: *Mentiré.*

EL MAESTRO: *No se debe mentir.*

EL NIÑO: *¿Por qué no se debe mentir?*

EL MAESTRO: *Porque está mal hecho, etc.*

He aquí el círculo inevitable: si sales de él, el niño no entenderá. ¿No son utilísimas estas instrucciones? Me gustaría mucho saber con qué se podría sustituir este diálogo. El propio Locke se hubiera visto complicado. Conocer el bien y el mal, sentir la razón del por-

qué de los deberes del hombre, no es cosa de niños.

La naturaleza quiere que los niños sean niños antes de ser hombres. Si nosotros queremos invertir este orden producirémos frutos precoces que no tendrán madurez ni gusto y que no tardarán en corromperse: tendremos jóvenes doctores y viejos niños. La infancia tiene maneras de ver, de pensar, de sentir, que le son propias. No hay nada más insensato que quererlas sustituir por las nuestras: tanto equivale exigirle que un niño tenga 5 pies de alto como que tenga juicio a los 10 años. En efecto, ¿para qué le serviría la razón a esa edad? Ella es el freno de la fuerza, y el niño no necesita ese freno.

Tratando de inculcar a sus alumnos la idea de la obediencia, agreguen a esa pretendida persuasión la fuerza y las amenazas o, lo que es peor, los halagos y las promesas. Así, pues, movidos por el interés u obligados por la fuerza parece que han sido convencidos por la razón. Ven muy bien que la obediencia es ventajosa y la rebeldía perjudicial, con lo que tienen conocimiento de una y de otra, pero como todo cuanto les mandan es desagradable para ellos, y siendo por otra parte penoso obedecer a la voluntad ajena, se esconden para hacer la suya, convencidos de que actúan bien si no se descubre su desobediencia, pero resueltos a confesar el mal, si los descubren, por temor a otro más grave. Como la razón del deber excede los alcances de esta edad, nadie hay en el mundo que se la pueda hacer verdaderamente palpable, pero el temor al castigo, la esperanza del perdón, la inoportunidad, el aturdimiento en las respuestas, les sacan todas las confesiones que les piden y creen que

los han convencido cuando no han hecho más que intimidarlos o fastidiarlos.

¿A qué conclusión se llega? Primero, imponiéndoles una obligación de la que no están convencidos, los exasperan contra su tiranía y los disuaden de que los amen. Les enseñan a disimular, a ser falsos y embusteros para conseguir recompensas o evitar castigos y, finalmente, acostumbRANDOS a encubrir siempre con un motivo aparente otro secreto, ustedes mismos les dan los medios para engañarlos a ustedes sin cesar, de esconderles su verdadero carácter y de contentarlos a todos con palabras vanas cuando se presenta la ocasión. Las leyes, me dirán, aunque obligatorias para la conciencia, acosan también a los adultos. Estoy de acuerdo, pero estos hombres, ¿qué son sino unos niños mimados por la educación, precisamente lo que se debe prevenir? Empleen la fuerza con los niños y la razón con los hombres: así es el orden natural, pues el sabio no necesita leyes.

Traten a su alumno conforme a la edad. Pónganle en su puesto y reténganlo en él de manera que no haga tentativas para salirse. Entonces será práctico en la lección más importante, que es la sabiduría, antes de saber lo que es ésta. No le ordenen nunca nada, sea lo que sea, absolutamente nada, ni dejen que imagine que pretenden tener alguna autoridad sobre él. Que sólo sepa que él es débil y ustedes fuertes, que por su estado o el suyo está necesariamente a su merced; que lo sepa, que lo aprenda, y que sienta pronto sobre su cabeza altiva el duro yugo que la naturaleza impone al hombre, el pesado yugo de la necesidad, bajo el cual es necesario que todo ser se rinda; que vea esta

necesidad en las cosas, pero nunca en el capricho¹⁵ de los hombres; que el freno que le retenga sea la fuerza y no la autoridad. No le prohíban las cosas de que deba abstenerse; eviten que las haga, sin explicación ni raciocinio; lo que le concedieran, concédanselo a la primera palabra que diga, sin inquirir, sin ruegos, y sobre todo sin condiciones. Concedan con gusto y sólo nieguen con repugnancia, pero que todos sus rechazos sean irrevocables; que ninguna importunidad los doblegue: que el **no** que se pronuncie sea un muro de bronce contra el cual, apenas haya probado el niño cinco o seis veces sus fuerzas, ya no intentará abatirlo.

De esta forma le harás paciente, sereno, resignado, sosegado, incluso cuando no haya alcanzado lo que quería, porque es natural en el hombre sufrir con paciencia la necesidad de las cosas, pero no la mala voluntad ajena. Las palabras “No hay más” son una respuesta que nunca irritó a ningún niño, a no ser que sospechase que era mentira. En cuanto al resto, es necesario o no exigir de él nada absolutamente o doblegarle desde el principio a una total obediencia. La peor educación es dejarle que fluctúe entre su voluntad y la suya y que le disputen cuál de los dos ha de ser la dominante. Yo quisiera cien veces más que él lo fuera siempre.

Es muy extraño que desde que se dedican los hombres a la educación de los niños no hayan imaginado otra forma para conducirlos que la emulación, los celos, la envidia, la vanidad, el ansia, el miedo, las pa-

¹⁵ Debemos estar seguros de que el niño mirará como capricho toda voluntad contraria a la suya y cuya causa no conozca. Un niño no alcanza el motivo de aquello que se opone a sus caprichos.

siones más peligrosas, las que más pronto fermentan y las más capaces de corromper al alma, incluso antes de que esté formado el cuerpo. Cada instrucción prematura que quieren introducir en su cabeza genera un vicio en lo interno de su corazón. Instructores faltos de juicio piensan de buena fe que aciertan cuando los malean por enseñarles qué es la bondad, y luego nos dicen con seriedad: “Así es el hombre”. Sí, ese es el hombre que ustedes han formado.

Se han ensayado todos los instrumentos menos uno, precisamente el único que puede surtir efecto: la libertad bien aplicada. No conviene que se encargue de educar un niño a quien no lo sepa conducir adonde quiera por las solas leyes de lo posible y lo imposible. La esfera del uno y del otro son para él igualmente desconocidas, y se ensancha o se estrecha a su alrededor como uno quiere. Sólo con el vínculo de la necesidad, sin que él exprese la menor queja, se le encadena, se le empuja o se le contiene. Sólo con la fuerza de las cosas se le transforma en dócil y manejable, sin permitir que le penetre ninguna clase de germen, ya que al no producir ningún efecto, quedan aplacadas las pasiones.

No les des a tus alumnos lecciones verbales de ninguna clase, puesto que sólo deben recibirlas de la experiencia. Tampoco les debes imponer ningún castigo, ya que ignora lo que puede significar culpabilidad, ni les obligues a pedir perdón, puesto que no tienen el poder indispensable para ofenderte. Careciendo de moralidad en sus acciones no pueden realizar ningún acto inmoral que sea merecedor de reprensión o de castigo.

Ya veo al lector impresionado al formar un juicio sobre este niño, estableciendo una comparación con los nuestros, pero se engaña. La sujeción continua en la cual tienes a tus alumnos irrita su vivacidad, y cuanto más retraídos aparecen delante de ti más reueltos están al librarse de tu presencia, ya que es indispensable, si les es posible, compensar los efectos producidos por el duro encogimiento en que los has retenido. Dos estudiantes de la ciudad producen más daños en un lugar que toda la juventud de un pueblo. Encierra a un niño de la ciudad y a otro de una aldea en una habitación: el primero lo derribará y destrozará todo antes de que el segundo se haya movido de su sitio. ¿Por qué esto sucede de tal modo si no es porque uno corre a aprovecharse de su instante de licencia mientras el otro, convencido siempre de su libertad, no siente prisa para apropiársela? No obstante, los hijos de los aldeanos, que frecuentemente sufren los efectos de ciertas contemplaciones o violencias, están aún muy distanciados del estado en el cual yo deseo que se críen.

Pongamos por máxima incontestable que los primeros movimientos de la naturaleza son siempre rectos; no hay perversidad original en el corazón humano; no se halla en él un único vicio que no se pueda averiguar cómo y por dónde se introdujo. La sola pasión natural en el hombre es el amor de sí mismo o el amor propio tomado en un sentido amplio. Este amor propio en sí, o en cuanto hace referencia a nosotros, es útil y bueno, y como carece de la relación indispensable con otro bajo este punto de vista es naturalmente indiferente; sólo por el uso que de él hagamos, y

las relaciones que le demos, se convierte en bueno o malo. Hasta que le guíe el amor propio, o sea la razón, es conveniente que un niño no haga nada porque le ven o le oyen, o sea con respecto a los demás, sino que debe actuar según los dictados de la naturaleza, y entonces no hará ningún acto que no sea bueno.

Con esto no quiero decir que nunca cometerá ningún destrozo ni que alguna vez se haga alguna herida, o que no rompa un mueble de valor si lo encuentra a mano. Podría hacer mucho daño sin obrar mal, ya que el acto malo depende de la intención con que se hace, y el niño jamás lo realizará con tal fin. Si una sola vez la tuviese, todo estaría ya perdido y sería malo, casi sin remedio.

Hay cosas que son malas a los ojos de la avaricia, pero que dejan de serlo a los ojos de la razón. Dejando a los niños con plena libertad de ejercitar sus disparates, es conveniente apartar de ellos todo cuanto sea costoso, y no ponerles al alcance de la mano ninguna cosa frágil y preciosa. Su estancia debe estar amueblada con muebles voluminosos y sólidos, sin espejos, porcelanas ni objetos de lujo.

En cuanto a mi Emilio, que educo en el campo, no habrá en su cuarto ningún otro objeto que los propios de otro muchacho campesino. ¿Qué utilidad tiene que se le adorne la habitación con tanto esmero si tan pocos ratos estará en ella? Pero me equivoco, pues pronto veremos cómo la adorna por sí mismo y qué objetos aporta.

Si, a pesar de sus precauciones, el niño comete algún desorden, como romper algún mueble, no lo castiguen por la negligencia de ustedes ni le riñan. Que

no oiga una sola palabra de reprensión. No lo dejen comprender que los ha molestado: hagan como si se hubiera roto el mueble por casualidad, y queden convencidos de que han logrado mucho si logran librarse de hacerle ninguna amonestación.

¿Me atreveré a exponer aquí la mayor, la más importante y útil regla de toda la educación? No es la de ganar tiempo sino, por el contrario, la de perderlo. Lectores corrientes: perdonen mis paradojas. Cuando se reflexiona, son indispensables y, a pesar de todo lo que se pueda decir, es preferible ser un hombre de paradojas que uno lleno de preocupaciones. El tiempo más peligroso de la vida humana es el que va desde el nacimiento hasta la edad de 12 años, debido a que es cuando brotan los errores y los vicios, sin que haya todavía ningún instrumento capaz de destruirlos, y cuando éste se obtiene las raíces están tan profundas que ha pasado el tiempo propicio para arrancarlas. Si los niños saltaran de un golpe desde el pecho de la madre hasta la edad del uso de la razón quizá podría serles conveniente la educación que se les da, pero, según el progreso natural, es necesario una que sea totalmente opuesta.

Haría falta que no hicieran uso de su alma hasta que ésta poseyera todas sus facultades, debido a que es imposible ver la llama que le presentan cuando aún está en estado de ceguera, y que ella siga en la inmensa llanura de las ideas, una ruta que la razón señala con rasgos casi imperceptibles, incluso para los ojos más perspicaces.

La primera educación debe ser, pues, puramente negativa, que no consiste en enseñar ni la virtud ni la

verdad, sino en liberar de vicios el corazón y el espíritu del error. Si pudieras no hacer nada, ni dejar hacer nada, si lograras tener sano y robusto a tu alumno hasta la edad de 12 años, sin que supiera distinguir su mano derecha de la izquierda, desde tus primeras lecciones se abrirían los ojos de su entendimiento a la razón, sin baches ni preocupaciones: nada habría en él que pudiera obstaculizar el buen resultado de tus afanes. De este modo, en tus manos se convertiría en el más sabio de los hombres, y omitiendo toda intervención en un principio, realizarías un prodigio de educación.

Actúa de un modo totalmente opuesto del que se acostumbra hoy y es casi seguro de que acertarás. Como los padres y los maestros no quieren que el niño sea niño, sino doctor, no ven el momento de enmendar, corregir, reprender, acariciar, amenazar, prometer, instruir... Actúa de un modo mejor: sé razonable y no razones con tu alumno, especialmente con la finalidad de que apruebe lo que no es de su agrado, ya que traer a la razón cosas desagradables termina por hacérsela fastidiosa y desacreditarla muy pronto en un alma que todavía no es capaz de entenderla. Haz que se ejerciten su cuerpo, sus órganos, sus sentidos y sus fuerzas, pero mantén ociosa su alma el mayor tiempo posible. Debes sentir miedo a todos los afectos que sean anteriores al juicio que los valúa. Se deben contener las impresiones que le vengan del exterior, y para poner un estorbo al nacimiento del mal no te des prisa alguna en producir el bien, ya que éste nunca es real hasta que viene alumbrado por la razón.

Debes ver todas las demoras como ventajas porque es ganar mucho, pues se avanza hasta el fin sin perder

nada. Deja que madure la infancia en los niños. Por último, si se hiciera necesaria alguna lección, evita dársela hoy si puedes demorarla sin peligro hasta mañana.

Otra consideración que confirma la utilidad de este método es la del genio particular del niño, puesto que es indispensable conocerlo muy bien a fin de que se le pueda aplicar el régimen moral que mejor le conviene. Cada espíritu tiene su forma propia según la cual necesita ser gobernado, y para obtener el fruto de los anhelos que se toman es indispensable que sea gobernado por esta forma y no por otra. Hombre prudente, espía durante mucho tiempo la naturaleza, observa con minuciosidad a tu alumno antes que le digas una palabra, espera que primero se muestre con toda libertad el germen de su carácter, no le fuerces en ninguna cosa con el fin de observarle mejor por completo. ¿Piensas que es perdida para el niño esta época de libertad? Todo lo contrario: será el mejor empleado. Aprende tú a no perder un escaso momento del tiempo más precioso, y si empiezas a actuar antes de saber lo que conviene hacer lo harás a ciegas, te expondrás a que queden frustrados tus propósitos, tendrás que volver atrás y te encontrarás más alejado de la meta que si no hubieras llevado tanta prisa para alcanzarla. No actúes como el avaro, que por no perder nada pierde mucho. Debes sacrificar en la edad primera un tiempo que recuperarás con creces en una edad más avanzada. El médico prudente no ofrece de una manera atolondrada sus remedios desde la primera visita, pues antes de recetar estudia el temperamento del enfermo; comienza tarde a curarle, pero le sana, mientras que el que se precipita le mata.

Pero ¿dónde debemos colocar a este niño para educarlo de este modo como un ser insensible, como un autómeta? ¿Le colocaremos en la luna o en una isla desierta? ¿Le apartaremos de todos los humanos? ¿El mundo no le ofrecerá de un modo continuo el espectáculo y el ejemplo de las pasiones? ¿No verá nunca a otros niños de su edad? ¿No verá nunca a sus parientes, a sus vecinos, a su nodriza, a su ama, a su lacayo, a su mismo tutor, que al final no ha de ser un ángel?

Esta objeción es fuerte y sólida. Pero ¿les he dicho yo que sea una empresa fácil una educación natural? ¡Oh, hombres! Si han hecho difícil todo cuanto es bueno, ¿es culpa mía? Yo conozco estas dificultades, las confieso, y quizá sean insuperables, pero siempre es verdad que, dedicándose a evitarlas, tienen un límite remediable. Yo marco la meta hacia dónde debe dirigirse la carrera: no afirmo que se pueda llegar a ella, pero aseguro que el que se acerque más al final es el que mayores ventajas sacará.

Debes tener presente que, antes de atreverse a comenzar la empresa de formar un hombre, es absolutamente imprescindible que uno mismo se haya hecho hombre, y hallar en sí mismo el ejemplo que se debe proponer. Mientras el niño carece aún de conocimiento hay tiempo para disponer todo lo que se le acerca, de forma que a sus primeras miradas no se le presenten otros objetos que los que le conviene ver. Haz que todo el mundo lo te respete, comenzando por actuar de suerte que todos los que los te rodean los te amen y procure cada uno complacerlos. No puedes ser el árbitro del niño si antes no lo eres de todo lo que le circunda, y jamás esta autoridad será suficiente si no

lleva como base el aprecio de la virtud. No se trata de vaciar el bolsillo y de esparcir el dinero a manos llenas: nunca he visto que el dinero hiciera amar a nadie. No debe ser uno avaro ni duro, ni ha de compadecer la miseria que puede ser aliviada, pero es inútil abrir las arcas si al propio tiempo no se abre el corazón; de lo contrario, el de los demás permanecerá cerrado. Su tiempo, su solicitud, su afecto, ustedes mismos: eso es lo que tienen la obligación de dar, pues, aunque hagan más, se ve claramente que ustedes no son su dinero. Existen testimonios de interés y de benevolencia de más eficacia y mayor provecho que todas las dádivas. ¡Cuántos desgraciados y enfermos hay que requieren más de consuelos que de limosna! ¡Cuántos seres oprimidos hay a los que les sería más útil la protección que el dinero! Dejen en paz a las personas que se indisponen, eviten los pleitos, convenzan a los hijos de sus obligaciones y a los padres de la indulgencia; promuevan matrimonios felices, eviten las vejaciones, usen con largueza del crédito de los parientes de tu alumno, amparando al débil a quien niegan justicia y que es oprimido por el poderoso. Sean un sustento firme de los desdichados. Procuren ser justos, humanos y benéficos; no den solamente limosnas, sino también solidaridad,¹⁶ pues mejor alivian las obras de misericordia que el dinero. Si aman a los otros, serán también amados por ellos; servirlos y los servirán: sé hermano suyo y serán tus hijos.

Esta es una más de las razones por la que yo quiero

¹⁶ Aunque literalmente corresponde aquí la palabra *caridad* (propia de la época), la frase alude a un concepto mucho más avanzado y altruista que hoy podríamos modernamente llamarlo *solidaridad*. [Nota del Editor]

educar a Emilio en el campo, lejos de la chusma de criados, los últimos de los humanos después de sus patronos; lejos de las disolutas costumbres de las ciudades, que el pulimentado barniz de que están cubiertas hace atractivas a los niños. Los vicios de los campesinos, sin adorno y con toda su rusticidad selvática, son más para rechazar que para seducir cuando no se tiene el menor interés en imitarlos.

En un pueblecito el tutor será mucho más dueño de los objetos que quiera poner delante del niño. Su prestigio, sus palabras, su ejemplo, tendrán una autoridad que no pueden tener en la ciudad, debido a que sirve útilmente a todos, y también anhelan complacerle, procuran granjearse su cariño y se presentan delante del alumno como desea el maestro, y si no se corrigen sus vicios intentan evitar el escándalo, que es todo lo que necesitamos para el logro de nuestro objeto.

No culpen a los demás de sus propias faltas, ya que menos corrompe a los niños el mal que ven que el que ustedes les enseñan. Siempre con sus sermones, su moral y pedantería, por cada idea que les insinúan, creyendo que es buena, les ofrecen otras veinte carencias de valor, y llenos de lo que tienen en la cabeza no se dan cuenta del efecto que producen en la suya. En este flujo de palabras que continuamente les sueltan, ¿creen que no hay alguna que la entiendan de manera equivocada? ¿Piensan que no comentan a su modo sus difusas explicaciones y que no encuentran materia para formar un sistema a su alcance, y que cuando llegue su momento sabrán oponerse?

Escuchen a uno de estos pequeños hombres a quienes se acaba de aleccionar. Déjenle que hable, que

haga preguntas, que diga disparates a placer, y quedarán asombrados del extraño giro que sus razonamientos han metido en su cabeza: lo confunde todo, lo transforma todo; les impacienta, les calla o le hacen callar. ¿Y qué se puede pensar de este mutismo de un hombre que tanto se muere por hablar? Si alguna vez alcanza este triunfo y lo advierte, adiós educación: en este punto todo se acabó... Ya no procura instruirse: procura refutarles.

Maestros celosos: sean prudentes, sencillos, reservados. No se apresuren a actuar si no es en el caso de que sus actos sirvan de estorbo para que otros actúen. Lo repito continuamente: aplacen todo lo posible una instrucción buena por temor de dar una mala. En esta tierra, que la naturaleza hubiera hecho el primer paraíso del hombre, deben sentir miedo de no realizar el oficio del tentador, queriendo dar a la inocencia el conocimiento del bien y del mal; no pudiendo impedir que se instruya el niño con los ejemplos que ve, pon todo tu empeño en grabar en su ánimo estos ejemplos con la imagen que le convenga.

Las pasiones impetuosas producen un gran efecto en el niño que las presencia, debido a que tienen señales muy sensibles, que lo impresionan intensamente y lo obligan a prestarles la mayor atención. La ira sobre todo es tan ruidosa en sus arrebatos que si uno está a su lado casi es imposible no advertirla. Esto no obliga a pedir si es ésta una ocasión propicia para que un pedagogo haga un gran discurso. ¡Fuera los discursos! ¡Ni una palabra! Deja que hable el niño. Asombrado con el espectáculo, seguro que hará preguntas. La respuesta es simple y se saca de los mismos objetos

que han impresionado sus sentidos. Ve un rostro inflamado, unos ojos ardientes, un aire amenazador; oye gritos y todo demuestra que el cuerpo no está en su verdadero estado natural. Dile pausadamente y sin misterio: “Este pobre hombre está enfermo, tiene un exceso de fiebre”. Y puedes aprovechar la ocasión de manifestarle, con pocas palabras, lo que son las enfermedades y los efectos que producen, puesto que son una cosa natural y uno de los lazos de la necesidad hacia los cuales se debe sentir obligado.

Podría ser que sobre esta idea, que no es falsa, adquiriera a su debido tiempo una repugnancia hacia los excesos de las pasiones, las que tendrá o considerará como enfermedades. ¿Crees que una noción parecida, dada oportunamente, no producirá efectos más saludables que el más aburrido sermón sobre la moral? Ahora observa las consecuencias de esta noción para el futuro: estás autorizado para tratar a un niño irascible como a un enfermo; le impones una dieta, haces que se asuste de sus nacientes vicios, que se le hagan odiosos, y quizá tendrás que recurrir a la severidad para curarle. Y si te sucede que en algún momento de irritabilidad pierdes la moderación que debes conservar tan cuidadosamente, no le ocultes tu error, y como una amorosa queja y con acento ingenuo dile: “Amiguito, me has puesto mal”.

En lo que resta, es importante que todas las gracias que pueda producir en un niño la simplicidad de ideas, en las que está criado, jamás sean puestas de relieve en su presencia, ni se hable de ellas de manera que él pueda comprenderlo. Una explosión de risa indiscreta puede anular el trabajo de seis meses y

causar un irreparable perjuicio para toda la vida. No me cansaré de repetir que para ser el árbitro del niño es indispensable serlo de sí mismo. Yo me imagino a mi pequeño Emilio, en el momento de más dureza de una riña entre dos vecinas, dirigiéndose a la más enfurecida y diciéndole en tono compasivo: “Buena mujer, está usted enferma y lo siento mucho”. Esta piedad no dejará de producir un gran efecto entre los espectadores, y tal vez entre las protagonistas de la pelea. Sin reírme, ni reñirlo ni elogiarlo, me lo llevo de buena gana o por fuerza antes de que pueda darse cuenta de tal efecto, o por lo menos antes de que tenga tiempo para pensar en él, y a tal fin me apresuro a distraerlo con otros objetos que lo hagan olvidar lo sucedido lo más pronto posible.

Mi deseo no es, pues, entrar en detalles, sino solamente exponer las máximas generales y proporcionar ejemplos para las ocasiones difíciles. Yo veo imposible que un niño a los 12 años pueda participar de la sociedad sin que se le den algunas ideas de las relaciones que existen de hombre a hombre y de la moralidad de los actos humanos. Es suficiente tener mucho cuidado de que no necesite de estas nociones hasta lo más tarde posible y, cuando ya sean inevitables, que queden limitadas a la utilidad del momento, sólo con el fin de que no se considere el dueño de todo ni perjudique al prójimo sin ningún escrúpulo o por ignorancia.¹⁷

¹⁷ Rousseau, lo hemos leído reiteradamente, se niega a que se vea al niño como un ser moral. Hay que entender entonces que las “ideas de las relaciones que existen de hombre a hombre y de la moralidad de los actos humanos” que no puede dejar de darle el tutor se deben apoyar sobre *cosas sensibles* que *siente* el niño. En este marco se entiende entonces el ejemplo de esa riña entre dos vecinas que Emilio presencia y la limitación a la “utilidad del momento”.
[Nota del Editor]

Existen caracteres dulces y tranquilos que se pueden llevar sin peligro alguno en su primera inocencia, pero también los hay de naturaleza violenta cuya irascibilidad se manifiesta muy pronto y es un deber darse prisa en hacerlos hombres para no hallarnos en la obligación de tenerlos encadenados.

Nuestros primeros deberes se refieren a nosotros, y nuestros sentimientos primitivos se concentran en nosotros mismos: todos nuestros movimientos naturales se refieren primero a nuestra conservación y a nuestro bienestar. Así, el primer sentimiento de la justicia no nos viene de la que nosotros somos deudores, sino de la que nos deben. Por ese motivo hablar siempre de las obligaciones a los niños, y nunca de sus derechos, comenzando por decirles lo contrario de lo que necesitan (cosa que no les interesa ni pueden entender), es uno de los defectos comunes de la educación.

Si hubiera que conducir a uno de estos que acabo de suponer, yo diría: “Un niño nunca ataca a las personas, sino a las cosas”.¹⁸ Y muy pronto le enseña la experiencia a los que tienen más fuerza y más edad. Pero las cosas no se defienden por sí mismas. La primera idea que se le debe sugerir es de que tiene menos importancia la libertad que la propiedad, y para que él pueda adquirir esta idea hace falta que sea dueño de algo: sus vestidos, sus muebles, sus juegue-

¹⁸ Jamás debe consentirse que un niño trate a los mayores como a inferiores, ni siquiera como a iguales suyos. Si tuviera la osadía de pegar a alguien, aunque fuese su sirviente, aunque fuera el verdugo, se debe hacer que éste le devuelva los golpes de tal forma que no le queden ganas de repetirlo. He visto a niñas imprudentes que provocan la cólera de las creaturas excitándolas a que se peguen, dejándose pegar y riéndose de sus débiles golpes, sin comprender que en la intención del niño enfurecido hay un instinto homicida y que el que quiere pegar cuando es pequeño querrá matar cuando sea mayor.

tes, etcétera.¹⁹ Si sólo puede disponer de estas cosas, ignora por completo la causa de que estén en sus manos. Al decirle que las tiene porque se las han dado no adelantamos nada, ya que para dar es necesario poseer; por consiguiente, existe una propiedad que es anterior a la suya, y es el principio de la propiedad lo que él quiere explicarse o comprender, sin tener en cuenta que la donación es un convenio y que el niño no puede saber todavía lo que es una convención.²⁰

Lectores: les ruego que noten en este ejemplo y en otros cien mil cómo, saturando la cabeza de los niños de palabras que carecen de significación para ellos, creen, erróneamente, que les han dado alguna instrucción.

Es condición, pues, llegar hasta el origen de la propiedad, puesto que de este punto debe originarse la primera idea de ella. El niño que vive en el campo tiene alguna noción de los trabajos agrícolas y para esto no precisa más que ojos y espacio, y tiene lo uno y lo otro. Es propio de todas las edades, y especialmente en la suya, el afán que tiene el hombre de crear, imitar, producir y el de dar señales de actividad y poderío.

Por los principios anteriormente expuestos, yo no me opongo a su deseo: por el contrario, lo favorezco, tomo parte en él, trabajo con él, no por hacer su gus-

¹⁹ Anteriormente Rousseau ha escrito que el primero de todos los bienes “no es la autoridad sino la libertad”. Aquí, el primero de todos ellos pasa a ser la propiedad. Cabe mencionar que en su obra *El contrato social* Rousseau menciona también a la propiedad como el primer fundamento de la sociedad civil. [Nota del Editor]

²⁰ Por eso la mayor parte de los niños quieren volver a tomar lo que han dado y lloran cuando no se lo devuelven. Pero dejan de reclamarlo cuando han comprendido lo que es una donación, aunque entonces son más cautelosos en dar.

to, como él cree, sino por hacer el mío. Soy su mozo en la huerta y mientras él va adquiriendo fuerzas yo cavo la tierra; él toma posesión sembrando un haba, y en verdad más sagrada y respetable es esta posesión que la que de la América meridional tomó Núñez de Balboa en nombre del rey de España, plantando su estandarte en las playas del Mar del Sur.²¹

Viene todos los días a regar las habas, y las vemos crecer llenos de alegría. Yo acreciento su júbilo diciéndole “Esto te pertenece”, y explicándole el significado de la palabra pertenencia procuro que comprenda que ha invertido en el cultivo un tiempo, su trabajo, su esfuerzo y por último su dedicación constante: que hay en esta tierra algo que es suyo, que puede reclamarlo ante quien sea, lo mismo que si él tratase de librar su brazo de la mano de otro hombre que se lo quisiera sujetar.

A lo mejor llega un día con la regadera en la mano y ¡oh, espectáculo; oh, dolor! Han arrancado todas las habas, la tierra removida y ni siquiera reconoce la plantación. “¡Ah! ¿Qué se ha hecho de mi trabajo, de mi obra, de mis sudores y afanes? ¿Quién me ha robado mi caudal? ¿Quién me ha robado mis habas?”. El tierno corazón se subleva y el primer sentimiento de la injusticia vierte en él su áspera amargura. Sale de sus ojos un caudal de lágrimas y el desconsolado niño llena el aire de gritos y sollozos. Uno toma parte en su pena e indignación, e indagamos, nos informamos, tratamos de saber quién y cómo, hasta que descubri-

²¹ Vasco Núñez de Balboa (1475-1519) fue un conquistador español. Es considerado como el primer europeo en divisar el océano Pacífico (llamado entonces Mar del Sur) desde el continente americano (actual Panamá) en 1513. Una contienda entre representantes de la Corona de España lo llevó a la muerte por decapitación. [Nota del Editor]

mos que ha sido el hortelano, y le llamamos.

Pero ahora vemos que todo es distinto de lo que creímos. Al saber el hortelano el motivo de nuestra protesta empieza a quejarse más violentamente que nosotros. “¿Con que son ustedes, señores, los que me han echado a perder mi trabajo? Yo había sembrado unos melones de Malta cuyas pepitas me habían dado como un tesoro. Quería regalarles algunos cuando madurasen y ahora, por sembrar sus malditas habas, han arrancado los melones que ya habían nacido, sin que disponga de más pepitas de su clase. Me han ocasionado un perjuicio irreparable y se han privado del gusto de comer unos melones que habrían sido exquisitos”.

JEAN JACQUES: Discúlpenos, buen Roberto, por haberle malogrado su trabajo. Veo muy bien que hemos echado a perder sus esfuerzos, pero mandaremos a buscar otras pepitas de Malta y no trabajaremos la tierra sin asegurarnos antes de que no la cultiva otro.

ROBERTO: Bah, si es así, señores, ya pueden ustedes dedicarse a dormir, porque aquí ya no hay tierras baldías. Yo trabajo las que heredé de mi padre, como hacen otros aldeanos. Todas las tierras que ven tienen dueño desde hace mucho tiempo.

EMILIO: Señor Roberto, ¿se perderán muchas veces las pepitas de melón?

ROBERTO: Perdóname, niño, pero no se pierden, porque no tenemos muchos señoritos atolondrados como tú. Nadie toca el huerto de su vecino y cada uno respeta el trabajo de los demás, para que también respeten el suyo.

EMILIO: Pero yo no tengo huerto.

ROBERTO: *¿Qué me importa a mí? Si tú te metes en el mío te echaré, porque no quiero perder mi trabajo.*

JEAN JACQUES: *¿No nos podríamos arreglar con el buen Roberto? Que nos dé a mi amiguito y a mí un rincón de su huerto, con la condición de que le daremos la mitad de lo que produzca.*

ROBERTO: *Yo se lo doy a ustedes sin condición, pero sepan que iré a levantar sus habas si tocan mis melones.*

En este ensayo sobre la manera de inculcar a los niños las nociones primitivas vemos cómo la idea de propiedad es natural al derecho del primer ocupante por el trabajo. Esto es claro, franco, sencillo y siempre al alcance del niño. Desde este punto hasta llegar al derecho de propiedad y a los intercambios no falta más que un paso, y una vez dado ya no se debe seguir adelante.²² Es de observar cómo una explicación que he limitado en dos páginas tal vez sea la materia de nuestro trabajo durante un año en el terreno práctico, puesto que en la carrera de las ideas morales no es posible su avance si no es de manera muy lenta, ni sobra el delicado cuidado que se ponga en asegurar firmemente cada uno de los pasos que se den. Jóvenes maestros: les suplico que mediten sobre este ejemplo y tengan presente que sus lecciones deben estar fundamentadas más en las acciones que en discursos, ya

²² Es de notar que Rousseau ejemplifica aquí con el objetivo de educar a Emilio el concepto de propiedad legítima que desarrolla en *El contrato social*. Rápidamente resumido, consiste en reconocerle el derecho al primer ocupante de una tierra, siempre que no esté habitada, que se ocupe el espacio necesario para su subsistencia y por último que se tome posesión de esta tierra con el trabajo y el cultivo más que con alguna otra ceremonia. Por ello juzga la toma de posesión de tierras por Emilio más respetable que la toma por Núñez de Balboa. [Nota del Editor]

que los niños se olvidan fácilmente de lo que han dicho y oído, y recuerdan muy bien lo que han realizado y les ha sucedido.

Más temprano o más tarde deben darse enseñanzas de esta clase, como he manifestado, según se apresure o retarde la necesidad de aleccionar por la índole pacífica o revoltosa del alumno. La necesidad de enseñar es de una evidencia palpable, pero para no dejar nada importante en lo que se refiere a cosas difíciles daremos todavía otro ejemplo.

Si tu desobediente niño estropea todo lo que toca, no te enfades y sólo procede a desviar o apartar de él lo que puede echar a perder. ¿Rompe los muebles de los que va a servirse? Pues no te apures en darle otros, y procura que sienta todo el daño de la privación. ¿Rompe los cristales de sus ventanas? Deja que le dé el viento de día y de noche, sin preocuparte de sus resfriados, ya que más vale que se resfríe que a que siga con sus locuras. Nunca te quejarás de las incomodidades que te provoca, pero debes intentar que sea él quien las sufra primero. Después, haz poner los cristales sin decirle nada. ¿Los vuelve a romper? Cambia entonces de método: dile con sequedad pero sin enojo: “Las ventanas son mías y quiero que no me moleste el aire”. Luego le encierras en un cuarto oscuro y sin ventanas. Después de tan extraño proceder, grita y alborota, pero nadie le hace el menor caso. Pronto se cansa, se aturde y cambia de sistema; después se lamenta y solloza, se presenta un sirviente y el alborotador le ruega que le saque de allí. Sin molestarse en buscar argumentos para complacerlo, responde el criado: “También yo tengo cristales que

quiero conservar”. Y se marcha. Por último, transcurridas algunas horas en su encierro, el tiempo preciso para fastidiarse y no olvidar la lección, alguien irá a sugerirle la idea de que te proponga un arreglo en virtud del cual no romperá más cristales a cambio de su libertad. No desea otra cosa. Te hará llamar, acudirás, hará su propuesta y la admitirás al instante, diciéndole: “Eso está muy bien pensado y los dos ganaremos, ¿por qué no se te ocurrió antes esa idea?”. Después, sin exigir confirmaciones de su promesa, le darás un cariñoso abrazo y lo llevarás enseguida a su dormitorio, considerando este arreglo tan inviolable y sagrado como si se hubiera realizado bajo un solemne juramento. ¿Cuál será la idea que tendrá de esta forma de actuar, de la confianza en los convenios y de su utilidad? O estoy equivocado o no hay en la tierra un niño, sino está corrompido de antemano, que piense en romper adrede un cristal. Dedúzcase de todo cuanto hemos manifestado el encadenamiento que existe en todo ello: cuando hacía un agujero para sembrar unas habas no pensaba que existía un calabozo en el que no tardaría mucho en encerrarle su ciencia.²³

²³ Por otra parte, aunque esta obligación de cumplir su palabra no la fundamentara en el ánimo del niño la idea de su utilidad, pronto el sentimiento interno, que ya empieza a dar señales, se le impondría como ley de la conciencia, como principio innato que para desenvolverse sólo espera los conocimientos a que se aplica. Este rasgo primigenio no es señalado por la mano de los hombres, puesto que está grabado en nuestros corazones por el autor de toda justicia. Si se quita la primitiva ley de las convenciones y la obligación que impone, todo en la sociedad humana es ilusorio y vano. El que cumple una promesa sólo por su utilidad está poco más ligado que si no hubiese prometido nada, o cuando más se servirá de la facultad de violarlas, como hacen los jugadores de pelota con las faltas, que si se las pasan a sus contrarios cuando pueden hacerlo no corren el riesgo de perder el juego. Este principio es muy importante y merecedor de que se profundice, ya que aquí es donde empieza el hombre a estar en contradicción consigo mismo.

Estamos aquí en el mundo moral y mira ahí la huerta abierta al vicio: con los pactos y las obligaciones nacen la mentira y el engaño. Tan pronto como se adquiere la libertad de hacer lo que no se debe procuramos ocultar lo que hemos hecho, de tal modo que el interés nos obliga a prometer, y otro interés mayor tiene la fuerza para que se viole la promesa: sólo se trata de violarla impunemente, siendo el recurso natural esconderse y mentir. Al no haberse podido prevenir el vicio, hemos caído en la obligación de castigarlo. Estas son las miserias de la vida humana, que tienen sus inicios con los errores.

He expuesto lo suficiente para que se comprenda que jamás se debe castigar a los niños un castigo en sí, sino que el castigo siempre les debe venir como natural consecuencia de una mala acción. No harás, pues, discursos contra la mentira, y no les castigarás precisamente por haber mentido, sino que debes procurar que cuando mientan recaigan todos sus efectos sobre ellos como, por ejemplo, el de no creerles cuando dicen la verdad, o acusarles de algo que no han hecho, aunque ellos lo nieguen. Pero es necesario que antes expliquemos qué cosa es mentir a los niños, para que no se vean o se crean injustamente castigados.

Existen dos clases de mentiras: la de hecho, que se refiere a una acción pasada, y la de derecho, que es la que tiene relación con lo futuro. Cuando uno niega lo que ha realizado o afirma haber hecho lo que no hizo, y de un modo general habla a sabiendas contra la verdad de las cosas, la mentira pertenece a la primera clase. La segunda está en la promesa que no se tiene intención de cumplir, y en manifestar una intención

contraria a la que se tiene. En algunos casos ambas mentiras pueden concretarse en una sola,²⁴ pero aquí sólo las considero en lo referente a sus diferencias.

Aquel que siente la necesidad de la ayuda de los demás, y continuamente le alcanza su benevolencia, no tiene ningún interés en engañarlos. Por el contrario: tiene un evidente interés en que vean las cosas tal como son por temor de que se engañen en perjuicio suyo. Se ve claramente, pues, que la mentira de hecho no es natural a los niños, pero es la ley de la obediencia lo que despierta la necesidad de mentir, porque siendo la obediencia dolorosa, en secreto se la rehúye todo lo posible y el interés por evitar la represión o el castigo puede más que la parodia de expresar la verdad. En la educación libre y natural, ¿por qué ha de mentir tu hijo? ¿Qué es lo que tiene que ocultar? Si no le reprendes, si no le castigas por nada, ni exiges nada de él, ¿por qué va a ocultar lo que ha hecho, diciéndolo con la misma ingenuidad con que se lo diría a un camarada suyo? Él no ve más peligro en confesarlo a uno que a otro.

La mentira de derecho todavía es menos natural, ya que las promesas de hacer o de abstenerse son actos convencionales que salen del campo natural e inhabilitan la libertad. Pero debe tenerse presente que todas las obligaciones de los niños son de carácter nulo en sí mismas, debido a que, no pudiendo percibir las cosas más allá de lo presente, ignoran lo que hacen en el momento en que se obligan. Comprometiéndose,

²⁴ Igual que un acusado se defiende de un delito insistiendo en que es un hombre de bien. Entonces dice una mentira de hecho y de derecho.

casi no es posible que mienta un niño porque, pensando solamente en salir del apuro del momento, le parece indiferente todo medio que carece de un efecto inmediato, no promete nada cuando lo hace para un tiempo futuro y, estando su imaginación todavía adormecida, carece del poder necesario para extender su estado a dos épocas distintas. Si pudiese evitar unos azotes, o se le prometiera un paquete de dulces a condición de al día siguiente arrojarse por el balcón, lo prometería en el acto. Por la misma causa las leyes no toman en consideración ninguna de las obligaciones de los niños, y si los padres y los maestros más severos exigen que las cumplan se debe a que se trata de cosas que debería realizar el niño, incluso cuando no lo hubiera prometido.

No sabiendo el niño a lo que se obliga cuando promete, se ve claramente que no se halla en condiciones de poder mentir. No podemos decir lo mismo cuando falta a una palabra, que es también una especie de mentira retroactiva, ya que él recuerda perfectamente que prometió cumplirla, pero de lo que no se da cuenta todavía es de la importancia que tiene. Fuera de pensar en el porvenir, no puede prever las consecuencias de nada y cuando incumple sus promesas no hace nada que esté en contra de la razón de su edad.

De esto se deduce que las mentiras de los niños son obra de los maestros, y querer que aprendan a decir la verdad no es más que enseñarles a mentir. Con el afán de dictarles reglas, gobernarles e instruirles, nunca hallan medios suficientes para conseguir sus propósitos. Pretenden enlazar su espíritu con máximas infundadas, con preceptos faltos de razón, y pre-

fieren que sepan su lección y mientan a que se queden ignorantes y sean veraces.

Nosotros, que sólo damos a nuestros alumnos lecciones prácticas, y que antes los preferimos buenos que sabios, no exigimos de ellos la verdad, por miedo a que la falseen, ni les obligamos a que prometan nada que pueda ser causa de caer en la tentación de no cumplir. Si se ha cometido durante mi ausencia algún disparate y yo ignoro quién ha sido, me abstendré de acusar a Emilio o de preguntarle: “¿Has sido tú?”.²⁵ Pues, ¿qué otra cosa haría con esto sino enseñarle a negar? Y si su naturaleza difícil me obliga a llegar a algún acuerdo con él, tomaré mis medidas de tal modo que la propuesta siempre proceda de él, y no de mí, y una vez se haya obligado procuraré que siempre tenga un vivo interés en cumplir su palabra, y si alguna vez faltase a ella que esa mentira le produzca molestias que vea que salen del mismo orden de las cosas y no de la venganza de su maestro. Pero, lejos de tener que recurrir a expedientes tan crueles, estoy casi seguro de que Emilio sabrá más tarde qué cosa es mentir, y que cuando lo sepa se quedará admirado y no comprenderá para qué puede ser buena la mentira. Es indiscutible que el hacer más independiente su bienestar, tanto de la voluntad como del juicio ajeno, más aparto de él todo interés en mentir.

Cuando no hay apuro en instruir tampoco se lleva

²⁵ Al hacer semejante pregunta se comete una gran imprudencia, principalmente si el niño tiene la culpa. Si cree que nosotros ya sabemos lo que ha hecho pensará que le tendemos una trampa, y esta opinión puede dar motivo a indisponerle con nosotros. Si no lo cree, se dirá: “¿por qué voy a reconocer mi culpa?”. Es decir, su primera tentación de mentir no es más que el efecto de nuestra imprudente pregunta.

prisa en exigir, y se toma el tiempo suficiente para no exigir nada que esté fuera de razón. De este modo es como se va formando el niño y no se le echa a perder. Pero cuando un preceptor desconcertado, que no sabe qué hacer, le obliga a cada instante a que prometa esto o aquello, sin distinción ni elección ni medida, el niño, fastidiado y abrumado con todas estas promesas, las descuida, se olvida de ellas, las desdeña y, por último, mirándolas como cláusulas de un vano formulario le da lo mismo cumplirlas como rehusarlas. Si quieres que permanezca fiel en el cumplimiento de su palabra, es preciso que se le exija con mucha discreción.

El detalle en que acabo de entrar, referente a la mentira, puede ser aplicado bajo muchos aspectos a todas las otras obligaciones, que al mismo tiempo que las ordenan a los niños se las hacen aborrecibles además de impracticables. A causa de predicarles la virtud, les hacen amar todos los vicios, y les son inspirados prohibiéndoles que los contraigan. Cuando los quieren hacer piadosos, los llevan a que se aburran en la iglesia, obligándoles a que balbuceen incesantemente oraciones entredientes y a que aspiren a la dicha de no tener necesidad de encomendarse a Dios. Con el fin de inspirarles la caridad, les hacen dar limosna, como si los maestros despreciaran darla ellos mismos, olvidando que no es el niño quien debe dar, sino el maestro. Por mucho afecto que tenga a su alumno, no le debe ceder este honor, y debe inculcarle que por su edad aún no es digno de hacerlo. La limosna es una acción del hombre que sabe el valor de lo que da y la necesidad que tiene de ella su semejante; por consiguiente, el niño, que ignora eso, no puede te-

ner ningún mérito: da sin caridad ni beneficencia, casi avergonzado, basándose en el ejemplo de que sólo los niños dan limosna y nunca los mayores.

Se debe tener presente que nunca hacen dar al niño otras cosas que aquellas cuyo valor desconoce: piezas de metal que lleva en el bolsillo y que le sirven nada más que para eso. Antes daría un niño cien *doblones* que un pastel.²⁶ Que se le diga a este repartidor tan espléndido que dé las cosas que más le gustan: sus juguetes, sus dulces, su merienda, y pronto veremos si han conseguido que sea generoso.

Hay también otro recurso para esto, que consiste en devolverle al niño lo que ha dado, y pronto veremos que da aquello que sabe que se lo devolverán. Sólo he observado en los niños estas dos clases de generosidad: dar lo que de nada les sirve, o dar lo que están seguros que les restituirán. “Actúan de modo –dice Locke– que por experiencia se convencen de que siempre el más liberal sale mejor librado”:²⁷ eso es hacer al niño liberal en apariencia y avaro en realidad. Luego añade que así contraerán los niños el hábito de la liberalidad: de una liberalidad usuraria que da uno para sacar cien. Pero cuando simplemente se trate de dar a secas, adiós hábito: cuando dejen de devolverles, pronto dejarán de dar. Se debe atender al hábito del alma antes que al de las manos. A ésta se parecen todas las demás virtudes que enseñan a los niños. ¡Y por predicarles virtudes tan sólidas consumen en la

²⁶ El *doblón* era una moneda antigua de oro, con diferente valor según la época, obviamente muy superior al de un pastel. [Nota del Editor]

²⁷ John Locke en *Algunos pensamientos sobre educación*. [Nota del Editor]

tristeza sus primeros años! Se debe rechazar una educación tan sabia.

Maestro: deja estas puerilidades, sean virtuosos y buenos y procuren que sus ejemplos queden grabados en la memoria de los alumnos, hasta que puedan penetrar profundamente en su tierno corazón. En lugar de exigirle a mi alumno obras de caridad, prefiero hacerlas yo en su presencia, e incluso trataré de evitar que me imite debido a que no es conveniente a su corta edad, ya que es importante que no considere las obligaciones de los hombres como costumbres de los niños.

Y si al ver que socorro a los pobres me hace preguntas sobre esto, y veo que es oportuno contestarle,²⁸ le diré: “Amigo mío, esto es porque cuando los pobres consintieron en que hubiera ricos, los ricos prometieron ayudar a todos los que ni con sus bienes ni con su trabajo se pudieran mantener”. “Entonces, ¿también usted lo prometió?”, me dirá. “Claro que sí, porque sólo soy el dueño de los bienes que pasan por mis manos con la condición de que no es absoluta mi propiedad”.

Después de oír este discurso (y ya se ha visto cómo debe prepararse al niño para que esté en condiciones de entenderlo), otro que no fuera Emilio caería en la tentación de imitar y se comportaría como un hombre rico; en este caso yo procuraría ponerle algún inconveniente para que no lo hiciera con ostentación:

²⁸ Se debe entender que contesto a estas preguntas no cuando él quiere, sino cuando yo lo considero oportuno. Si hiciera de otro modo me quedaría sujeto a su voluntad y terminaría sometiéndome a la más peligrosa dependencia en que pueda vivir un maestro respecto de su alumno.

preferiría que me quitase mi derecho y se escondiera para hacer la dádiva. Por ser propio de su edad, sería el único fraude que yo le perdonaría.

Yo sé que las virtudes por imitación son virtudes de monos, y que una *buen*a acción que se realiza imitando a los demás no es moralmente buena. Pero es necesario procurar que los niños imiten los actos cuyo hábito queremos que adquieran, puesto que a su edad todavía no siente nada su corazón, y mientras va llegando el tiempo del discernimiento pueden realizarlos por amor al bien. Sabemos que el hombre es un ser que imita a los demás, igual que los animales. La propensión a imitar nace de la naturaleza bien ordenada, pero en la sociedad degenera en vicio. Imita el mono al hombre, a quien teme, y en cambio no imita de los animales que desprecia: cree bueno todo lo que hace un ser superior a él. Entre los hombres sucede lo contrario: nuestros graciosos de todas las especies imitan lo hermoso y bello para rebajarlo y hasta ridiculizarlo. Convencidos íntimamente de su ruindad, se proponen igualarse con los que valen más que ellos y, si se esfuerzan en imitar lo que les parece digno de admiración, en la elección de los objetos demuestran el mediocre gusto de los imitadores, los que prefieren antes engañar a los otros o elogiar su propio talento que ilustrarse y mejorar. El fundamento de la imitación entre nosotros viene del deseo de salir siempre fuera de uno mismo. Si triunfo en mi empresa, mi Emilio no deseará hacer lo mismo. De este modo, será necesario renunciar al aparente bien que puede producir.

Profundicen en lo más íntimo de las reglas de su propia educación y las hallarán totalmente opuestas a

la razón, particularmente en lo que se refiere a las virtudes y a las costumbres. La sola lección de moral que conviene a la infancia y la que más importancia tiene en todas las edades es la de no causar ningún mal a nadie. El mismo precepto de hacer el bien, cuando no está subordinado al otro, es peligroso, falso y contradictorio. ¿Quién hay que no haga el bien? Todo el mundo hace algo bueno, lo mismo el malvado como los otros, hace dichoso a un hombre a costa de cien miserables, y de aquí vienen todas nuestras calamidades. Las más sublimes virtudes son negativas, y son también las más difíciles, porque van desprovistas de ostentación y ocupan un lugar más elevado que el mismo placer, tan dulce para el corazón del hombre, deseoso de que otro se vaya contento y satisfecho de nosotros.

¡Oh, cuánto bien hace a sus semejantes aquel de nosotros, si hay alguno, que nunca les hace daño! ¡Qué carácter tan íntegro y qué ánimo tan intrépido el suyo! No es razonando sobre esta máxima, sino procurando ponerla en práctica, como se siente lo grande y penoso que resulta conseguirlo.²⁹

²⁹ El principio de no hacer daño a nadie lleva consigo el de vincularse lo menos posible con la sociedad humana, debido a que en el estado social el bien de uno constituye necesariamente el mal de otro. Este producto está en la esencia de las cosas y nadie lo podría cambiar. Cuando se busca sobre este principio definir qué es lo mejor, si el hombre solitario o el hombre social, un **autor ilustre** ha dicho que únicamente el malo es el que está solo, y yo digo que quien está solo es el bueno. Si esta proposición es menos juiciosa, por lo menos se puede decir que es más cierta y más razonada que la otra. ¿Qué daño puede hacer el malvado estando solo? Es en la sociedad donde se procura dañar a los demás. Si dan un cambio a este argumento en favor del hombre de bien, me remito al artículo a que se refiere esta nota. **[Nota de J. J. Rousseau]**

Quando Rousseau se refiere a un “autor ilustre” hace referencia al escritor y filósofo francés Denis Diderot, figura decisiva de la Ilustración, quien en

He aquí algunas breves ideas acerca de las precauciones con que quisiera yo que a los niños se les dieran las instrucciones que a veces no se les pueden negar, sin exponerlos a que hagan daño a los demás o a sí mismos, especialmente en contraer malos hábitos que más tarde serían difíciles de corregir, pero podemos estar seguros de que serán raras las veces que nos encontraremos en esta necesidad con niños educados como deben serlo, debido a que no hay posibilidad de que se vuelvan indóciles, malos y embusteros si no han arraigado en su corazón los vicios que ahí se siembran. De tal manera que cuanto llevo dicho sobre este asunto, más que a las reglas se aplica a las excepciones, pero éstas son más comunes a medida que los niños tienen más ocasiones de salir de su estado y contraer los vicios de los hombres. A aquellos que en medio del bullicio del mundo se educan con precisión les son necesarias unas instrucciones más precoces que a los que están educados en la soledad. Esa educación sería preferible, aunque no hiciera otra cosa que dar tiempo para que madure la infancia.

Hay otro género de excepciones contrarias para los niños que un destino natural los hace superiores a su edad. Así como hay hombres que nunca salen de la infancia, hay otros, por así decirlo, que no se detienen en la niñez, y casi son hombres desde que nacen. El mal está en que esta última excepción es rarísima, muy difícil, y al figurarse cada madre que

el prefacio de *El hijo natural* escribió: “Sólo el malvado está solo”. Rousseau había sentido esta frase dirigida en su contra. [Nota del Editor, apoyándose en la de Mauro Armíño, para su traducción de *Emilio o De la educación* publicada por Alianza Editorial]

su niño puede ser un portento termina convencida de que lo es en realidad, e incluso hacen más, pues consideran como indicios extraordinarios los normales: la viveza, la improvisación, el atolondramiento, las ingenuidades graciosas, señales características de la edad y que demuestran con toda claridad que el niño no es otra cosa que niño. ¿Qué tiene de extraño que aquel a quien dejan hablar mucho y le permiten que diga lo que se le antoje, que no se halla sujeto por consideraciones ni respetos de ninguna clase, le salga por casualidad alguna feliz ocurrencia? Lo extraordinario sería que no tuviera alguna, de la misma manera que lo sería el que un astrólogo, entre mil mentiras, no predijese alguna verdad. “Ellos mentirán tanto –decía Enrique IV³⁰ que por último darán con la verdad”. Quien pretenda decir ingeniosidades no tiene más que decir muchas tonterías. ¡Que Dios libre de todo mal a las personas que siguen la moda, que no tienen otro mérito que el de imitar!

Los pensamientos más brillantes pueden estar en el cerebro de los niños o, mejor, que los dichos más agudos salidos de la boca de un niño, al igual que los diamantes de más valor puestos en sus manos, no son suyos, a pesar de tenerlos, puesto que en esta edad no hay propiedad verdadera de ninguna especie.

Las palabras que pronuncia un niño no tienen el mismo significado para él que para nosotros, ni les atribuye las mismas ideas, las que permanecen en su cerebro sin orden ni conexión, por lo que en todo lo

³⁰ Enrique de Borbón (1553-1610) fue rey de Navarra con el nombre de Enrique III, y rey de Francia como Enrique IV, conocido como Enrique el Grande o el Buen Rey. [Nota del Editor]

que piensa no hay nada que sea fijo ni seguro.

Examinen su pretendido prodigio. En algunos momentos encontrarán en él un resorte de una actividad extremada, una claridad de entendimiento capaz de abrir brecha en las nubes; frecuentemente parece un entendimiento flojo, decaído y como rodeado de una densa niebla. En unas ocasiones corre más que ustedes y en otras se queda parado. Hay momentos que dirían que es un genio, y poco después advertirían que es tonto. Siempre se equivocarían: él es un niño. Es un aguilucho que vuela por un momento en el aire y luego vuelve a caer en su nido.

Trátenle, pues, como conviene a su edad, a pesar de las apariencias, y procuren no apurar sus fuerzas obligándolas a un excesivo ejercicio. Si observan que se calienta este joven cerebro y se dan cuenta de que ya empieza a hervir, dejen que fermente libremente, pero no le exciten nunca, para que no se evapore, y cuando se hubiesen evaporado los primeros alientos deben comprimir y contener los restantes, hasta que con los años quede todo transformado en calor vivificante y en verdadera fuerza. Si dejaran de realizarlo, perderían el tiempo y el trabajo, y destruirían lo realizado. Y después de haberlos extasiado locamente con todos estos vapores inflamables, sólo quedaría un residuo carente de fuerza alguna.

De los niños atolondrados salen hombres vulgares: no conozco una observación más general y verdadera que ésta. No hay nada más difícil que distinguir en la infancia la verdadera estupidez de la aparente y engañosa estupidez, que anuncia las almas fuertes. Que tengan ambos extremos unos signos tan pareci-

dos nos parece extraño a primera vista, pero es necesario que sea así porque, en una edad en la que el hombre carece todavía de una verdadera idea, la diferencia que media entre el primero que está dotado de un verdadero ingenio y el segundo que no tiene ninguno está en que éste sólo admite ideas falsas y el otro no encuentra ninguna verdadera y las desecha todas. El segundo se parece al necio que no es capaz de nada; el primero al que nada le conviene. La única señal capaz de hacer una distinción depende del azar, que suele presentar al segundo alguna idea a su alcance, mientras que el primero es el mismo siempre y en todos los casos. A Catón El Menor durante su infancia en su casa le creían imbécil porque era callado y terco. Pero su tío lo fue conociendo en la antecámara de Sila, y si no hubiese tenido esa oportunidad tal vez le habría creído un necio hasta que hubiera llegado al uso de razón. De no haber vivido César, quizá se hubiera tratado de visionario a Catón, quien precisó su funesto ingenio y previó de tan lejos sus proyectos.³¹ ¡Oh, cómo están expuestos a engañarse aquellos que tan precipitadamente emiten una opinión sobre los niños! Muchas veces resultan más niños que los mismos niños.

Ya en su edad avanzada traté a un hombre que me honraba con su amistad, y era considerado corto de

³¹ Catón El Menor (95-46 a.C.) fue un político romano. Llegado a los 14 años al palacio de Sila, político que como procónsul de Roma recurrió a la proscripción para eliminar a sus adversarios, y viendo las cabezas ensangrentadas de los proscritos, habría pedido un puñal con el fin de matar al tirano romano, demostrando así su valentía. Años más tarde, en reiteradas ocasiones se opuso a las ambiciones de César, viendo en él un futuro tirano, lo que lo llevó finalmente a la muerte. Estudiosos estiman que Rousseau cuenta de manera inexacta este ejemplo. **[Nota del Editor]**

alcances por sus familiares y amigos. Esta excelente cabeza iba madurando en silencio y de repente se reveló como un gran filósofo, y no dudo de que la posteridad le asignará un honroso y eminente lugar entre los que mejor han elucubrado, consagrándose entre los más profundos metafísicos de su siglo.³² Respeten a la infancia y no se den prisa en juzgarla ni para el bien ni para el mal. Dejen que se declaren, se prueben y se confirmen durante largo tiempo las excepciones antes de que adopten métodos particulares. Esperen a que actúe durante un largo tiempo la naturaleza antes de que ustedes se metan a actuar en su lugar, a fin de que no impidan la eficacia de sus operaciones. Dicen ser conocedores del valor que tiene el tiempo, que no quieren perderlo. No se dan cuenta de que más se pierde haciendo un mal uso de él, que dejándolo correr, y que más lejos está de la sabiduría un niño mal instruido que otro que no ha recibido ninguna instrucción.

Ustedes se asustan al ver que pierde sus primeros años sin hacer nada. ¿Cómo? ¿No es nada el ser feliz? ¿No es nada que pueda saltar, correr y jugar todo el día? Jamás en su vida estará más ocupado. Platón, en su *República*, que tan austera se considera, educa a los niños en fiestas, juegos, cánticos y pasatiempos; cuando les ha enseñado a divertirse bien, parece que ya lo tiene todo terminado. Y Séneca, hablando de la antigua juventud romana, dice que siempre estaba en pie y que jamás les enseñaba nada que no pudiera ha-

³² Rousseau se refiere a Etienne Bonnot de Condillac (1714-1780), filósofo y economista francés que sólo aprendió a leer a los 12 años por problemas de salud. Desarrollará las ideas de la teoría filosófica llamada empirismo.

[Nota del Editor]

cerlos permanecer en pie. Cuando la juventud llegaba a la edad viril, ¿perdía algo con esa actitud, con esa aparente ociosidad? ¿Qué dirían de uno que por aprovechar toda la vida no quisiera dormir? Seguro que dirías que carece de sensatez, que no goza del tiempo que se le ofrece, y que por evitar el sueño se da prisa para alcanzar la muerte. Deben pensar que aquí sucede lo mismo, y que la infancia es el sueño de la razón.³³

Esta facilidad aparente que tienen los niños para aprender es la causa de que se pierdan. No nos damos cuenta de que esta misma facilidad nos demuestra que nada aprenden. Su cerebro, liso y pulido, refleja como si se tratara de un espejo los objetos que se le presenta, pero no retiene nada, nada le penetra. El niño repite las palabras, las ideas le llegan por reflejo: los que los escuchan las entienden, y él es el único que no sabe lo que dice.

Aunque la memoria y el raciocinio sean dos facultades esencialmente distintas, en realidad no se desarrolla verdaderamente la una sin la otra. El niño no recibe ideas antes del uso de razón, sino sólo imágenes, y la diferencia entre unas y otras consiste en que las imágenes no son otra cosa que pinturas absolutas de los objetos sensibles y las ideas son nociones de los objetos determinados por sus relaciones. Una imagen puede existir sola en el alma que se la representa, pero toda idea supone otras. El que imagina se limita a ver y el que concibe compara. Nuestras sensaciones son sólo pasivas, pero todas nuestras percepciones o ideas

³³ Para muchas generaciones de estudiantes en Francia esta frase (“La infancia es el sueño de la razón”) es uno de los aforismos más recordados de Rousseau. [Nota del Editor]

proceden de un principio activo que juzga. Demostraremos esto más adelante.

No siendo los niños capaces de juicio, digo, pues, que no tienen verdadera memoria. Retienen sonidos, figuras, sensaciones, rara vez ideas y menos veces su relación entre sí. Quien me rebata diciendo que aprenden algunos principios de geometría cree que ha demostrado el error de mis afirmaciones cuando –por el contrario– las confirman, pues demuestran que en vez de saber razonar por sí mismos no son capaces de apropiarse la interpretación de otros. Sigán de cerca a esos pequeños geómetras en su método y pronto verán que sólo han retenido la impresión de la figura y los términos de la demostración. No son capaces de responder a la más pequeña objeción: basta con invertirles la figura y se quedan totalmente desorientados. Todo esto nos demuestra que su inteligencia se limita a las sensaciones, sin llegar al entendimiento. Su misma memoria no es más perfecta que sus otras facultades, puesto que casi siempre tienen que volver a aprender cuando son mayores las cosas cuyas palabras aprendieron de niños.

No obstante, estoy muy lejos de creer que los niños no razonen nada.³⁴ Por el contrario, se puede observar

³⁴ Al escribir he reflexionado mucho sobre si era posible en una obra de cierta extensión dar a una misma palabra el mismo significado, puesto que no hay ningún idioma que tenga vocabulario tan rico capaz de ofrecer los términos, locuciones y frases necesarias para dar la significación adecuada a cada una de las modificaciones que puedan tener nuestras ideas. El método de definir todos los términos, y sin dejar de sustituir la definición de lo definido, es perfecto, pero no es practicable, y entonces ¿cómo evitar el círculo? Las definiciones podrían ser buenas si para emplearlas no se tuviesen que emplear palabras. No obstante, tengo la convicción de que se puede ser claro, aun en nuestra pobre lengua, pero no dando siempre la misma acepción a las mismas palabras sino haciendo que cada vez que se use una voz, la terminación que se le dé quede expresada por la relación que tenga con las

que razonan muy bien en todo lo que conocen y tiene relación con su presente y sensible interés. Pero es respecto a sus conocimientos en lo que nos engañamos, porque les atribuimos los que no poseen y queremos que razonen sobre lo que son incapaces de comprender.

También nos engañamos cuando pretendemos que valoren sobre consideraciones que no les atraen, como su interés por el futuro: su felicidad cuando sean hombres, el aprecio de que serán objeto en el futuro. Esos discursos son dirigidos a seres carentes de previsión y no significan nada para ellos. Y todos los estudios a que se ven obligados estos pobres desventurados tratan asuntos que no están al alcance de su inteligencia. Júzguese, pues, la atención que les pueden dedicar.

Los pedagogos, que tan aparatosamente exponen las instrucciones que dan a sus discípulos, están imposibilitados para hablar de otra forma. No obstante, por su modo de hacer uno se da cuenta de que piensan exactamente como yo, porque al fin y al cabo ¿qué es lo que les enseñan? Palabras, más palabras y siempre palabras.

Entre la diversidad de ciencias que tanto se jactan de enseñarles, mucho se restringen de elegir las que les serían de un verdadero provecho, ya que serían ciencias de cosas y no lograrían nada: blasón,³⁵ geografía, cronología, lengua, etcétera, estudios todos tan dis-

otras palabras, y de esta forma quede definida por el periodo donde la voz se halle. Unas veces digo que los niños no son capaces de razonar, y otras veces procuro que lo hagan con bastante sutileza, y en esto no creo que se contradigan mis ideas, pero me veo obligado a confesar que muchas veces encontraremos contradicción en mis expresiones.

³⁵ “Ciencia” o “arte” (así se decía) de explicar y describir los escudos de armas, muy de moda en el siglo XVIII, la época de Rousseau. [Nota del Editor]

tantes del hombre, y especialmente del niño, que resultaría casi milagroso si algo de todo esto le pudiera ser útil sólo una vez en su vida.

Sé que es una cosa sorprendente el que mire como una de tantas inutilidades de la educación el estudio de los idiomas, pero se debe tener presente que aquí sólo me refiero a los estudios en su primera edad, y creo que hasta llegar a los 12 ó 15 años ningún niño, si exceptuamos a los prodigios, ha aprendido verdaderamente los idiomas.

Si el estudio de las lenguas consistiera nada más que el aprendizaje de palabras estaría de acuerdo en que este estudio podría serles conveniente a los niños, porque sólo consistiría en el aprendizaje de las figuras o de los sonidos, pero cambiando las lenguas y los signos también quedan modificadas las ideas que representan. Se forman las cabezas por los lenguajes y los pensamientos se tiñen del color de los idiomas. Nada más que la razón es común. El raciocinio tiene en cada lengua su forma propia y peculiar, y esta diferencia podría ser la causa o efecto de los caracteres nacionales. Lo que podría confirmarlo es que en todas las naciones del mundo la lengua sigue las mismas vicisitudes que las costumbres, y con ellas se conserva o se altera.

Entre estas diversas formas, el uso da una al niño y es la única que conserva hasta la edad de la razón. Para que pudiera tener dos necesitaría saber comparar las ideas. Se comprende fácilmente que si todavía no está en la edad de concebirlas tampoco puede estarlo para establecer comparaciones sobre ellas. Puede dar a cada cosa una infinidad de signos diferentes, pero

no puede dar a cada idea más que una sola forma: esta es la causa de que sólo pueda aprender a hablar una sola lengua. A pesar de cuanto he manifestado, se me dice que aprenden muchas, lo que yo niego de una forma rotunda. He visto a algunos de estos prodigiosos niños que se figuraban hablar cinco o seis lenguas, y les he oído hablar de una forma sucesiva alemán con palabras latinas, francesas e italianas: en realidad, manejaban cinco o seis diccionarios, pero no hablaban otro idioma que el alemán. En una palabra, se pueden dar a los niños todos los sinónimos que se quiera, se podrán cambiar sus voces, pero nunca su lengua ya que jamás sabrán más que una.

Con el objetivo de que esta incapacidad no quede de manifiesto, los ejercitan preferentemente en las lenguas muertas, ya que no existen jueces que puedan recusarles. Como hace muchos siglos se ha perdido su uso familiar nos limitamos a imitar cuanto hallamos escrito en los libros, y a eso es lo que muchos llaman hablarlas. Si éste es el latín y el griego de los maestros, uno ya se puede dar cuenta del conocimiento que pueden tener los discípulos. Cuando apenas han aprendido de memoria algunos residuos de estas lenguas de los que no entienden ni una palabra, es cuando los preparan para redactar un discurso francés en palabras latinas. Después, cuando están más adelantados, les hacen escribir en prosa frases de Cicerón y en verso muchas otras de Virgilio. Entonces se quedan convencidos de que hablan latín, pues nadie les va a contradecir.

Sea el estudio que sea, de nada valen los signos que representan si carecen de las ideas de las cosas que

representan. A pesar de ello, siempre limitan al niño a estos signos, sin que logren nunca que comprenda nada. Cuando pretenden que conozcan los mapas, les enseñan nada más que nombres de ciudades, de países, de ríos, que el niño no concibe que existan en otra parte más que en el papel donde se los muestran. Recuerdo que vi, no sé dónde, una geografía que comenzaba así: “¿Qué es el mundo? Un globo de cartón”. Esa es la geografía de los niños. Confirmando como una cosa incontestable que, después de dos años de esfera y de cosmografía, no hay ni un sólo niño de 10 años que, en virtud de las reglas que le han dado, supiera ir de París a Saint-Denis. Considero como incontestable que no hay uno que con un plano del jardín de su padre sepa seguir las vueltas y revueltas sin extrañarse. Esos son los doctores que saben a punto fijo la situación de Pekín, de Isfahán, de México y todos los países.

Oigo decir que es conveniente que se ocupen los niños en estudios que solamente precisen de ojos, y así podría ser si hubiera estudios que sólo necesitasen ojos, pero yo no conozco ninguno semejante.

Hay un error todavía más ridículo: el que les obliga a estudiar la Historia, imaginándose que está a su alcance porque consideran que no es más que una simple recopilación de hechos. ¿Pero qué se entiende por hechos?

Consideran que las relaciones que los hechos históricos determinan son tan fáciles de comprender que sin un gran esfuerzo se puede formar una idea de ellos en el espíritu de los niños. Piensan que es posible separar el verdadero conocimiento de los sucesos de sus

causas y de sus efectos, y que es tan pequeño el enlace de lo histórico con lo moral que puede conocerse perfectamente uno prescindiendo del otro.

Si en las acciones humanas no ven otra cosa que los movimientos externos y puramente físicos, ¿qué es lo que pueden aprender en la Historia? Afirmando que absolutamente nada y, privado su estudio de todo interés, no les produce ni gusto ni instrucción alguna. Si quieren darse cuenta de las relaciones morales que presiden estas acciones, deben intentar que sus alumnos entiendan estas relaciones, y entonces verán si la Historia es adecuada a su edad.

Lectores: tengan siempre presente que quien les habla no es un sabio ni un filósofo, sino un hombre sencillo, amante de la verdad, sin partido ni sistema alguno; un solitario que al tener poca comunicación con los hombres tiene menos ocasiones para empaparse de sus preocupaciones, quedándole de este modo más tiempo para reflexionar sobre lo que le extraña cuando les trata. Mis razonamientos tienen su fundamento en los hechos más que en los principios, y creo que lo más útil para que puedan juzgarlo consiste en entregarles a menudo algún ejemplo de las observaciones que me los sugieren.

Estuve algunos días en el campo, en casa de una buena madre de familia que cuida con el mayor celo la educación de sus hijos. Una mañana que estaba yo presenciando las lecciones del mayor, su preceptor, que le había instruido muy bien en la Historia antigua, al referirse a Alejandro le habló del suceso, tan sabido, del médico Filipo, del que hay una pintura muy

merecida.³⁶ El tutor, hombre de mérito reconocido, hizo sobre la audacia de Alejandro muchas reflexiones que no me gustaron, pero evité discutir las para no desacreditarlo en el espíritu de su alumno. Durante la comida, según el método francés, no dejaron de hacer hablar al chiquillo. Con la viveza propia de su edad y con la ilusión de que le aplaudiesen, dijo una serie de tonterías y entre ellas algunos destellos de agudeza que bastaron para que se olvidasen de sus errores. Luego llegó el momento de explicar la historia de Filipo, que narró con mucho desparpajo. Después de los acostumbrados elogios que su madre exigía y el niño esperaba, se hicieron comentarios sobre lo que había expresado el pequeño. La mayoría reprochó la temeridad de Alejandro, y algunos, imitando al preceptor, exaltaron su firmeza y su valor, lo cual me hizo ver que ninguno de los presentes sabía en qué consistía la belleza de este rasgo. Yo les dije que si en la acción de Alejandro hubo el menor valor o la menor firmeza no fue más que una extravagancia. Todos emitieron después una nueva opinión, y convinieron en que fue una locura. Cuando iba a responder acaloradamente, una mujer que estaba a mi lado y que no había despegado los labios en voz baja me dijo: “Cállate, Jean Jacques, que tampoco van a entenderte”. La miré sorprendido y callé.

Después de la comida, y sospechando por algunos indicios que el niño no había entendido nada de la historia que tan bien había explicado, le cogí de la

³⁶ Aunque en una carta acusaban a su médico Filipo de querer envenenarlo, Alejandro Magno le entregó a Filipo la carta que lo incriminaba al mismo tiempo que bebió su brebaje, sin demostrar ningún temor. A los pocos días se recuperó. Entre historia y mito, esta anécdota inspiró a muchos pintores.

[Nota del Editor]

mano, dimos una vuelta por el jardín, empecé a hacerle preguntas y vi que más que a los otros le parecía admirable el valor de Alejandro tan considerado por todo el mundo. ¿Pero saben en qué lo veía? En el de beberse de un trago un brebaje de muy mal gusto sin vacilar y sin que le asquease. Al muchacho le habían hecho beber una medicina hacía quince días, le había costado mucho tomársela, y le parecía que aún sentía aquel mal sabor en la boca. La muerte y el envenenamiento no eran, a su entender, otra cosa que desagradables sensaciones, y el único veneno que él concebía eran las hojas de sen.³⁷ Sin embargo, debo confesar que la entereza del héroe había impresionado mucho a su joven corazón y que, ante la primera purga que le impusieran, se dispuso a ser un Alejandro. Sin entrar en explicaciones que superaban su capacidad, le alenté para que siguiera siempre dispuesto a afrontarlo todo, y me marché riéndome en mi interior de los padres y del preceptor que creen que enseñan Historia a los niños. El hacerles repetir los nombres de reyes, imperios, guerras, conquistas y leyes no es nada difícil, pero cuando se trata de que tengan ideas claras sobre estas mismas palabras se necesitará, y mucho, la conversación del hortelano Roberto para todas esas explicaciones.

Quedándose descontentos algunos lectores con el “Cállate, Jean Jacques”, sospecho que me van a preguntar dónde encuentro yo la belleza en las acciones de Alejandro. Desdichados. ¿Cómo la podrían entender si necesitan que se la digan? En que Alejandro

³⁷ *Cassia angustifolia Vahl*. Fuerte laxante. La especie más utilizada es el Sen de la India, pero también existe el Sen de Alejandría. [Nota del Editor]

creía en la virtud, en que, a costa de su cabeza, a riesgo de su propia vida, era capaz su generosa alma de creer en ella. ¡Oh, qué brillante profesión de fe era la bebida de esta disputa! Jamás ningún mortal hizo una profesión de fe tan sublime. Si hallan algún Alejandro moderno, deben mostrármelo con unos rasgos parecidos.

Al no existir ninguna ciencia de las palabras, tampoco existe ningún estudio apropiado a los niños. Si ellos carecen de verdaderas ideas, tampoco tienen una verdadera memoria pues no la llamo así a la que únicamente retiene las sensaciones. ¿No es verdad que de nada les servirá imprimir en su cabeza un catálogo de signos que no representan nada para ellos? ¿Estos signos no los aprenderán en el momento de aprender las cosas? ¿No es inútil que las tengan que aprender dos veces? Y, sin embargo, ¡no se les empieza a inspirar peligrosos prejuicios al querer que tengan por ciencia palabras que para ellos carecen de significado! Desde la primera palabra con la que se satisface al niño, desde la primera cosa que aprende debido a que otra persona se la enseña, sin que él vea para qué sirve, se ha extraviado su juicio. Tendrá que brillar mucho tiempo a ojos de los necios antes de que supere esta pérdida.³⁸

Si la naturaleza da al cerebro del niño esa flexibi-

³⁸ La mayor parte de los sabios lo son de un modo semejante a como lo son los niños. Resulta menos la erudición de una multitud de ideas que de un gran número de imágenes. Los datos, los nombres propios, los lugares, todos los objetos aislados o privados, sólo los retiene la memoria por los signos, y muy pocas veces nos acordamos de ellos sin ver al mismo tiempo el revés o el derecho de las páginas donde las leímos o la lámina donde por primera vez las vimos. Esta era la ciencia de moda durante los siglos pasados. La del nuestro es distinta, pues ni se estudia ni se observa: se sueña, y con mucha gravedad nos venden por filosofía los sueños de algunas malas noches. Ya sé que me contestarán que yo también sueño: de acuerdo, pero, al revés de lo que hacen los demás, mis sueños los vendo como sueños y dejo al lector que averigüe si pueden servir para algo a las personas despiertas.

lidad que le capacita para recibir toda clase de impresiones no será para que en él se impriman nombres de reyes, fechas, términos heráldicos, de esfera, de geografía y toda otra clase de palabras que para su edad carecen de todo significado y que de nada le sirven y con las cuales abruma su infancia. Que todas las ideas que puede concebir y le sean de utilidad, y todas cuantas se relacionen con su felicidad y deben darle en su momento las luces sobre sus obligaciones, le queden grabadas de una forma invariable y le sirvan para que se conduzca durante toda su vida del modo más conveniente a su modo de ser y a sus facultades.

La especie de memoria que puede tener un niño no queda estancada porque no se estudie en libros. Él retiene y se acuerda de todo cuanto ve y oye, retiene en el interior de su cabeza una idea de las acciones y de los discursos de los hombres y todo cuanto se acerca a él es el libro con el cual, sin pensarlo, enriquece su memoria hasta que sea capaz de aprovecharla su razón. En saber elegir estos objetos, en la atención de presentarle continuamente los que pueda conocer y ocultarle los que debe ignorar, consiste el verdadero arte de cultivar en él esta primera facultad. De este modo le daremos un caudal de conocimientos que le servirán para su educación en la juventud y para su conducta en todo tiempo. Es cierto que este método no forma pequeños prodigios, ni es para que se luzcan institutrices ni pedagogos, pero es capaz de formar hombres de juicio, robustos y de entendimiento sano, que sin haber sido la admiración de los demás cuando niños se convierten más tarde en hombres dignos de respeto.

Emilio nunca aprenderá nada de memoria, ni siquiera fábulas, aunque sean las de La Fontaine, por más ingenuas y encantadoras que sean, porque las palabras de las fábulas no son las fábulas, como las de historia no son la Historia.³⁹ ¿Cómo puede ser uno tan ciego que diga que las fábulas son la moral de los niños, sin tener en cuenta que el relato divierte a los niños de una manera falsa o mentirosa, los que, atraídos por la mentira, no advierten la verdad, y que lo que se hace con el fin de que les sea grata la instrucción les resulta un estorbo para aprovecharse de ella? Las fábulas pueden instruir a los hombres, pero a los niños se les debe decir siempre la verdad desnuda: cuando se la encubren con un velo, no se toman el trabajo de correrlo.⁴⁰

Si hacen aprender a los niños las fábulas de La Fontaine, se podrán dar cuenta enseguida de que no hay ni uno que las entienda. La verdad es que aún sería peor que las entendiesen, ya que es tan enredada su moral y tan desproporcionada a su edad que es más posible que los llevaría al vicio que a la virtud. Otras paradojas, me dirán. De acuerdo, pero vamos a ver si son verdades.

Aunque nos empeñemos mucho en hacer que las comprenda, yo afirmo que un niño no comprende las fábulas que le hacen aprender porque la instrucción

³⁹ Jean de La Fontaine (1621-1695) fue uno de los más famosos fabulistas. Las tres fábulas a las que se refiere Rousseau más adelante fueron publicadas por primera vez en 1668, casi un siglo antes de la publicación del *Emilio*. Todavía hoy, sus fábulas siguen siendo leídas por niños franceses y del resto del mundo, incluido Chile. [Nota del Editor]

⁴⁰ Las fábulas llegaron a ser consideradas como método de enseñanza, evolución a la que Rousseau se opuso por las razones que aclara en estas páginas. [Nota del Editor, basado en Mauro Armiño, op. cit.]

que de ellas queremos obtener requiere que le inculquemos ideas que él no puede apreciar, y su estilo poético, si bien le ayuda a que las aprenda de memoria, hace que las entienda incluso con mayor dificultad, con lo que a costa de la claridad se sacrifica el deleite.

Prescindiendo de una gran cantidad de fábulas que son del todo ininteligibles y que carecen de provecho para los niños, y que demuestra el poco discernimiento que tienen los que les obligan a que las aprendan (debido a que están mezcladas con las demás), nos limitamos a aquellas que parece que el autor escribió exclusivamente para ellos.

Yo no conozco en toda la colección de La Fontaine más que cinco o seis fábulas donde brilla eminentemente la ingenuidad. De estas cinco o seis yo tomo, por ejemplo, la primera,⁴¹ puesto que la moral de esta fábula es propia de cualquier edad: los niños la aprenden con gusto, es una de las que mejor comprenden, y es por este motivo que el autor le ha dado la preferencia y la ha colocado al comienzo de su libro. Suponiendo que cumpla el objetivo de ser entendida por los niños (de ser de su gusto y de instruirles), esa fábula es seguramente su obra maestra, lo que me permite seguirla y examinarla en pocas palabras.

⁴¹ Es la segunda y no la primera, como ha subrayado muy bien Formey.

EL CUERVO Y EL ZORRO
LE CORBEAU ET LE RENARD
(Fábula de La Fontaine)

Maestro Cuervo, sobre un árbol encaramado,
Maître Corbeau, sur un arbre perché,

Maestro, ¿qué significa esta palabra en sí misma?
¿Qué significado tiene delante de un nombre propio?
¿Cuál es el sentido que tiene?⁴²

¿Qué es un cuervo?

¿Qué es esto de que está *sobre un árbol encaramado*?
No se dice *sobre un árbol encaramado*, sino *encaramado sobre un árbol*. Por consiguiente, es necesario hablar de las inversiones de la poesía y obliga a decir lo que es prosa y lo que es verso.⁴³

Tenía en su pico un queso.
Tenait dans son bec un fromage.

¿Qué queso? ¿Era un queso de Suiza, de Brie o de Holanda? Si el niño no ha visto un cuervo, ¿qué provecho se saca con hablarle del cuervo? Si lo ha visto, ¿cómo puede comprender que tenga un queso en el pico? Recurramos siempre a imágenes conforme a la naturaleza.

⁴² La polisemia de “maître” en francés (y en castellano también) hace que un niño podría entender la palabra en su sentido escolar, pero en la fábula tiene el sentido del título que se les da a veces a los artesanos (y que a Rousseau le parece inadecuado, como lo dice más abajo). [Nota del Editor]

⁴³ La sintaxis de la prosa francesa es más rígida que la del castellano. Por lo tanto no decir “perché sur un arbre” sino “sur un arbre perché” suena raro. En poesía, por consideraciones eufónicas o rítmicas, son comunes estas “inversiones” de las que habla Rousseau. [Nota del Editor]

Maestro zorro, por el olor seducido,
Maître Renard, par l'odeur alléchée,

¡Otra vez un *maestro!*, pero es un buen título: él es maestro consumado en los ardides de su oficio. Es necesario explicar lo que es un zorro y distinguir su verdad natural del carácter convencional que tiene en las fábulas.

Seducido: no se usa esta palabra.⁴⁴ Hay que explicarla; hay que decir que sólo sirve para los versos. El niño preguntará por qué se habla de modo distinto en verso que en prosa. ¿Qué le responderás?

Seducido por el olor de un queso. Este queso que tiene un cuervo encaramado en un árbol debía oler mucho para que lo sintiese el zorro estando en un bosque o en su madriguera. ¿Es así como ejercitas a tu alumno en este espíritu de crítica juiciosa que no se deja convencer por buenas señales y sabe discernir la verdad de la mentira en las narraciones de los otros?

Le dijo más o menos estas palabras:

Lui tint à peu près ce langage:

¡*Estas palabras!* ¿Los zorros hablan, entonces? ¿Hablan, pues, el mismo lenguaje que los cuervos? Pedagogo sabio, ten cuidado, pesa bien tu respuesta antes de darla; esto tiene más importancia de lo que tú has pensado.

Hola, buenos días, señor Cuervo.

Eh! bonjour, monsieur le Corbeau!

⁴⁴ Es interesante notar que aunque la etimología del verbo “allécher” no tiene relación directa con “lécher” (*lamer* en castellano), suena igual y que el Centro Nacional de Recursos Textuales y Lexicales del Centro Nacional de Investigación Científica francés (CNRS) reporta esta cercanía. “Alléchant” comúnmente en francés significa de hecho *apetitoso* o *tentador*. [Nota del Editor]

¡Señor! Título que el niño ve como una burla antes de que sepa que es un título de honor. Los que dicen *señor Cuervo* harán bien en referir otros asuntos antes que razonar lo que han dicho.

¡Qué hermoso es!, ¡qué bello se parece!
Que vous êtes joli! que vous me semblez beau!

Ya está: redundancia inútil. El niño, viendo repetir la misma cosa expresada en otros términos, aprende a hablar con descuido. Si le has dicho que esta redundancia es un arte del autor, el que entra en la intención del zorro, que quiere multiplicar los elogios con las palabras, esta excusa será buena para mí, pero nunca para mi alumno.

Sin mentir, si su canto
Sans mentir, si votre ramage

¡*Sin mentir!* ¿Se miente, pues, algunas veces? ¿Qué pensará el niño si le haces aprender que el zorro ha dicho *sin mentir*, sólo porque miente?

Respondiera a su plumaje
Répondait à votre plumage

Respondiera. ¿Qué significado tiene esta palabra? Enséñale al niño a comparar cualidades tan diferentes como la voz y el plumaje, y verás cómo le entenderá.

Usted sería el fénix de los habitantes de estos bosques.
Vous seriez le Phénix des hôtes de ces bois.

El fénix. ¿Qué es un fénix? Y aquí nos vemos arrojados de repente en la falsa Antigüedad, casi en la mitología.

Los habitantes de estos bosques. ¡Qué discurso tan figurado! El adulator ennoblece su lenguaje y le da más dignidad para hacerlo más seductor. ¿Un niño será capaz de entender esta sutileza? ¿Sabe o puede saber lo que es un estilo noble y un estilo bajo?

Ante estas palabras, el cuervo rebosa de alegría.
À ces mots, le corbeau ne se sent pas de joie.

Es preciso haber experimentado ya las pasiones muy fuertes para sentir esta expresión proverbial.

Y, para mostrar su bella voz,
Et, pour montrer sa belle voix,

No olviden que, para entender este verso y toda la fábula, el niño debe saber lo que es eso de la bella voz del cuervo.

Abre su ancho pico, deja caer su presa.
Il ouvre un large bec, laisse tomber sa proie.

Este verso es admirable y su armonía nos entrega la imagen. Yo veo un pico abierto, grande y feo; escucho el queso caer el queso entre las ramas: pero esta clase de belleza no existe para los niños.

El zorro rápido lo toma y dice: “mi buen señor”,
Le renard s'en saisit, et dit: Mon bon monsieur,

He aquí, pues, la bondad transformada en tontería. Seguramente que no se pierde el tiempo para instruir a los niños.

Sepa que cualquier adulator
Apprenez que tout flatteur

Máxima general: ya no nos afecta.

Vive a expensas de aquel que le escucha.
Vit aux dépens de celui qui l'écoute.

Nunca un niño de 10 años ha entendido este verso.

Esta lección bien vale un queso, sin duda.
Cette leçon vaut bien un fromage, sans doute.

Esto se entiende, y el pensamiento es muy bueno. Pero igual serán muy pocos los niños que sepan comparar una lección con un queso y que no prefieran el queso a la lección. Por lo tanto hay que hacerles entender que estas palabras no son más que un sarcasmo. ¡Cuánta sutileza para los niños!

El cuervo, avergonzado y confundido,
Le corbeau, honteux et confus,

Otro pleonasma, pero éste es inexcusable.

Juró, pero un poco tarde, que no lo volverían a engañar.

Jura, mais un peu tard, qu'on ne l'y prendrait plus.

Juró. ¿Cuál es el torpe maestro que se atreve a explicarle al niño lo que es un juramento?

He aquí los detalles, mucho menos, sin embargo, de lo necesario para analizar todas las ideas de esta fábula y reducirlas a las ideas simples y elementales que la componen.⁴⁵

¿Pero quién es el que cree que necesita de este análisis para hacerse entender por la juventud? Ninguno de nosotros es capaz de ponerse en el lugar de un niño. Vamos ahora a la parte moral.

¿Se puede considerar como una cosa buena la de instruir a un niño de 10 años de que hay hombres que mienten y adulan según sus conveniencias? Lo más que se podría hacer sería educarlo en la idea de que hay graciosos que se divierten con la ingenua vanidad de los niños, y luego se ríen de ellos, pero el queso lo echa a perder todo: enseñamos menos a los niños a que no lo dejen caer del pico como a que se lo hagan caer a otro. Esta es mi segunda paradoja, y no es la que tiene menos importancia.

Observen a los niños cuando aprenden las fábulas y verán que, cuando están en la necesidad de aplicarlas, casi siempre lo hacen de un modo contrario al propuesto por el fabulista, y en lugar de enmendarse del defecto del que éste quiere corregirlos, se inclinan por el amor al vicio, con lo cual se saca partido de los defectos de los demás. En la fábula que hemos ana-

⁴⁵ Un poco más arriba Rousseau exige que Emilio no lea ni aprenda cosas (de memoria, como era la costumbre con estas fábulas) que no pueda entender. El comentario que propuso Rousseau de la fábula *El cuervo y el zorro* muestra la incapacidad en la que están los niños de entenderla sin un verdadero análisis al que tampoco quiere recurrir Rousseau con ellos por descansar necesariamente sobre palabras vaciadas de su significado. **[Nota del Editor]**

lizado los niños se burlan del cuervo, y todos se ponen de parte del zorro; en la de *La cigarra y la hormiga* creen darles la cigarra, por ejemplo, pero nada de eso: elegirán a la hormiga. A nadie le gusta humillarse: siempre escogerán el papel brillante, que es la elección del amor propio, y la más natural. Pero ¡qué horrible lección para la infancia! El más odioso de todos los monstruos sería un niño cruel y avaro que supiera qué es lo que le piden y qué es lo que él niega. La hormiga va más lejos: le enseña a burlarse cuando se niega.⁴⁶

En todas las fábulas en que uno de los personajes es el león o el águila, como sucede ordinariamente, es el que más brilla, y por consiguiente el niño no deja de convertirse en león o en águila, y cuando está encargado de hacer algún reparto, instruido por su modelo, intenta por todos los medios quedárselo todo. Pero si el escarabajo hace caer del nido los huevos del águila, entonces el niño ya no quiere ser el águila, sino el escarabajo, aprendiendo de este modo a arrojar puñados de inmundicia a los que no se atreve a atacar limpiamente.

En la fábula *El lobo flaco y el perro gordo*, en lugar de la lección de moderación que pretendemos darle, toma una de licencia. Jamás me olvidaré de una niña a quien vi llorar con el mayor desconsuelo cuando le dieron a leer esta fábula, junto con alabarle la docilidad. Nos costó mucho averiguar la causa de su llanto. La pequeña no soportaba estar siempre atada a su

⁴⁶ En la fábula *La cigarra y la hormiga*, por no haber hecho otra cosa en el verano sino cantar, una vez llegado el invierno la cigarra tiene hambre. Entonces le pide algo de comer a su vecina hormiga, que se le niega burlándose. [Nota del Editor]

sillita, se sentía con el cuello pelado y lloraba porque no era lobo.⁴⁷

Se ve así de un modo palpable que la moral de la primera fábula para el niño no es otra cosa que una descarada adulación; la de la segunda, abiertamente es un alarde de inhumanidad; la tercera, una lección de injusticia; la cuarta, una sátira; y la quinta, una lección de independencia.

Esta última, superflua para mi alumno, no es más conveniente para los suyos. Dándoles conceptos que se contradicen los unos a los otros, ¿qué provecho esperan de sus cuidados? Pero quizá toda esta moral que me lleva a rechazar las fábulas en mi sistema educativo, entregue otras tantas razones para conservarlas en los suyos.

En la sociedad son indispensables dos morales distintas: una que consiste en palabras y otra producida por las acciones, en las que no encontramos ningún parecido. De la primera clase hallamos un ejemplo en el catecismo y de la segunda en las fábulas de La Fontaine para los niños, y en sus cuentos para las madres. El mismo autor lo hace todo.

Pongámonos de acuerdo, señor La Fontaine. Por mi parte prometo leerlo con agrado y mucha atención, e instruirme con sus fábulas debido a que confío en que no voy a equivocarme sobre su objeto, pero espero que me permita que mi alumno no estudie ninguna hasta que me demuestre que le conviene apren-

⁴⁷ En la fábula *El lobo flaco y el perro gordo*, un lobo hambriento admira la gordura de un perro. Éste le explica que llegar a eso es fácil: complacer al amo. El lobo se deja convencer y lo sigue, cuando nota el cuello pelado del perro por llevar un collar. Impensable para el lobo; ¡cómo perder su querida libertad! Pronto se devuelve al bosque. [Nota del Editor]

der cosas de las cuales no entiende ni la cuarta parte, que en las que sea capaz de comprender algo no tome el camino opuesto y que, en lugar de enmendarse fijándose en el burlado, no quiera imitar al burlador.

Eximiendo de esta forma a los niños de todos sus deberes, les quito los instrumentos que les torturan, que son los libros. El azote de la infancia es la lectura y casi no sabemos emplearla en otra cosa. Cuando tenga 12 años Emilio apenas sabrá qué es un libro. Pero es necesario, se me objetará, que por lo menos sepa leer. Estoy de acuerdo con esta opinión, pero cuando le sea útil la lectura, pues, pienso que hasta entonces únicamente sirve para fastidiarle.

Si nada debe exigirse de los niños por obediencia, se deduce que tampoco nada agradable ni útil pueden aprender si no saben las ventajas que les significa, y por ello ¿qué motivo los estimularía para aprenderlo? El arte de hablar y oír hablar a los ausentes, el de comunicarles sin intermediario nuestros sentimientos, voluntades y deseos, es un arte cuya utilidad puede ser evidente en todas las edades. ¿Por qué prodigio se ha convertido este tan agradable y útil arte en un tormento de la infancia? Violenta a los niños el hecho de que se aplique en contra de su voluntad y de que lo tengan que usar para cosas que no entiende. No se preocupa mucho un niño de perfeccionar el instrumento con que lo atormentan, pero consigue que ese instrumento sirva para su diversión, y pronto se dedicará a él aunque sea contra la voluntad del adulto que se lo aplica.

Se considera muy importante contar con los mejores métodos de enseñar a leer. Se inventan escritorios

y mapas y el cuarto de un niño parece un taller de imprenta. Locke quiere que aprenda a leer con dados. ¿No es una invención exquisita? ¡Qué lástima! Hay un camino más seguro que todos esos y que siempre olvidan: el deseo de aprender. Deben infundir al niño este deseo: deja los cartones y los dados, pues cualquier método será bueno para él.

El interés actual es lo único que conduce con seguridad y nos lleva muy lejos. Algunas veces Emilio recibe de su padre, madre, parientes y amigos invitaciones para una comida, un paseo, una partida de pesca, una feria. Estas invitaciones son breves, claras y bien escritas. Es indispensable que uno se las lea, y esta persona no se tiene siempre a mano, o le hace pagar la falta de condescendencia que el pequeño tuvo con él un día antes; de este modo se deja pasar la oportunidad. Por último le leen la invitación, pero ya ha pasado el tiempo. ¡Ah, si hubiera sabido leer! Recibe otras tan breves, siendo su contenido tan interesante. Pon todo el interés en descifrarlas; unas veces halla quien lo ayuda y otras se niegan a ayudar. Con grandes esfuerzos ha descifrado la mitad de la invitación: se trata de ir mañana a comer requesones... pero no sabe adónde ni con quién. ¡Cuántos esfuerzos hace por leer lo demás! No creo que Emilio necesite ningún escritorio.

¿Hablaré ahora de cómo escribir? No, porque me da vergüenza divertirme con estas nimiedades en un tratado de educación.

Sólo añadiré una palabra, que constituye una máxima importante, y es que por lo común alcanza uno con mucha facilidad y prontitud lo que no se da

mucha prisa en alcanzar. Estoy casi seguro de que Emilio sabrá leer y escribir perfecto antes de sus 10 años, precisamente porque me importa muy poco que sepa hacerlo antes de los 15, pero preferiría que nunca supiera leer que comprar esta ciencia a cambio de todo cuanto pueda hacerla útil. ¿De qué le servirá leer cuando con ello hayan conseguido que le aburra para siempre la lectura? *Id imprimis cavere oportebit, ne studia, qui amare nondum potest, oderit, et amaritudinem semel perceptam etiam ultra rudes annos reformidet.*⁴⁸

Más insisto sobre mi método inactivo, más siento reforzarse las objeciones. Si su alumno nada aprende de ustedes, aprenderá de los demás. Si no anticipan el error con la verdad, aprenderá mentiras. Las preocupaciones que temen que sienta, las recibirá de los que se le acerquen; se introducirán por todos sus sentidos o agotarán su razón antes de que esté formada o, por el contrario, entorpecido su entendimiento por tan dilatada inacción quedará absorbido en la materia. Si lo acostumbramos a que piense en su infancia, quedará privado de esta facultad para el resto de su vida.

A mí me parece que podría responder a estas objeciones con bastante facilidad, ¿pero por qué tengo que responder siempre? Al responder a las objeciones, mi método es bueno por sí mismo; si no respondo, entonces no vale nada. Sigo adelante.

Si conforme al plan que acabo de trazar siguen las reglas directamente opuestas a las establecidas; si en

⁴⁸ “Primero, habrá que cuidar de que, todavía incapaces a esta edad de disfrutar los estudios, los niños no terminen odiándolos y temiendo, a veces después de estos primeros años carentes de formación, el sabor amargo que alguna vez habrán sentido” (Quintiliano, *Institución oratoria*). [Nota del Editor, en base al texto establecido por Jean Cousin, París, Les Belles Lettres, 1975]

lugar de llevar el entendimiento de su alumno hacia remotas distancias; si en vez de extravíarles sin parar en apartados climas, en otros siglos, en los extremos de la tierra, y hasta en los cielos, se dedican a retenerle siempre dentro de sí mismo, y a que esté atento a lo que de inmediato le toca, será capaz de percepción, de memoria y hasta de raciocinio. Este es el orden de la naturaleza. A medida que el ser sensitivo se va convirtiendo en un ser activo, adquiere un discernimiento proporcional a sus fuerzas. Nada más que por la fuerza sobreabundante, respecto de la que necesita para conservarse, se desarrolla en él la facultad especulativa capaz de emplear este exceso de fuerza en otros usos.⁴⁹

Si quieren cultivar la inteligencia de su alumno cuiden las fuerzas que ella debe dominar. Ejerciten su cuerpo de forma permanente; háganlo robusto y sano con el fin de hacerlo sabio y razonable. Que trabaje, corra, grite, que esté en movimiento siempre, que sea hombre por el vigor y de este modo pronto lo será por la razón.

Con este método es cierto que se embrutecería si siempre estuviesen dirigiéndolo y diciéndolo “Vete, quédate, haz esto, no hagas lo otro”, puesto que si sus brazos son siempre conducidos por la cabeza del tutor la suya le resultará inútil. Deben tener siempre presente nuestras conclusiones: si son pedantes es inútil que me lean.

⁴⁹ Estas líneas cobran una particular relevancia, ya que se puede notar una inflexión en el desarrollo del niño y por ende en la argumentación de Rousseau. El niño ya no es sumiso por su debilidad a lo que siente del mundo. Es el aumento de sus fuerzas lo que hará que siga desarrollándose. La actividad física del cuerpo es la que de ahora en adelante le permitirá una potencia activa intelectual. [Nota del Editor, apoyándose en André Charrak, op. cit.]

Creer que el ejercicio corporal es algo que perjudica la actividad del espíritu es un patético error, como si esas dos acciones no debieran marchar juntas y que una no debiera siempre dirigir la otra.

Sabemos que hay dos clases de hombres cuyos cuerpos están en continuo ejercicio y que de seguro no piensan ni el uno ni el otro en cultivar su alma. Se trata de los campesinos y de los salvajes. Los primeros son rústicos, groseros y torpes; los otros, célebres por su cordura, lo son también por la delicadeza de su espíritu.

Comúnmente, no hay nadie más torpe que un campesino ni más listo que un salvaje. ¿De dónde viene esta diferencia? De que el primero hace siempre lo que le mandan, o lo que vio hacer a su padre, o lo que siempre ha hecho él mismo desde su niñez y siempre se deja guiar por la rutina; en su vida, hecho un autó-mata, haciendo siempre las mismas faenas, el hábito y la obediencia se sustituyen en él a la razón.

Muy de otra forma ocurre con el salvaje: careciendo de apego a sitio alguno, y no teniendo otra ley que la que le dicta su voluntad, se ve obligado a razonar cada una de sus acciones, y sin haber calculado previamente las consecuencias ni se mueve ni da un paso. De esta forma, cuanto más ejercicio realiza su cuerpo más se ilustra su entendimiento: crecen al unísono su fuerza y su razón y aumentan la una merced a la otra.

Vamos a ver, maestro sabio: ¿cuál de nuestros dos alumnos se parece al salvaje y cuál al campesino? El tuyo, que está siempre sumiso a una autoridad docente, no realizará nada si no se le ordena; no se atreve a comer cuando tiene hambre, ni a reírse cuando está

alegre ni a llorar cuando está triste, ni a presentar una mano por otra ni a mover el pie si no se lo indican, y pronto no se atreverá a respirar sin seguir tus reglas. ¿Cómo quieren que piense si lo tienen acostumbrado a hacerlo todo ustedes por él? Estando seguro de su previsión, no necesita para nada tenerla él. Viendo que se encargan de su conservación y de su bienestar, él se libra de este afán, somete su juicio al tuyo: todo lo que no le han prohibido lo hace sin reflexión, sabiendo que con ello no corre riesgo de ninguna clase. ¿Qué necesidad tiene de aprender a prever la lluvia? Él ya sabe que ustedes observarán las nubes. ¿Para qué necesita pensar en su paseo? No tiene ningún temor de que dejen pasar la hora de comer. Con tal de que no le prohíban que coma, él come, y si es al revés no come, dejando de atender las exigencias de su estómago atiende las de ustedes.

Inútilmente hacen flexible su cuerpo con la inacción, y no por eso harán más claro su entendimiento. Al contrario: acaban por desacreditar la razón en su espíritu haciendo que malgaste la poca que tiene en las cosas que le parecen más inútiles. No comprobando para qué sirve, cree que no sirve para nada. Lo peor que le puede suceder, cuando discurre mal, es que le reprendan, y esto le sucede tantas veces que ya no hace ningún caso, y ya no le asusta un peligro tan repetido.

A pesar de ello, hallan en él desparpajo: lo tiene, en efecto, para charlar con las mujeres, por el estilo del que ya he hablado, pero si llega la ocasión de que tenga necesidad de arriesgar su persona, de solucionar un problema difícil, observarán que es cien veces más torpe que el hijo del más rústico labrador.

Pero mi alumno, o por decirlo mejor *el alumno de la naturaleza*, habituado tempranamente a bastarse en lo posible a sí mismo, no tiene por costumbre recurrir a los demás, menos hacer gala de su mucho saber. En cambio, juzga, prevé y reflexiona en todo lo que tiene alguna relación inmediata con él. No habla, pero actúa; no sabe una palabra de cuanto sucede en el mundo, pero sabe desenvolverse muy bien en todo lo que le afecta. Como está en movimiento continuo, se ve obligado a observar muchas cosas, a conocer muchos efectos, y muy pronto adquiere experiencia, aprende las lecciones de la naturaleza y no la de los hombres, y eso le instruye más porque no ve intención de instruirlo en ninguna parte, por lo que al mismo tiempo se ejercitan su espíritu y su cuerpo. Como actúa siempre conforme con sus propias ideas, consigue dos ventajas: al mismo tiempo que se hace robusto y fuerte, se hace también racional y juicioso. Por este modo de actuar alcanza un día lo que se cree incompatible y que han reunido casi todos los grandes hombres: la fuerza del cuerpo y del espíritu, el talento de un sabio y el vigor de un atleta.

Joven maestro: te propongo un arte difícil, como es el de dirigir sin preceptos y lograrlo todo sin hacer nada. Estoy convencido de que este arte no es el apropiado a la edad, de que no es el más adecuado para que luzca el talento ni consiga el aprecio de los padres, pero debo repetirle que es el único para conseguir el fin educativo. Nunca se alcanzará el éxito de formar sabios si no se forma primero traviesos, que era el sistema educativo de los espartanos: en vez de tener pegados los niños a los libros, les enseñaban a

robar lo que tenían que comer.

Los espartanos, cuando mayores, no por eso eran hombres toscos. Nadie ignora la energía y la agudeza de sus reacciones. Habitados a vencer a sus enemigos, en toda clase de guerra los liquidaban y los atenienses temían sus ocurrencias tanto como sus golpes.

En las educaciones más esmeradas manda el maestro y cree que dirige, y quien en efecto dirige es el niño. Se sirve de lo que le exige para alcanzar de ti lo que se le antoja y con una hora de aplicación siempre logra su condescendencia por ocho días. En cada instante hay que llegar a acuerdos con él. Estos tratados que propones a su modo, y que él ejecuta a su manera, siempre son en beneficio de sus fantasías, sobre todo cuando se comete la torpeza de poner como condición, en provecho suyo, lo que él está totalmente seguro de conseguir, cumpla o no cumpla la condición que se le pone a cambio. Generalmente el niño lee mucho mejor en el alma del maestro que éste en la del niño, y debe ser así, puesto que toda cuanta sagacidad hubiera puesto en cuidar de su conservación el niño la emplea ahora en sacar su libertad natural de las cadenas de su tirano, mientras éste, que no tiene tanta urgencia e interés en adivinar lo que el otro piensa, algunas veces ve que le resulta más conveniente dejarle abandonado a su pereza y a su vanidad.

Tomen un camino opuesto con su alumno, que crea que él es siempre el dueño, cuando siempre ustedes lo serán de verdad. No hay ningún sometimiento más perfecto como el que posee todas las apariencias de libertad, ya que de este modo se cautiva la voluntad misma. ¿No está a tu merced un pobre niño que

nada sabe, que nada puede, que nada conoce? ¿No son ustedes los que disponen de todo cuanto lo rodee? ¿No están en sus manos, sin que él lo sepa, sus tareas, sus juegos, sus deleites, sus penas y todo lo demás? No hay duda de que no debe hacer otra cosa que lo que él quiera, pero sólo lo que admiten que haga pues no debe dar un paso sin que ustedes lo tengan previsto, ni abrir la boca sin que sepan lo que va a decir.

Después podrá realizar los ejercicios corporales propios de su edad, sin embrutecer su entendimiento, y luego, en vez de avivar su astucia para poder escapar de un dominio incómodo, verán cómo se preocupa por sacar de todo el fruto más provechoso y entonces quedarán admirados de su agudeza para apropiarse de todos los objetos que estén a su alcance y disfrutar de las cosas sin la aprobación ajena.

Actuando de modo que sea dueño de su voluntad, no fomentarán sus caprichos, y dejando que haga lo que quiera pronto no hará más que lo que él debe hacer. Aunque esté su cuerpo en un continuo movimiento cuando se trate de su interés del momento presente y sensible, se darán cuenta mejor que en estudios de pura especulación de que toda la razón de la que es capaz se desenvuelve mucho mejor y de una manera mucho más adecuada para él.

De esta manera, viendo que no lo contrarían, y poniendo él su confianza en ustedes, además de no tener necesidad de ocultarles nada, no les engañará ni les mentirá: se manifestará tal como es. Tendrán ocasión de estudiarlo y de preparar las lecciones que quieran darle, sin que advierta que las está recibiendo.

Tampoco él se habrá convertido en un espía de sus

costumbres movido por una envidia indiscreta, ni se sentirá complacido secretamente al tomarlo en falta. Este inconveniente que prevenimos es grande. Ya he dicho repetidas veces que uno de los primeros afanes de los niños es el de poder descubrir la parte débil de los que los guían. Esta inclinación conduce a la malicia, pero no proviene de ella: nace de la necesidad de sortear una autoridad que les molesta. Ponen su empeño en sacudir el yugo que les imponen, y los defectos que hallan en sus tutores les proporcionan los medios adecuados. Mientras tanto, van adquiriendo el hábito de observar los defectos de los demás, y se complacen en encontrarlos. Se ve claramente que hemos evitado que se vea una sucesión de vicios en el corazón de Emilio pues, como no tiene ningún interés en encontrar mis defectos, no los buscará ni deseará saber los de otros.

Todas estas prácticas parecen difíciles porque no se piensa en ellas, pero en el fondo no lo son. Hay motivos para suponer que ustedes tienen las luces precisas para desempeñar la profesión que han elegido, y hay que juzgar probable que conocen el progreso natural del corazón humano, que saben estudiar al hombre y al individuo, que saben de antemano hacia qué se inclinará la voluntad de su alumno cuando observe los objetos que le interesan a su edad y que harán pasar por delante de sus ojos. Poseer los instrumentos y saber utilizarlos, ¿no es ser dueño de la operación?

Me hablarán de los caprichos del niño, y se equivocan. El capricho de los niños jamás ha sido obra de la naturaleza sino de una defectuosa disciplina; ellos han obedecido o mandado, y he dicho cien veces que

no debía ser ni lo uno ni lo otro. Su alumno no tendrá otros caprichos que los que le habrán permitido, y es justo que paguen sus faltas. Me preguntarán cómo se pueden remediar. Eso se soluciona con una conducta mejor y con mucha paciencia.

Yo me encargué durante algunas semanas de un niño acostumbrado no sólo a hacer su voluntad, sino también a que los demás se le sometieran, lo que quiere decir que le sobraba fantasía. El primer día, para poner a prueba mi condescendencia, se quiso levantar a medianoche. Cuando yo mejor dormía, saltó de la cama, cogió su ropa y me llamó. Me levanté y encendí la luz. Él no deseaba más, pero al cabo de un cuarto de hora el sueño le venció y volvió a acostarse, muy satisfecho de su prueba. Dos días después la repitió con el mismo éxito, sin el menor signo de impaciencia en mí. Como me dio un abrazo al volverse a acostar, yo le dije muy tranquilo: “Mi pequeño amigo, está bien, pero no vuelvas a hacerlo”. Estas palabras incitaron su curiosidad, y a la noche siguiente, deseando saber si me atrevería a desobedecerle, volvió a levantarse a la misma hora y me llamó. Yo le pregunté qué deseaba. Me dijo que no podía dormir. “¿Qué mal”, le contesté, y me quedé quieto. Me pidió que encendiese la luz. “¿Para qué?”, y seguí quieto. Esta sobriedad comenzó a molestarle. A tientas fue a buscar el eslabón y fingió chocarlo.⁵⁰

Yo no podía no reírme oyendo los golpes que se

⁵⁰ Se golpeaba al pedernal (una variedad de piedra, en general cuarzo) con el eslabón (hierro acerado) con el fin de que prenda la yesca (algo muy seco, comúnmente trapo) para generar fuego o luz en una lámpara. [Nota del Editor]

daba en los dedos. Por último, persuadido de que no lo conseguiría, me trajo el eslabón a la cama. Yo le dije que no lo necesitaba, y me volví del otro lado. Entonces empezó a correr atolondradamente por la habitación, gritando, haciendo mucho ruido, dándose contra la mesa y las sillas unos golpes que cuidaba él de que no fueran muy fuertes, sin dejar de gritar, esperando que yo me alarmase. Nada le valió, y vi que esperaba que yo le reprendiese, lo que no conseguí, desconcertándole mi indiferencia. Sin embargo, resuelto a vencer mi paciencia a fuerza de tenacidad, continuó su alboroto con tanto brío que al final me enfurecí, pero presintiendo que lo iba a echar todo a perder con mi inoportuno impulso tomé otra determinación. Me levanté sin decir nada, busqué el eslabón, que no encontré, se lo pedí y me lo dio, con mucha satisfacción por haber triunfado. Choqué el eslabón, encendí la luz, tomé de la mano a mi pequeño hombre, me lo llevé tranquilamente a un aposento cercano, cuyas ventanas estaban bien cerradas y donde no había nada que pudiese romper. Le deje sin luz, cerré la puerta con llave y volví a acostarme sin haberle dicho una palabra. No hace falta decir qué vino el escándalo, pero yo lo esperaba y no hice caso. Por último cesó el ruido, y comprendí que se había resignado y me tranquilicé. Al día siguiente entré en el aposento y hallé a mi pequeño revoltoso tendido en una camita y durmiendo profundamente, que bien lo debía necesitar después de tanto alboroto.

La cosa no finalizó aquí. La madre supo que el niño había pasado gran parte de la noche fuera de su cama. Enseguida se perdió todo, ya estaba el niño

poco menos que muerto. Viendo que era una buena ocasión para vengarse, se hizo el enfermo, sin prever que no iba a ganar nada. Llamaron al médico. Desgraciadamente para la madre, el médico era un gracioso que procuraba aumentar sus temores para reírse de ellos. Sin embargo, me dijo al oído: “Deje que me haga cargo; yo le aseguro que el niño quedará por algún tiempo curado de la fantasía de estar enfermo”. En efecto, le prescribió una dieta y le prohibió salir de la habitación, encomendándolo al boticario. Yo sentía ver a la pobre madre, de quien se reían todos los de casa, excepto yo, a quien tomó odio, precisamente porque yo no la engañaba.

Después de muy duros reproches, me dijo que su hijo estaba delicado, que era el único heredero de su familia, que era preciso conservarlo a cualquier precio y que no quería que lo contrariasen. En esto yo también estaba de acuerdo, pero ella entendía que no contrariar al niño era obedecerle en todo. Comprendí que debía emplear con la madre la misma escuela que con el hijo, y con gran serenidad le dije: “Señora, no conozco la forma de educar a los herederos, y lo más importante es que no me interesa aprenderla; así es que usted deberá arreglárselas como mejor le parezca”. Necesitaban de mí algún tiempo más. El padre se conformó, la madre escribió al ayo, pidiéndole que regresase pronto, y el niño, dándose cuenta de que no ganaba nada en turbarme el sueño ni con estar enfermo, decidió dormir y portarse bien.

No es posible imaginarse a cuántos caprichos semejantes había sometido el pequeño tirano a su desdichado ayo, pues su educación se llevaba delante

de la madre, quien no admitía que el heredero fuera desobedecido en nada. A cualquier hora quería salir de casa, había que estar preparado para acompañarle, o más bien a seguirle, y siempre procuraba elegir el momento en que veía al ayo más ocupado. Quiso conseguir el mismo dominio conmigo, y vengarse durante el día del descanso en que obligadamente tenía que dejarme de noche. Yo me presté con buena fe a todo. Comencé por demostrarle el placer que tenía en satisfacerle y después, cuando fue cuestión de curarle de su fantasía, cambié de táctica. Fue indispensable primero que se diera cuenta de que la culpa era suya, y no fue difícil. Sabiendo que los niños piensan exclusivamente en el presente, me tomé la fácil ventaja de la previsión e hice que encontrara en casa una distracción que sabía que era muy de su gusto, y en el momento en que estaba más entusiasmado con ella le propuse que diéramos un paseo. Pero no quiso. Insistí y no me escuchó. Fue necesario que yo me rindiese, lo que lo halagó mucho porque vio en mí sumisión.

Sin embargo, al día siguiente llegó mi turno. Se aburrí, pues yo lo había dispuesto todo para que aconteciera así, y fingí que estaba muy ocupado. Hacía falta esto para que fuera aún más decidido. No tardó en querer que dejase mi trabajo para que le llevase a paseo enseguida. Yo me negué y él se obstinó. “No –le dije–: al seguir tu sola voluntad, me enseñaste a seguir la mía, y no quiero salir”. “Está bien –replicó irritado–: saldré solo”. “Como te parezca”, y continué mi trabajo.

Se vistió un poco preocupado al ver que no me oponía y no le imitaba. Preparado para salir, vino a

despedirse y yo me despedí de él. Al oírle se habría creído que iba al fin del mundo. Sin inmutarse, le deseé buen viaje y aumentó su turbación. Sin embargo, se dominó, y antes de salir le dijo al criado que lo siguiese, pero el criado estaba prevenido y le contestó que no tenía tiempo, que estaba ocupado por una orden mía y antes debía obedecerme a mí que a él. Esta vez el niño ya no sabía dónde estaba. ¿Cómo puede comprender que le dejen salir solo cuando cree que únicamente él importa a los demás y piensa que el cielo y la tierra se preocupan por su vida? No obstante, comienza a sentir su fragilidad. Se da cuenta de que se va a ver solo entre gente que no lo conoce, y prevé los peligros que puede correr. Le alienta nada más que la terquedad. Despacio y confuso baja la escalera y sale a la calle, tranquilizándole la esperanza de hacerme responsable a mí si le ocurre algo.

Aquí le aguardaba yo. Lo tenía todo previamente preparado. Y, como se trataba de una especie de escena pública, yo había conseguido el permiso del padre. Apenas ha dado algunos pasos oye a la derecha y a la izquierda frases que se refieren a él: “Vecino, ¡qué niño más hermoso!”. “¿Adónde va solo? Se va a extravíar; voy a rogarle que entre a casa”. “Vecino, vaya con cuidado. ¿No ve que es un granujilla que lo han echado de la casa de su padre por no querer hacer nada? No hay que recoger a los pequeños bribones; déjenle ir adonde quiera”. “Pues vaya con Dios y que Él le proteja, pero sentiría que le pasara algo”. Un poco más lejos encuentra a unos pilluelos de casi su edad, que lo molestan y se burlan de él. Cuanto más avanza, más obstáculos halla. Solo y sin protección,

se da cuenta de que se vuelve el juguete de todo el mundo, y no sin sorpresa comprueba que sus medias de seda y sus bocamangas doradas no hacen que se le respete.

Sin embargo, uno de mis amigos, a quien él no conocía y al que yo había encargado que lo observara y le siguiera sin que él se diera cuenta, se le acercó cuando fue necesario. Para ese papel, similar al de Sbrigani en *Pourceaugnac*, yo requería un hombre hábil, y cumplió perfectamente la misión.⁵¹ Sin intimidarlo ni desanimarlo al darle demasiado miedo le hizo comprender tan bien la imprudencia de su conducta que me lo trajo luego de media hora dócil, confundido y sin atreverse a levantar los ojos.

Para rematar su desastrosa excursión, en el mismo instante en que entraba él, su padre bajaba la escalera para salir y lo encontró. Tuvo que decir de dónde venía y por qué no iba yo con él.⁵² El pequeño habría preferido que se lo tragase la tierra. Sin perder el tiempo en reprenderle, su padre le dijo secamente: “Cuando usted quiera salir solo, puede hacerlo; pero como yo no quiero vagabundos en mi casa, cuando vuelva encontrará la puerta cerrada”.

Yo lo acogí sin reproches y sin burlarme de él, pero con mucha seriedad, y temiendo que sospechase que era juego todo lo que había acontecido, no le quise sacar a paseo aquel día, y al siguiente disfruté vien-

⁵¹ *Monsieur de Pourceaugnac* es una obra del dramaturgo francés Molière (1622-1673). En ella, Julia le pide a Sbrigani que la ayude a impedir su matrimonio, contraído sin su acuerdo por su padre, con Monsieur de Pouceaugnac. [Nota del Editor]

⁵² En caso parecido, podemos exigir del niño la verdad porque entonces sabe que no la puede negar, y que si se atreviese a decir una mentira al instante se le descubriría.

do que paseaba conmigo con un gesto de triunfo por delante de las mismas personas que el día anterior se habían burlado de él porque le vieron solo. Bien se entiende que no me volviera a amenazar con salir sin mí.

Valiéndome de estos métodos, y de otros parecidos, conseguí durante el poco tiempo que seguí con él que hiciera todo lo que yo deseaba, sin imponerle nada, sin prohibirle nada, sin sermones ni exhortaciones y sin aburrirle con lecciones inútiles. Además, cuando yo hablaba, él estaba contento, pero mi silencio le inspiraba miedo, pues comprendía que había hecho algo que no estaba bien, y siempre sacaba una lección oportuna. Pero volvamos a lo nuestro.

Estos constantes ejercicios, abandonados de este modo a la sola dirección de la naturaleza, no sólo vigorizan el cuerpo sin entorpecer el espíritu sino que, por el contrario, forman en nosotros la única especie de razón de la que sea susceptible la primera edad y que es necesaria en todas. Nos enseñan a emplear bien nuestras fuerzas, las relaciones de nuestro cuerpo con los cuerpos que nos rodean y el uso de los instrumentos naturales que están a nuestra disposición y convienen a nuestros órganos. No hay torpeza mayor que la de educar a un niño en casa y bajo mirada de su madre, quien, ignorando el peso y la resistencia, quiere arrancar un árbol o levantar una roca. La primera vez que salí de Ginebra quise seguir a un caballo que iba a galope, echaba piedras contra la montaña de Salève, que estaba a dos leguas lejos; juguete de todos los niños de la aldea, me tenían por un verdadero idiota. A los 18 años, en filosofía se aprende qué es una palanca, y no hay ningún aldeano de 12 que no

sepa emplearla mejor que el primer mecánico de la Academia. Las lecciones que los escolares aprenden entre sí en los patios de los colegios les son más útiles que todas las que se les enseña en la clase.

Fíjense en un gato que entra por primera vez en una habitación: visita, observa, olfatea, no está ni un momento quieto, no se fía de nada hasta que lo ha visto y reconocido todo. De igual modo actúa un niño que comienza a andar y que se introduce, por decirlo así, dentro del espacio del mundo. Toda la diferencia está en que el niño utiliza primero la vista para observar las manos que le otorgó la naturaleza y el gato el sutil olfato con que se le dotó. Esta disposición bien o mal cultivada hace a los niños hábiles o ineptos, torpes o dispuestos, atolondrados o prudentes.

Los primeros movimientos naturales del hombre se deben, pues, a medir todo cuanto le rodea y experimentar en cada objeto que percibe todas las cualidades sensibles que puedan tener relación con él. Su primer estudio es una especie de física experimental relativa a su propia conservación, de la que le alejan los estudios especulativos antes de que reconozca cuál es su sitio en la tierra. Mientras sus órganos delicados y flexibles se pueden ajustar sobre los cuerpos en que deben actuar, y mientras sus sentidos todavía puros están exentos de ilusiones, es el momento de ejercitar unos y otros en las funciones que les son propias: es la ocasión de aprender a conocer las relaciones sensibles que las cosas tienen con nosotros. Como todo lo que entra en el entendimiento humano viene por los sentidos, la primera razón del hombre es una razón sensitiva, que sirve de base a la razón intelectual, y así

nuestros primeros maestros de filosofía son nuestros pies, nuestras manos, nuestros ojos. Reemplazar con libros todo esto no es aprender a pensar, sino aprender a servirnos de la razón de otro: aprender a creer mucho y no saber nunca nada.

Para cultivar un arte hay que empezar por procurarse sus instrumentos, y para poderlos emplear útilmente es necesario hacerlos tan sólidos que resistan el uso. Por ello, para aprender a pensar es preciso ejercitar nuestros miembros, nuestros sentidos y nuestros órganos, que son los instrumentos de nuestra inteligencia, y para sacarle todo el partido posible a estos instrumentos conviene que nuestro cuerpo, que nos los abastece, sea robusto y sano. Por ende, la verdadera razón del hombre no se forma independientemente del cuerpo: es la buena constitución del cuerpo la que hace fáciles y seguras las operaciones del entendimiento.

Al demostrar cómo se ha de emplear la larga ociosidad de la infancia, explico detalles que parecerán ridículos. ¡Gracias lecciones, me dirán, que según sus propias críticas se limitan a enseñar lo que nadie necesita aprender! ¿Por qué consumir el tiempo en instrucciones que se aprenden siempre por sí mismas y no cuestan penas ni cuidados? ¿Qué niño de 12 años ignora todo cuanto quiere enseñar al suyo y, además, lo que le han enseñado sus maestros?

Señores, se equivocan: yo enseño a mi alumno un arte muy amplio, muy difícil y que seguramente sus alumnos desconocen: es el arte de ser ignorante, pues la ciencia del que cree que no sabe más de lo que sabe se reduce a muy poca cosa. Ustedes proporcionan ciencia; muy bien, pero yo me ocupo del instrumen-

to propio para conseguirla. Se dice que un día enseñando los venecianos con mucha fatuidad el tesoro de San Marcos a un embajador de España, éste les dijo muy después de mirar debajo de la mesa: “Aquí no está la raíz”. Yo no he visto jamás a un ayo hacer ostentación de lo que sabe su discípulo sin sentir la tentación de decirle otro tanto.

Todos los que han reflexionado sobre la forma de vivir de los antiguos imputan a sus ejercicios gimnásticos aquel vigor de cuerpo y alma que más sensiblemente los distingue de los modernos. La manera con que Montaigne apoya este asentimiento demuestra cuán penetrado de él estaba, y lo inculcaba de mil formas. Hablando de la educación de un niño, dice: “Para vigorizar el alma hay que robustecer los músculos; habituándole al trabajo, se habitúa al dolor; acostumbrándole a la dureza de los ejercicios, se acostumbra a la dislocación, al dolor y a otros males”.⁵³ El inteligente Locke,⁵⁴ el bondadoso Rollin,⁵⁵ el sabio Fleury,⁵⁶ el pedante de Crouzas,⁵⁷ que disienten mucho en todo lo demás, sólo están de acuerdo en un

⁵³ Exquisito autor de los *Ensayos*, filósofo y moralista del Renacimiento francés, precursor de las ciencias humanas e históricas, Michel de Montaigne (1533-1592) insistió en la complementariedad de los ejercicios físico e intelectual cuando los demás autores citados más abajo sólo mencionan los ejercicios corporales. [Nota del Editor, basado en Mauro Armíño, op. cit.]

⁵⁴ El pensador inglés John Locke (1632-1704) es el padre del empirismo y del liberalismo. Como se ha dicho, *Algunos pensamientos sobre la educación* (1693) es obra de referencia para Rousseau. [Nota del Editor]

⁵⁵ Charles Rollin (1661-1741) fue un historiador francés, rector de la Universidad de París. [Nota del Editor]

⁵⁶ André Hercule de Fleury (1653-1743) fue un político francés, preceptor y luego principal consejero de Luis XV. [Nota del Editor]

⁵⁷ Jean Pierre de Crouzas (1653-1750) fue un filósofo y matemático suizo, de familia aristocrática, que vivió en París. [Nota del Editor]

punto: ejercitar el cuerpo de los niños. Éste es el más sensato de sus preceptos, y el que siempre es y será más descuidado. Ya he hablado suficientemente de su importancia y, como no es posible ofrecer en esta materia mejores razones ni reglas más juiciosas que las que se encuentran en el libro de Locke, yo me contentaré con remitirlos a él, después de tomarse la libertad de añadir algunas observaciones mías.

Los miembros de un cuerpo que crece deben hallarse sin sujeción dentro del vestido; nada debe entorpecer sus movimientos ni su crecimiento, nada demasiado justo, ni pegado al cuerpo, ninguna ligadura. El vestido francés es incómodo e insano para los hombres y es sobre todo pernicioso para los niños. Los humores se paran y estancan sin poder circular con el sosiego aumentado por la vida inactiva y sedentaria, se corrompen y dan lugar al escorbuto, una enfermedad que cada día se extiende más entre nosotros y que apenas conocían los antiguos, porque su modo de vestir y vivir los preservaba de ella. Lejos de poner remedio a este inconveniente, el traje de húsar lo aumenta, y por quitar a los niños algunas ligaduras, les aprieta todo el cuerpo. Lo mejor es que usen blusa el mayor tiempo posible, darles luego vestidos muy anchos y no empeñarse en que lleven el traje ajustado, que sólo sirve para desfigurarlos. Sus defectos de cuerpo y alma provienen casi todos de una misma causa: querer que sean hombres antes de tiempo.

Existen colores alegres y colores tristes; los alegres les gustan más a los niños, y además les sientan mejor, por lo que no veo la razón que impida seguir en esto lo que naturalmente les conviene. Pero desde el

mismo instante que prefieren un tejido porque es rico, ya está entregado su corazón al lujo, a las fantasías de la opinión, y este gusto es seguro que no procede de ellos mismos. No es posible decir cuánto influye en la educación la elección de los vestidos y los motivos para escogerlos. No sólo hay madres ciegas que prometen a sus hijos recompensas que consisten en vestidos nuevos, sino que también hay preceptores insensatos hasta tal punto que amenazan a sus alumnos con ponerles como castigo un traje más tosco y más sencillo. Si no estudian más, si no tienen más cuidado con la ropa, los vestirán como a un chico del campo, que es lo mismo que si se les dijese: “Sepan que no es más el hombre que lo que demuestra su traje, y que su valor corresponde al valor del que llevas”. ¿Por qué nos sorprende que no se aproveche la juventud de lecciones tan llenas de sentido común, que solamente valora el adorno y el mérito por el exterior?

Si tuviera que extirpar de la mente de un niño imbuido de tales ideas tendría gran cuidado en que fuesen los más incómodos sus más ricos vestidos, que estuviese siempre oprimido, siempre violento y siempre sujeto; procuraría que su alegría y su libertad chocasen con su magnificencia, y si quisiera ponerse a jugar con otros niños vestidos con más sencillez se lo impediría. Por último, le fastidiaría de tal manera y le hartaría de su lujo y le haría tan esclavo de su vestido dorado que querría modificar su vida y se asustaría menos del calabozo más negro que de los preparativos de su engalanamiento. En tanto el niño no se haya convertido en esclavo de nuestras preocupaciones, su primer anhelo será siempre estar a gusto y libre. Para

él, el traje más precioso es siempre el que le vaya más cómodo y le sujete menos.

Hay un hábito del cuerpo conveniente para los ejercicios, y otros para la inacción. Ya que éste deja a los humores un curso igual y uniforme, debe preservar el cuerpo de las alteraciones del aire; aquel le obliga a pasar continuamente de la agitación al reposo y del calor al frío, y le debe acostumbrar a las mismas alteraciones. De esto se deduce que las personas que permanecen muchas horas en el interior de sus casas, y hacen una vida sedentaria, en todo momento deben llevar más ropa que las demás, con el fin de conservar su cuerpo en una temperatura uniforme, la misma aproximadamente en todas las estaciones y en todas las horas del día. Por el contrario, los que siempre están expuestos al viento, al sol y a la lluvia, los que son muy activos y andan la mayor parte del día, para habituarse a todas las alteraciones del aire y grados de temperatura y no sentirse incómodos, deben llevar vestidos ligeros. Tanto a los unos como a los otros yo les aconsejaría que no cambien de traje con el cambio de las estaciones, y esta práctica constante será la que yo aplicaré con mi Emilio, sin que con esto quiera decir que en verano lleve un vestido de invierno, como las personas sedentarias, sino que en invierno lleve vestido de verano al igual que las que se dedican al trabajo. Esta costumbre es la que siguió durante toda su vida Isaac Newton, quien vivió hasta los 80 años.⁵⁸

En todas las estaciones debe llevarse el peinado

⁵⁸ El físico, filósofo, inventor, alquimista, teólogo y matemático inglés Isaac Newton (1642-1727), contemporáneo y amigo de John Locke, era el referente científico más importante en el siglo XVIII. [Nota del Editor]

con poca variación. Los antiguos egipcios llevaban siempre el cabello rapado; los persas llevaban la cabeza cubierta con grandes gorros y todavía actualmente emplean espesos turbantes, cuyo uso, según Chardin,⁵⁹ es indispensable debido al aire de aquel país. En otro lugar he anotado la distinción que hizo Herodoto en un campo de batalla entre los cráneos de los persas y el de los egipcios, y cómo es importante que los huesos de la cabeza se hagan más duros, más compactos, menos frágiles y permeables, para proteger mejor el cerebro, no sólo contra las heridas sino también contra los resfríos, las fluxiones⁶⁰ y todas las impresiones del aire, acostumbren a sus hijos a que lleven la cabeza descubierta en invierno y en verano, de noche y de día. Y si por limpieza, o porque no se les enreden los cabellos, se les pone un gorro de noche éste debe ser claro y semejante a la redecilla con que los vascos se recogen el cabello. Ya se ve claramente que la mayor parte de las madres, más atentas a la observación de Chardin que a mis razones, piensan o creen que en todas partes existe el mismo aire de Persia, pero yo no he escogido a mi alumno europeo para convertirle en un asiático.⁶¹

⁵⁹ Jean Chardin (1643-1713) fue un explorador y escritor francés que estuvo largas temporadas en Persia y el Oriente, a finales del siglo XVII, y escribió sobre ellas. [Nota del Editor]

⁶⁰ Fluxiones es el nombre que se le da a la acumulación patológica de líquidos en alguna parte del cuerpo [Nota del Editor]

⁶¹ Según Bernardin de Saint-Pierre, escritor amigo de Rousseau citado por Mauro Armiño (op. cit.), Rousseau habría personalmente llevado a la práctica estos consejos sobre el no usar cubrecabeza: en pleno sol del mediodía veraniego y a los 66 años Rousseau seguía paseando por los campos sombrero ... ¡debajo del brazo! Bernardin de Saint-Pierre no duda en atribuir su muerte al año siguiente a esta nefasta teoría. [Nota del Editor]

Generalmente se abriga demasiado a los niños, y de un modo especial en sus primeros años. Proceder de esta forma les impide endurecerse del frío y del calor: el frío muy intenso jamás les incomoda si los dejan expuestos a él desde muy temprano, pero mucho calor les produce una extenuación inevitable porque el tejido de su cutis, todavía muy tierno, no le permite el paso suficiente a la transpiración. Por tal causa es de notar que mueren más niños en el mes de agosto⁶² que en ningún otro del año. De aquí que la comparación de los pueblos del Norte con los del Mediodía⁶³ nos prueba que se hace más robusto el niño que soporta el exceso de frío que el que soporta el exceso de calor. Pero a medida que el niño crece y que sus fibras se fortalecen se le debe acostumbrar paulatinamente a resistir los rayos solares, y gradualmente se irá endureciendo para que no le afecten los ardores de la zona tórrida.

Locke, en medio de los preceptos varoniles y sensatos que nos ofrece, incurre en contradicciones impropias de un pensador tan consciente. El que quiere que se bañen los niños en verano en agua helada prohíbe que cuando estén sudando beban agua fría y que se acuesten en el suelo en sitios húmedos.⁶⁴ Pero si quiere que los zapatos de los niños se llenen de agua, sea cual sea el tiempo, ¿no permite lo mismo cuando

⁶² Se refiere al verano europeo. [Nota del Editor]

⁶³ Se refiere al sur, que es una acepción de mediodía. [Nota del Editor]

⁶⁴ Como si los niños de los pueblos escogieran la tierra muy seca para sentarse o acostarse, nunca se dirá que la humedad de la tierra ha hecho daño a uno siquiera. Si escuchásemos a los médicos sobre este asunto, creeríamos que todos los salvajes están baldados por el reumatismo.

los niños tengan calor? ¿Y no se puede hacer del cuerpo, con relación a los pies, las mismas inducciones que hace él de los pies con relación a las manos, y del cuerpo con relación al rostro? Si quieren, le diría que todo el hombre sea rostro, ¿por qué tiene en mal concepto el que yo diga que sea todo pies?

Para impedir que los niños beban cuando tienen calor, él prescribe que se les acostumbre a comer un trozo de pan antes de beber. El que tenga que dar de comer al niño cuando en realidad tiene sed, en verdad es muy extraño, puesto que sería lo mismo darle de beber cuando tenga hambre. Nunca creeré que nuestros primeros apetitos estén de tal forma desordenados hasta el punto de que no puedan ser satisfechos sin que nos exponamos a la muerte. Si fuera así, el linaje humano se habría destruido cien veces antes de que supiera lo que había de hacerse para conservarlo.

Cada vez que Emilio tenga sed, quiero que se le dé de beber, pero agua pura y sin ninguna preparación, ni siquiera la de templarla, aunque esté sudoroso, y aunque estemos en el más fuerte rigor del invierno. La única precaución que recomiendo es la de distinguir la calidad de las aguas. Si el agua es de río, dénsela tal como sale; si es de fuente, es preciso que se deje algún tiempo al aire antes de beberla. En la estación del calor están calientes los ríos, lo que no sucede con las fuentes, las que no han recibido el contacto del aire; es preciso esperar a que el agua corresponda a la temperatura atmosférica. En invierno, por el contrario, el agua de las fuentes es menos dañina que el agua de los ríos, pero no es ni natural ni frecuente que uno sude en invierno, sobre todo estando al aire libre,

ya que el aire frío, pegando continuamente sobre la piel, rechaza el sudor y evita que se abran los poros de forma suficiente para darle paso libre. Pero no pretendo que Emilio haga ejercicios en invierno junto a un buen fuego, sino fuera, a la intemperie, en pleno campo, en medio de los hielos. Mientras se calienta haciendo y tirando pelotas de nieve, dejémosle que beba cuando tenga sed, que continúe haciendo ejercicios después de beber y no temamos ningún accidente. Y si por alguna otra causa o ejercicio comienza a sudar y tiene sed, que beba frío incluso en ese tiempo. Hay que hacer de suerte que vaya lejos y que poco a poco busque su agua. Con el frío que sentirá durante el camino se habrá refrescado y cuando beba no tendrá ya ningún peligro. Sobre todo hay que tomar estas precauciones sin que él se dé cuenta. Yo desearía que él estuviera algunas veces enfermo, que se preocupase sin cesar de su salud.

Es necesario que los niños duerman mucho, porque hacen ejercicios violentos. Como uno es la consecuencia del otro, por eso necesitan de ambos. El tiempo de reposo es la noche y así está señalado por la naturaleza. Es observación constante que el sueño es más tranquilo y más dulce mientras el sol está debajo del horizonte y que el aire caldeado con sus rayos no mantiene calmados nuestros sentidos. El hábito más saludable es ciertamente el de levantarse y acostarse con el sol, de donde se deduce que en nuestros climas el hombre y los animales tienen, en general, necesidad de dormir más tiempo en invierno que en verano. Pero la vida civil no es tan simple, tan natural, tan exenta de revoluciones, de accidentes, que debemos

acostumbrar al hombre a esta uniformidad hasta el punto de hacérsela necesaria. Sin duda conviene someterse a reglas. No hay que ablandar imprudentemente al alumno con la continuidad de un apacible sueño nunca interrumpido. Abandonarle primero sin estorbo a la ley de la naturaleza, pero no olviden que en nuestros países debe ser superior a esta ley, que debe poder acostarse tarde y levantarse temprano, y desvelarse bruscamente, y pasar las noches de pie sin incomodarse. Comenzando desde muy pequeño, yendo siempre paulatinamente y por grados, se habitúa el temperamento a las mismas cosas que le destruyen cuando le someten a ellas después de formado.

Es muy importante habituarse lo antes posible a dormir en camas un poco incómodas, y así nunca encontrará una que le parezca mala. En general la vida dura, después de acostumbrada a ella, aumenta nuestras sensaciones gratas, y la vida fácil prepara una infinidad de sensaciones desagradables. Las personas educadas con excesiva delicadeza no pueden dormir si los colchones no son de pluma; las que están habituadas a acostarse sobre tablas duermen en cualquier parte pues no existe ninguna cama que sea dura para los que se quedan dormidos tan pronto como se acuestan.

Un lecho blando, en el que se entierra uno entre plumas o envuelto en un edredón, funde y derrite el cuerpo, por así decirlo. Los riñones muy abrigados se calientan, de lo que resultan frecuentemente el fundamento de otros achaques y de un modo infalible dan origen a una complexión delicada que es su causa fundamental.

La cama más apropiada es la que produce mejor sueño, y durante la jornada Emilio y yo nos la prepa-

ramos. No precisamos que vengan esclavos de Persia para hacerla, puesto que cavando la tierra removemos nuestros colchones.

Por experiencia sé que cuando un niño está sano se le puede hacer dormir o velar, casi a nuestra voluntad. Cuando el niño ya se ha acostado y molesta con sus charlas a la sirvienta, ésta le dice “duérmete”, que viene a ser lo mismo que si se le dijera “pórtate bien” cuando está enfermo. El mejor modo de hacerle dormir es molestarle. Deben hablar mucho ustedes con el fin de que se vea obligado a callar, y se quedará dormido pronto; de algo sirven los sermones, y da el mismo resultado predicarle que mecerle, pero si hacen uso durante la noche de este narcótico procuren no emplearlo durante el día.

Yo despertaré alguna vez a Emilio, no porque tema que le perjudique dormir con exceso, sino para acostumbrarle a todo, incluso a que le despierten bruscamente. Por lo demás, sería muy escaso mi talento para tal oficio si no supiera enseñarle a que se despertara solo, y que se levantara, según mi voluntad, sin que yo le dijese una palabra.

Si no duerme bastante, le dejo entrever para el próximo día una mañana enojosa, y tendrá como premio todo el tiempo que pueda dormir y, si duerme mucho, le anuncio para cuando se levante una distracción de su gusto. Si deseo que se levante a una hora fija, le digo: “Mañana a las seis iremos a pescar o a pasear por tal sitio, ¿quieres venir?”. Él consiente, y me suplica que le despierte; se lo aseguro o no se lo aseguro, según sea necesario. Si se levanta tarde, ya no me encuentra. Sería muy extraño que así no apren-

diera a despertarse por sí solo muy pronto.

Referente a lo demás, si se diera el caso de que un niño indolente tuviera tendencia a ser perezoso, deberíamos librarle de un vicio que lo entorpecería administrándole un estimulante que lo despertara. Debe comprenderse que no es cuestión de hacerle obrar a la fuerza, sino de moverle mediante algún deseo que lo excite, y este deseo tomado con juicio en orden a la naturaleza nos conduce a la vez a dos fines.

No hay nada que no se consiga que les agrade a los niños, hasta el furor, con un poco de habilidad, sin vanidad, sin emulación y sin celos. Su vivacidad, su espíritu de imitación son suficientes; sobre todo su alegría natural, instrumento seguro de usar y que ningún pedagogo ha sabido manejar. En todos los juegos sufren sin quejarse porque están persuadidos de que es solamente un juego, incluso ríen, lo que normalmente no sufrirían sin derramar lágrimas. Los ayunos, los golpes, las quemaduras y toda clase de fatigas son las diversiones de los jóvenes indóciles; la prueba de que hasta el dolor tiene un condimento que le quita su amargura, pero no todos los maestros saben aderezar este guisado, ni tampoco todos los discípulos pueden saborearlo sin hacer muecas. Me encuentro de nuevo, si no tengo cuidado, extraviado en excepciones.

Sin embargo, lo que no admite ninguna excepción es la sujeción del hombre al dolor, a los males de su especie, a los accidentes y peligros de la vida; en fin, a la muerte. Cuanto más le familiaricemos con todas estas ideas, más le curaremos de la inoportuna sensibilidad que junta al mal la impaciencia de aguantarlo, más le domesticaremos con los sufrimientos que todavía

pueden alcanzarle, más le quitaremos, como habría dicho Montaigne, el aguijón de la extrañeza, y también será su alma más invulnerable y dura, su cuerpo será la coraza que hará rebotar todos los dardos que pudieran herirle en lo vivo. Hasta la cercanía con la muerte, ya que la muerte apenas la sentirá como tal; no morirá, por así decirlo, estará vivo o muerto, nada más. De él, el mismo Montaigne habría podido decir, como dijo de un rey de Marruecos, que nadie había vivido tan dentro de la muerte. La constancia y la firmeza son como las demás virtudes, aprendizajes de la infancia, pero no se enseñan a los niños haciéndolos aprender su nombre, sino haciéndoselos saborear antes de que sepan lo que son.

Pero, a propósito de morir, ¿cómo nos conduciremos con nuestro alumno en cuanto al peligro de las viruelas? ¿Se las inocularemos en su infancia o esperamos que se le contagien naturalmente? La primera opción, más conforme con nuestra práctica, garantiza el peligro de esta edad en que la vida es más hermosa, a riesgo de la que menos lo es, si puede calificarse de riesgo una inoculación bien dosificada.

Sin embargo, la segunda está más de acuerdo con mis principios generales: dejar obrar en todo a la naturaleza, en los cuidados con que ella protege y que abandona cuando el hombre trata de intervenir. El hombre de la naturaleza siempre está preparado; dejemos, pues, que ella lo inocule, que elegirá mejor que nosotros el momento más adecuado.⁶⁵

⁶⁵ Rousseau utiliza el término “inoculación” refiriéndose a la práctica médica, cuestionada en la época, que consiste en introducir en un organismo sustan-

No se deduzca de aquí que censuro la inoculación, porque el razonamiento en virtud del cual eximo de ella a mi alumno no es aplicable a los de ustedes. Su educación los prepara a que no escapen de la pequeña viruela en el momento que sean atacados; si dejan que se contagien al azar es probable que mueran. Observo que cuanto más necesaria es la inoculación en algunos países tanto más se resisten a ella, y la razón se deduce fácilmente. Apenas me dignaré tratar de esta cuestión referente a mi Emilio. Será inoculado o no lo será, según los tiempos, los lugares y las circunstancias, lo que es casi indiferente para él. Si le inoculamos las viruelas, obtendremos la ventaja de prever y conocer la enfermedad por anticipado, que ya es algo, pero si se contagia naturalmente, le habremos preservado del médico, que aún es más.

Una educación exclusiva, que se encamina únicamente a establecer distinción entre los educados y la gente del pueblo, prefiere siempre las instrucciones más costosas a las más comunes y por eso mismo más útiles. De esta forma, todos los jóvenes educados con esmero aprenden a montar a caballo, porque cuesta caro, pero nadie aprende a nadar, que no cuesta nada, pues un artesano puede nadar tan bien como el primero. No obstante, sin haber entrado en un picadero, cualquiera monta a caballo, se mantiene firme y se sirve de él para cuanto necesita, pero dentro del agua el que no nada se ahoga, y nadie sabe nadar sin haber aprendido. Finalmente, nadie está obligado a montar a caballo bajo pena de la vida, pero ninguno está

cias que contienen los gérmenes de una enfermedad (principio básico de la vacunación moderna). [Nota del Editor]

cierto de evitar el peligro de ahogarse, al que tantas veces nos exponemos. Emilio se desenvolverá en el agua como en tierra. ¡Así pudiera vivir en todos los elementos! Si fuera posible volar, haría de él un águila, y si fuera posible endurecerle al fuego haría de él una salamandra.

Se teme que un niño se ahogue cuando aprende a nadar; tanto si se ahoga al aprender o por no haber aprendido, la culpa siempre será vuestra. La vanidad es lo que nos hace temerarios, pero nadie lo es cuando se da cuenta de que no hay quien le vea. Emilio no lo sería, aunque le viera todo el universo. Como el ejercicio no depende del riesgo, en un canal del parque de su padre aprendería a cruzar hasta el Helesponto,⁶⁶ pero es necesario habituarse al riesgo para aprender a perder el miedo, y esta es parte esencial del aprendizaje de que acabo de hablar. Referente a lo demás, siempre atento a medir el peligro y a tomar parte en él, no tendré que temer imprudencias cuando normalice el cuidado de su conservación por el que debo a la mía.

Un niño es más pequeño que un hombre; no tiene ni su fuerza ni su razón, pero ve y oye tan bien como él o casi igual, posee el gusto tan sensible, aunque no sea tan delicado, y distingue tan bien los olores, aunque no sean para él tan voluptuosos. Las primeras facultades que en nosotros se forman y perfeccionan son los sentidos: por tanto son las primeras que deberían cultivarse y las únicas que se olvidan o que más se descuidan.

⁶⁶ Se refiere al Estrecho de los Dardanelos, ubicado entre Europa y Asia, llamado *Helesponto* en la Grecia Antigua. Comunica el mar Egeo con el mar interior de Mármara. Mide 70 kilómetros de longitud. [Nota del Editor]

Ejercitar los sentidos no es sólo hacer uso de ellos, sino aprender a juzgar bien por ellos: aprender, por decirlo así, a sentir, porque no sabemos tocar, ver ni oír sino como lo hemos aprendido.

Hay un ejercicio puramente natural y mecánico que sirve para robustecer el cuerpo sin dar ninguna preferencia al juicio. Nadar, correr, brincar, hacer bailar, arrojar piedras... Todo esto está muy bien, ¿pero es que tenemos nada más que brazos y piernas? ¿No tenemos también ojos y orejas? Y estos órganos, ¿son superfluos para el uso de los primeros? No deben ejercitarse solamente las fuerzas: ejerciten también todos los sentidos que las dirigen, saquen de ellos todo el partido posible y después la impresión de uno por la de otro. Midan, cuenten, pesen, comparen. No empleen la fuerza sin apreciar previamente la resistencia; hagan siempre de tal forma que la estimación del efecto preceda al uso de los medios. Persuadan al niño de que jamás debe hacer esfuerzos insuficientes o superfluos. Si quieren acostumbrarle a que prevea el efecto de todos sus movimientos, y que con su propia experiencia rectifique sus errores, ¿no se ve claramente que cuanto más intensa sea su actuación mayor será su discernimiento?

¿Se trata de mover un peso? Si se vale de una palanca muy larga, gastará demasiado movimiento; si la elige muy corta, no tendrá la fuerza suficiente; la experiencia le enseña a escoger precisamente la que necesita. Esta discreción no rebasa su edad. ¿Se trata de llevar una carga? Si quiere cogerla tan pesada como la puede llevar, y no probar con otra que sea imposible que la levante él, ¿no será necesario que a simple vista

calcule su peso? Cuando ya sepa comparar objetos de la misma materia y de distinto volumen, que escoja objetos de igual volumen y distintas materias y será necesario que aprenda a comparar sus pesos específicos. Observé una vez a un joven muy bien educado que no quiso creer, antes de hacer la experiencia, que un cubo lleno de astillas de roble pesase menos que lleno de agua.

Debemos tener en cuenta que no somos igualmente dueños de todos nuestros sentidos. Hay uno, el tacto, cuya acción no se suspende nunca mientras estamos despiertos, y está esparcido por toda la superficie de nuestro cuerpo como un vigilante que está atento para darnos el aviso de todo lo que puede afectarnos. Es también el sentido cuya experiencia, de grado o por fuerza, adquirimos más pronto a causa de este ejercicio continuo y por lo tanto menos necesidad tenemos de cultivarlo particularmente. No obstante, es de reparar que los ciegos poseen el tacto más seguro y delicado que nosotros, pues porque carecen del auxilio de la vista se ven forzados a sacar del primero de estos sentidos los juicios que nosotros sacamos del segundo. ¿Por qué, pues, no hacemos prácticas de andar como ellos en la oscuridad, en conocer los cuerpos que podremos tocar, en emitir juicios sobre los objetos que nos rodean; en una palabra, en hacer de noche y sin luz todo lo que ellos hacen de día y sin ojos? Mientras brilla el sol, les aventajamos, pero en la oscuridad ellos son nuestros guías. Debemos tener presente que todos estamos ciegos durante la mitad de la vida, con la diferencia de que los verdaderos ciegos siempre saben conducirse y nosotros no nos atre-

vemos a dar un paso en lo más oscuro de la noche. Me dirás que estamos en posesión de luces. ¿Y quién nos asegura que te han de seguir por todas partes cuando las necesites? Por mi parte, prefiero que Emilio lleve los ojos en la punta de sus dedos que tenerlos en la tienda de un cerero.⁶⁷

Si están encerrados en un edificio, y en plena oscuridad, al dar una palmada, por la resonancia verán si es amplio o reducido el recinto, si están en el centro o en un rincón. A un paso de una pared, el aire nos causa otra sensación en el rostro. No salgan de un sitio ni corran continuamente de un lado a otro; si hay una puerta abierta, lo advertirá una ligera corriente de aire. ¿Vas en un barco? Por la forma con que te dé el aire en el rostro te darás cuenta no tan sólo de la dirección que llevas sino también si te lleva despacio o a prisa. Estas observaciones únicamente pueden hacerse bien de noche, y lo mismo se puede decir de otras mil semejantes: por mucha atención que pongamos en ellas durante un día claro, siempre nos percaremos de que la vista nos ayudará o nos servirá de distracción. Pero hasta ahora aún no nos hemos servido de la mano ni del bastón. ¡Cuántos conocimientos oculares se pueden adquirir mediante el tacto, hasta sin tocar nada!

Muchos juegos nocturnos. Este consejo es más importante de lo que parece. De un modo natural la noche asusta a los hombres y también a veces a los animales.⁶⁸ Hay muy pocas personas que se libran de

⁶⁷ Cerero era el vendedor de cera para las velas, oficio muy común en el siglo XVIII. [Nota del Editor]

⁶⁸ Este miedo se manifiesta muy claramente en los eclipses de sol.

este tributo por medio de la razón, de los conocimientos, el talento y el valor. Yo he visto pensadores, espíritus fuertes, filósofos, intrépidos militares durante el día, que de noche temblaban como mujeres si oían el ruido de una hoja de árbol. Se atribuye este miedo a los cuentos de la nodriza... y se engañan pues tienen una causa natural. ¿Cuál es esta causa? Es la misma que hace que los sordos sean desconfiados y que el vulgo sea supersticioso: es la ignorancia que tenemos de las cosas cercanas a nosotros y de lo que sucede en nuestro alrededor.⁶⁹ Ya que estoy acostumbrado a

⁶⁹ Otra causa la explica del siguiente modo un filósofo que cito a menudo y cuyas valiosas ideas me instruyen todavía con frecuencia.

“Cuando por circunstancias particulares no podemos formarnos idea de la distancia, ni podemos juzgar de los objetos de otro modo que por el tamaño del ángulo, o más bien de la imagen que forman en nuestros ojos, entonces necesariamente nos equivocamos acerca del tamaño de estos objetos. Todos los que han caminado de noche han experimentado que una zarza que estaba inmediata les parecía un árbol corpulento distante, o que un árbol corpulento distante les parecía una zarza inmediata. De idéntica forma, si no conocemos los objetos por su configuración y no podemos tener idea alguna de la distancia, necesariamente nos equivocamos. En tal caso, una mosca que pase con velocidad a algunas pulgadas de nuestros ojos nos parecerá un pájaro que vuela lejos; un caballo quieto en mitad de un campo y en una postura semejante, por ejemplo a la de un carnero, no nos parece mayor que un carnero mientras no veamos que es un caballo, pero a menos que lo comprendamos nos parecerá del tamaño de un caballo y al punto rectificaremos nuestro primer juicio.

Siempre que uno se halle de noche en parajes desconocidos donde no pueda juzgar la distancia, ni pueda reconocer la forma de las cosas a causa de la oscuridad, correrá el peligro de equivocarse en los juicios que se forme sobre los objetos que se presenten. De aquí proviene el terror y la especie de miedo interno que a casi todos los hombres infunde la noche: esto se funda en la apariencia de espectros y figuras agigantadas y horrorosas que tantas personas aseguran haber visto. Por lo común responden que estas figuras existían en sus ojos y es muy posible que en efecto hayan visto lo que dicen, porque necesariamente debe suceder siempre que sólo pueda juzgarse a un objeto por el ángulo que forma y hace que el objeto desconocido abulte y se agrande más a medida que más cerca esté. Y si al espectador, que no puede conocer lo que ve, ni juzgar a que distancia está, le pareció primero de algunos pies de alto, cuando se halla a 20 o a 30 pasos le parece de una altura de varios metros. Eso debe asombrarle y alarmarle hasta que toque o reconozca el objeto, porque en cuanto sepa lo que es, este objeto que tan agigantado se figuraba disminuirá instantáneamente y no le parecerá mayor que su tamaño real. Pero si huye o no se atreve a acercarse, no tendrá otra idea de este objeto que la de la imagen que en el ojo formaba, y habrá visto una figura agigantada o espantosa por su tamaño y forma. Así la preocupación de los espectros se funda en la naturaleza, y estas apariencias no dependen, como los filósofos creen, únicamente de la imaginación” (Buffon, Historia natural, tomo VI, p. 22).

ver los objetos desde lejos y a prever sus impresiones de antemano, ¿cómo no habría de imaginar mil seres, mil movimientos que me pueden perjudicar, sin que sea posible resguardarme de ellos cuando soy incapaz de ver lo que tengo cerca? Aunque esté seguro del sitio en que me encuentro, nunca lo sé tan perfectamente como si lo viera. Por consiguiente, persiste siempre en mí un motivo de temor del que carecía en el día. No ignoro que un cuerpo extraño rara vez puede obrar en el mío sin que se anuncie con algún ruido. Por eso ¡qué alerta tengo siempre el oído! Al menor ruido, cuyo motivo desconozco, me fuerza el interés de mi conservación a que instantáneamente suponga todo cuanto me debe poner en cuidado y, por lo tanto, todo lo que es capaz de asustarme.

Aunque no oiga nada no por eso me quedo sosegado, ya que también podrían sorprenderme sin hacer ruido. Es preciso que suponga las cosas como estaban antes, como deben estar todavía, que vea lo que no veo. Forzado de este modo a poner en ejercicio mi imaginación pronto dejo de ser dueño de ella, y sirve para producirme más sobresalto de lo que había

En el texto he procurado hacer ver cómo dependen siempre en parte de ella y, en cuanto a la causa que aquí se explica, bien se ve que la costumbre de andar de noche nos debe enseñar a distinguir las apariencias que la semejanza de formas y la diversidad de distancias hacen tomar a los objetos ante nuestra vista en la oscuridad. Porque cuando todavía está el aire bastante claro para hacernos distinguir los contornos de los objetos, como a mayores distancias hay más aire interpuesto, cuando está el objeto más desviado de nosotros debemos ver menos estos contornos, lo que, a fuerza de hábito, basta para preservarnos del error que aquí explica Buffon. Así, sea cual sea la explicación que se prefiera, siempre se encontrará eficaz mi método, y esto lo confirma la experiencia. [Nota de J. J. Rousseau]

Rousseau toma la cita de la *Historia natural* del naturalista francés Georges Louis Leclerc, conde de Buffon (1707-1788), cuya monumental obra constó de 36 volúmenes [Nota del Editor]

trabajado para serenarme. Si oigo vocerío, me parece que son ladrones; si no oigo nada, veo fantasmas; la vigilancia a que me obliga el afán de conservarme arranca en mí motivos de temor y todo lo que debe tranquilizarme nada más existe en formas totalmente distintas. ¿De qué sirve pensar que nada hay que temer si luego no hay nada que hacer?

Una vez que se ha encontrado la causa del mal, por sí misma indica el remedio. En todas las cosas el hábito mata la imaginación, y sólo los objetos nuevos la despiertan. En los que vemos todos los días no es la imaginación lo que actúa, sino la memoria, y esa es la razón del axioma *Ab assuetis non fit passio* (“De los hábitos no nace la pasión”), debido a que las pasiones únicamente se encienden con el fuego de la imaginación. Por lo tanto, no discutas con aquel a quien trates de curar del miedo a la oscuridad; debes llevarle frecuentemente hacia sitios oscuros, y podrás estar seguro de que todos los argumentos de la filosofía serán de menos valor que los de esta costumbre. A los albañiles no les da vueltas la cabeza andar por los tejados, y no vemos que tenga miedo a la oscuridad el que se habitúa a ella.

Tenemos aquí, entonces, otra nueva utilidad de los juegos nocturnos que se añade a la primera, pero para que el niño se aficione a estos juegos jamás será excesivo recomendar abundancia de alegría. No hay nada más triste que las tinieblas: no encierres a tu hijo en un calabozo, y que entre en la oscuridad riéndose, que repita la risa antes de salir de ella y mientras esté en el paraje oscuro: que la idea de la diversión que ha dejado y que al salir volverá a encontrar le preserve de

las fantásticas imágenes que pudieran acosarle.

Existe un término en la vida más allá del cual quien adelanta retrocede. Siento que he pasado ya ese término. Vuelvo, por decirlo así, a empezar otra carrera. El vacío de la edad madura se ha hecho sentir y evoca el dulce tiempo de mis primeros años. Al hacerme viejo, me vuelvo niño, y recuerdo con más placer lo que hacía cuando tenía 10 años que lo que hice a los 30. Deben perdonarme, lectores, si de vez en cuando saco ejemplos de mí mismo pues para llevar adelante este libro es necesario que me deleite con él.

Yo estaba en el campo, de pensionista en casa de un pastor llamado Lambercier, y conmigo también estaba un primo más rico que yo, a quien trataban como heredero, mientras que, lejos de mi padre, yo no era más que un pobre huérfano. Mi primo Bernardo era miedoso, principalmente durante la noche. Yo me burlaba tanto de su miedo que, harto de mis jactancias, el señor Lambercier quiso poner a prueba mi valor.⁷⁰ Una noche muy oscura de otoño me dio la llave del templo y me dijo que fuese a buscar en el púlpito la Biblia que él se había olvidado, y para azuzar mi amor propio añadió algunas palabras que me impidieran negarme a servirle.

Me fui sin luz, y si la hubiera llevado habría sido peor todavía: era indispensable pasar por el cementerio y lo atravesé con decisión pues cuando he estado a

⁷⁰ Se refiere al pastor calvinista suizo Jean-Jacques Lambercier (1676-1738), de quien Rousseau admite haber aprendido la enseñanza de buen sentido de un “hombre muy razonable”. A los 10 años, Rousseau y su primo Abraham Bernard fueron enviados a la pensión de Lambercier y su hermana Gabrielle, en el Presbiterio de Bossey, en Ginebra. Vivieron allí dos años. [Nota del Editor]

cielo abierto nunca he tenido miedo de noche.

Cuando abrí la puerta de la iglesia oí en la bóveda cierto murmullo confuso que me pareció de voces humanas, lo que empezó a minar mi pretendida entereza. Una vez abierta la puerta quise entrar, pero apenas había dado algunos pasos cuando me detuve. Al percibir la oscuridad que reinaba en el gran recinto sentí tal terror que se me erizaron los cabellos. Retrocedo, salgo y echo a correr temblando. En el patio encontré a un perro llamado “Sultán”, cuyas caricias me reanimaron. Yo, avergonzado del susto, vuelvo atrás, procurando llevar conmigo al perro, pero no quiere seguirme. Cruzo corriendo el umbral de la puerta y entro en la iglesia. Pero apenas estuve dentro me volvió el miedo, con tal fuerza que me desorienté, y aunque sabía muy bien que el púlpito estaba a la derecha durante mucho rato lo busqué a la izquierda, me extravié entre los bancos y no pudiendo dar con el púlpito ni con la puerta sentí como si el miedo me paralizara. Por último doy con la puerta, logro salir del templo y me desvíó como la vez primera, resolviendo que nunca volvería a entrar solo como no sea en pleno día.

Regresé a casa. Cuando iba a entrar oí que el señor Lamercier se reía a carcajadas. Entonces pienso que son para mí, y lleno de confusión al verme expuesto a ellas dudo si abrir o no la puerta. En este intervalo oigo que la hija del señor Lamercier, asustada con mi tardanza, le dice a la sirvienta que tome el farol, y al señor Lamercier que salga a buscarme, escoltado por mi intrépido primo, al que no hubieran dejado de atribuirle el honor de la expedición. En un momento

venzo el miedo, y no me queda otro susto que el de que descubran mi fuga; corro, vuelo hacia el templo y sin equivocarme, sin andar a tientas, llego al púlpito, subo, cojo la Biblia, bajo de un salto, doy otros tres y estoy fuera del templo, y hasta me olvido de cerrar la puerta. Entro en el cuarto sin respiración, pongo la Biblia en el escritorio, azorado pero palpitando de gozo por haberme adelantado al auxilio que me preparaban.

Me preguntarán si expongo este rasgo como un modelo que debe seguirse y como ejemplo de la alegría que exijo en esta especie de ejercicios. No: lo recuerdo como prueba de que no existe otra cosa que haga cobrar más el ánimo al que está asustado con la sombra de la noche que oír en un aposento cercano una reunión donde se ríe y se conversa tranquilamente. Yo quisiera que, en lugar de divertirse el maestro con su alumno solo, se juntaran por las noches muchos chicos de buen humor. Al principio no se les debería permitir ir separados, sino en grupos, y que ninguno se aventurase yendo solo sin estar seguro de que no se asustaría.

No hay nada más útil y agradable que semejantes juegos si son ordenados con un poco de habilidad. En una gran sala yo haría una especie de laberinto con mesas, taburetes, sillas y mamparas. En las vueltas y revueltas de este laberinto colocaría, en medio de ocho o diez cajas con trampa, otra caja parecida llena de golosinas. Designaría en términos claros pero precisos el sitio exacto donde está la caja buena; haría una indicación que bastase para que fuese distinguida por personas más atentas y menos atolondradas que

los muchachos.⁷¹ Después de haber sorteado entre los contrincantes, los mandaría a buscar uno tras otro, hasta que encontrasen la caja buena, lo que cuidaría yo de hacer más difícil a medida de su habilidad.

Figúrense un pequeño Hércules que llega con la caja en la mano, orgulloso de su hazaña. Pone la caja encima de la mesa y la abre con toda ceremonia. Oigo desde aquí las carcajadas y el griterío de la cuadrilla cuando, en vez de los dulces que se esperaban, se encuentran con un abejorro, un escarabajo, un carbón, una bellota, un nabo u otra cosa así, muy bien puesta encima de una rama de helecho o de un lienzo. Otras veces, en un cuarto acabado de *enjalbelgar*,⁷² se puede colgar muy cerca de la pared algún juguete que habrá que buscar sin tocar la pared. Apenas acabe de entrar el que lo trae cuando, por poco que haya faltado a la condición puesta, el ala del sombrero, la punta del zapato, la falda o la manga del vestido, manchados de blanco demostrarán su poca maña. Con todo esto hay lo suficiente y hasta sobra en lo referente a juegos. Si tengo que decirlo todo, no me sigan leyendo.

¡Cuántas ventajas saca de noche a los demás un hombre educado de tal forma! Acostumbrados sus pies a pisar firme en las tinieblas, ejercitadas sus manos en aplicarse con facilidad a todos los cuerpos inmediatos, le conducirán sin dificultad en la más densa oscuridad. Llena su imaginación de los juegos nocturnos de su niñez, difícilmente creará ver objetos temi-

⁷¹ Para ejercitarles a que estén atentos, nunca les digas cosas que no tengan un interés sensible y actual para entender bien; nada de rodeos, nunca palabras superfluas, pero que tampoco haya en tu discurso oscuridad ni equívocos.

⁷² Blanquear las paredes con cal. [Nota del Editor]

bles. Si cree oír carcajadas, para él serán de los niños, de sus antiguos camaradas y no de los duendes. Si se le presenta una reunión no será un aquelarre de brujas, sino el aposento de su ayo. Como la noche le recuerda ideas alegres, para él jamás será horrorosa y en vez de temerla la amará. ¿Se trata de una expedición militar? El estará dispuesto a cualquier hora, lo mismo si tiene que ir solo que si tiene que ir con su tropa. Entrará en el campo de Saúl,⁷³ lo recorrerá todo sin extraviarse y llegará sin ser visto. ¿Es necesario robar los caballos de Reso?⁷⁴ Diríjanse a él sin recelo. Entre hombres educados de otra forma, no es probable que encuentres un Ulises.

He visto algunas personas que asustando a los niños quieren acostumbrarles a que pierdan el miedo de noche. Este método es muy malo, ya que produce un efecto diametralmente opuesto al que se desea y sólo sirve para que sean más medrosos. Ni la razón ni el hábito pueden serenarnos acerca de la idea de un peligro actual cuyo grado y especie no conocemos, ni sobre el temor a sorpresas que ya hemos experimentado. No obstante, ¿cómo nos podemos cerciorar de que nuestro alumno no estará nunca expuesto a semejantes azares? Me parece que el mejor consuelo que podemos darle para precaverlos es el siguiente. Yo le diría a mi Emilio: “Tú te hallas en el caso de una justa

⁷³ Se refiere al enorme campo de batalla de los filisteos que, al verlo, provocó gran temor en el rey judío Saúl. Narra la Biblia que Dios estaba enemistado con Saúl por haberle desobedecido antes, y por tanto el rey judío acudió a una bruja para lograr vencer a los filisteos. [Nota del Editor]

⁷⁴ Alude a la tragedia griega Reso, atribuida a Eurípides, donde se relata el suceso de la Guerra de Troya en el que Ulises y Diomedes llegan donde Reso, el rey de Tracia, y quien tenía los mejores caballos, lo matan y se roban los corceles. [Nota del Editor]

defensa, porque tu agresor no te permite que sepas si quiere hacerte daño o sólo meterte miedo, y como se ha puesto en un sitio ventajoso, ni siquiera la fuga es una solución segura para ti. Entonces, coge con decisión al que te acometa de noche, hombre o animal, nada importa; apriétale, sujétalo con toda tu fuerza. Si forcejea para librarse, sacúdele, no te quedes corto en tus golpes, y diga o haga lo que quiera no le sueltes hasta que sepas quién o qué es. Es presumible que entonces comprendas que no había mucho que temer, pero ese modo de tratar a los graciosos les tiene que escarmentar”.

Aunque sea el tacto entre todos nuestros sentidos el que más ejercitamos, sus deducciones permanecen, como he indicado antes, más imperfectos y toscos que los otros, porque continuamente con su uso mezclamos el de la vista y, alcanzando los ojos el objeto antes que la mano, el alma juzga casi siempre sin ella. En cambio, los juicios más seguros son los del tacto, por ser los más limitados, porque como no se extienden más allá de donde pueden alcanzar nuestras manos ratifican el criterio de los demás sentidos, que se lanzan sobre objetos que apenas perciben mientras que todo lo que percibe el tacto lo realiza bien. Se puede añadir que cuando se acomoda la fuerza de los músculos con la acción de los nervios, por una sensación simultánea unimos, con el juicio de la temperatura, de los tamaños y de las figuras, el del peso y la solidez. De esta manera, al mismo tiempo que el tacto es entre todos los sentidos el que mejor nos instruye de la impresión que pueden provocar los cuerpos extraños sobre el nuestro, es también el que más frecuentemen-

te nos sirve y el que más pronto nos proporciona los conocimientos necesarios para nuestra conservación.

Puesto que el tacto habituado suple la vista, ¿por qué no ha de poder suplir también el oído hasta cierto límite una vez que los sonidos excitan en los cuerpos sonoros conmociones sensibles al tacto? Al poner una mano en la caja de un violoncelo somos capaces, sin el auxilio de los ojos y de los oídos, solamente por el modo de vibrar y estremecerse la madera distinguir si el tono del instrumento es grave o agudo, si procede de la prima o del bordón.⁷⁵ Debe ejercitarse el sentido en estas diferencias, y no dudo de que con el tiempo llegaría a ser tan sensible que se podría comprender un trozo de música por el tacto. Bajo esta hipótesis, se ve claramente con qué facilidad se podría hablar a los sordos mediante la música porque, como los tonos y los tiempos no son menos aptos para combinaciones regulares que las articulaciones y las voces, también pueden tomarse por elementos del discurso.

Hay ejercicios que debilitan el sentido del tacto haciéndolo más obtuso y, por el contrario, hay otros que lo aguzan y lo hacen más exquisito y delicado. Si unimos a los primeros mucho movimiento y fuerza a la continua impresión de los cuerpos duros, le dan aspereza a la piel y le quitan el sentimiento natural; los segundos varían este mismo sentimiento con un ligero y frecuente tacto, de tal suerte que el espíritu, atento a las impresiones continuamente repetidas, adquiere facilidad para juzgar todas sus modificaciones.

⁷⁵ Hablando de algunos instrumentos de cuerda, la prima es la más fina, que produce el sonido más agudo, cuando el bordón es la cuerda más gruesa, que produce el sonido más bajo. [Nota del Editor]

Es sensible esta diferencia en los instrumentos musicales: la pulsación dura y atormentada del violoncello, del contrabajo y del mismo violín dan a los dedos más flexibilidad, pero endurece las yemas. La suave pulsación del clavicordio hace flexibles los dedos y a la vez más sensibles, por lo que se prefiere.

Es conveniente que se endurezca la piel con las impresiones del aire y que pueda enfrentar sus alteraciones, porque es la que defiende el resto. Sin embargo, no quisiera que aplicando la mano con excesiva repetición a los mismos trabajos se llegara a endurecer, ni que una vez encallecida la piel perdiese aquel tacto exquisito que deja comprender qué cuerpos tocamos y que según la clase de contacto en la oscuridad a veces nos hace estremecernos de diversos modos.

¿Por qué tiene que llevar siempre mi alumno una piel de toro como suela para los pies? ¿Qué mal habría en que la suya pudiera servirle de suela si fuese necesario? Se ve claramente que en este sentido la delicadeza de la piel nunca servirá de nada e incluso muchas veces puede ser perjudicial. Cuando al despertarse los ginebrinos a medianoche, en la época más rigurosa del invierno, se vieron con el enemigo dentro de la ciudad hallaron más pronto sus fusiles que sus zapatos. Si ninguno hubiese podido andar descalzo, ¿quién sabe si Ginebra no habría sido tomada?⁷⁶

Debemos armar al hombre contra los azares imprevistos. Emilio, por la mañana y en todo tiempo, anda descalzo por el dormitorio, por la escalera, por

⁷⁶ Referencia a la *Escalade*, cuando en 1602 los ginebrinos rechazaron de noche un ataque por sorpresa de las tropas saboyanas. [Nota del Editor basado en Mauro Armíño, op. cit.]

el jardín; en vez de reñirle, le imitaré, y sólo evitaré que en el suelo haya cristales. Pronto hablaré de los trabajos y juegos manuales. En cuanto a los demás, que aprenda a ejecutar todos los pasos que favorezcan las evoluciones del cuerpo, a tomar en todas las posturas una actitud segura y sólida; que sepa saltar hacia delante, hacia arriba, subirse a un árbol, escalar una tapia y que mantenga siempre el equilibrio, que todos sus movimientos y ademanes vayan ordenados por las *leyes ponderales*⁷⁷ mucho antes de que la estática tenga que explicárselos. Por el modo con que apoye su pie en el suelo, y descanse el cuerpo sobre la pierna, debe saber si su posición es buena o mala. Un andar seguro siempre tiene gracia y las posturas más firmes son también las más elegantes. Si yo fuera profesor de baile, no haría las monerías de Marcelo,⁷⁸ las que están bien para el país donde él las hace, pero en lugar de enseñar a mover las piernas a mi alumno le llevaría a un pedregal y le diría cuál es la postura necesaria, cómo debe ponerse la cabeza y el cuerpo, qué movimientos hay que hacer, de qué modo se ha de poner algunas veces el pie y otras la mano para subir con agilidad los senderos escarpados y ásperos, y lanzarse de punta a punta subiendo unas veces y bajando otras. Mejor haría de él el seguidor de algún

⁷⁷ Rousseau se refiere aquí a las leyes del equilibrio de los cuerpos en relación con los pesos. [Nota del Editor]

⁷⁸ Célebre maestro de danza de París, quien, conociendo bien su mundo, se hacía el extravagante por astucia y atribuía a su arte una importancia que la gente fingía tener por ridícula, pero que en realidad le proporcionaba el mayor respeto. En otro arte no menos frívolo vemos hoy a un artista comediante hacerse el hombre importante y el loco, y se sale con la suya. Este método es siempre seguro en Francia. El verdadero talento, más simple y menos charlatán, no hace fortuna. La modestia es la virtud de los tontos.

cérvido que de un bailarín de la ópera.

Cuando el tacto concentra sus operaciones alrededor del hombre, la vista extiende las suyas más allá suyo: por ello muchas veces resultan engañosas. De una sola mirada abarca el hombre la mitad de su horizonte. Con la cantidad de sensaciones simultáneas que provocan, ¿cómo no se ha de equivocar en alguna? Por lo tanto, la vista es el más defectuoso de nuestros sentidos, precisamente porque se extiende más y porque, quedándose muy atrás de los otros, son apuradas y vastas sus operaciones para que puedan rectificarlas. Todavía hay más: las ilusiones de la perspectiva son necesarias para que entendamos la extensión y comparar sus partes. Sin las falsas apariencias nada veríamos lejos; sin las gradaciones de luz y tamaño no podríamos apreciar distancia alguna, o no la habría para nosotros.⁷⁹ Si en dos árboles iguales nos pareciese el que dista cien pasos de nosotros tan alto y tan claro como el que está a diez, los creeríamos uno al lado del otro. Si distinguiésemos las dimensiones de los objetos en su medida verdadera no veríamos espacio ninguno y nos parecería que todo estaba encima.

Para juzgar del tamaño de los objetos y de su distancia, sólo tiene el sentido de la vista una medida: la apertura del ángulo que forman en nuestros ojos. Y como ésta es un efecto simple de una causa compuesta, el juicio que en nosotros provoca deja indeterminada cada causa particular, por lo que es forzo-

⁷⁹ Rousseau insiste en estas líneas sobre el necesario aprendizaje que requiere el sentido de la vista (y que por lo tanto el autor incluye en la educación de Emilio) ya que su funcionamiento descansa sobre la ilusión. [Nota del Editor]

samente defectuosa. Porque ¿cómo he de distinguir a simple vista si el ángulo bajo el cual veo un objeto más pequeño que el otro es porque el objeto es más pequeño o porque está más lejos?

Entonces, hay que seguir aquí un método contrario al anterior: doblar la sensación en vez de simplificarla, o verificarla siempre por otra, sujetar el órgano visual al táctil y reprimir, por decirlo así, la impetuosidad del primer sentido por el paso retrasado y regulado el segundo. Por el hecho de que no nos acomodamos a esta práctica son muy inexactas nuestras medidas de evaluación. No tenemos exactitud en el vistazo para precisar las alturas, las longitudes, las profundidades y las distancias, y la prueba de que no todo es culpa del sentido como de su uso es que los ingenieros, los agrimensores, los arquitectos, los albañiles o los pintores generalmente tienen una visión mucho más segura que nosotros y aprecian con más exactitud las medidas de extensión, porque adquiriendo la experiencia con su oficio (lo que nosotros no hacemos) rectifican el error del ángulo por las apariencias que le acompañan y determinan más exactamente la relación de las dos causas de este ángulo.

Siempre es fácil obtener de los niños todo cuanto da movimiento al cuerpo sin causarle violencia. Existen mil medios para que se interesen por medir, conocer y valorar las distancias. Allí hay un cerezo muy alto: ¿qué haremos para coger cerezas?, ¿nos servirá la escalera del pajar? Allí hay un arroyo muy ancho: ¿cómo lo atravesaremos?, ¿alcanzará a las dos orillas una de las tablas del patio? Quisiéramos pescar desde nuestra ventana en las fosas de la finca: ¿cuánto ha

de medir nuestro cordel? Quisiera hacer un columpio entre estos dos árboles: ¿nos bastará con una cuerda de dos metros? Me dicen que en la otra casa nuestro aposento tendrá 25 pies cuadrados: ¿crees que nos conviene?, ¿será mayor que éste? Tenemos mucho apetito: allí hay dos mesones, ¿a cuál llegaremos antes para comer?

Se trataba de ejercitar en correr a un niño indolente y perezoso, quien no tenía inclinación por ningún ejercicio, aunque lo destinaban al estado militar. El niño se había persuadido no sé cómo de que un hombre de su clase nada debía hacer ni saber y que su nobleza le debía servir de brazos, de piernas y para toda clase de méritos. Es apenas si la habilidad del mismo Chirón⁸⁰ hubiera sido suficiente para hacer de ese niño un Aquiles de pies ligeros. La dificultad aumentaba porque yo no quería obligarlo a absolutamente nada, habiendo proscrito de mis derechos las exhortaciones, las promesas, las amenazas, la emulación y el deseo de lucirse. ¿Cómo había de actuar para inspirar en el niño el deseo de correr sin decirle nada? Que yo corriera habría sido un medio poco seguro y expuesto a inconvenientes. Se trataba también de sacar de este ejercicio algún motivo de instrucción para él, a fin de que las operaciones del cuerpo y del juicio siempre estuvieran acordes. Resolví, pues, hacer lo siguiente: cuando iba con él a paseo por las tardes, algunas veces llevaba en mi bolsillo dos pasteles de

⁸⁰ Se refiere al centauro inteligente, sabio y de buen carácter de la mitología griega (también traducido como Quirón o Queirón), destacado por ser un gran educador en música, moral, arte, caza, medicina y cirugía. Fue tutor de Aquiles, Ayax, Hercales y otros héroes. **[Nota del Editor]**

una clase que a él le gustaban mucho; nos comíamos cada uno el suyo durante el paseo⁸¹ y nos volvíamos muy satisfechos. Un día vio que yo llevaba tres pasteles, que él sólo habría podido comerse sin esfuerzo. Se comió enseguida el suyo y me pidió el tercero. “No –le respondí–, yo también me lo comería a gusto, o lo partiríamos, pero prefiero que se lo coma el que más corra de aquellos muchachos que están allí”. Les llamé, les enseñé el pastel y les dije mi condición. Puse el pastel sobre una roca, conviniendo que era la meta. Indiqué cuál era la carrera y fuimos a sentarnos. Al dar la señal, arrancaron los muchachos. El vencedor cogió el bollo y se lo comió en presencia de los espectadores y del vencido.

Esta diversión valía más que el pastel, pero no prendió al principio ni surtió efecto alguno. No me cansé ni me di prisa, pues la educación de los niños es un oficio en que hay que saber desperdiciar tiempo para ganarlo. Continuamos nuestros paseos. Unas veces tomábamos tres pasteles, otras cuatro y de vez en cuando había uno o dos para los corredores. Si no era muy grande el premio, tampoco los adversarios eran ambiciosos; el que lo ganaba era elogiado, felicitado, y todo se hacía con entusiasmo. Para dar motivo a las evoluciones y aumentar el interés programaba una carrera más larga y admitía a muchos competidores. Apenas estaban compitiendo, todos los que pasaban

⁸¹ Paseo por el campo, como se verá al instante. Los paseos públicos de las ciudades son perniciosos para los niños de uno y otro sexo. Allí es donde comienzan a tener vanidad y a querer que los miren; al Luxemburgo y a las Tullerías, y sobre todo al Palacio Real, va la brillante juventud de París a adquirir el ademán impertinente y petulante que la hace tan ridícula y que es causa de que la critiquen y detesten en toda Europa.

hacían un círculo para verlos, animándoles con aclamaciones, gritos y palmadas. Alguna vez vi a mi hombrequito, que estaba dando saltos en su asiento, levantarse y gritar cuando uno iba a alcanzar o dejar atrás a otro: para él, eran los juegos olímpicos.

No obstante, los corredores acostumbraban a valerse de tretas: se detenían mutuamente o bien se echaban al suelo o tiraban piedras al pasar uno a otro. Esto me obligó a separarlos y que salieran de puntos diferentes, aunque igualmente distantes de la meta. Pronto se verá el motivo de esta previsión porque debo referirme a los detalles de este importante asunto.

Cansado de ver que los demás siempre se comían los pasteles que tanto le gustaban, mi caballero llegó a imaginar que el correr podía serle útil para algo, y viendo que también él tenía dos piernas empezó a hacer pruebas a solas. Yo me guardé de darle a entender que lo sabía, pero vi que había logrado mi propósito con mi estratagema. Cuando consideró que ya era poseedor de la fuerza suficiente, y yo lo comprendí antes que él, empezó a importunarme para que le diera el pastel que quedaba. Yo se lo niego, él porfía, y con cara contrariada me dice: “Está bien: póngalo usted sobre la roca, señale el campo y ya lo veremos”. “Vaya —dije sonriendo—, ¿un caballero tiene necesidad de saber correr? Tendrás más apetito y no tendrás nada qué comer”. Picado con mi burla, se esforzó tanto que fue él quien ganó el premio, aunque la verdad es que yo había señalado una carrera corta y tuve la precaución de no admitir al que mejor corría. Ya dado este primer paso, se comprende fácilmente que no me resultó muy difícil continuar. Pronto tomó tanta afición a

este ejercicio que, sin el objetivo de alcanzar ningún premio, casi estaba seguro de vencer a los otros, aunque el trecho que había que recorrer fuese muy largo.

Una vez alcanzada esta ventaja, ocurrió algo que yo no había pensado. Cuando eran pocas las veces que ganaba el premio, casi siempre se lo comía él solo, tal como hacían sus contrincantes. Pero cuando ya estuvo acostumbrado a la victoria se hizo generoso y muchas veces se lo repartía con los vencidos. Esto me obligó a verificar una observación moral y me enseñó cuál fue el verdadero principio de la generosidad.

Continué marcando en distintos sitios el punto desde donde cada uno debía comenzar a un mismo tiempo su carrera y, sin que él pensara en ello, hice desiguales las distancias, de tal manera que, como tenía cada uno más camino que correr que el otro para llegar a la misma meta, se producía un agravio completamente visible para todos. Sin embargo, aunque dejaba a mi discípulo que escogiese, no sabía aprovecharse de esta ventaja importante y siempre escogía el camino más llano. Pero como yo preveía fácilmente su elección, casi era yo el árbitro que permitía que perdiera o ganara el premio, y esto lo hacía para lograr más de un fin. Como mi intención era que advirtiese la diferencia, hacía lo posible para que él la notara y, aunque era indolente cuando estaba sosegado, era tan arrebatado en sus juegos y tan confiado que me costó un trabajo increíble lograr que se diera cuenta de que yo no jugaba limpio. Cuando al fin lo conseguí, a pesar de su atolondramiento, se quejó de mi actuación. Entonces yo le dije: “¿Qué quejas son éstas? Es un regalo que te quiero hacer, ¿no soy yo

el dueño de mis condiciones? ¿Quién te manda que corras? ¿Te he prometido señalar distancias iguales? ¿No eres libre de elegir? Elige la más corta, puesto que nadie te lo prohíbe. ¿No te das cuenta de que tú eres el privilegiado y que esa desigualdad de que te quejas es en beneficio tuyo si sabes sacar partido de ella?”. Esto era claro, y lo comprendió, y para elegir se vio obligado a examinarlo con más atención. Primero quiso contar los pasos, pero la medida de los pasos de un niño es defectuosa y lenta, y por otra parte yo empecé a aumentar las carreras en un mismo día y, convertida ya la afición en una especie de pasión, sentía perder el tiempo en medir las distancias que había que recorrer. La vivacidad de la infancia es rebelde a las demoras y lo que hizo, sin advertirlo él mismo, fue habituarse a ver mejor y a comprender las distancias. Entonces ya me costó muy poco mantenerle la afición y fomentarla. Por último, en pocos meses de pruebas y de errores corregidos el compás visual se formó de tal modo de que cuando yo le ponía un pastel en un sitio algo lejos su ojeada era casi tan segura como la cadena de un agrimensur.

Como entre los sentidos el de la vista es uno cuyos juicios menos pueden separarse del espíritu, para aprender a ver es necesario comparar durante mucho tiempo la vista con el tacto, a fin de acostumbrar el primero de estos sentidos a que nos dé cuenta fiel de las formas y las distancias, pues sin el tacto, sin el movimiento progresivo, los ojos más perspicaces del mundo no podrían darnos ninguna idea de la extensión. Para una ostra el universo entero no debe de ser más que un punto y no le parecería otra cosa aunque

la animase un espíritu humano. Sólo a fuerza de andar, palpar, numerar y medir las dimensiones aprendemos a evaluarlas, pero si midiésemos siempre, descansando el sentido en el instrumento, aquel nunca se afinaría. Tampoco es necesario que repentinamente pase un niño desde la medida a la evaluación. Primero es necesario que compare por partes lo que en un todo no puede comparar, que lo haga a partir de alícuotas exactas,⁸² y que las sustituya por alícuotas por evaluación, y que en vez de aplicar la medida con la mano se vaya acostumbrando a aplicarla únicamente con la vista. No obstante, yo quisiera que verificara sus primeras operaciones con medidas reales, con el fin de que enmendase sus errores o, si el sentido le entregase alguna falsa apariencia, aprendiese a rectificarla con más certero juicio. Hay medidas naturales que son casi las mismas en todas partes: los pasos de un hombre, el alcance de sus brazos, su estatura, etcétera. Cuando un niño mide la altura de un piso puede servirle de metro su maestro; si quiere apreciar la altura de una torre, la compara con las casas; si quiere saber las leguas de distancia, que cuente las horas de camino. Nosotros no debemos realizar nada de esto por él, sino que debe actuar por sí mismo.

No podría emitirse un juicio exacto acerca de la extensión y el tamaño de los cuerpos sin aprender al mismo tiempo a conocer sus figuras, e incluso a imitarlas, porque en realidad esta imitación depende absolutamente de las leyes de la perspectiva y no es

⁸² La alícuota es una parte que se toma de un volumen o una masa iniciales para utilizarse en una prueba de laboratorio. [Nota del Editor]

posible valorar la extensión por las apariencias sin alguna noción de estas leyes.

Los niños, que son unos grandes imitadores, intentan dibujar y yo quisiera que el mío cultivara este arte, no precisamente por el arte en sí, sino para que le diera actividad a la vista y elasticidad a la mano, pues en general importa muy poco que domine cualquier ejercicio con tal de que adquiriera la perspicacia del sentido y el hábito que necesita el cuerpo. Me guardaré de ofrecerle un maestro de dibujo que sólo le dé imitaciones para que las copie y que dibuje los dibujos de otro: quiero que no tenga otro maestro que la naturaleza ni otro modelo que los objetos; que tenga presente el original y no el papel que lo representa; que copie una casa de una casa, un árbol de un árbol, un hombre de un hombre, para que se acostumbre a observar bien los cuerpos y sus apariencias y no creer que las mentiras y las imitaciones convencionales son imitaciones verdaderas. También trataré de convencerlo de que no debe trazar esbozos de memoria sin tener delante los objetos hasta que a fuerza de observaciones se imprima bien en su imaginación la forma exacta de ellos, pues podría alterar el conocimiento de las proporciones y la afición a las bellezas naturales, sustituyendo la verdad de las cosas con figuras extravagantes y ridículas.

Me doy cuenta de que actuando de este modo pintarrajeará antes de hacer nada que represente algo, de que tardará mucho en dominar la elegancia de los contornos y el ágil trazo de los dibujantes y que tal vez nunca percibirá los efectos pintorescos y el gusto depurado del dibujo, pero –en cambio– su vista-

zo será más justo, la mano más firme, adquirirá un mejor conocimiento de las verdaderas relaciones de tamaño y los cuerpos naturales que median entre los animales, las plantas y la perspectiva. Esto es lo que yo pretendo conseguir: deseo que sepa imitar menos y que logre el conocimiento de los objetos; quiero que sea capaz de hacerme ver una hoja de acanto y que no dibuje tan bien el follaje de un capitel.

Por lo demás, tanto en este como en los otros ejercicios no pretendo que mi alumno se divierta solo: con el fin de que le sea más grato, competiré con él de un modo continuo. No quiero que tenga otro competidor que yo, pero lo seré sin riesgo. Esto hará que sean interesantes nuestras tareas, sin que haya celos entre los dos. Tomaré el lápiz, siguiendo su ejemplo, y lo usaré al principio con tan poco acierto como él. Aunque fuese un Apeles,⁸³ yo me convertiré en un pintamonas.⁸⁴

Empezaré dibujando un hombre como los que dibujan los muchachos en la pared; una barra será cada brazo, otra cada pierna y los dedos más gruesos que los brazos. Después de algún tiempo, el uno o el otro notaremos la desproporción; observaremos que la pierna tiene un grosor, pero que varía de arriba abajo; que el brazo tiene una longitud determinada con relación al cuerpo... En cuanto a los adelantos serán iguales a los suyos o me adelantaré tan poco que siempre le será fácil alcanzarme, y algunas veces

⁸³ Se refiere a Apeles (352-308 a.C.), afamado pintor de la Grecia clásica. [Nota del Editor]

⁸⁴ Un pintamonas es un pintor de poca habilidad (RAE). [Nota del Editor]

dejarme atrás. Nos procuraremos colores y pinceles y haremos lo posible para imitar el colorido de los objetos, su apariencia y su figura; iluminaremos, pintaremos y embadurnaremos, pero en todos nuestros garabatos nunca dejaremos de estar al acecho de la naturaleza ni haremos nada que no sea en presencia del maestro.

No hallábamos adornos para nuestro aposento, y ya los tenemos. Coloco marcos en nuestros dibujos, con cristales para que nadie los toque y, viendo que permanecen en el estado en que los dejamos, que cada uno tenga interés en conservar y no descuidar los suyos. Los coloco por orden alrededor del cuarto: cada dibujo repetido 20 o 30 veces y demostrando cada ejemplar los adelantos del autor, desde uno en que la casa no es más que un cuadro casi uniforme hasta aquel en que están representados con fidelidad su fachada, su perfil, sus proporciones y sus sombras. Estas gradaciones tienen que ofrecernos cuadros interesantes para nosotros, curiosos para los demás, y avivar continuamente nuestra emulación. A los primeros, a los dibujos más toscos, les pongo marcos brillantes y dorados con el fin de darles más realce, pero cuando ya es más exacta la imitación y realmente bueno el dibujo no le pongo más que un marco negro muy sencillo, ya que no requiere de otro adorno que el propio, y sería una lástima que el ribete absorbiera la atención que merece el objeto. De esta forma cada uno de nosotros anhela ser merecedor de la honra del marco sencillo, y cuando uno quiera despreciar el dibujo del otro lo condenará el marco dorado. Algún día tal vez serán proverbiales entre nosotros estos marcos

dorados, y quedaremos asombrados de que haya tantos que se hagan justicia haciéndoselos poner.

Yo he dicho que la geometría no está al alcance de los niños, pero es culpa nuestra. No sabemos comprender que nuestro método no es el suyo, y que lo que para nosotros es el arte de discurrir para ellos es el de ver. En vez de darles nuestro método, sería mejor que tomásemos el suyo, puesto que nuestro modo de aprender la geometría es un asunto de imaginación tanto como de raciocinio. Cuando la proposición está expuesta, es imprescindible imaginar la demostración; esto es, encontrar de qué proposición ya sabida debe ser consecuencia y, entre todas las que se pueden sacar de la misma, elegir precisamente aquella de la cual se trata.

De este modo, el razonador más competente, si no es creativo, ha de quedarse corto. ¿Pero qué sucede? Que en vez de hacer que hallemos la demostración, el maestro nos la dicta; que en vez de enseñarnos a razonar él es quien razona por nosotros y sólo ejercita nuestra memoria.

Tome figuras exactas, combínelas, ubíquelas una encima de otra y examine sus relaciones: hallará la geometría elemental yendo de observación en observación, sin que se trate de definiciones ni de problemas ni de ninguna otra forma demostrativa como no sea la simple superposición. Por mi parte, no pretendo enseñar la geometría a Emilio: debe ser él quien me la enseñe a mí. Yo indicaré las relaciones y él las hallará, porque lo haré de tal forma que conseguiré que las halle. Por ejemplo: en lugar de servirme de un compás para trazar un círculo, lo trazaré con un clavito en el

extremo de un hilo que gire sobre un eje. Luego, cuando yo quiera comparar unos radios con otros, Emilio se burlará de mí y me hará ver que tendido siempre el mismo hilo no se puede trazar distancias desiguales.

Si quiero medir un ángulo de 60 grados, describo desde el vértice de este ángulo, no un arco, sino un círculo entero, porque con los niños no se debe suplir nada. Encuentro que la porción del círculo comprendido entre los dos lados del ángulo es la sexta parte del círculo. Después, desde el mismo vértice, describo otro círculo mayor, y me encuentro con que también este segundo arco es la sexta parte de su círculo. Describo un tercer círculo concéntrico, con el cual repito la misma prueba, y la continúo con nuevos círculos, hasta que Emilio, asombrado de mi estupidez, me advierte que cada arco, grande o pequeño, comprendido en el mismo ángulo ha de ser siempre la sexta parte de su círculo. Muy pronto llegaremos al uso del semicírculo graduado.

Con el fin de comprobar que los ángulos formados por dos oblicuas son iguales a dos rectos, se describe un círculo y yo haré que Emilio note primero esto en el círculo, y le digo luego: “Si quitásemos el círculo y dejásemos las líneas rectas, ¿cambiarían de tamaño los ángulos?”.

Se descuida la exactitud de las figuras, uno la supone y se aplica a la demostración. Entre nosotros, por el contrario, jamás se tratará de demostración: nuestro más importante asunto será trazar un cuadrado muy perfecto y un círculo muy redondo.⁸⁵ Para

⁸⁵ Es de notar que, si se lee aquí entrelíneas, Rousseau se está atreviendo a invertir por completo fórmulas de Descartes hasta la época nunca cuestio-

comprobar la exactitud de la figura la examinaremos por todas sus propiedades sensibles, y esto nos dará motivo para descubrir cada día otras nuevas. Doblaremos por el diámetro los dos semicírculos y por la diagonal las dos mitades del cuadrado; compararemos nuestras dos figuras, para ver aquella cuyos lados se adaptan con más exactitud y por consiguiente está mejor hecha; deberemos discutir si debe existir siempre esta igualdad de partición en los paralelogramos, los trapecios... Alguna vez realizaremos la prueba de adivinar el resultado de la experiencia antes de ejecutarla y procuraremos encontrar sus razones.

Para mi alumno la geometría no es otra cosa que el arte de usar bien la regla y el compás sin que la confunda con el dibujo, en el que jamás empleará ninguno de estos instrumentos. Se encerrarán bajo llave la regla y el compás, y muy pocas veces permitiré que haga uso de ellos si no es por muy poco tiempo, para que no se acostumbre a pintarraजार el papel... Pero podremos llevar algunas veces nuestras figuras al ir de paseo y hablaremos sobre lo que hayamos hecho o pretendamos hacer.

Nunca olvidaré haber conocido en Turín a un joven que de niño le enseñaron las relaciones de los con-

nadas. Descartes proponía por ejemplo en su ensayo científico *Geometría* (1637) “mecánicas, en las que se busca la exactitud de las obras hechas a mano” o que en “la geometría, lo único que se busca es la exactitud del razonamiento” (véase André Charrak, op. cit.).

René Descartes (1596-1650) se caracterizó por hacer grandes aportes no sólo a la filosofía (“Pienso, luego existo”), sino también a las matemáticas y física: sus investigaciones originaron la geometría analítica. Su *Discurso del método* (1637) se abre sobre una acotación que tomó valor de sentencia “El buen sentido es la cosa mejor repartida del mundo” para insistir sobre la importancia de usarlo bien gracias a un método que proteja cuanto más posible del error. [Nota del Editor]

tornos y las superficies dándole a elegir todos los días obleas isoperímetras de todas las figuras geométricas. El pequeño goloso había apurado el arte de Arquímedes con el fin de hallar la que más le convenía comer.

Cuando un niño juega al volantín, ejercita la vista y el brazo; cuando pega con la correa a un trompo, aumenta su fuerza sirviéndose de ella, pero nada aprende. Algunas veces he preguntado por qué no ejercitaban a los niños en los juegos de destreza de los hombres: la paleta, el *paille-maille*,⁸⁶ el billar, el arco, la pelota, los instrumentos de música... y me han contestado que algunos de estos juegos excedían sus fuerzas y que para los demás aún no estaban bastante formados sus miembros. No me parecen fundadas estas razones: aunque no tenga un niño la estatura de un hombre, viste exactamente como él. Con esto no quiero decir que juegue con las mismas bolas que nosotros en un billar de tres pies de alto, que juegue partidas de pelota ni que pongan en sus delicadas manos una paleta, sino que juegue en una sala cuyas vidrieras se protejan con rejas, que al principio se sirva de pelotas blandas, que sus primeras paletas sean de madera, luego de piel y por último de cuerda de vihuela,⁸⁷ que sean más tirantes según vaya progresando. Se prefiere el volante porque cansa menos y carece de peligro, pero se equivocan por dos motivos:

⁸⁶ En el original. El *paille-maille* fue un juego de la alta sociedad (que en España se llamó *mallo*) en la época de Rousseau. Se parece al croquet inglés. [Nota del Editor]

⁸⁷ Parecida a la guitarra, la vihuela era utilizada en el siglo XVIII en todos los estratos sociales. La guitarra, en cambio, era preferida en las clases más bajas. [Nota del Editor]

las plumillas⁸⁸ son un juego de mujeres y todas huyen de una pelota en movimiento, pues su delicada piel no debe exponerse a las contusiones a que expondría su rostro. Pero nosotros, destinados a ser vigorosos, ¿tenemos la pretensión de serlo sin trabajo? ¿De qué defensa seremos capaces si nunca nos agreden? Siempre se juegan de una forma descuidada los juegos en que no se corre peligro, pero nada desentumece tanto los brazos como la necesidad de cubrirse la cabeza ni agudiza tanto la vista como tener que protegerse los ojos. Lanzarse de una punta de la sala a otra, calcular el bote de una pelota cuando está en el aire, devolverla con mano segura y vigorosa... Estos juegos tan convenientes al hombre todavía le sirven más para formarle.

Dicen que las fibras de un niño son muy débiles. Son menos resistentes, pero más flexibles. Su brazo es débil, pero es un brazo y, guardando la proporción, debe hacerse con él todo lo que se hace con otra máquina parecida. Los niños no tienen en las manos ninguna destreza y por eso yo quiero que la adquieran. Un hombre que no tuviera más práctica que ellos tampoco la tendría, pues sólo podremos comprender el uso de nuestros órganos luego de haberlos empleado. Únicamente con una larga experiencia aprenderemos a sacar partido de nosotros mismos y esta experiencia es el verdadero estudio, al que no podemos aplicarnos demasiado pronto.

Todo lo que se hace es factible. Entonces, no hay nada más común que ver niños diestros y desenvuel-

⁸⁸ Se refiere al deporte conocido en Chile como *bádminton*, también llamado *juego de volantes* (plumillas) en algunos países de habla hispana. [Nota del Editor]

tos, con los miembros tan ágiles como los de un hombre. En casi todas las ferias los vemos que realizan equilibrios, que andan sobre las manos, que saltan y bailan en la cuerda. ¿Durante cuántos años las compañías de niños han atraído con sus bailes espectadores a la comedia italiana? ¿Quién no ha oído hablar en Italia y en Alemania de la compañía de pantomima del célebre Nicolini?⁸⁹ ¿Ha observado alguien en estos niños movimientos menos desenvueltos, actitudes menos graciosas, oído menos fino o danza menos ligera que los danzarines formados por completo?

Aunque tengan abultados, cortos y poco flexibles los dedos y las manos, y poco capaces de empuñar nada, ¿quita eso que muchos niños sepan escribir y dibujar a la edad que otros no saben todavía sostener el lápiz o la pluma? Todo París se acuerda aún de la pequeña inglesita que teniendo sólo 10 años hacía prodigios con el clavecín.⁹⁰ He visto en casa de un magistrado a su hijo, niño de 8 años, que se subía a la mesa después de los postres, como una estatua en su pedestal, y tocar un violín casi tan grande como él, asombrando por su ejecución a los mismos artistas.

Todos estos ejemplos y otros cien mil prueban –me parece– que la ineptitud que se supone a los niños para que hagan nuestros ejercicios es imaginaria,

⁸⁹ La compañía de Phillip Nicolini fue muy famosa en la época, recorriendo las principales ciudades europeas. Era una compañía de pantomima de niños. **[Nota del Editor]**

⁹⁰ Hoy un niño de 7 años ha ejecutado después cosas más prodigiosas todavía, como es el caso de Mozart. **[Nota de J. J. Rousseau]**
Cuando se publicó este libro (en 1762), Mozart tenía solamente 6 años (no 7, como dice Rousseau, pues nació en 1756) y deslumbraba su talento a la élite europea interpretando piezas en piano, pero sobre todo porque ya componía su música. **[Nota del Editor]**

y si no los practican es porque no se les ha enseñado.

Se me dirá que yo caigo aquí, con relación al cuerpo, en el defecto del cultivo prematuro que condeno en los niños con relación al espíritu. La diferencia es muy grande porque uno de estos progresos es sólo aparente y el otro es real. He probado que el espíritu o el entendimiento que parecen tener, no lo tienen, pero hacen, mejor o peor, lo que ellos se proponen hacer. Por otra parte, se debe pensar siempre que todo esto no es o no debe ser más que un juego, dirección fácil y voluntaria de los movimientos que la naturaleza les pide, variar sus entretenimientos para que les sean más agradables, sin que el más pequeño contratiempo los convierta en trabajo, porque ¿en qué se distraerán que no puedan convertirlo en un objeto de instrucción para ellos? Y cuando no se pueda conseguir que se diviertan sin inconveniente, y que el tiempo pase, su progreso en cualquier cosa no importa de momento, mientras que cuando se siente la necesidad de enseñarles esto o aquello nunca es posible conseguirlo sin contrariedad, sin enojo ni aburrimiento.

Lo que ya he expuesto sobre los dos sentidos, cuyo uso es más continuo e importante, puede servir de ejemplo acerca de la manera de ejercitar los otros. La vista y el tacto se aplican igualmente a los cuerpos quietos que a los que se mueven, pero como únicamente la ondulación del aire puede mover el sentido del oído sólo los cuerpos en movimiento hacen ruido o suenan y si todo estuviese quieto nunca oíríamos nada. De noche, pues, cuando nos movemos si nos place, sólo debemos temer a otros cuerpos que se mueven y nos importa aguzar el oído para juzgar,

por la sensación que éste nos transmite, si el cuerpo que la causa es grande o pequeño, si está cerca o lejos y si es débil o fuerte su pulsación. Las sacudidas del aire están sujetas a repercusiones que lo reflejan, que repiten la sensación con sus ecos y hacen que se oiga el cuerpo ruidoso o sonoro en otro sitio que él donde se encuentra. Si aplicamos el oído al suelo en un llano o en un valle, oímos las voces de los hombres o las pisadas de los caballos desde mucho más lejos que cuando estamos en pie.

Del mismo modo que hemos comparado la vista con el tacto, será bueno comparar la vista con el oído, y saber cuál de las dos impresiones llegará antes a su órgano. Cuando uno percibe el fogonazo de un cañón todavía está a tiempo de protegerse del tiro, pero cuando llega a oír el ruido ya no tiene tiempo pues la bala está encima. Podemos juzgar la distancia en que se encuentra una tempestad por el tiempo que media entre el relámpago y el trueno. Logra que el niño conozca todas estas experiencias, que realice las que están a su alcance y que las demás las halle por inducción, pero hay que decírselas. Es cien veces preferible a que las ignore.

Poseemos un órgano que corresponde al oído, el de la voz, pero carecemos de uno que corresponda a la vista, ni repetimos los colores como los sonidos. Otro medio para cultivar el primer sentido es ejercitar el órgano activo y el pasivo, uno con el otro.

El hombre está dotado de tres clases de voz; a saber: la voz hablada o articulada, la voz cantada o melodiosa y la voz patética o acentuada, que es el lenguaje de las pasiones y el que anima el canto y la palabra.

El niño posee estas tres clases de voz como el hombre, pero no las sabe mezclar entre sí. Él, como nosotros, ríe, chilla, se lamenta, gime, pero no sabe amalgamar estas inflexiones con las otras dos voces. Una música perfecta es la que mejor reúne las tres voces. Los niños son incapaces de esta música y su canto nunca tiene alma. Del mismo modo, en la voz hablada su idioma no tiene acento. Gritan, pero no acentúan y, así como en sus razonamientos hay poco acento, hay poca energía en su voz. Nuestro alumno tendrá el habla todavía más simple y más sencilla, porque las pasiones no se han despertado y no se mezclará el lenguaje de ellas con el suyo. No le des papeles de tragedia y de comedia ni le enseñe –como dicen– a declamar. El tendrá sobrado juicio para comprender que es imposible dar tono a cosas que no puede entender y expresión a efectos que nunca experimentó.

Enséñale a hablar lisa y llanamente, a que articule bien, a pronunciar sin afectación, a conocer y a seguir el acento gramatical y la prosodia, a dar siempre el tono de voz para que se le entienda, pero no a dar más de lo que sea preciso, defecto común en los niños educados en los colegios. En ningún caso debe haber nada superfluo.

Igualmente, en el canto que su voz sea justa, igual, flexible, sonora; su oído sensible a la medida y a la armonía, pero nada más. La música imitativa y teatral no es para su edad: no querría que cantase con letra, y si quisiera cantar procuraría componer canciones adecuadas a su edad y tan sencillas como sus ideas.

Se comprenderá que si me doy tan poca prisa en que aprenda a leer lo escrito, tampoco me apuraré en

enseñarle a leer música. Evitémosle a su cerebro toda atención pesada y no nos precipitemos para fijar su entendimiento sobre signos de convención. Confieso que esto presenta alguna dificultad aparente porque, aunque a primera vista parezca que no es más necesario conocer las notas para saber cantar que conocer las letras para saber hablar, sin embargo, la diferencia está en que cuando hablamos enunciamos nuestras propias ideas mientras que cuando cantamos no enunciamos sino las ajenas. Y para enunciarlas es obligación que sepamos leerlas.

Pero, primeramente, en lugar de leerlas podemos oírlas, y un canto se expresa con más precisión al oído que a los ojos. Además, para saber bien la música no basta repetirla: es necesario componerla y lo uno se debe aprender con lo otro, sin lo cual nunca se sabe bien. Ejercite en su pequeño músico a que primero haga frases regulares y muy cadenciosas, a que luego las ligue entre sí con una modulación muy sencilla y, finalmente, a que note sus distintas relaciones con una puntuación correcta, lo que se hace al elegir bien las cadencias y pausas. Sobre todo, nunca ejercite con un canto extravagante, patético, ni expresivo: siempre melodía cantable y sencilla, que derive de las cuerdas esenciales del tono y que de tal manera marque el bajo, que la sienta y la acompañe el niño sin dificultad porque, para formarse el oído y la voz, no se debe cantar más que con el clavecín.⁹¹

⁹¹ Antecedente del piano, el clavecín (o clave) tuvo su época dorada en el Barroco (siglos XVII y XVIII) y, por cierto, su máximo exponente fue Johan Sebastian Bach (1685-1750). Fue el instrumento más estimado en la época en Alemania y Francia. Rousseau, al explayarse aquí en el tema de la música, lo hace con pleno conocimiento de causa, pues, además de ser escritor,

Para señalar mejor los sonidos, los articulamos cuando pronunciamos y de aquí se deriva el uso de solfear con ciertas sílabas. Para distinguir los grados hay que dar nombres a estos grados y a sus diferentes términos fijos, de donde proceden los nombres de los intervalos e igualmente las letras del alfabeto con que se señalan las teclas del piano y las notas de la escala. *C* y *A* designan sonidos fijos, invariables, que siempre dan las mismas teclas. Otra cosa son *Ut* y *La*. *Ut* es constantemente la tónica de un modo mayor o la mediana de un modo menor;⁹² *La* es constantemente la tónica de un modo menor o la sexta nota de un modo mayor. Así las notas señalan los términos inmutables de las relaciones de nuestro sistema musical y las sílabas señalan los términos homólogos de las relaciones semejantes en diversos tonos: las letras indican las teclas y las sílabas los grados del modo. Los músicos franceses han enredado de extraña manera estas distinciones confundiendo el sentido de las sílabas con el de las letras, y doblando inútilmente los signos de las teclas, sin haber dejado ninguno para expresar las cuerdas de los tonos, de forma que para ellos *Ut* y *C* son siempre la misma cosa y no es tal ni debe ser porque, entonces, ¿para qué sirve *C*? Por eso su modo de solfear es excesivamente difícil, sin que sea provechoso para nada y sin entregar ninguna idea clara al entendimiento pues por este método las dos sílabas *Ut* y *Mi*, por ejemplo, también pueden significar una

pedagogo, filósofo, botánico y naturalista, también fue músico y compuso óperas, melodramas y un total de al menos siete obras musicales. Para él, la música era primordial en la enseñanza. **[Nota del Editor]**

⁹² El tono *Ut* de aquella época es el actual *Do*. **[Nota del Editor]**

tercera mayor, menor, superflua o disminuida. ¿Por qué extraña fatalidad en el país donde se escriben los mejores libros sobre música se la aprende con más dificultad?

Debemos seguir con nuestro alumno una práctica más sencilla y clara: que no haya para él más de dos formas cuyas relaciones sean siempre las mismas y siempre indicadas con las mismas sílabas. Cuando cante o toque un instrumento debe saber establecer su modo en cada uno de los doce tonos que pueden servir de base y tanto si modula en *C*, en *D*, en *G*, etcétera, que sea siempre el final *Ut* o *La*, según el modo. Operando de esta manera siempre las entenderá. Las relaciones esenciales de la forma de ajustarse cuando cante o toque las tendrá siempre presentes. Su ejecución será más limpia y más rápidos sus progresos. Nada tan fuera de lugar como lo que llaman los franceses *solfeo natural*, lo que significa que las ideas propias son desviadas, sustituidas por otras que no hacen más que desorientar al alumno. La forma más natural consiste en solfear por transposición, cuando el modo está transportado. Pero ya hablamos de sobra de la música: enséñela como mejor le parezca con tal de que no parezca otra cosa que un simple pasatiempo.

Ya tenemos conocimiento del estado de los cuerpos extraños con relación al nuestro, de su peso, figura, solidez, tamaño, distancia, temple, quietud y movimiento. También sabemos cuáles son los que nos conviene acercar o desviar, lo que hemos de realizar con el fin de vencer su resistencia, o bien oponerles una que nos resguarde de lo que nos perjudique. Pero no es suficiente con todo esto. Nuestro cuerpo

se agota continuamente y necesita una continua renovación. Aunque poseamos la facultad de transformar los cuerpos en nuestra propia sustancia, no es indiferente la elección ya que no todo es alimento para el hombre y entre las sustancias que pueden serlo no le convienen todas por igual, pues debe tenerse en cuenta la constitución de su especie, el clima en que vive, su temperamento particular y el régimen de vida que le señala su estado.

Moriríamos de hambre o por envenenamiento si para elegir los alimentos que necesitamos tuviésemos que esperar a que la experiencia nos enseñase el modo de conocerlos y de elegirlos. Pero la bondad suprema, que del deleite de los seres sensibles hizo el instrumento de su conservación, nos avisa de cuanto es conveniente a nuestro estómago mediante la sensación agradable a nuestro paladar. De una forma natural, para el hombre no existe nada más seguro que su propio apetito. Y, observándolo en su estado primitivo, no tengo duda de que los alimentos que más agradables le parecían eran también los más convenientes a su salud.

Sin embargo, aún hay más. El Autor de todas las cosas no solamente proveyó las necesidades que nos dio sino también las que nos buscamos nosotros mismos y, para que siempre vayan juntos el deseo y la necesidad, hace que nuestros gustos se modifiquen y se alteren de acuerdo a nuestro modo de vivir. Cuanto más nos alejamos del estado de la naturaleza con más gravedad perdemos nuestros gustos naturales. Dicho de otra forma: el hábito forma en nosotros una segunda naturaleza, con la que sustituimos de una forma

totalmente completa a la primera.

De esto que hemos expuesto se deduce que los gustos más naturales deben ser también los más sencillos, debido a que son los que con mayor facilidad se transforman, mientras que agitándose y complicándose, gracias a nuestros caprichos, toman ya una forma invariable. El hombre que todavía no es de ningún país se apropiará sin ninguna dificultad de las costumbres del país al que vaya, pero el de un determinado país no se habituará a las de otro.

En todos los sentidos esto me parece exacto, y aún más cuando se aplica al sentido del gusto. La leche es nuestro primer alimento y sólo de una forma gradual nos vamos acostumbrando a los sabores fuertes, pero al principio nos repugnan. Frutas, legumbres, hierbas y algunas carnes asadas sin condimento y sin sal eran los banquetes de los hombres primitivos.⁹³ La primera vez que un salvaje bebe vino hace una mueca y lo expulsa, y hasta entre nosotros el que ha vivido los primeros 20 años sin probar alcoholes fuertes es incapaz después de acostumbrarse a ellos. Seríamos todos abstemios si no nos hubieran dado vino en nuestros primeros años. Por último: cuanto más sencillos son nuestros gustos mayor universalidad alcanzan, y lo que más asco suele ocasionar son los manjares compuestos. ¿Hemos visto que a alguien le repugnen el agua y el pan? Esta es la norma de la naturaleza y también será la nuestra. Hagamos que el niño conserve lo más posible su primitivo gusto, que su alimento

⁹³ Véase la *Arcadia*, de Pausanias. Véase también el fragmento de Plutarco, transcrito aquí después.

sea sencillo y común y que su paladar sólo se familiarice con sabores poco fuertes, sin caer en un gusto exclusivo.

No examino aquí si un modo de vivir es más o menos sano que otro, porque no lo considero tomando en cuenta este aspecto. Me es suficiente para preferirlo el que está más conforme con la naturaleza y el que más fácilmente puede ajustarse a cualquier otro. Los que sostienen que se debe acostumbrar a los niños al alimento que les será propio cuando sean hombres me parece que piensan mal. ¿Por qué debe ser el mismo alimento siendo tan distinto el modo de vida? A un hombre extenuado por el trabajo, las preocupaciones y las penas, le son indispensables alimentos ricos que le aporten nuevas ideas al cerebro.

Un niño que acaba de jugar, y cuyo cuerpo está en la época del crecimiento, necesita una alimentación abundante que le suministre muchas vitaminas. Por otra parte, el hombre tiene estado, empleo y domicilio, ¿pero quién puede estar seguro de la suerte que le espera a un niño? No le debemos dar ninguna forma tan determinada que para cambiarla tenga que hacer un gran esfuerzo. No hagamos que pueda morir de hambre en otro país si no lleva un cocinero francés, ni que diga un día que solamente en Francia saben comer. ¡Vaya elogio! Yo diría lo contrario de los franceses: que no saben comer, porque para que les plazcan los alimentos necesitan un arte muy especial para que sean gustosos.

Entre nuestras varias sensaciones, la del gusto es la que generalmente nos impresiona más y por eso juzgamos con mayor interés y acierto sobre las sus-

tancias que deben convertirse en parte de la nuestra que las que no hacen más que acercársele. Existen mil cosas que el tacto, el oído y la vista no diferencian, pero casi ninguna se parece a otra para el gusto.

Por otra parte, la actividad de este sentido es física y material: es casi el único que no conversa con la imaginación, o por lo menos aquel en cuyas sensaciones ella menos interfiere, mientras que la imaginación y la imitación mezclan frecuentemente lo moral con la impresión de todos los demás. Por esta causa generalmente los corazones tiernos y voluptuosos, así como los caracteres apasionados y muy sensibles, fáciles de conmover por los otros sentidos, son poco receptivos a este sentido.

Por esta causa parece que el sentido del gusto es inferior a los demás, y la inclinación que nos entrega a él más despreciable, por lo que yo deduzco que el medio que más conviene para guiar a los niños es el de tentarles por la boca. El impulso de la gula tiene preferencia al de la vanidad, puesto que la gula es un apetito de la naturaleza, que se ase inmediatamente del sentido, y la vanidad es obra de la opinión, sujeta al capricho de los hombres y a todo género de abusos. La gula es la pasión de la infancia, pero no resiste a ninguna otra, y a la menor rivalidad desaparece. Créanme: demasiado pronto dejará el niño de pensar en lo que coma, y si tiene su corazón lleno no le pedirá mucho el paladar. Una vez llegado a hombre, una infinidad de afectos impetuosos reducirán la gula y no harán más que excitar la vanidad, porque esta pasión sola se aprovecha de las demás y al fin acaba con ellas.

Algunas veces he observado a las personas que hacían mucho caso de los buenos bocados y en cuanto se despertaban ya pensaban en lo que debían comer aquel día, y describían con más exactitud un banquete que Polibio⁹⁴ una batalla. Y he observado que todos estos pretendidos hombres eran niños de 40 años sin vigor ni consistencia; *fruges consumere nati*.⁹⁵ La gula es el vicio de los corazones que no tienen sustancia. El alma de un glotón está en su paladar: sólo nació para comer. En su estúpida incapacidad, únicamente en la mesa se siente a gusto y no entiende más que de platos. Dejémosle sin envidia alguna esa afición, pues más le vale esa que otra, lo mismo para nosotros que para él.

El temor a que arraigue la gula en un niño que sea capaz de algo es una precaución de un espíritu mezquino. La infancia solamente piensa en lo que come. Los adolescentes ya no se ocupan de eso, pues para ellos todo es bueno y otras atenciones les absorben. Sin embargo, yo no quisiera que hiciéramos un imprudente uso de un tan mezquino resorte y que como recompensa por una buena acción lo premiásemos con un buen plato. Pero, ya que en la infancia todo debe consistir en juegos y alegres pasatiempos, no veo por qué causa a los ejercicios puramente corporales no se les pueda recompensar con algo material y sensible. Si un niño mallorquín, viendo una cesta colgada de un árbol, la echa abajo con la honda ¿no es justo

⁹⁴ Polibio (200-118 a.C.) fue un gran historiador griego, destacándose por la acuciosidad de su relato y por ser el primero en escribir una historia universal. **[Nota del Editor]**

⁹⁵ “Nacidos para consumir los frutos de la tierra”. Cita de Horacio. **[Nota del Editor]**

que se aproveche y repare con un buen almuerzo la energía que ha gastado en conseguirla?⁹⁶ Si un niño espartano, enfrentando el peligro de cien azotes, se mete con astucia en una cocina, roba una vulpeja viva, se la lleva envuelta en la ropa y, arañado, mordido, sangrando y, por no sufrir la vergüenza de que lo cojan, se deja despedazar las entrañas sin parpadear y sin gemir, no es justo que por fin se aproveche de su presa y que se la coma después de que ella se lo ha comido? Jamás debe servir de recompensa una buena comida, pero ¿por qué no ha de serlo alguna vez del esfuerzo que por ganarla se ha hecho? Emilio no mira el pastel que he puesto sobre la roca como un premio por haber corrido bien, pero sabe que el único medio de alcanzarlo es llegar antes que otro.

Con esto no se contradicen las máximas que dejo sentadas sobre la sencillez de los manjares, puesto que halagando el apetito de los niños solamente se trata de darles una satisfacción y no de excitar su glotonería. Y esto se consigue con lo más corriente, si no se trata de aumentar la sensibilidad para el gusto. El continuo apetito, excitado por la necesidad de crecimiento, es un guisado seguro que para ellos equivale a otros muchos. Frutas, queso, algún bollo un poco más sabroso que el pan común, y principalmente el modo de distribuirlo con sobriedad, es suficiente para llevar ejércitos de niños hasta el fin del mundo sin que les nazca ninguna afición a los sabores fuertes ni que se aburra su paladar.

Una prueba, entre otras, que demuestran cómo la

⁹⁶ Hace siglos que los mallorquines abandonaron esa costumbre, pero hubo un tiempo en que fueron célebres sus honderos.

afición a comer carne no es natural en el hombre la encontramos en la indiferencia con que los niños la miran y prefieren otros alimentos, como lacticiños, pasteles, frutos, etcétera. Es muy importante conservarles esta afición primitiva y no convertirlos en carnívoros. Si esto no se realiza por su salud, debe ser para mejorar su carácter, puesto que, expliquen como quieran la experiencia, la verdad está en que generalmente los que comen mucha carne son más crueles y feroces que los otros hombres: esto ha sido comprobado en todos los tiempos y países. Es una cosa muy notable la humanidad inglesa.⁹⁷ Por el contrario, los gauros⁹⁸ son los más pacíficos de los hombres.⁹⁹ Todos los salvajes son crueles y sus costumbres no les incitan a que lo sean. Por lo tanto, esta crueldad proviene de sus alimentos: van a la guerra como a la caza y tratan a los hombres del mismo modo que si se tratara de osos. Se da el caso de que en Inglaterra no son admitidos como testigos los carniceros ni los cirujanos.¹⁰⁰ Los

⁹⁷ Sé muy bien que los ingleses hacen gala de su humanidad, y de la buena índole de su nación, que llaman *good natured people*... pero por más que lo repitan de un modo continuo, sólo ellos lo dicen.

⁹⁸ Los gauros o guebros eran de Persia, discípulos de Zoroastro y de los magos. Pacíficos y apacibles, adoraban el fuego y se conmovían y veneraban a los perros. **[Nota del Editor]**

⁹⁹ Los banianos, que se abstienen de comer ninguna clase de carnes con mayor severidad que los gauros, son casi tan pacíficos como ellos, pero, como son más inmorales y no tan discretos en su culto, no son tan buenas personas. **[Nota de J. J. Rousseau]**
Los banianos eran los miembros de una secta de mercaderes hindúes brahmanistas. Eran vegetarianos. **[Nota del Editor]**

¹⁰⁰ Uno de los dos traductores ingleses de este libro ha remarcado mi equivocación, y ambos la han enmendado. Los carniceros y los cirujanos son admitidos como testigos, pero los carniceros no lo son para pertenecer a los jurados o pares para sentenciar los delitos, y los cirujanos sí. **[Nota de J. J. Rousseau a la segunda edición, donde se corrige]**

perversos salvajes se endurecen para los homicidios bebiendo sangre. Homero pinta a los cíclopes como comedores de carne, como hombres horrorosos, y a los lotófagos¹⁰¹ como un pueblo tan amable que en cuanto se había probado su trato el huésped se olvidaba de su país para seguir viviendo con ellos.

Decía Plutarco:

Me preguntas por qué se abstenía Pitágoras de comer carne, pero yo te pregunto qué espíritu era el del hombre que primero acercó a su boca un trozo de carne muerta, que con los dientes rompió los huesos de una bestia muerta, que hizo que le sirvieran plato de cuerpos muertos, de cadáveres, y que tragó miembros que un instante atrás mugían, balaban, andaban y veían. ¿Cómo pudo con su mano clavar un hierro en el corazón de un ser sensible, soportar sus ojos una muerte y ver sangrar, desollar y desmembrar a un pobre animal indefenso? ¿Cómo pudo soportar el espectáculo del jadear de las carnes, cómo su olor no le trastornó el corazón ni sentir repugnancia y asco? ¿Cómo no le embargó el horror cuando limpió la pus de las heridas y la negra y cuajada sangre que las cubría?

*Las pieles se arrastraban por tierra desolladas,
Las carnes mugían al fuego espetadas;
El hombre no las pudo comer sin sufrir,
Y en su vientre las oyó gemir.*

Esto fue lo que tuvo que imaginar y sentir la vez primera

¹⁰¹ Según la mitología griega, los lotófagos (en griego, “los que comen loto”) fueron un pueblo de una isla del noreste de África caracterizados por alimentarse del fruto de la planta más común allí: el loto. [Nota del Editor]

que el hombre venció su naturaleza para celebrar este horrible banquete; la primera vez que tuvo hambre de una bestia viva, que quiso comer de un animal que aún pastaba, y que dijo cómo había de degollar, de despedazar, de cocer la oveja que le lamía las manos. De los que empezaron estos crueles banquetes, no de los que los rehúyen, es de quienes hay que asombrarse, aunque los primeros pudieran justificar su inhumanidad con disculpas a las que no podemos recurrir nosotros, y que por lo tanto nos hacen cien veces más inhumanos que ellos.

Mortales amados de los dioses, nos dirían aquellos hombres primitivos, comparen los tiempos, observen cuán felices son y cuán miserables éramos nosotros. Recién formada la tierra, el aire cargado de vapores, aún no eran dóciles al orden de las estaciones; insegura la corriente de los ríos, por todas partes arrasaban las riberas; estanques, lagos y hondas ciénagas inundaban las tres cuartas partes de la superficie del orbe, y el otro cuarto era ocupado por riscos y selvas estériles. La tierra no daba de sí ningún fruto sazonado; carecíamos de toda clase de herramientas para labrar e ignorábamos el arte de servirnos de ellas y, por consiguiente, para quien nada había sembrado nunca le llegaba el tiempo de la cosecha. Así, invariablemente, nos acosaba el hambre. En invierno, nuestros manjares eran el helecho y la corteza de los árboles. Algunas raíces tiernas de brezo y de grama eran nuestro regalo, y cuando los hombres podían hallar algún hayuco,¹⁰² algunas bellotas o nueces, bailaban de gozo alrededor de un roble o de un haya, al son de alguna rústica canción, llamando madre y nodriza a la tierra. Estas eran

¹⁰² Brezo es un arbusto, grama un tipo de hierba y hayuco, el fruto de la haya
[Nota del Editor]

sus fiestas, sus únicos juegos: todo lo demás de la vida humana era nada más que dolor, penas y miseria.

Por último, cuando por estar estéril y desnuda la tierra, no nos ofrecía nada, viéndonos obligados a maltratar la naturaleza para nuestra conservación, nos comimos a los compañeros de nuestra miseria antes de vernos obligados a morir con ellos. Pero a ustedes, hombres crueles, ¿qué es lo que les fuerza a derramar sangre? Observen la gran cantidad de bienes de que están rodeados, la cantidad de frutos que ofrece la tierra, las riquezas que producen los campos y las viñas, la cantidad de animales que brindan su leche para alimentarnos y su vellón para que nos sirva de abrigo. ¿Qué más piden? ¿Qué furia les incita a cometer tantas muertes, estando hartos de víveres y llenos de otros bienes? ¿Por qué mienten contra nuestra madre, acusándola de que no puede alimentarlos? ¿Por qué pecan contra Ceres, inventora de las sagradas leyes, y contra el gracioso Baco, consolador de los mortales, como si sus pródigos dones no fuesen suficientes para la conservación del linaje humano? ¿Cómo tienen valor para mezclar en sus mesas huesos con los frutos más suaves, y para comer con la leche la sangre de los animales que se la dieron? Las panteras y los leones, a los que ustedes llaman fieras, actúan forzados por su instinto, y para poder vivir se ven obligados a matar a los demás brutos. Pero ustedes, que son cien veces más fieros que ellos, resisten sin ninguna necesidad a su instinto con el fin de entregarse a sus crueles delicias. No son los animales que comen los que se comen a los demás: no comen estos animales carniceros, los imitan; sólo los sacian los animales inocentes y mansos, y son sus amigos, que los sirven y que devoran a cambio de sus servicios.

¡Oh, asesino contra natura! Si te empeñas en creer que la naturaleza te crió para devorar a tus semejantes, a seres

de carne y hueso que como tú sienten y viven, vence el horror que a tan espantosos banquetes te conduce: mátalos tú, digo con tus propias manos, sin hierro y sin ningún cuchillo. Destrózalos con tus uñas, como hacen los leones y los osos; muerde a ese toro, hazle pedazos, clávale tus garras; cómete a ese cordero vivo, devora sus carnes humeantes y bébete con su alma su sangre. ¿Te estremeces? ¿No te atreves a sentir cómo entre tus dientes palpita una carne viva? ¡Hombre compasivo, que empiezas matando al animal y luego te lo comes, para que muera dos veces! No te quedas satisfecho con eso: todavía te repugna la carne muerta, no te la puedes meter en las entrañas. Es forzoso que sea transformada al fuego, cocida, asada, sazonada con ingredientes que la disfracen. Acudes a charcuteros, a cocineros, a asadores, a personas que te quiten el horror de la muerte y te preparen cuerpos muertos para que, engañado el sentido del gusto con estos disfraces, no deseche lo que le es extraño, y coma con deleite cadáveres cuyo aspecto ni los ojos hubieran podido sufrir.

Aunque este trozo sea un asunto ajeno al mío, no he tenido la fuerza suficiente para resistir la tentación de copiarlo, y opino que habrá pocos lectores que lo consideren inoportuno.

En cuanto a lo demás, cualquiera que sea el régimen que adopten para los niños, con tal de que los acostumbren a manjares comunes y sencillos, denles libertad para que coman, corran y jueguen a su placer, y estén seguros de que nunca comerán con exceso ni estarán hartos. Pero si los tienen hambrientos la mitad del tiempo, y ellos encuentran el medio de burlar su vigilancia, harán todo lo posible para resarcirse y comerán hasta hartarse, hasta reventar. Nuestro ape-

tito no tiene límites sólo porque le queremos imponer reglas distintas a las de la naturaleza. Siempre estamos arreglando, prescribiendo, añadiendo y quitando, haciéndolo todo con la balanza en la mano, pero esa balanza no mide las necesidades de nuestro estómago sino que sigue sus caprichos. Ahora vuelvo otra vez a mis ejemplos. En las casas de los aldeanos el arca del pan y la despensa de la fruta nunca están cerrados, y ni los mayores ni los niños saben lo que son las indigestiones.

No obstante, si un niño comiese en exceso –lo que, siguiendo mi método, no lo creo posible– resulta tan fácil entretenerle con pasatiempos de su gusto que lograríamos su mayor abstinencia sin que él lo advirtiese. ¿Cómo es que a todos los preceptores se les pasa por alto a los preceptores tan fáciles y eficaces medios? Cuenta Herodoto que, encontrándose los lidios¹⁰³ acosados por una cruel carestía, se les ocurrió inventar juegos y pasatiempos con los cuales entretenían, divirtiéndose, el hambre pasando días enteros sin comer.¹⁰⁴ Tal vez hayan leído cien veces este pasaje los eruditos preceptores y no se les ha ocurrido que se puede aplicar a los niños. Quizá alguno de ellos me objete que el niño no deja con agrado la comida para ir a estudiar su lección, y está en lo cierto, pero yo no

¹⁰³ El Reino de Lidia estuvo situado en la península de Anatolia (actuales provincia de Esmirna y Manisa de Turquía). [Nota del Editor]

¹⁰⁴ Los historiadores antiguos están saturados de ideas de las que pudiera hacerse uso, aun cuando sean falsos los hechos que presentan. Pero no sabemos sacar ninguna utilidad de la historia: todo lo absorbe la crítica erudita, igual que si importara mucho que un suceso fuese cierto, pues basta que del mismo pueda sacarse una instrucción provechosa. Los hombres de juicio deben mirar la historia como un tejido de fábulas cuya moral sea adaptable al corazón del hombre.

pensaba que esto fuera una distracción.

El olfato es, respecto al sentido del gusto, lo que la vista es respecto al tacto, que le precede y le advierte del modo que debe mover tal o cual sustancia, y le dispone a que la busque o la evite según la impresión que de antemano recibe de ella el olfato. He oído decir que entre los salvajes no causaban los olores la misma impresión que en nosotros y que juzgaban de un modo diferente los que para nosotros eran buenos o malos. Es posible. Los olores, en sí mismos, son sensaciones débiles, que mueven con mayor intensidad la imaginación y el sentido e impresionan menos por lo que dan que por lo que prometen. Bajo este punto de vista, siendo por su modo de vivir tan diferentes los gustos de los otros, deben ser causa de que formen juicios muy opuestos sobre los sabores y, por consiguiente, sobre los olores que los anuncian. Con el mismo efecto debe un tártaro oler un cuarto de caballo muerto hediondo como un cazador nuestro una perdiz medio podrida.

Nuestras sensaciones ociosas, como la fragancia de un jardín con sus flores, no las pueden sentir los hombres que caminan demasiado para disfrutar de un paseo, ni los que no trabajan lo suficiente para hallar deleite en el descanso. Las personas que siempre tienen hambre poco gusto pueden encontrar en aromas que no prometen comida.

El olfato es un sentido propio de la imaginación. Debido a que entona los nervios debe de agitar también mucho el cerebro. Por esta causa aviva instantáneamente el temperamento, hasta que por último lo consume. En el amor son muy conocidos algunos

efectos: no es el suave aroma de un tocador tan débil como se cree, y no sé si hay que felicitar o compadecer al hombre poco sensible, a quien nunca hace palpitar el olor de las flores que lleva en el pecho su amada.

De este modo parece que no debe ser muy activo el olfato en la edad primera cuando la imaginación, no estando aún animada por muchas pasiones, es poco capaz de emocionarse y todavía no se tiene la suficiente experiencia para prever con un sentido lo que otro nos promete. Esta consecuencia está confirmada por la observación, y es verdad que en la mayor parte de los niños todavía es obtuso y casi nulo este sentido, no porque no sea en ellos tan exquisita la sensación como en los hombres –y hasta quizá lo sea más–, sino porque no uniendo con ella ninguna otra idea no se mueven de un modo fácil para sentir pena o dolor, y por lo tanto no los atormenta ni los halaga como a nosotros. Pienso que sin salir del mismo sistema, ni recurrir a la anatomía comparada de ambos sexos, se encontraría fácilmente el motivo por el cual las mujeres sienten en general los olores con mayor intensidad que los hombres.

Se dice que los indígenas del Canadá adquieren desde niños un olfato tan sutil que, aunque tienen perros, no se sirven de ellos para cazar y consiguen lo mismo que los perros. Pienso que si enseñásemos a los niños a descubrir por el olfato su comida, como descubre el perro la caza, quizá conseguiríamos perfeccionarles este sentido, pero no veo que puedan aplicarlo a cosas de mucha utilidad, como no sea para darles a conocer sus relaciones con el gusto, y la naturaleza ha cuidado de obligarnos a que nos en-

teremos de estas relaciones. La acción de este último sentido la ha hecho inseparable del otro, colocando cerca sus órganos y poniendo en la boca una comunicación inmediata entre ambos de tal modo que nada gustamos sin olerlo. Quisiera, sin embargo, que no se alterasen estas relaciones naturales para engañar a un niño, falseando con un aroma grato lo desabrido de un purgante, ya que entonces es demasiado grande la discordancia de los dos sentidos para que se pueda engañar y, como el sentido más activo absorbe el efecto del otro, no toma la medicina con menos asco: éste se extiende a todas las sensaciones que al mismo tiempo le impresionan y cuando se le presenta la más débil su imaginación recuerda la otra. Un suave aroma se convierte para él en un olor repugnante y así aumentan a nuestras imprudentes precauciones la suma de sensaciones desagradables a costa de las gratas.

Todavía me falta hablar en los libros siguientes de la cultura de una especie de sexto sentido, llamado sentido común, no tanto porque es común a todos los hombres sino porque resulta del uso bien ordenado de los demás sentidos y porque nos da a conocer la naturaleza de las cosas por el conjunto de todas sus apariencias. Por ende, este sentido carece de órgano peculiar: reside en el cerebro, y sus sensaciones son simplemente internas; se llaman percepciones o ideas. Por el número de estas ideas se mide la extensión de nuestros conocimientos. Su nitidez y su claridad constituyen el entendimiento y el arte de comparlas entre sí es lo que llamamos la razón humana. De modo que lo que yo llamo *razón sensitiva o pueril* consiste en formar ideas simples acudiendo a varias

sensaciones, y lo que llamo *razón intelectual o humana* es formar ideas complejas acudiendo a varias ideas simples.

Partiendo, pues, de que mi método sea el de la naturaleza y que no me he equivocado en la aplicación, hemos traído a nuestro alumno, atravesando el país de las sensaciones, hasta la última frontera de la *razón pueril*. El primer paso que vamos a dar más allá debe ser un paso de hombre. Pero antes de empeñarnos en esta nueva carrera, veamos la que acabamos de andar. Cada edad y cada estado de la vida tienen su perfección conveniente, su peculiar madurez. Hemos oído hablar muchas veces de un hombre formado: contemplemos ahora a un niño formado, espectáculo que será más nuevo y tal vez no menos grato para nosotros.

Es tan pobre y limitada la existencia de los seres finitos que cuando vemos lo que hay nunca nos conmovemos. Las ficciones son las que adornan los objetos reales y, si la imaginación no añade su encanto a lo que nos impresiona, el estéril gusto que se goza, remitiéndose al órgano, deja siempre frío el corazón. Adornada con los tesoros del otoño, la tierra hace alarde de una riqueza que asombra a la vista, pero no conmueve aquella admiración que nace más de la reflexión que del sentimiento. En la primavera, el campo, casi desnudo, aún no está cubierto de nada; no dan sombra los bosques, no hace más que apuntar la verdura y ante su aspecto se alegra el corazón. Al contemplar cómo renace la naturaleza nosotros nos reanimamos: nos rodea la imagen del deleite y las compañeras de esta felicidad, las suaves lágrimas,

prontas siempre en acusar todo sentimiento delicioso, asoman a nuestras pupilas. Pero es inútil el tan bullicioso, tan vivo y tan grato aspecto de la vendimia: siempre lo contemplamos con ojos secos.

¿Por qué esta diferencia? Pues consiste en que con el espectáculo de la primavera acuden a la imaginación el de las estaciones que van a seguirla. A estos brotes tiernos que distingue la vista, agrega las flores, las frutas, las sombras y a veces los misterios que pueden cubrir. En un mismo punto reúne tiempos que van a sucederse y mira menos los objetos como serán como desea, porque de ella depende el elegirlos. En otoño, por el contrario, no tiene otra cosa que ver sino lo que existe. Si queremos llegar a la primavera nos detiene el invierno y, helada la imaginación entre la nieve y las escarchas, fallece.

Este es el origen del encanto que sentimos al contemplar una hermosa infancia con preferencia a la perfección de la edad madura. ¿Cuándo disfrutamos de un gusto verdadero viendo a un hombre? Cuando la memoria de sus acciones hace que retrocedamos sobre su vida, rejuveneciéndola, por decirlo así, a nuestros ojos. Si nos vemos reducidos a contemplarlo como él es, o suponerlo como sería en su vejez, la idea de la naturaleza decadente borra todo nuestro placer. No se siente ninguno al ver a un hombre caminar a pasos acelerados hacia la tumba y la imagen de la muerte lo afea todo.

Pero cuando me figuro a un niño de 10 ó 12 años sano, robusto, bien formado para su edad, no me despierta ninguna idea que no sea grata para su presente y su futuro. Lo veo travieso, vivo, animado, sin inquie-

tas previsiones, entregado al momento que vive y gozando una plenitud de vida que parece que se quiera extender a su alrededor. Me lo imagino en otra edad ejercitando los sentidos, el entendimiento, las fuerzas que en él se desarrollan de día en día. Lo veo niño y me satisface. Me lo imagino hombre y me alegra más: su ardiente sangre parece que agita la mía; creo que vivo con su vida y su viveza me rejuvenece.

Da la hora y ¡qué cambio! Se empañan al instante sus ojos y pierde la alegría: adiós gustos, adiós alborozados juegos. Un hombre severo y rígido lo coge de la mano y le dice con gravedad: “Vamos, niño”, y se lo lleva. Veo que en la habitación donde entran hay libros. ¡Libros! ¡Qué objetos tan tristes para su edad! Se deja llevar el pobre niño, mira con desconsuelo todo lo que lo rodea, calla, y se va con los ojos irritados por las lágrimas que contiene y lleno el pecho de sollozos que no se atreve a exhalar.

¡Oh, tú, que no tienes que temer nada!, tú, para quien ningún tiempo de tu vida es de aburrimiento y violencia; tú, que ves llegar sin zozobra el día y sin impaciencia la noche y que cuentas las horas que faltan para tus juegos, ven, mi venturoso y amable discípulo: nos consolaremos con tu presencia de la ausencia de ese desdichado que te tiraniza. Ven... Él se me acerca y siento una satisfacción que él comparte. Su amigo, su camarada, el compañero de sus juegos es quien lo llama. Cuando me ve, está seguro de que no pasará mucho rato sin encontrar distracción. Nunca dependemos uno del otro, pero siempre estamos de acuerdo y con nadie nos hallamos tan bien como estando juntos.

En su semblante, en su ademán, en su aspecto, se anuncian la alegría y la seguridad. Brilla en su rostro la salud, sus firmes pasos acusan vigor y su color, aunque se le vea delicado, nada tiene de afeminada blandura. Ya le han estampado el aire y el sol el honroso sello de su sexo y, a pesar de que todavía no se han afinado sus músculos, ya empieza a señalar algunos trazos de su naciente fisionomía. Si el calor del sentimiento aún no anima sus ojos, tienen por lo menos su serenidad nativa, ya que no los han enturbiado las tristezas ni los llantos. Tiene un porte fácil y seguro, no insolente y vano. Su rostro, que nunca se pegó a los libros, no le cae sobre el pecho y no es necesario decirle que levante la cabeza pues aún no se la hicieron bajar la vergüenza o el miedo.

Hagámosle un espacio en medio de una asamblea: señores, háganle un sitio e interróguenle con toda confianza. No le den importancia ni a sus inoportunidades ni a su hablar ni a sus preguntas indiscretas. No tengan miedo de que se apodere de ustedes ni que pretenda que se ocupen sólo de él y no puedan deshacerse de su presencia. Tampoco esperen de él palabras agradables, ni que les diga lo que yo le haya dictado. No esperen otra cosa que la verdad ingenua y simple, sin adornos, sin afectación y sin vanidad. Él les dirá el mal que haya provocado o que vea, con la misma libertad que el bien, sin pensar en el efecto que cause en ustedes lo que haya dicho. Hará uso de la palabra con toda la simplicidad de su primera institución.

Agrada el presagiar bien de los niños y se siente siempre temor a este flujo de ineptitudes que casi siempre viene a desbaratar las esperanzas que qui-

siéramos fundar en alguna feliz ocurrencia que por azar les sale de la boca. Si el mío da raramente tales esperanzas, jamás ocasionará este sentimiento ya que no ha pronunciado nunca una palabra inútil, y no se lanza a hablar porque sabe que no se le escucha. Sus ideas son limitadas, pero limpias: si no sabe nada por la memoria, sabe mucho por experiencia; si lee con menos perfección que otro niño en nuestros libros, lee mejor en el de la naturaleza. Su entendimiento no está en su lengua, sino en su cabeza: tiene menos memoria que juicio; sólo sabe un idioma, pero comprendo lo que dice y, si no habla tan bien como los otros, a cambio actúa mejor que los demás.

Desconoce lo que es rutina, estilo, hábito. Lo que hizo ayer no influye en lo que hace hoy.¹⁰⁵ No sigue fórmulas ni se somete a la autoridad o al ejemplo, ni actúa o habla sino como le es más cómodo. No esperan, pues, de él discursos preparados ni modales estudiados, sino la expresión fiel de sus ideas y la conducta que nace de sus inclinaciones.

Le encontrarán un insignificante número de nociones morales que se refieren a su actual estado, pero ninguna acerca del estado relativo de los hombres. ¿Y de qué le servirían, si un niño aún no es miembro activo de la sociedad? Háblenle de libertad, de propiedad

¹⁰⁵ El atractivo del hábito proviene de la pereza natural del hombre, y esta pereza aumenta dejándose llevar libremente por ella. Se hace más cómodamente lo que ya se ha hecho, y después de haber andado mucho por un camino es más fácil seguirla. Por eso debemos darnos cuenta de que el imperio del hábito es muy importante para los ancianos y las personas indolentes, y muy insignificante para los jóvenes y las personas activas. Este régimen sólo es conveniente a las almas débiles, y las debilita más de día en día. El único hábito útil a los niños es adaptarse a la necesidad de las cosas, y el único útil a los hombres es sujetarse sin esfuerzo a la razón. Cualquier otro hábito es vicio.

y de la misma convención. Puede saber y sabe por qué no debe hacer daño a otro, para que no se lo hagan a él; por qué lo suyo es suyo y por qué lo ajeno no le pertenece. Al pasar de esto, ya no sabe nada más. Háblenle de deber, de obediencia, y no entiende lo que quieren decir. Si le ordenan algo no los comprenderá, pero díganle: “Si me haces tal favor te lo recompensaré cuando se presente la ocasión”. Y al instante se apresurará a complacerlos, porque lo que más anhela es ensanchar su dominio y lograr derechos sobre ustedes que sabe que son inviolables. Quizá no le molesta ocupar un lugar, hacerse el hombre y ser considerado en algo, pero si manifiesta este último motivo significa que ya se ha salido de la naturaleza, porque no han blindado bien de antemano todas las puertas de la vanidad.

Por su parte, si necesita algún auxilio, se lo pedirá indistintamente al primero que encuentre, al monarca lo mismo que a su servidor. Hasta ahora para él todos los hombres son iguales. Por la forma de hacerles el ruego, se darán cuenta de que reconoce que no le deben nada: sabe que lo que solicita es gracia. Sabe también que la humanidad se inclina a otorgarla. Sus expresiones son simples y lacónicas. Su voz, su mirada, su semblante, indican que es un ser tan acostumbrado a que le concedan lo que solicita como que se lo nieguen. Que ni tiene la rastrera y servil sumisión de un esclavo ni el acento imperioso de un amo, sino una humilde confianza en su semejante, la noble y dulce ternura de un ser libre, pero sensible y débil, que solicita la asistencia de otro ser libre pero fuerte y benéfico. Si le conceden lo que quiere no les dará las

gracias, pero reconocerá que ha contraído una deuda. Si no se lo otorgan, no se lamentará ni insistirá, pues sabe que sería inútil. No dirá que lo han negado, pero sí dirá que no podía ser, y nadie se enoja contra la necesidad reconocida.

Déjenle solo, en libertad, y observen lo que hace sin decirle nada. Consideren lo que hará y el modo que lo hará. Ya que no tienen que demostrarle que es libre, nunca hace nada por atolondramiento. Hace para demostrarse a sí mismo su capacidad. ¿No saben que él es siempre dueño de sí mismo? Es ágil y dispuesto. Sus movimientos poseen la viveza propia de su edad, pero ni uno deja de ir encaminado a un fin. Nunca emprenderá nada que exceda sus fuerzas, porque las tiene probadas y las sabe. Sus medios siempre serán apropiados a sus anhelos y raramente actuará sin estar seguro de alcanzar lo que quiere. Sus ojos pondrán atención y no hará preguntas necias a los demás sobre lo que ve, pero observará por sí mismo y se esforzará para averiguar lo que desee saber antes de preguntarlo. Si se encuentra en alguna dificultad imprevista, se aturdirá menos que otro. Si hay peligro, también se asustará menos. Como su imaginación todavía está inactiva, y no hemos realizado nada para avivarla, no ve más que lo que hay. Sólo mide los riesgos en lo que son y guarda siempre su calma. La necesidad lo oprime con sobrada frecuencia para que él se resista y, como lleva su yugo desde su nacimiento, se ha habituado a él y está siempre dispuesto a todo.

El que esté ocupado o el que se divierta son para él indiferentes: sus juegos son sus ocupaciones y no ve ninguna distinción. En todo lo que hace pone un

interés que causa risa y no hay trabas que le detengan, demostrando el grado de su inteligencia y la esfera de sus conocimientos. ¿No es un espectáculo propio de esa edad, espectáculo que encanta y conmueve el ver un hermoso niño –sereno y risueño, los ojos alegres y vivos–, hacer jugando las cosas más serias o profundamente ocupado en los más frívolos entretenimientos?

¿Quieren ahora juzgarle por comparación? Colóquenle al lado de otros niños y déjenlo actuar. Pronto comprobarán cuál está más verdaderamente formado, cuál se aproxima más a la perfección según su edad. Él es más hábil y más fuerte que los niños de la ciudad. A los lugareños de sus mismos años los iguala en fuerza y los aventaja en destreza. Todo cuanto está al alcance de la infancia lo juzga, lo razona y lo prevé mejor que los demás. ¿Es cuestión de actuar, correr, saltar, mover cuerpos levantar pesos, medir distancias, inventar juegos, ganar premios? Diríamos que tiene la naturaleza a sus órdenes según la facilidad con que todo lo vence. Su destino es guiar y dominar a sus iguales, el talento y la experiencia le proporcionan el derecho y la autoridad. Denle el traje y el nombre que les plazca, que poco importa, pues en todas partes tendrá la primacía y será jefe de los demás, quienes reconocerán su superioridad sobre ellos. Sin querer mandar, será el amo y le obedecerán sin notar que le obedecen.

Ha llegado a la madurez de la infancia, ha vivido la vida del niño, no ha comprado su perfección a costa de su felicidad. Por el contrario: una ha contribuido a la otra. Al conseguir la plenitud de la razón de su edad, ha sido afortunado y libre en cuanto su consti-

tución lo permitía. Si la hoz fatal viene a segar en él la flor de nuestras esperanzas, no deberemos llorar a un mismo tiempo su vida y su muerte, no agravaremos nuestro dolor con el recuerdo de lo que le hayamos causado. Nosotros diremos: “Por lo menos gozó de su infancia: nada le hicimos perder de todo lo que la naturaleza le había concedido”.

El gran inconveniente de esta primera educación es que sólo la aprecian los hombres clarividentes, y un niño educado tan juiciosamente sería reputado por ojos vulgares como un polizón. Un pedagogo sueña más en su interés que en el de su discípulo: se dedica a probar que no pierde el tiempo y que merece el dinero que le dan a cambio; lo educa de forma que se pueda lucir cuando quiera, no importa que sea inútil lo que enseña con tal que se vea con facilidad. Acumula sin elección ni discernimiento un gran fárrago en su memoria. Cuando se trata de examinar al niño, lo hacen desenvolver su mercancía: la enseña, quedan satisfechos, después vuelve a recoger su bulto y se va. Mi alumno no es tan rico ni tiene bulto para enseñar ni otra cosa que mostrar que él mismo. No obstante, un niño, lo mismo que un hombre, no se ve en un momento. ¿Dónde están los observadores que a la primera ojeada saben distinguir los rasgos que le caracterizan? Sí los hay, pero pocos, y entre cien mil padres no se encontrará ni uno que merezca ese nombre.

Las preguntas multiplicadas con exceso enojan y aburren a todo el mundo, y con más razón a los niños. Al cabo de algunos minutos su atención se relaja, no escuchan más que a un obstinado preguntón que les inquiere y le responden a la suerte. Esta manera de

examinarlos es vana y pedantesca. Frecuentemente, una palabra cogida al vuelo atrae mejor su inteligencia y su sentido que largos discursos, pero es preciso guardarse de que esta palabra no sea ni dictada ni fortuita. Hay que tener mucho juicio para apreciar el de un niño.

Le oí contar al difunto lord Hyde¹⁰⁶ que al regresar de Italia uno de sus amigos, después de tres años de ausencia, quiso examinar el progreso de su hijo, que tenía 9 ó 10 años. Se fueron una tarde a pasear con su tutor por un llano donde se estaban divirtiendo unos escolares elevando cometas. Al pasar, el padre le dijo a su hijo: “¿Dónde está la cometa cuya sombra vemos?”. Sin pararse ni alzar la cabeza, contestó el niño: “Sobre la carretera”. “Efectivamente –añadía lord Hyde–, la carretera estaba entre el sol y nosotros”. El padre abrazó a su hijo. Tras el examen, se fue sin decir nada. A la mañana siguiente envió al tutor el acta de una pensión vitalicia, además de sus honorarios.

¡Qué hombre este padre! ¡Y qué hijo podía prometerse! La pregunta era propia para la edad del niño y la respuesta era muy simple, pero nótese la claridad de juicio infantil que supone. Así domesticaba el alumno de Aristóteles a aquel célebre caballo que no había podido domar ningún jinete.¹⁰⁷

¹⁰⁶ Se refiere al político inglés Henry Hyde (1672-1753), nieto del famoso historiador y político Edward Hyde (1609-1674), conde de Clarendon, también abuelo de las reinas británicas María II y Ana I. [Nota del Editor]

¹⁰⁷ Alusión a Alejandro Magno (alumno de Aristóteles) y a su caballo Bucéfalo. [Nota del Editor basado en Mauro Armíño, op. cit.]

Jean Jacques Rousseau (1712-1778), nacido en Ginebra, fue un polímata, tal como lo fueron Leonardo da Vinci, Isaac Newton y algunos de sus contemporáneos de la Ilustración, con quienes tuvo agrias disputas. Vivió mayormente en Francia. Se destacó como un exquisito escritor, pedagogo, filósofo, músico, botánico y naturalista. Sus ideas, radicales para la época, han tenido gran influencia en la democracia y república modernas (influyeron en la Revolución Francesa) y en la educación, continuando vigentes hasta hoy. En lo primero, su legado mayor es la obra *El contrato social* (aparecida en 1750); en lo segundo, *Emilio o De la educación* (de 1762).

Este libro se terminó de imprimir
en noviembre de 2016 en los talleres de Maval.

Se utilizó la tipografía Calisto
para textos y títulos.
El interior se imprimió en papel
bond ahuesado de 80 grs., a 1 tinta,
y para las tapas papel couché de 350 grs.
impreso a 4 tintas.



Dirección editorial Marcelo Mendoza
Edición Rosario Ferrer
Diseño Fernando Hermosilla
Producción Pilar Araya

Ediciones de la Junji es fruto del compromiso de la Junta Nacional de Jardines Infantiles por generar conocimiento, creatividad e innovación en educación e infancia, y promover así nuevos medios para el aprendizaje y debate constructivo.

En 1762 un editor de Amsterdam y otro de París publicaron cuatro volúmenes de una obra llamada *Emile ou De l'éducation*. La aparición de este libro, lejos de pasar indiferente, provocó la inmediata condena del arzobispo de París, del Parlamento francés y, días más tarde, del Consejo de Ginebra (la ciudad natal de su autor: Jean Jacques Rousseau), quien ordenó la quema de la obra. Relatos de entonces narran que el filósofo prusiano Emmanuel Kant dejó de lado todo para leer el *Emilio* de principio a fin, libro que su compatriota Goethe llamó “el evangelio de la educación”.

El *Emilio* es pionero en sistematizar lo que su autor considera “una buena educación”. Además, es un tratado donde por primera vez se dice que la infancia es una etapa en la vida de un hombre propia de la libertad, el juego y el error, y no la responsabilidad racional de los adultos. Un niño es un niño, un “buen salvaje”, no un *adulto chico*, reitera Rousseau, refutando la idea de niñez que se mantuvo hasta comienzos del siglo XX.

Jean Jacques Rousseau (1712-1778), nacido en Ginebra, fue un polímata, tal como lo fueron Leonardo da Vinci, Isaac Newton y algunos de sus contemporáneos de la Ilustración, con quienes tuvo agrias disputas. Vivió mayormente en Francia. Se destacó como un exquisito escritor, pedagogo, filósofo, músico, botánico y naturalista. Sus ideas, radicales para la época, han tenido gran influencia en la democracia y república modernas (influyeron en la Revolución Francesa) y en la educación, continuando vigentes hasta hoy. En lo primero, su legado mayor es la obra *El contrato social* (aparecido en 1750); en lo segundo, *Emilio o De la educación* (de 1762).

